

JANETH G. S.

¿QUIÉN MATÓ

A

PREMIO
WATTYS

ALEX?

EL SECRETO DESVELADO

¿QUIÉN MATÓ A ALEX?

El secreto desvelado

JANETH G. S.

Serie ¿Quién mató a Alex? 2

#QMAA



¿QUIÉN MATÓ A ALEX?

V.1: abril, 2017

© Janeth G. S., 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Bowie1/Freepik/Shutterstock

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-66-1

IBIC: YFD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

¿Quién mató a Alex?

El fenómeno que arrasa en Wattpad.

Más de 37 millones de lecturas.

Premio Wattys.

Hannah es una adolescente de dieciséis años enganchada a las redes sociales. Pero un día recibe una solicitud de amistad de Facebook de un chico llamado Alex Crowell. Al aceptarla, descubre en el muro de Alex que está muerto. Y luego pasa algo todavía más escalofriante: recibe un mensaje privado del joven donde él le pide ayuda para averiguar quién lo mató. En una trepidante investigación, Hannah descubre que hay muchas personas involucradas en su muerte. Pero contará con una ayuda inesperada, la del fantasma de Alex.

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre ¿Quién mató a Alex?

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Sobre la autora

Capítulo 1

Todo pasó muy rápido. Después de asistir al funeral de Cara, me sentía débil y cansada, tenía los ojos tan secos como el desierto. No me quedaban más lágrimas por derramar. Me sentía asfixiada, como si unas manos me apretaran el cuello y no pudiera respirar.

—Hannah, ¿qué ha pasado? —preguntó una voz al fondo de la habitación. Yo estaba descansando en la cama con los ojos cerrados. Todo lo que veía era oscuridad. Mi cuerpo estaba totalmente inmóvil.

Alex por fin había aparecido. Ya no parecía enfadado.

—Cara ha muerto —susurré a duras penas.

Oí unos pasos que se acercaban a mi habitación.

Me dolía todo el cuerpo. Y el alma.

—¿Qué? —preguntó la voz grave de Alex.

—Cara ha muerto —repetí con voz apagada. El cuerpo me temblaba ligeramente.

—¿Cuándo? ¿Qué ha pasado? —quiso saber Alex. No quería mirarlo a los ojos y que viera la situación lamentable en la que me encontraba. No respondí —. ¿Hannah? —insistió al ver que no contestaba.

No quería hablar de ello. Cada vez que alguien mencionaba el nombre de Cara, mi mente reproducía automáticamente y a cámara lenta lo que había pasado aquella noche: el agente tomando declaración a los posibles testigos, el policía acordonando la escena del crimen, yo corriendo hasta el cuerpo de Cara y, finalmente, su rostro cubierto de sangre.

Fue horrible. Sobre todo porque podría haberlo evitado. No podía deshacerme del sentimiento de culpa.

Se me formó un nudo en la garganta.

—¿Hannah? —volvió a preguntar. Yo no me moví, ni siquiera abrí los ojos; cualquier movimiento me causaba dolor—. ¿Hannah? ¿Puedes mirarme? —gruñó desesperado. Gemí y el nudo de la garganta empezó a deshacerse—. ¿Por favor? —suplicó.

Abrí los ojos ligeramente y me ardieron. Era como si me hubiera sumergido en una piscina de cloro. Los tenía hinchados y seguramente rojos como un tomate.

Su mirada desprendía preocupación. Frunció el ceño.

—¿Estás bien?

No contesté. Era incapaz de hablar. Alex se acercó con paso lento. Lo miré a los ojos y me observó aterrado.

—Oye —dijo mientras se acostaba a mi lado—. Lo siento mucho.

El nudo en la garganta volvió a crecer.

Quería llorar.

—No tienes que disculparte. —Me tembló la voz. Él negó con la cabeza.

—Soy un idiota. Me fui sin avisarte y me enfadé cuando no debería haberlo hecho. Una disculpa es lo mínimo que te debo —susurró.

Luchaba por mantener a raya las lágrimas, pero que Alex me dijera aquellas cosas no ayudaba mucho.

—Cara ha muerto —repetí, como si fuera una especie de mantra.

—Lo siento —dijo de nuevo.

Cerré los ojos un momento.

—Cara vino a hablar conmigo unos diez minutos antes... —susurré y me detuve para tomar aire—. La habían amenazado. Tu asesino le mandó una nota y ella... estaba asustada, Alex... y yo... yo no supe ver el peligro que corría... —Mi voz se quebró.

—Está bien, Hannah, has hecho cuanto podías —dijo para tratar de calmarme.

Negué con la cabeza.

—Ha muerto por mi culpa. No debería haber permitido que se marchara a esas horas, tendría que haberse quedado aquí... Si hubiera insistido más...

No lo pude evitar y comencé a llorar. Alex pasó un brazo por detrás de mis hombros para abrazarme. Entonces, me acomodé en su pecho para llorar

todavía más. Alex estaba frío y olía a limón.

—No te preocupes, Hannah, llorar te hará sentir mejor. Llorar todo lo que necesites. —Sus palabras hicieron que los ojos me dolieran todavía más y que mis gemidos resonaran por toda la habitación.

Las lágrimas no dejaban de caer. Era incapaz de controlarlas, fluían como una cascada. La camiseta de Alex no tardó en mojarse.

—No te preocupes. —Alex me acariciaba el brazo mientras intentaba consolarme—. Estoy aquí, contigo.

Lloré tanto que al final me quedé dormida en su pecho.

Mi mejor amiga había muerto. Asesinada. Y todo por culpa mía, por seguir investigando la muerte de Alex. Pero ¿por qué? ¿Por qué habían matado a Cara?

Recordé el día en que nos conocimos. Yo acababa de llegar a la ciudad y, en mi primer día de instituto, me defendió de un par de matones. Era una chica popular que no se dejaba intimidar por nadie. Cara se enteraba de todo lo que pasaba en el instituto y me mantenía informada de ello. Yo, a cambio, la ayudaba con los deberes de Mates y Biología. No necesitamos mucho tiempo para convertirnos en mejores amigas. De hecho, Cara era mi única amiga. Y no merecía morir.

Cuando desperté, Alex seguía acostado junto a mí. Tenía la garganta seca y los párpados me pesaban más de lo habitual. Me aclaré la voz.

—No vuelvas a irte —dije. Las palabras salieron como un rayo.

Él negó rápidamente.

—Nunca. Te lo prometo. —En cuanto vi sus ojos, lo noté: destilaban pánico.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupada. Me apoyé en el colchón para incorporarme.

—Nada —respondió.

—Alex. Pasa algo —insistí.

—No es nada, Hannah —repitió con suavidad para restarle importancia. Me separé de él para mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa, Alex? ¿Va todo bien?

—Sí —confirmó con voz aguda.

Mentía. Lo noté en su mirada.

—No me lo creo, me estás mintiendo —afirmé. Alex tragó saliva con dificultad. Se movió un poco en la cama y un sonido me llamó la atención—. ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —preguntó con el ceño fruncido. Su cuerpo se tensó de inmediato.

—¿Qué tienes ahí debajo?

—¿Qué tengo aquí debajo? —respondió con una pregunta. Sus ojos almendrados me miraron fijamente. Me levanté de la cama.

—Levántate, Alex —le ordené en un susurro.

—Hannah... —respondió.

—Hazlo —insistí. Cada vez estaba más preocupada.

¿Qué escondía ahí debajo? ¿Y por qué actuaba así?

—No voy a moverme —me retó.

Cerré los ojos, furiosa.

—¿Me ocultas algo, Alex?

—No te oculto nada —replicó. Un mechón de pelo le caía en el ojo, pero no se molestó en apartarlo.

—Muy bien. Tú lo has querido —dije.

Entonces, me abalancé sobre él.

Alex gimió por el dolor.

—¡Hannah! —gritó.

Metí las manos debajo de su cuerpo. Le atrapé la cintura con las piernas y, como yo estaba encima, tenía las de ganar. Intentó forcejear conmigo, pero moví las manos con rapidez por debajo de su cuerpo, y entonces... toqué algo sólido.

—¡Hannah! —gritó, molesto. Y luego, cuando intenté sacar el objeto en cuestión, Alex tomó impulso y me empujó al otro lado de la cama. Entonces, dejó caer su cuerpo sobre el mío.

Un calor sofocante se apoderó de mi cuerpo. Alex me miró victorioso. Sonreía.

—¡Suéltame! —grité entre risas mientras intentaba liberarme de su agarre. No peleaba conmigo, pero trataba de detener mis golpes bruscos.

—Eh, Hannah. Cálmate —dijo, tratando de sonar relajado.

—¿Qué tenías ahí debajo?! ¿Por qué me lo ocultas?! —pregunté en voz

baja.

El calor que me invadía se hizo más evidente cuando dejé de forcejear. Nuestros cuerpos estaban *muy* juntos.

—No te oculto nada —susurró, acercándose a mis labios. La tentación de besarlo era terrible. Su aliento se coló por mis labios secos.

—¡Aléjate de mí, traidor! —exclamé. Miré a un lado y Alex se apartó un poco.

—¡No soy un traidor! —Abrió los ojos como platos. Me aprisionó las manos con las suyas y tenía las piernas en mis costados, lo que reducía mucho las posibilidades que tenía de defenderme.

—¡Suéltame! —Pataleé para liberarme.

—¡No pienso soltarte hasta que te calmes!

—¡Traidor! —grité más fuerte.

Ojalá apareciera mi madre justo en ese momento.

—¡No soy un traidor! ¡No sabes lo que dices!

—Suéltame, Alex. ¡Suéltame, maldita sea! —exclamé.

—Tranquilízate, Hannah —me susurró al oído.

—¡No me toques!

Definitivamente, había algo debajo del cuerpo de Alex, lo había tocado. Estaba segura, y me dolía que lo negara.

¿Dónde estaba mi madre cuando la necesitaba?

Alex apoyó los labios en mi oreja. Sentía vibraciones por todo el cuerpo.

—Bien... —suspiré, tratando de parecer tranquila. El corazón me latía con fuerza—. Estoy tranquila, ahora suéltame.

Tenía ganas de gritar, pero si lo hacía, no me liberaría.

—Te soltaré con una condición.

—¿Cuál? —pregunté con curiosidad.

Alex suspiró. Respiraba de forma acelerada.

—Confía en mí.

No podía hacerlo. Pero, de todos modos, asentí.

—Bien —respondí.

Aflojó el agarre de mis manos. Y luego, inesperadamente, volvió a apretar con fuerza. Entré en calor cuando Alex comenzó a acercarse a mí lentamente. No podía apartar la vista de los labios carnosos y húmedos.

—Voy a besarte —dijo. Sus labios estaban demasiado cerca de los míos.

Negué con la cabeza. ¿Acaso no recordaba que éramos familia?

—No lo hagas, mentiroso —susurré.

—Hannah, he dicho que voy a besarte. —Alex ignoró mis palabras y se acercó con una lentitud agonizante. Me besó en la mejilla, que todavía estaba húmeda por las lágrimas. Sentí un escalofrío y gemí involuntariamente—. No soy... —Se detuvo para acercarse a mis labios. Me temblaban las piernas. Ansiaba tener sus labios sobre los míos, pero me estaba torturando. Sabía que jugaba conmigo. Me besó las comisuras de los labios suavemente. Sentí una vibración increíble en la entrepierna. Una gota de sudor se deslizó por mi frente—. No soy un mentiroso —terminó de decir con voz grave. Y, luego, unos cálidos y húmedos labios aterrizaron sobre los míos.

Si Alex quería jugar, yo también lo haría.

Nos besamos apasionadamente y entonces me liberó. Para disimular, coloqué una mano en su nuca y enterré los dedos en su cabello. De repente, su cuerpo cayó sobre el mío. Llevé la otra mano hasta su bolsillo trasero y, efectivamente, lo que había tocado antes seguía allí.

Lo saqué despacio para que no se diera cuenta. Alex se movió y yo lo atraje con fuerza hasta mi boca. En un gesto rápido, lo escondí debajo de mi blusa. Trataba de concentrarme en el beso, pero Alex no era tonto y notó que algo no iba bien. Se separó de mis labios y me miró con esos ojos tan profundos.

—¿Pasa algo? —pregunté con ingenuidad.

—No —dijo.

Cerró los ojos y volvió a besarme. Al principio, lo hacía con lentitud, pero luego... cada vez más rápido y más fuerte. Con anhelo. Con desesperación. Me faltaba el aire, pero este podría ser nuestro último beso, y quería aprovecharlo al máximo.

Alex se apartó de mí y se llevó la mano al bolsillo. Abrió los ojos como platos y me miró fijamente. Se había dado cuenta de que lo que había escondido ya no estaba. Sin pensarlo dos veces, lo empujé con fuerza y cayó al suelo con un ruido sordo. Me levanté de la cama apresuradamente y salí corriendo como pude.

—¡Hannah! —gritó Alex desde el suelo. No tardó en levantarse y echar a correr tras de mí—. ¡Detente!

Entré al baño y cerré la puerta con pestillo.

Alex se detuvo al otro lado.

—No lo hagas.

—Mentiroso —lo acusé.

—Puedo explicártelo —dijo. Sonaba desesperado.

Con la espalda pegada a la puerta, me dejé caer hasta el suelo. Alex movía el picaporte frenéticamente.

—¡Vete! —le ordené.

—¡Deja que te lo explique, por favor!

Saqué el fino objeto de debajo de mi blusa y entonces vi lo que era. Se me puso la piel de gallina. Era una hoja de papel doblada. Alex soltó el picaporte y guardó silencio.

Me temblaban las manos. ¿Qué era esto? ¿Y por qué quería ocultármelo?

Alex se dejó caer al otro lado de la puerta. Igual que yo, tenía la espalda apoyada contra ella.

Desdoblé la hoja y vi unas palabras escritas con recortes de periódico. Oh, no. Era una carta como la que había recibido Cara. Un mensaje con amenazas.

Pero el contenido de este era diferente.

Inspiré profundamente y empecé a leer.

«Hannah Reeve, has perdido a tu mejor amiga, mi más sincero pésame. Pero ya te lo advertí. ¿Quién crees que es el siguiente en mi lista? Si tanto te gusta jugar a los detectives, te daré una pista: todavía no ha llegado tu hora. Pero pronto recibirás una llamada».

—Puedo explicártelo —gruñó Alex al otro lado de la puerta.

Me aclaré la garganta y abrí la boca para hablar.

—Por supuesto que sí. —Me levanté sin muchas fuerzas y, cuando estuve de pie, llevé una mano temblorosa a la manilla de la puerta y la abrí.

Alex estaba a un metro y medio de distancia y tenía las manos en los bolsillos delanteros.

Suspiró al verme.

—Hannah, ¿piensas que yo he escrito eso? —me preguntó con los ojos

vidriosos.

Oh, mierda.

—No lo sé... —respondí.

—Dime, ¿sí o no? —insistió con voz áspera. Entonces, sacó las manos de los bolsillos y las dejó caer a los costados. Parecía tenso.

—No, no lo creo —contesté con sinceridad. Intentó esbozar una sonrisa amable, pero la tristeza se reflejaba en ella.

—La he encontrado debajo de tu almohada, no quería que te preocuparas más. Ya has tenido bastante con lo de Cara. Creo que estás pasando por momentos muy duros, y esta carta solo iba a empeorar las cosas. Quería protegerte —dijo con los ojos llorosos.

—¿Y por qué no la he visto antes? —Me apoyé en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Alex levantó la vista y me miró.

—No lo sé, supongo que estabas bastante cansada y no te has dado cuenta, pero te juro por lo que más quiero que no tenía intención de ocultarte algo tan importante.

—¿Desde cuándo estaba ahí? —pregunté, confusa.

—No lo sé, pero creo que no es una coincidencia que te encontraras la ventana abierta la otra noche —me dijo.

—Claro...

—Y ¿recuerdas cuando subimos a tu habitación y sentimos una sensación extraña? Estoy seguro de que eso... —Señaló la hoja que tenía en las manos —. Eso era lo extraño.

—Sí —asentí.

Era cierto, la sensación de ese día había sido muy rara y ambos estábamos seguros de que alguien había entrado en mi habitación, y ahora sabíamos el porqué.

—Confía en mí. Es lo único que te pido.

—¿Me estás diciendo la verdad? —pregunté una vez más.

Alex inspiró y, después, soltó el aire con suma lentitud. Le temblaron los labios al hacerlo.

—Sí —contestó sin vacilar. Sus ojos almendrados me miraban fijamente.

Pasé por su lado y me dejé caer en la cama, con la nota todavía en las

manos.

—Lo siento —dije—. Es que todo esto es... confuso... misterioso... y... no entiendo nada.

—Tienes razón, no debería habértela ocultado. Tenías derecho a leerla. Lo siento —se disculpó mientras caminaba hacia la cama.

—¿Quién sería capaz de...? —La pregunta se quedó en el aire. Sabía que no obtendría una respuesta clara. El misterio era como el amor: nunca sabías qué ocurriría. Estaba completamente segura de ello.

—Así que... —Alex intentó iniciar una conversación pacífica—. ¿Eres hija de Eric?

—Sí.

—Entonces... —Se detuvo mientras se preguntaba si debía decir lo que tenía en mente. Levantó los hombros y respiró con dificultad.

—Somos familia. Primos, para ser más exactos. Y me acabas de besar —añadí, para ayudarlo.

Sonrió.

—Tú no eres mi prima —respondió con seguridad y cierta indiferencia.

—Sí lo soy. Estuviste ahí; lo escuchaste —le recordé.

De repente, empezó a dar vueltas por la habitación.

—¡Guau! —exclamó—. Hannah, creo que en ese caso estoy perdidamente enamorado de mi prima.

Sonreí. Pero, después, esa sonrisa se esfumó. Bien, teníamos dos cosas en nuestra contra: Alex estaba muerto y, ahora además, éramos familia. ¿Acaso eso no era suficiente para darnos cuenta de que no podíamos estar juntos?

Él hacía que pareciera tan fácil... como si fuese un juego o un sueño, pero no era así; todo era real.

—Alex, yo creo que... que esto no está bien —tartamudeé. No quería ser la mala del cuento, yo no era de las que rompían las reglas.

—Hablas de lo nuestro, ¿verdad? —preguntó mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Sí.

Alex rio.

—Eh, ¿qué es lo que te hace gracia? —Fruncí el ceño y lo miré directamente a los ojos.

—Es ridículo, estoy muerto. Solo piensa que soy otra persona y ya está, puedes ser mi novia.

Entonces fui yo la que rio, aunque fue una risa nerviosa. Había dicho «novia»... Eso hizo que me ruborizase.

—Ya imagino a la gente burlándose de mí: «Hannah Reeve, la chica que dice tener un novio fantasma». Eso sí que es ridículo —contesté con sarcasmo.

—¡Que le den a la gente!

—Para ti es fácil decirlo. —Cerré los ojos y apreté la hoja entre las manos.

Un silencio invadió la habitación. Oía un pájaro cantar a lo lejos en el árbol que había frente a mi ventana. Su canto era suave y un tanto tranquilizador. El papel crujió cuando lo apreté de nuevo sin darme cuenta.

Alex sabía que tenía razón.

—¿Qué te dijo Cara cuando estuvo aquí? —preguntó, cambiando de tema.

—Dijo que el asesino quería matarme. Se disculpó conmigo y me pidió que dejara de investigar. Me hizo prometérselo.

—¿Lo cumplirás? —Sonó derrotado. Alex sabía que yo era la única que podía ayudarlo; era su única esperanza.

—No. Ahora más que nunca debo estar atenta. Aunque, no entiendo el motivo... ¿Por qué a Cara? ¿Tú crees que ella sabía algo?

—Seguro que sí —dijo confiado—. Nadie mata a una persona por nada. Cara sabía algo más, pero ¿qué? ¿Qué fue lo que se llevó a la tumba? —se preguntó a sí mismo mientras negaba con la cabeza; estaba totalmente confundido.

—Le pregunté si conocía al asesino y me dijo que no —le expliqué brevemente.

—Entonces, ¿qué era? ¿Qué era lo que sabía y no te contó? —preguntó mientras me miraba con el ceño fruncido. Su pecho subía y bajaba lentamente, al compás de su respiración.

—Dijo algo más... dijo que tal vez debería dejar de confiar tanto en los demás y empezar a creer en mí misma. Dijo que nunca se sabe quién puede apuñalarte por la espalda.

—No tengo la menor idea de quién es —contestó resignado—. Es bastante

inteligente, se está ocultando muy bien.

—Sí...

Y, de repente, recordé otra cosa.

—Alex, ¿qué hay de los trastornos de tu madre? —pregunté cautelosamente mientras me sentaba en la cama.

Suspiró.

—Creía que tenía otro hijo, pero, obviamente, murió cuando nació. Se aferró a esa idea y, poco a poco, el trastorno se hizo cada vez más evidente. Alucinaba con un hijo que no existía, y, de un día para otro, mi madre desapareció. Cuando era pequeño, yo no entendía qué pasaba, pero luego me explicaron dónde estaba. Mi padre la había llevado a una clínica. Allí se estuvo medicando y la trataron varios doctores. La verdad es que nunca tuve una conversación con ella de pequeño, estuve mucho tiempo sin verla. Mi padre, por su parte, siempre estaba trabajando y, en su tiempo libre, iba a visitar a mi madre a la clínica. Mientras tanto, mi tío Eric era quien cuidaba de mí. Dos o tres años después, volvió a la normalidad, como si nada hubiera pasado. Uno de los doctores dijo que el caso de mi madre estaba perfectamente controlado. Y así fue: no hubo ningún problema en los siguientes años. Es una madre ejemplar, intentó salir de ese infierno ella sola. Ahora está bien.

—¿Sigue tomando medicación?

—No, qué va. Nunca más ha vuelto a tomar una pastilla —respondió, orgulloso de su madre.

—Es una buena persona. Y es muy tierna.

—Sí, sí lo es —contestó.

Después de aquello, nos quedamos ensimismados en nuestros pensamientos.

—Alex, ¿qué pasará con nosotros? —dije al cabo de un rato.

—Podemos seguir adelante, si quieres, claro —respondió.

Sus ojos acaramelados me miraban con cautela, esperando con ansias mi respuesta.

—¿Y luego? ¿Cuando descubramos a tu asesino, qué? ¿Qué pasará entonces? ¿Desaparecerás? ¿Te irás? —pregunté mientras vagaba en las profundidades de mi mente.

Alex arqueó una ceja.

—¿Por qué no dejamos que el tiempo responda a tus preguntas? —dijo.

—¿El tiempo? El tiempo no va a responder mis preguntas, tú sí.

—Tienes que ser paciente.

—Odio que seas tan bueno conmigo cuando...

Y de pronto, el teléfono sonó.

Me levanté de golpe y corrí escaleras abajo, con Alex pisándome los talones.

«Pronto recibirás una llamada».

El teléfono no dejaba de sonar y su ruido estridente resonaba en toda la casa. Salté por encima de un sillón y cogí el auricular. Me aclaré la garganta y contesté:

—¿Diga?

—¿Margaret? —dijo alguien al otro lado de la línea.

—Se ha equivocado... —Y entonces, recordé: Margaret era mi madre. Lo había olvidado por un instante—. Soy Hannah —repuse rápidamente—. ¿Quién habla?

—Hola, Hannah. —Hizo una pausa—. Soy George. ¿Puedes pasarme a Margaret? Quiero decir, a Emma.

—Mmm, sí, un momento...

Alex me miró.

—Es George, quiere hablar con mi madre —le susurré mientras tapaba el altavoz del teléfono.

Dejé el auricular en la mesita de centro y corrí hasta la habitación de mi madre. Llamé suavemente a su puerta.

—¿Mamá? —pregunté—. George quiere hablar contigo. Está al teléfono.

No hubo respuesta.

«Pronto recibirás una llamada».

Mi corazón empezó a palpar con fuerza.

—¿Mamá? —repetí.

No. No. No. Esto no podía estar ocurriendo...

Intenté girar la manilla hacia abajo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Mi madre solo hacía eso cuando salía. Era muy raro. Cuando se marchaba, me avisaba o me dejaba pequeñas notas pegadas en la nevera.

Nunca se iba sin llamar a mi puerta para decirme que me había dejado comida en el horno o para despertarme temprano.

Volví a intentar abrir la puerta, aunque sin éxito.

—¿Estás ahí? —pregunté desesperada. Pero nadie contestó—. ¡¿Mamá?!

Traté de calmarme y pensé que tal vez había ido al supermercado o al instituto, cualquier cosa para desechar la idea de que algo malo le había pasado.

Me alejé de la puerta y regresé a la primera planta con el rostro pálido.

Al verme bajar las escaleras, Alex se acercó a mí.

—¿Estás bien? —Me miraba con pánico.

—Mi madre no abre la puerta ni contesta... Está cerrada con llave. Siempre me avisa cuando sale —contesté rápidamente con voz entrecortada.

—Lo más probable es que haya salido. No te preocupes. —Intentó calmarme. Posó los dedos en mis mejillas y me acarició con suavidad.

—George... —Señalé con la vista al teléfono y Alex me soltó.

Después, tomé el teléfono.

—¿George? —tartamudeé—. Creo que no está.

—Lo suponía —respondió preocupado—. Gracias, Hannah.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Él guardó silencio y, entonces, lo oí soltar un suspiro de preocupación.

—¿Le has dicho algo sobre Eric?

—¡No! —exclamé, con el ceño fruncido—. ¿Qué ha pasado?

—Alguien ha entrado en nuestra casa.

—¿Qué? ¿Estáis bien? —pregunté casi chillando. Alex me miraba sin comprender, así que puse el manos libres. Él se acercó con precaución.

—Sí, bueno, yo... —Se interrumpió—. Ha sido durante la noche, solo estábamos Rosie y yo, los trabajadores estaban durmiendo... y alguien ha entrado en nuestra habitación... Han golpeado a Rosie.

Alex dio un brinco. Parecía aterrado. Ambos abrimos los ojos como platos.

—¿Qué?! ¿Rosie está bien?

—Estoy en el hospital, pronto se encontrará mejor.

—¿Qué hospital? —pregunté mientras sacaba una libreta para anotar la dirección.

—No hace falta que vengas, Hannah. Rosie está bien, le darán el alta hoy. Le han pegado un golpe en la cabeza y en el estómago, pero está bien; no ha sido nada grave.

—¿Y cómo estás, George?

—Solo he sufrido un golpe en la cabeza, pero nada importante. Ya me han dado de alta esta mañana. No te preocupes, estamos bien.

—¿Y Eric? ¿Cómo está?

—Afortunadamente, no estaba en casa cuando sucedió —dijo con suavidad.

Suspiré con frustración.

Rosie. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—¿No visteis quién fue?

Alex y yo nos miramos con desesperación. Involuntariamente, me metí un dedo en la boca y comencé a mordirme la uña. Tenía que dejar de hacerlo. Saqué el dedo. A partir de ahora no lo haría más, porque solo conseguía ponerme más nerviosa.

—No, yo estaba dormido, y Rosie estaba a mi lado. Solo sentí un golpe fuerte y, después, me desmayé. Por desgracia, Rosie recibió más golpes, sobre todo rasguños, pero no me explico cómo ni quién podría haber sido capaz de hacerlo. Todavía está en estado de *shock*. Ha estado llorando desde ayer por la noche.

—¿Se llevaron algo?

—Absolutamente nada —respondió.

—Dios —murmuré.

—Hannah, ¿tu madre compra el periódico? —Me pilló por sorpresa.

¿Por qué me preguntaba eso?

—No... no lee el periódico. ¿Por qué?

—Por nada. Solo era curiosidad.

Silencio.

—¿Hannah? —dijo desde el otro lado de la línea—. ¿Te importaría avisarme cuando llegue Margaret?

—Sí, claro. Me gustaría ir a verlos, si no le importa.

—Para nada —respondió—. De hecho, Rosie quería verte.

—Estaré ahí en cuanto llegue mi madre.

—Perfecto.

—Hasta pronto —dije finalmente.

—Adiós, Hannah.

En cuanto colgué el teléfono, Alex preguntó:

—¿Tu madre no está?

—No, no está.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Asentí.

George creía que mi madre era la culpable de lo que había ocurrido, y Alex lo sabía.

—Pero mi madre no pudo haberlo hecho... Estuvo aquí ayer... —intenté defenderla.

—¿Has oído lo del periódico?

Asentí, de nuevo.

—Creo que mis padres también han recibido una amenaza. ¿Qué hay de Seth?

—Imposible, estuvo en el funeral de Cara. No pudo ir hasta tu casa y dejar la nota —expliqué.

Seth me ignoró por completo durante el funeral. Kate estuvo también, con todo el equipo de animadoras y su novio Ryan. Karen también estaba... Sarah llegó bien entrada la tarde, pero eso no encajaba con lo sucedido... Al parecer, el ataque había tenido lugar pasada la medianoche, y estuvo en el funeral. Y Tom... también.

No.

Un momento...

Tom no estuvo en el funeral.

Capítulo 2

—Tom no estuvo en el funeral, Alex —dije rápidamente.

Frunció el ceño.

—¿Tom? ¿Quién es Tom? —preguntó, confuso.

—El chico que me pidió un lápiz. El de cabello oscuro. —Sabía perfectamente de quién hablaba.

—Ah, el tío ese —respondió desinteresadamente mientras apretaba la mandíbula.

Entonces, giró la cara y lo vi hacer una mueca de asco. La luz proveniente del exterior iluminaba sus facciones pálidas. Alex entrecerró un poco los ojos cuando los rayos de sol cayeron directamente en su cara.

Un momento, no estaba celoso... ¿o sí?

Sonreí disimuladamente y él volvió a mirarme. Oculté mi involuntaria sonrisa y me aclaré la garganta.

—Debemos ir a su casa y preguntarle qué hizo ayer —contesté enseguida.

Me levanté del sillón y caminé hacia las escaleras. Alex me siguió.

—Hannah, yo no creo que haya sido él, ni siquiera lo conozco. ¿Qué tendría que ver él en todo esto?

Las pisadas de Alex resonaban al ritmo de las mías.

Me pasé las manos por el cabello y me giré.

—A veces es quien menos te lo esperas. Tengo la sensación de que está relacionado con lo que ha ocurrido. ¿No te parece raro que no fuera al funeral de Cara cuando estuvo en aquella maldita reunión?

Lo busqué con la mirada y él me contempló con sus ojos color caramelo, impassible. Se pasó la mano por la nariz rápidamente y se rascó durante unos

segundos, angustiado. Después, dejó caer los brazos a los costados y añadió:

—Sí, pero no creo que haya sido él. Sí que es muy extraño que no asistiera, pero eso no quiere decir que él sea el culpable de todo esto —dijo.

—Tal vez, pero recuerda que Tom no estaba enfermo y que Cara me dijo que llevaba esa bufanda porque le habían pegado —contraataqué.

Alex volvió a fruncir el ceño.

—¿Le pegaron?

—Sí —respondí—. ¿No te lo conté?

—No —contestó con brusquedad mientras negaba con la cabeza. Su pelo castaño se agitó en el aire y después volvió a su lugar.

—Vaya, creía que sí. —Me llevé una mano a la cara, exasperada. Casi me cubría todo el rostro.

Desde la muerte de Alex, me olvidaba de algunos detalles, aunque puede que fueran los más importantes. Sin embargo, el rostro pegajoso de Cara no desaparecía de mi mente. Cuando pronunciaba su nombre o hablaba de algo relacionado con ella, recordaba lo sucedido. Su cuerpo flácido tendido sobre el cemento de la calle, el charco rojo a su alrededor; era una imagen que nunca olvidaría.

Todavía sentía que tenía los ojos rojos e hinchados.

—Está bien —contestó despreocupado—. ¿Sabes dónde vive?

—No, pero podemos preguntárselo a Kate. Ahora está cooperando —dije mientras caminaba de nuevo hacia el teléfono.

Aún estaba castigada y no podía salir de casa ni usar el teléfono, pero mi madre no estaba, así que... era ahora o nunca. Después se daría cuenta al ver el registro de llamadas, pero no me importaba. Si no actuaba en ese momento, no descubriría lo que estaba sucediendo.

—¿Desde cuándo hablas con Kate? —inquirió a mis espaldas.

—No hablo con ella, pero supongo que no se negará a darme su dirección si se la preguntamos.

—¿Y si pregunta para qué?

Cogí la libreta que había en la mesita de centro y me senté en el sofá.

—Fácil, decimos que es mi profesor particular de Literatura —contesté mientras hojeaba la pequeña libreta—. Las mentiras más sencillas y cínicas son las más creíbles.

Alex puso los ojos como platos y dio un brinco.

—¿Es tu profesor particular?! —dijo sin dejar de mirarme fijamente.

—¡No! ¡Es solo para despistar! —respondí rápidamente.

Alex suspiró, aliviada.

—Oh.

—¿No estarás celoso, verdad? —pregunté con una media sonrisa—. ¿Verdad? —repetí con una ceja levantada.

—No, en absoluto. —Desvió la mirada. Me reí por lo bajo.

Encontré el número de Kate y lo marqué en el teléfono.

—¿Sabes? Yo creo que sería mejor que no fueras a su casa. Pídele su teléfono y llámalo desde aquí. Le dices que ayer fuiste a buscarlo con Sarah y a ver qué dice —dijo mientras se mordía el labio inferior.

—No es mala idea. —El teléfono empezó a dar tono.

—Así perdemos menos tiempo.

—Cierto —susurré con el auricular en la oreja.

Se oía un televisor de fondo.

—¿Diga? —preguntó alguien al otro lado de la línea. Era una voz dulce y tierna.

Definitivamente, no era Kate.

—Hola, ¿está Kate?

Al parecer, Kate tenía una hermana menor.

—Sí, un momento... —Entonces, cogió aire y gritó—: ¡Kate! ¡Te llaman por teléfono! —Tuve que alejarme unos centímetros del aparato para que no se me rompiera el tímpano con ese grito.

De fondo, escuché a Kate gritar unas palabras que no distinguía.

—¿Quién pregunta por ella? —cuestionó la niña de forma desinteresada.

—Hannah Reeve.

—Claro, un momento —dijo. Seguidamente, oí como se alejaba del teléfono—. ¡Es Anna Reeve! —gritó la niña.

—Mi nombre es Hannah, no Anna —dije, pero, al parecer, la niña había dejado el teléfono por ahí y se había ido. Unos pasos se escucharon al otro lado de la línea. Luego, alguien levantó el auricular.

—¿Hannah? —preguntó una voz aguda que reconocí al instante.

—Sí, soy yo. Siento molestarte, pero quería saber si puedes pasarme el

número de Tom —contesté sin vacilar.

Kate guardó silencio unos segundos.

—¿Tom? —Sonaba confundida—. ¿Qué Tom?

Miré a Alex, pero, por supuesto, él no lo conocía y mucho menos sabía su apellido. No iba a decirle que Tom había estado en la reunión de casa de Seth.

¿Cuál era su apellido?

¿James? No, ese no. ¿Jason? No, tampoco. Estaba segura de que empezaba con la letra «J», solo que no recordaba cómo seguía. Lo tenía en la punta de la lengua. Una parte de mí quería recordarlo y otra simplemente se negaba a hacerlo.

—¿Tom Jones? —me ayudó Kate.

Di un brinco.

—¡Sí! ¡Tom Jones! ¿Podrías pasarme su número, por favor? —pedí amablemente.

—¿Para qué? —replicó con frialdad.

—Bueno... es que... —Intenté no ponerme nerviosa—. Tom es mi profesor particular de Literatura —respondí rápidamente antes de que no me creyera.

Alex asintió.

—No sabía que Tom te diese clases —contestó firme.

Me limité a tragar saliva y a responder lo primero que se me ocurrió.

—Es que va a ayudarme con los exámenes finales —dije con seriedad.

Alex esbozó una sonrisa y dejó al descubierto sus preciosos dientes blancos.

—Ah —dijo ella—. Espera un minuto.

Asentí con la cabeza como si me viera.

—Chica lista —murmuró Alex, con una sonrisa orgullosa. Negué con la cabeza y esperé a que Kate volviese a decirme algo.

—Es 2793900 —dijo rápidamente. Pero fui más veloz que ella y lo apunté como un rayo.

—¿2793900? —repetí para confirmarlo.

—Sí.

—Gracias, Kate —agradecí mientras anotaba el nombre de Tom en la

parte superior de la libreta.

—De nada. Pero hazme un favor: no le digas a Tom que te lo he pasado yo.

Abrí la boca para preguntarle la razón, pero Kate colgó antes.

Miré el teléfono con el ceño fruncido.

—¿Todo bien? —preguntó Alex al contemplar mi gesto.

—Tu exnovia me acaba de colgar —respondí sin más mientras volvía a dejar el teléfono en su lugar.

Alex rio.

Luego, comencé a marcar el número de Tom.

—Dile que fuiste a buscarlo, no tendrá escapatoria —dijo Alex con confianza en la voz. Asentí con la cabeza.

Alex se dejó caer en uno de los sillones y me observó con curiosidad. Sentí vergüenza porque no me había duchado y, además, tenía los ojos rojos e hinchados como un tomate. Debía de estar horrible, sobre todo porque tenía el pelo pegajoso y sucio. Ni siquiera había tenido tiempo de echarme un vistazo en el espejo. Traté de esconderme entre los cojines del sofá. La mirada de Alex me ponía nerviosa.

El teléfono dio un tono, luego otro, y así hasta cuatro veces.

—No contesta —susurré tapando el altavoz del teléfono. Me removí inquieta en el sofá.

—Inténtalo de nuevo —me dijo mientras se enderezaba.

Enlazó las manos entre sus piernas abiertas. Una posición masculina muy común, pero Alex estaba tan guapo...

Lo intenté otra vez. Esta vez, contestaron de inmediato.

—¿Hola? —dije al ver que nadie respondía—. ¿Hay alguien?

—Soy la señora Jones, ¿con quién quieres hablar? —Parecía frustrada. Tenía la voz ronca, como si acabara de despertarse.

—Disculpe, señora... —contesté, tal vez la había hecho levantarse de la cama—. Quería hablar con Tom, ¿está en casa?

La mujer maldijo en voz baja y oí como pateaba un mueble. Al parecer, se había tropezado.

—No, Tom no está aquí. Está con su padre —respondió en un tono molesto.

Me aclaré la garganta por enésima vez.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Se fue hace dos días, estará aquí el próximo lunes. —Hablaban con indiferencia. Ni siquiera había respondido a mi pregunta como era debido, pero con esa información bastaba. Al parecer, la madre de Tom tenía un carácter bastante... fuerte.

Entonces, si Tom estaba con su padre desde hacía dos días... no pudo dejar la nota de mi habitación ni la de George. Además, suponiendo que él fuera el asesino, no habría tenido tiempo de matar a Cara, ni mucho menos de pagar a alguien para hacerlo y dejar el coche en medio de la calle.

—Muchas gracias, señora Jones. Siento molestarla —me disculpé nuevamente.

Ella bufó.

—Sí, lo que tú digas.

Y, por segunda vez ese día, me colgaron.

Dejé el teléfono en su sitio y miré a Alex, decepcionada.

—No pudo ser Tom. Se fue con su padre hace dos días.

Ahora sabía por qué no había ido a clase el día anterior.

—Muy bien, ahora que sabemos que no fue Tom, debemos ir a mi casa.

—¿Qué pasa con mi madre? —pregunté.

Parecía no recordar que estaba castigada y no tenía permiso para salir. Aunque ya había salido a escondidas de casa dos veces, me preocupaba que mi madre me descubriera en una tercera ocasión y se decepcionara más de lo que ya estaba. Alex me miró desconcertado.

—Estoy castigada, ¿es que no te acuerdas?

Él pareció comprenderlo y relajó la expresión.

—No se dará cuenta —respondió confiado—. Ya has salido antes y ni se enteró. Esta no va a ser la excepción. Solo tienes que hacer lo mismo de siempre.

Asentí, sabía a qué se refería con eso de «lo mismo de siempre»: enrollar unas sábanas debajo de otras con la forma de mi cuerpo y utilizar la almohada redonda para simular mi pequeña cabeza. Al igual que atrancar la puerta con la silla para que no la abriera por fuera.

Muy bien, ahora debíamos concentrarnos en Rosie. Tal vez ella había

visto a los agresores.

Una vez más, Rosie tenía la respuesta.

Hice «lo mismo de siempre»: enrollé una sábana debajo de otra y, por seguridad, cerré la ventana con pestillo y con un candado extra. No quería encontrarme una nueva nota en mi habitación.

Me quité el vestido negro que había utilizado tanto en el funeral de Alex como en el de Cara y me puse un pantalón vaquero. La herida que me había hecho en casa de Seth ya estaba desapareciendo, por suerte; había utilizado unas medias negras debajo del vestido, y mi madre no se había molestado en preguntarme por qué me las había puesto, cuando nunca las había usado. Ya no me dolía tanto como antes, incluso había dejado de sentir los pinchazos, pero en cualquier momento empezaría a dolerme de nuevo. Siempre pasaba igual con todas las heridas: cuanto más pensabas en ellas, más te dolían.

—¿Lista? —me preguntó Alex, detrás de mí.

Asentí mientras cogía la sudadera gris que tenía sobre la cama. Esos días el viento era insoportable. Apenas me había dado tiempo de darme una ducha de cinco minutos, aunque me había bastado para limpiarme las mejillas pegajosas y para lavarme el cabello graso por culpa del sudor. Incluso me maquillé un poco para disimular la hinchazón y el enrojecimiento de ojos. Si Rosie se diera cuenta del lamentable estado en el que me encontraba, solo se preocuparía más. La madre de Alex ya tenía bastante con que la hubieran atacado. No quería darle más disgustos.

—Sí —respondí.

Salimos de la habitación mientras terminaba de colocarme bien la sudadera. De repente, un sonido procedente de la habitación de mi madre nos hizo saltar a ambos.

—¿Lo has oído? —preguntó, confuso.

—Sí.

—¿Qué es eso? —Alex frunció el ceño y caminó hasta la puerta de la habitación de mi madre, sin acordarse de que estaba cerrada con llave. Ambos guardamos silencio y nos concentramos en el sonido. Agudicé el oído y me concentré todavía más en la melodía lejana que se escuchaba al otro lado de la puerta.

No tardé en saber de qué se trataba.

Closer de Kings of Leon sonaba a todo volumen en la habitación de mi

madre, aunque las paredes amortiguaban la música.

—Es mi móvil —dije segura. Conocía perfectamente esa canción, era el tono de llamada de mi teléfono. ¿Cómo había aguantado tanto la batería?

—No podemos perder tiempo. Tenemos que irnos, ya veremos quién es luego —dijo, y me cogió de la mano mientras me arrastraba hasta las escaleras.

Alex ya se había encargado de atrancar mi puerta con la silla por dentro. Su mano me pilló por sorpresa y me hizo dar un brinco. Sus dedos fríos se enlazaron con los míos, que estaban más cálidos. No objeté absolutamente nada. Entrar en contacto con su piel era una sensación realmente agradable. Incluso mi estómago estaba de acuerdo: sentía ese conocido revoloteo de alas en su interior, pero no era algo que me causara temor, sino todo lo contrario.

Bajamos las escaleras rápidamente. Si mi madre entraba por la puerta y me veía escapar, me obligaría a volver a entrar. Alex me soltó en cuanto llegamos a la puerta. La abrió y me indicó con una seña que esperara. Asomé la cabeza y, de nuevo, me tomó de la mano, arrastrándome con suavidad.

—Ven —dijo.

Cerré la puerta sin soltarle la mano y caminamos con paso rápido por la calle. Afortunadamente, mis vecinos no eran muy activos, así que no había ni una persona en la calle y, la verdad, no me sorprendía: la mayoría de los que vivían en este barrio eran personas de la tercera edad o matrimonios de edad avanzada. Casi no había chicos y chicas de mi edad, y los pocos que había, nunca estaban por aquí.

Anduvimos durante unos minutos. Gracias a la mano fría de Alex mi cuerpo había contenido cualquier sudor corporal y me mantenía a una temperatura normal. Sin embargo, ahora el viento comenzaba a soplar con fuerza. Diciembre era un mes gélido, pero este año no había caído ni una pizca de nieve, como era habitual. Aun así, hacía muchísimo frío. Temblé cuando una ráfaga de viento me heló toda la espalda y, justo en ese momento, me pregunté cómo había soportado llevar un vestido en un funeral con este frío.

—¿Estás bien? —preguntó Alex cuando notó mis sacudidas.

—Sí. —Temblé involuntariamente.

—¿Tienes frío?

—No —respondí.

—Me quitaría el suéter pero, si alguien nos viera, quizá le parecería muy extraño ver un suéter moviéndose solo por el aire —dijo, riéndose por lo bajo.

Yo también reí.

—Lo sé, no te preocupes —contesté despreocupadamente.

Alex apretó nuestras manos con suavidad. Mi corazón palpitó aceleradamente. Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

La verdad era que no tenía tanto frío. Las sacudidas habían sido involuntarias, y sabía que se debía a que mi cuerpo había estado expuesto a cambios bruscos de temperatura, pasando del calor de mi casa al frío de la calle. Solo necesitaba adaptarme.

Cuando llegamos a casa de Alex, me soltó nuevamente. Toqué el timbre y se me congelaron los dedos al instante.

El viento cada vez soplaba con más intensidad.

La puerta se abrió en menos de un segundo.

—Señorita Reeve, encantada de verla de nuevo por aquí —dijo Marina, el ama de llaves.

—Hola —saludé con amabilidad—. ¿Está la señora Rosie? —pregunté con una sonrisa forzada.

Sonreír se había vuelto un auténtico suplicio. Ya empezaban a dolerme las comisuras y las mejillas. No podía alejar a Cara de mi mente. Era inevitable pensar en ella.

Me sentía tan sola...

—Está en su habitación. Por favor, pase. La está esperando —me dijo de camino a las escaleras dobles.

La casa seguía oliendo a limón, como Alex. Juraría que era exactamente el mismo aroma.

Subimos las escaleras y me dirigí al pasillo. Alex me seguía. Me incomodaba que caminara detrás de mí. Siempre sentía cómo me clavaba la mirada, y eso me ponía nerviosa y me hacía andar con torpeza.

—¿Cómo está Rosie? —pregunté, intentando pensar en otra cosa que no fuera en la mirada de Alex.

—Bastante mal. Ayer entraron en la casa y atacaron al señor George y a la señora Rosie. Fue horrible —dijo Marina, aterrada.

—Lo sé. ¿Ninguno de ustedes se enteró?

El ama de llaves negó mientras caminaba delante de mí. Su cabello rojo corto parecía más brillante y sedoso.

—No, todo el mundo estaba durmiendo.

—¿A qué hora ocurrió? —Me froté las manos para entrar en calor.

—Escuchamos al señor George gritar «ayuda» alrededor de las cuatro de la madrugada.

—¿Ha dicho a las... cuatro? —pregunté espantada, con la mirada fija en su cabellera roja. A Cara también la habían atacado sobre esa hora.

Marina se giró de nuevo y asintió con la cabeza.

—Es aquí. —Se detuvo delante de una puerta blanca doble muy alta. Tenía un fino marco dorado, tan diminuto que apenas se veía, y unas manillas preciosas del mismo color. Por supuesto, sabía que no era de oro de verdad, pero parecía muy real. Porque no lo era, ¿verdad?

Marina llamó a la enorme puerta.

—Hannah Reeve está aquí —anunció.

—Que pase, Marina —dijo alguien desde el interior de la habitación.

Marina abrió las puertas de inmediato.

George estaba sentado en un sofá oscuro de piel y Rosie permanecía acostada en una cama con dosel, cuya tela caía por los cuatro costados con suma elegancia. El edredón, a juego con la tela, era blanco y grande. Me horroricé en cuanto la vi. Se la veía tan cansada y tan débil al mismo tiempo... Rosie tenía los ojos cerrados. Parecía dormida. Tenía el rostro completamente vendado y se le veían algunas heridas, que ya estaban empezando a cicatrizar. Unas marcas finas y alargadas le atravesaban el suave rostro. No llevaba ni una pizca de maquillaje, pero eso no la hacía parecer menos joven. Tenía las manos sobre el edredón, también arañadas. Daba la sensación de que se había peleado con un gato.

—Hola, Hannah —me saludó George.

Caminé hasta el sofá en el que estaba sentado y, cuando me acerqué, vi que tenía un enorme chichón rojo en la frente.

—¿Está bien? —pregunté, horrorizada.

Estaba helada. Me acerqué a George y le estreché la mano.

—Creo que sí —respondió sin ánimos.

Alex se preocupó en cuanto vio a su madre de esa forma. Cuando me giré, ya estaba de pie junto a ella.

Dios, Rosie no... ¿Por qué la habían atacado?

—¿Seguro que está bien? —insistí.

—Mejor que Rosie, sí. ¿Te apetece algo de beber? —dijo con brusquedad.

Negué con la cabeza.

George estaba sumamente preocupado y no se molestaba en ocultarlo.

—¿Cómo ocurrió? —En cuanto abrí la boca, se me revolvió el estómago.

George me dijo que tomara asiento, y yo intenté hacerlo tan rápido como pude. No me había dado cuenta de que Marina ya se había retirado y de que había cerrado nuevamente las puertas.

—Fue horrible... Rosie forcejeó con su atacante, que no dejaba de golpearla. Creo que me golpeó a mí primero mientras dormía, para dejarme inconsciente, y luego continuó con Rosie —explicó, sin despegar la mirada de su esposa. George estaba realmente triste—. Esa persona... —añadió con cierto desprecio en la voz— cumplió su objetivo al dejarla indefensa. Te juro que cuando lo encuentre... lo mataré. Sea quien sea, pagará por lo que ha hecho. —George le dio un trago rápido a su copa.

—¿Rosie no vio nada? —pregunté.

—No le hemos preguntado. Ha estado dormida todo el día. El médico le dio unos calmantes para las heridas. No tardará en despertar —dijo—. Murmuró tu nombre mientras estaba en el hospital.

—¿Mi nombre? —Fruncí el ceño. Se me tensaron los hombros. ¿Por qué diría Rosie mi nombre?

George dio otro trago a su copa antes de contestar:

—Sí. Supongo que quería verte, así que, gracias por venir.

—No, gracias a ustedes —contesté.

Entonces, me lanzó una mirada curiosa.

—¿Has visto ya a Eric? —preguntó con cautela.

—No, creía que no estaba —respondí, y me moví en el asiento.

Entonces, miré de reojo a Alex. Estaba de espaldas. Tenía los músculos contraídos. Se lo veía demasiado tenso. Estaba sentado en uno de los bordes de la cama, cogido de la mano de su madre.

—¿Crees que sería un buen padre para ti?

Vacilé. Ahora George era mi tío. Toda esta situación me incomodaba. ¿Cómo se suponía que debía tratarlo?

—No lo sé... es decir, no lo conozco —contesté con sinceridad. Busqué su mirada y, entonces, me di cuenta de algo... Teníamos el mismo color de ojos: eran de un azul profundo y misterioso.

—Eric es una buena persona y está muy arrepentido. Seguramente no lo sepas, pero os ha estado buscando desde el día en que os marchasteis. No ha descansado ni un momento. Y ahora... has llegado a nosotros como por arte de magia —dijo. Tenía los labios humedecidos por la bebida.

—No lo dudo. Parece una buena persona.

George asintió. Parecía comprender el verdadero significado de mis palabras.

—Lo sé, pronto se ganará tu confianza. Es un buen hombre. —Me ofreció una sonrisa.

Rosie se movió en la cama y emitió un quejido agudo. George se levantó con rapidez.

—Voy a por los medicamentos. Los he olvidado en el coche. Marina debe de estar cocinando, ¿puedes quedarte con ella un momento por mí? —preguntó mientras caminaba lentamente hasta la puerta.

—Sí, por supuesto —contesté antes de que saliera.

Rosie volvió a quejarse. Me acerqué a ella con cautela.

Alex me miró mientras me aproximaba.

—Joder, mira lo que le han hecho... —dijo Alex, furioso.

—¿Hannah? —preguntó Rosie con voz ronca.

—Estoy aquí. —Me arrodillé frente a la cama.

Alex me hizo un espacio y me senté a su lado.

—Fue horrible, Hannah —dijo Rosie, aterrada. Tenía los ojos cerrados y parecía que cualquier movimiento le doliera. De vez en cuando, incluso gemía.

—Todo va bien. Estamos aquí —dije para tranquilizarla.

—Recibí una carta, pero George dijo que tan solo era una broma de mal gusto, que no le diese importancia —contestó lastimosamente.

—No hables, Rosie. Así solo conseguirás que te duela todo.

—Era una amenaza, Hannah. —Gimió nuevamente—. Estaba en el cajón de esta mesa. —Señaló con el dedo, aunque apenas se movió. Alex me miró; comprendía lo que quería decir. Abrí el cajón con rapidez y, efectivamente, dentro había una nota como la que habíamos recibido Cara y yo. Era el mismo papel, con los mismos recortes de periódico. El corazón empezó a latirme a una velocidad inimaginable.

—¿Viste quién la dejó? —pregunté con la nota entre las manos temblorosas. Muy bien, ya tenía tres cartas de la misma persona. Tenía que haber un mensaje oculto en ellas, como en las películas, ¿no?

Rosie intentó negar con la cabeza, pero eso solo le causó más dolor.

—Tranquila, Rosie. Moverte no te ayudará.

Ella me ignoró.

—Vi quién me atacó, Hannah —murmuró tan bajo como pudo.

Abrí los ojos como platos y me quedé sin respiración. Notaba como todo el cuerpo se me helaba después de escuchar esas palabras.

¿Cómo? ¿Lo había visto? ¡Joder!

—¿Quién? —tartamudeé. Y luego, noté que unas manos me apretaban el brazo con fuerza. Di un brinco y me di cuenta de que había sido Alex. Parecía saber algo que yo no. Me lanzó una mirada llena de preocupación y me apretó todavía más fuerte. Trató de decirme algo con la mirada, pero no lo logré entender.

—Bueno, no sé quién fue, pero... —Rosie tragó saliva y chilló en voz baja—: ¡La vi...! —Entonces, mantuvo silencio durante unos segundos y añadió—: Fue una mujer, Hannah.

Al fin, comprendí lo que Alex quería decirme: los rasguños que tenía su madre solo podía habérselos hecho una mujer.

—Rosie, ¿viste quién era? Quiero decir, ¿cómo era físicamente? ¿Qué ropa llevaba? ¿Tenía tatuajes o algo que la diferenciase? —pregunté con voz ahogada.

Ella se quejó de nuevo mientras intentaba incorporarse. Apenas se movió unos centímetros por debajo de las sábanas. Parecía mover las piernas con más facilidad, por lo que supuse que solo le habían arañado la cara y los brazos. Tenía rasguños por doquier.

—No le vi el rostro —contestó con voz ronca. Estaba dolorida. Rosie

intentó aclararse la garganta antes de seguir—. Pero tenía el cabello oscuro. Lo llevaba suelto, lo recuerdo perfectamente; era largo y rizado, como ondulado. Pero llevaba un pasamontañas y no le vi la cara... Mmm, era alta y delgada, no muy fuerte... —Tosió con fuerza. Después, abrió los ojos, solo unos segundos, pero se quedó sin fuerzas enseguida y volvió a cerrarlos. La sangre me hervía—. Vestía de color negro y no tenía ni un solo tatuaje en el cuerpo... pero le vi los ojos durante el forcejeo. Tenía la mirada oscura y llena de odio... nunca la olvidaré. Me miró y, después, comenzó a arañarme. Intenté defenderme, pero ella llevaba ventaja. Ahora que lo pienso, George y yo hemos tenido suerte —añadió con terror.

Yo no creía que fuese cuestión de suerte, sino que quienquiera que hubiese entrado había querido dejarlos con vida para seguir torturándolos.

—Rosie, ¿tenéis algún enemigo que quisiera haceros daño? —La miré con cautela. Se la veía cansada, pero solo estaba sedada.

—No, nunca hemos tenido problemas con nadie, salvo con... —Se interrumpió y fingió toser.

Fruncí el ceño. ¿Salvo con quién? ¿Por qué se detuvo?

Imaginé la respuesta y el cuerpo se me heló.

—¿Con quién? —pregunté con la boca entrecerrada. De repente, empezó a dolerme la mandíbula y me di cuenta de que también estaba apretando los dientes.

—Con Margaret —murmuró con voz ronca. Sus palabras parecían lejanas, pero luego se volvieron tan cercanas que me hicieron temblar. Resonaban como un eco dentro de mi cabeza—. Pero no, no puede haber sido ella. Estoy segura —añadió, tal vez al notar la tensión que había en el ambiente.

Inspiré para recuperar todo el oxígeno que había perdido en los últimos segundos.

«Vamos, Hannah. Puede que Margaret te haya mentado, pero no haría tal cosa. La conoces desde que naciste. No puede haber sido ella. Seguro que solo es una coincidencia. Ignóralo. Haz como si nunca lo hubieras escuchado», me dije a mí misma mentalmente para deshacerme de esa absurda idea. Intenté mantenerme tranquila con todas mis fuerzas. Inspiré y espiré, tal y como me aconsejaba Alex cada vez que estaba a punto de entrar en pánico. Realmente me ayudaba.

—Sí —contesté enseguida—. No puede haber sido ella.

Rosie asintió lentamente.

Miré a Alex.

Contemplaba aterrado a su madre y parecía furioso. Yo también lo estaba, pero sus ojos estaban llenos de rabia y de cierta angustia. Estaba preocupada por él.

Leí la nota una vez más.

«Alex tuvo mala suerte. Siento hacer daño a la poca familia que os queda, pero no os preocupéis: se solucionará pronto».

Por supuesto, en aquellas palabras no había más que cinismo y sarcasmo. Las cosas se estaban poniendo bastante feas. Primero, unos matones habían atacado a Tom, y lo peor era que lo había ocultado fingiendo estar enfermo... ¿Acaso tenía miedo? Tom era un chico fuerte y podría luchar contra tres personas al mismo tiempo. Entonces, ¿por qué ocultar aquellos golpes?

Luego había sido el turno de Cara. Sin duda, había sido la más desafortunada de todos. La había perdido de la peor forma y me sentía cómplice del asesinato. ¿Por qué no insistí en que se quedara conmigo? ¿Por qué no la detuve a pesar de haberme enseñado la carta y haberme contado todo aquello? Era evidente que alguien quería acabar con ella, y así fue. Pero Cara me dijo todo lo que tenía que decir, todo lo que necesitaba saber. En el fondo, sentía que seguía aquí, que estaba conmigo. ¿Y si ella también fuera un fantasma?

Sin embargo, estaba de acuerdo con Alex: Cara se había llevado algo a la tumba, pero ¿qué?

La última en ser atacada había sido Rosie. Todavía no entendía la razón exacta por la que la habían asaltado. Era muy extraño; la mansión era un lugar bastante seguro y no podía entrar ni una mosca sin que nadie se enterara. Entonces, ¿quién había sido? Tras leer su carta, lo primero que se me ocurrió fue que el asesino quería acabar con toda la familia Crowell. Y suponía también que el ataque a Rosie era una especie de advertencia. Me advertía de que esto no era un juego. Y yo lo sabía bastante bien. Pero Rosie no se merecía lo que le había pasado. Era como un algodón de azúcar; destilaba ternura y cariño. Tampoco se lo merecían Tom y Cara. Mi teoría era que el asesino quería vengarse de los Crowell y que quería que dejara de meter las

narices en sus asuntos y deshacerse de mí con unas simples y aterradoras cartas.

¿Quién podía ser el culpable?

Rosie se movió lentamente. No podía mover ni un solo músculo del rostro y sus manos parecían agrietadas por todos los rasguños que tenía.

—George ha ido a por tu medicación —dije mientras tomaba su mano—. Todo irá bien, Rosie. —Le di un suave apretón intentando no hacerle daño.

—Eso es lo que más deseo —respondió con voz cansada.

Le solté la mano y dejé la mía junto a la suya. Tenía los dedos fríos, tanto como los de Alex. El cabello dorado brillante que tanto la caracterizaba ahora no era más que un rubio apagado y cenizo. Tenía los párpados caídos y gemía de dolor.

Sentía que la rabia me hervía la sangre. La persona que le había hecho esto no tenía compasión por nada ni nadie. Ahora más que nunca, estaba dispuesta a encontrarla. Tenía muy pocas pistas sobre ella, pero la información que me había proporcionado Rosie era muy útil: sabíamos que el asesino era una mujer dispuesta a acabar con todo aquel que se cruzara en su camino.

En mi mente, vi el rostro de Alex. Tenía una sonrisa ardiente y fugaz, sus perfectos dientes blancos quedaban expuestos a la luz del sol y sus comisuras se elevaban con cierta timidez. También vi el rostro de mi mejor amiga, con su espesa melena agitándose con el viento. Cara era una chica muy alegre. Tenía un don para contagiar felicidad a quienes la rodeaban. La echaba tanto de menos... recordé a Tom pidiéndome un lápiz con total amabilidad. Sus atractivos ojos verde esmeralda, su brillante y oscura cabellera repeinada... Entonces imaginé que le pegaban una paliza en un callejón... Después vi a Rosie que me cogía de las manos con suavidad, sonriéndome y mirándome con cariño con sus ojos azules, como si fuera su propia hija. La visualizaba con el cabello rubio recogido en un moño. Me hablaba con su peculiar calidez... ¿Por qué les había ocurrido eso a ellos?

Sentí un nudo en el estómago. Luego, la puerta se abrió. George traía una bolsa blanca con las llaves de su coche en una mano. A pesar de tener la frente hinchada, no la tenía tan roja como había creído en un primer momento, sino más bien morada. Era una suerte que pudiera utilizar maquillaje. Sin embargo, sentía que tenía los ojos hinchados y rojos. Había sido un día muy

largo y movido.

Entonces, otro cuerpo se asomó por la puerta. Lo reconocí de inmediato. Eric.

—Mira a quién me he encontrado fuera —dijo George mientras caminaba hacia Rosie.

La madre de Alex estuvo a punto de decir algo más, pero solo gimió de dolor.

—Hola, Hannah —saludó. Tenía el cabello despeinado y se lo veía traspuesto. Supuse que todo esto también lo había pillado por sorpresa.

—Hola. —Me quedé pensando unos segundos. ¿Debía llamarlo papá o Eric? Todo esto era muy extraño. De la noche a la mañana tenía padre. Opté por mirar a Rosie de nuevo. Cuando me giré, me di cuenta de que Alex estaba tenso.

—¿Cómo va todo? —preguntó mientras se acercaba.

Me puse nerviosa. Cuando Alex se tensaba, hacía que se me contrajeran los músculos a mí también y, después, los nervios se apoderaban de mí al instante.

—Bien, creo.

No, en realidad todo iba mal. Pero no iba a decirle que mi mejor amiga acababa de morir y que lo más probable es que hubieran atacado a Rosie y George por mi culpa.

George dejó caer la bolsa de los medicamentos en la mesita de noche. Vi unas cajas blancas con nombres extraños y un frasco naranja con unas pastillas del mismo color. Me pregunté si debía tomarse todas esas cosas a la vez. George abrió una de las cajas y sacó una pastilla.

Eric resopló. Estaba apoyado en el marco de la puerta, tenía las manos en los bolsillos y me miraba fijamente, del mismo modo en que lo hacía Alex.

—Me he enterado de lo de Cara, lo siento mucho —susurró.

Inspiré profundamente. El nombre de Cara me perseguiría durante mucho tiempo. Traté de evitar a toda costa que las lágrimas brotaran de nuevo.

—Gracias —logré decir.

Le agradecía sinceramente que me diera sus condolencias. Lo miré de reojo. Llevaba unos pantalones de traje negros, sin la americana ni la corbata. Además, llevaba la camisa por fuera, arremangada hasta los codos. En la

muñeca derecha llevaba un reloj muy grande y bastante fino. Tenía los labios húmedos. Entonces, fijé la mirada durante una milésima de segundo en el bolsillo de su camisa. Había un bulto grande; parecía un frasco casi plano y cuadrado. Imaginé lo peor.

Eric había estado bebiendo.

Alex me miró y, al ver mi expresión, me apartó la mirada. Sus ojos vagaron hasta el cuerpo fuerte y musculoso de Eric.

—¿Cómo está Margaret? —preguntó con voz ronca. Rosie gimió de dolor. Fruncí el ceño y él se corrigió—: Quiero decir, Emma.

Dios, debía acostumbrarme a escuchar el nombre de Margaret y relacionarlo con mi madre. Observé a Eric. Parecía cansado y sus ojos destilaban... algo. Tenía la mirada apagada. Tristeza. Sí, eso era.

El corazón me latía a toda prisa. Me dolía ver a las personas así. Y, entonces, lo comprendí: había estado bebiendo por mi madre. Todavía estaba enamorado de ella.

«Todavía» significaba mucho tiempo.

—Está bien. —Creí que con eso bastaría, pero él pareció insatisfecho con mi breve y pobre respuesta. Me mordí el labio y exhalé—. Un poco enfadada conmigo, pero está bien —repetí. Una vez que reproduje lo que acababa de decir mentalmente, me di cuenta de que no había sonado nada convincente.

George llenó un vaso con agua y se acercó todavía más a Rosie. Había estado escuchando la breve charla entre Eric y yo.

—Toma esto, cariño, te aliviará el dolor. —George la tomó del rostro con suavidad y la levantó unos centímetros. Rosie se movió un poco y gimió al sentir el dolor. George no la soltó—. Despacio —añadió y le puso el vaso en los labios.

Rosie agradeció con un gesto suave y dio un largo trago al vaso de agua mientras la pastilla descendía por su garganta. George suspiró, aliviado.

Alex se levantó de la cama.

—¿Necesitas que te lleven a casa? —preguntó una voz ronca a mis espaldas. Me giré y me encontré con el rostro suplicante de Eric. Tenía las pupilas dilatadas.

¿Qué escondían esos ojos azules? ¿Anhelos? ¿Esperanza? Sí, eso era. Deseaba tener una conversación conmigo. Sus ojos destellaban incertidumbre.

mientras los segundos pasaban.

—Mmm...

Pensé en una respuesta coherente. Todavía no se había hecho de noche y mi casa no estaba tan lejos. Además, Alex me acompañaría. Definitivamente, no necesitaba que me llevaran a casa. Pero no se me ocurría ninguna excusa y una parte de mí quería darle una oportunidad a Eric. Se lo merecía, ¿verdad?

Abrí la boca para hablar, pero entonces George me interrumpió:

—Estás ebrio, Eric —dijo, y nos dio la espalda a ambos mientras tapaba a Rosie con las sábanas. Me comenzaron a sudar las manos y supe que era hora de soltar a Rosie—. No vas a conducir en ese estado —añadió con autoridad.

—Estoy bien, puedo hacerlo —murmuró Eric.

Su cuerpo flácido seguía apoyado en la puerta. Parecía uno de esos hombres plantados en el altar: llevaba el cabello despeinado, la camisa mal puesta, el pantalón caído y arrugado, y tenía la mirada perdida y llena de decepción. Intuí que el hecho de estar apoyado significaba que no podía mantenerse en pie.

—No, no puedes. Le diré a Josh que la lleve. Puedes ir con ella y Josh, pero no permitiré que conduzcas en ese estado, y mucho menos que lleves a Hannah —dijo mientras se levantaba.

Me di cuenta de que ya no llevaba corbata y que su dureza al hablar se había esfumado, pero seguía firme. Se lo veía viejo y cansado.

—George, no he tomado ni una gota de alcohol —dijo atónito. Luego, echó un vistazo a su hermano mayor—. Lo juro. No he bebido nada —dijo con sinceridad.

Ni George ni yo lo creímos.

—Bien, dejemos que sea Hannah quien decida.

Me sorprendía la forma en que George lo intimidaba con la mirada. Claro, era el hermano mayor. Aunque era evidente que se respetaban mutuamente, como adultos que eran.

Alex me miró con cautela e impaciencia. Esperaba mi respuesta. Intenté ignorarlo, pero me resultaba imposible. Yo solo quería contemplarlo. Quería ver su rostro, porque sabía que, en algún momento, se iría para siempre. El corazón comenzó a latirme con más fuerza. Sentía una enorme presión en el

pecho; me destrozaba por dentro.

Sabía que Alex me apoyaría fuera cual fuera mi decisión.

Era asombroso. No tenía más palabras.

Miré a Eric, y este me devolvió la mirada. Me rogaba con sus ojos azules que me fuera con él.

«Una oportunidad. No puede ir tan mal», pensé.

—Está bien —respondí—. Iré con Eric, pero solo con una condición: tendrás que ir lento.

Eric sonrió, animado, y se relamió los labios. George negó por lo bajo y Alex besó la frente de su madre antes de salir. Vendría con nosotros.

Me acerqué a Rosie.

—Todo esto se resolverá, te lo prometo —le susurré al oído.

George tomó asiento en el mismo sillón en el que se había sentado antes. Tenía las piernas cruzadas, no de una forma femenina, sino de una manera autoritaria. Me esforcé por sonreír a Rosie. Sin embargo, ella tenía los ojos cerrados a causa del sedante. Asintió con pocas fuerzas.

Entonces, añadí:

—Vendré a visitarte.

Antes de marcharme, con un rápido y disimulado movimiento, me metí la nota en uno de los bolsillos del pantalón. Apenas hice ruido. Di las gracias mentalmente por ello.

—¿Lista? —preguntó Eric cuando me giré.

Ya no estaba apoyado en la puerta y no parecía tener la mirada tan perdida como creía. Quizá era verdad que no había bebido. De lo contrario, habría perdido el equilibrio fácilmente.

Asentí.

—Nos vemos pronto, George —dije, y asentí a modo de despedida. El padre de Alex hizo lo mismo y sonrió.

—Hasta luego, Hannah. Cuídate. —Escuché detrás de mí.

Por extraño que pareciera, ni George ni Eric se habían dado cuenta de que tenía la nota en la mano, ni oían el rasguido de la hoja que se movía dentro del bolsillo a cada paso que daba. Por un momento, creí que se percatarían. Pero no lo hicieron.

Salí de la habitación con Eric y Alex detrás de mí. No obstante, Eric

apresuró el paso al cabo de un par de segundos y ya estaba a mi lado derecho. El pasillo era bastante grande para que nuestros cuerpos se mantuvieran a una distancia considerable. Alex no se quedó rezagado y se colocó junto a mí, a mi izquierda. Sentí una ráfaga de aire frío por la espalda y, luego, por las piernas. ¿Habían encendido el aire acondicionado o era yo?

Recé porque fuera la primera opción.

Eric, Alex y yo comenzamos a caminar por el pasillo de la segunda planta. Mis ojos se posaron durante unos momentos en el rostro afligido y cansado de Eric. Luego, bajé la mirada y contemplé la alfombra que se extendía sobre el suelo de mármol. De repente, comencé a sentirme inquieta. Algo iba mal... me sentía vigilada. No había nadie más en el pasillo, pero sentía que me observaban.

Me rasqué la nuca al sentir un picor terrible.

Incluso me picaban las piernas.

Se hizo un silencio algo incómodo. Bastante, en realidad. Respiré con dificultad y esperé a que Eric dijera algo, pero no articuló palabra alguna. Continuó caminando con nerviosismo. Luego, exhaló con fuerza. Noté que ese era el único sonido que se oía en el pasillo. Nuestros pasos no eran ni lentos ni rápidos. Entonces, el aliento de Eric inundó el lugar. Olía a uva... a uvas frescas y humedecidas, sí. ¿O tal vez a mora? No, no, era diferente... no olía a uva. Definitivamente, era un olor más fuerte, más jocosos, más...

Eric se aclaró la garganta y se enderezó. Sus músculos se tensaron, y cuando abrió la boca, intenté inspirar el aroma que flotaba en el pasillo. Ese olor...

—He esperado este momento durante mucho tiempo —pronunció con voz baja y ronca. Fue casi un susurro. Me estremecí de inmediato al oírlo.

Entonces, reconocí el olor que me había intrigado hacía unos momentos. Apreté los ojos con fuerza.

Eric apestaba a alcohol.

Capítulo 3

—Sube —me ordenó Eric con amabilidad mientras me abría la puerta del copiloto del vehículo. Alex ya había entrado en el coche y se había colocado justo detrás del asiento del piloto. Sin objetar nada, me subí al automóvil.

—Gracias —murmuré cuando cerró la puerta. Él asintió con la cabeza y rodeó el coche por la parte delantera. Los asientos estaban fríos y eran de piel de color crema. El aroma a tabaco impregnaba todo el vehículo.

Me moví con nerviosismo en mi asiento y miré a Alex de reojo. Este me devolvió la mirada y sonrió lánguidamente.

Casi de inmediato, Eric abrió la puerta del asiento del piloto. El aire dentro del coche se volvió tenso. Eric puso en marcha el motor rápidamente. Después, suspiró.

—¿Te apetece ir a cenar? —preguntó antes de arrancar el vehículo. Me lanzó una mirada penetrante.

Dudé.

No, definitivamente, no. Seguramente, mi madre debía de estar llamando a mi puerta a estas horas. Y sabía que si llegaba más tarde se enteraría de que había salido y probablemente me mataría. Lo miré con cierta culpabilidad.

—En realidad, preferiría ir a casa. Estoy castigada y no quiero que mi madre se enfade.

Eric asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. Otro día, entonces —respondió con voz ronca.

Asentí con la cabeza. Me costaba hablar. Eric arrancó el vehículo y, después, aceleró, aunque no demasiado, por suerte. Su coche no tenía caja de cambios automática como el de George.

—Sí, claro —dije, y le ofrecí una media sonrisa que rápidamente desapareció. Eric se incorporó a la carretera. En menos de cinco minutos estaría en mi casa.

—¿Qué le pasó a Cara? —preguntó nervioso. Al parecer, le costaba entablar una conversación conmigo.

—Ha... ha muerto. Al parecer la atropellaron —contesté, recordando lo ocurrido hacía un par de días.

—¿Se sabe quién era el conductor? —repitió sin apartar la mirada de la carretera.

Lo observé. Tenía el ceño fruncido y apretaba el volante suavemente con ambas manos. Sin embargo, parecía incapaz de mirarme a los ojos.

El viaje en coche estaba resultando ser muy incómodo.

—No, el coche no llevaba la matrícula —expliqué.

Eric me echó un vistazo rápido y, después, volvió a fijar la mirada en la carretera.

Empañaba el vidrio de la ventanilla del copiloto con el aliento. Hacía mucho frío.

—¿Y la gente? ¿No hubo testigos?

—No —respondí, soltando un bufido—. Era de madrugada, todos estaban durmiendo.

—No todos, Hannah —me dijo.

Me limité a asentir con la cabeza. Tenía razón; siempre había alguien en la calle. No obstante, las personas que estaban fuera a esas horas, o eran vagabundos o eran asesinos, o ambas cosas, en realidad nunca se sabía. Estaba de acuerdo en que no podía confiar ni en mi propia sombra.

Eric se aclaró la garganta. El aroma a alcohol se hacía cada vez más evidente, porque las ventanillas estaban subidas. Sin embargo, era un olor dulce, casi delicioso.

—¿La querías?

—Sí, era mi mejor amiga.

Él me miró durante tan solo una milésima de segundo. Parecía no entender lo que decía. Gracias al reflejo de la ventanilla, vi que había fruncido el ceño. Entonces echó una mirada a través del retrovisor, como si algo lo preocupara.

—¿Cómo? —inquirió, confundido.

Fruncí los labios.

Cara era la única persona que me comprendía y con la que podía hablar sin sentir vergüenza. Era muy extraño que una persona me cayese bien. Mi cerebro tenía por costumbre analizar a la gente inmediatamente después de conocerla. Si había algo en el carácter de la persona que a mi cerebro no le gustara por alguna razón, yo no podía llamarlo amigo, sino compañero.

—Cara fue la primera persona con la que hablé cuando llegué aquí.

—Ah —resopló.

Silencio.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —pregunté antes de ser capaz de detenerme—. ¿Nunca has estado aquí? —Giré la cara y contemplé su perfil desde ese ángulo. Tenía los labios fruncidos y miraba hacia la carretera.

—Os estuve buscando por todas partes. Pero... nunca os encontré —murmuró—. No fue nada fácil. No tenía ni la menor idea de dónde podíais estar. Y ahora... sé por qué tardé tanto en encontraros. Margaret se cambió de nombre. Supongo que ese fue el motivo principal por el que no os encontré.

—¿Y la policía? —susurré.

Eric rio.

—No fue de gran ayuda. Decían que lo más probable es que os hubiesen secuestrado, pero yo no estaba seguro de ello. Sabía que Margaret te había llevado con ella. Fue muy duro. El día anterior habíamos discutido y ella había amenazado con irse. No creía que fuera capaz. No pensaba que pudiera hacer algo así, pero al día siguiente regresé y... —Su voz se cortó—. Ya no estabais. No había ninguna carta de despedida, ninguna nota, ni un aviso... absolutamente nada. —Tragó saliva—. Me dolió mucho, sobre todo porque sabía que había sido por mi culpa. Pero Margaret no se llevó nada, ni ropa, ni fotos, ni siquiera tus papeles. ¿Nunca le has pedido tu certificado de nacimiento?

De repente, tenía la garganta seca como un desierto. Y recordé el momento en que Alex me contó su teoría. Aunque no era correcta: no éramos hermanastros, sino primos. Ahora más que nunca debía pedirle el certificado de nacimiento a mi madre. Sentía que no me conocía a mí misma... ¿Y si mi nombre nunca fue Hannah? Si mi madre se cambió de nombre, ¿no podría haber hecho lo mismo conmigo?

—No, confiaba en ella. Nunca se los pedí, no creí que fuera necesario, pero ahora...

—Escucha, Margaret es una buena persona —me interrumpió—. No quiero que te pongas en su contra, y menos por esto. Seguramente me odia, lo sé. Yo soy el culpable de todo, no ella —dijo, apretando el volante con fuerza.

—¿Odiarte? —pregunté con una ceja levantada—. Es una persona muy pacífica. Nunca odiaría a nadie. —Intenté darle ánimos.

—No lo entiendes, pero algún día lo harás. Sé... sé que le hice mucho daño. —Suspiró. Sujetaba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Me llamo Hannah? ¿O tengo otro nombre? —inquirí, confundida.

Eric negó con la cabeza.

—Tu nombre es Hannah Crowell, no Hannah Reeve —contestó. El corazón se me encogió y noté como Alex se tensaba detrás de Eric. Hannah Crowell. Ese era mi nombre. No podía creerlo.

Eric se detuvo en un semáforo en rojo y me observó con los ojos cansados. Parecía que se me fuera a salir el corazón del pecho.

—Entonces sí eres mi padre —murmuré tan bajo como pude. Asintió con la cabeza y me ofreció una mirada llena de esperanza.

—Sí —respondió finalmente.

Un estruendoso ruido se escuchó en el otro carril. Una ensordecedora motocicleta atravesó la calle en sentido contrario. Me sobresalté. Eric había conducido con prudencia y había respetado todas las señales de tráfico hasta ahora.

Fue una suerte que la motocicleta pasara justo en ese momento. De lo contrario, no lo habría visto. El semáforo para los vehículos que venían en dirección contraria estaba en verde, así que la motocicleta no se molestó en frenar, sino que aceleró. Y entonces, en la esquina y con las luces apagadas, lo vi. El corazón se me detuvo en seco.

—¿Qué? —tartamudeé. No creía lo que veía. Era... inexplicable. No tenía palabras. Eric siguió la dirección de mi mirada y frunció el ceño. Se le formaron unas pequeñas y finas arrugas en la frente. El automóvil azul estaba parado en una esquina. El parabrisas seguía agrietado. Todavía tenía sangre.

La imagen era aterradora... parecía que estuviese en una película de miedo. Aunque sabía que esto era peor que una película de terror, porque era real. El pánico se apoderó de mí.

—¿Hannah? —preguntó Alex, asustado. Escudriñó mi expresión con inquietud.

—Es el coche... —murmuré con los ojos bien abiertos. Parecía que el corazón se me fuera a salir del pecho—. ¡Es el coche que atropelló a Cara! —grité, aterrada. Sabía que tenía que calmarme, pero simplemente no podía.

—¡No puede ser! —maldijo Alex con rapidez—. Ponte el cinturón —me ordenó.

Pero no podía moverme. Me había quedado paralizada, y era horrible. Todo se había vuelto borroso y no podía dejar de temblar.

Esto no podía estar pasando ahora.

¡No!

Y entonces, pensé de nuevo en Cara, en Rosie y en Tom. Los tres habían sido víctimas, pero dudaba que algo le fuese a pasar a Eric. Él no había recibido ninguna amenaza.

Se me detuvo el corazón durante un segundo.

—¿Estás segura? —preguntó con voz angustiada. Eric miró el vehículo sorprendido, con los ojos abiertos como platos.

—Sí —dije con la voz entrecortada.

Parpadeé. Definitivamente, ese era el coche que había atropellado a Cara. No lo olvidaría nunca.

Silencio.

El semáforo se puso en verde. Estábamos solos en medio de la calle, con excepción del automóvil azul. Todo estaba a oscuras. Eric comenzó a sacudir los bolsillos y luego maldijo en voz baja.

—¡No tengo el móvil!

Mi corazón comenzó a latir todavía con más fuerza. Yo tampoco llevaba el teléfono encima. Todavía seguía castigada por haber pegado a Seth.

Eric se pasó el antebrazo por el rostro y gruñó en voz baja. Y luego, se inclinó sobre mí y abrió la guantera del coche. Sacó lo que parecía un paquete envuelto en un pañuelo blanco.

—¿Qué es eso? —pregunté, agitada.

Eric comenzó a desenvolverlo y, entonces, lo vi.

Era una pistola.

—¡Eric! —grité, espantada.

Cogió el arma. No parecía nervioso; sujetaba la pistola con suavidad, como si supiese lo que hacía.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? —dijo mientras abría la puerta del piloto.

Gemí y me llevé las manos a la boca.

—¡No! ¡No vayas! ¡No! —Me comenzaron a temblar las manos y me fue imposible ocultar el pánico. Estaba desesperada y todo el cuerpo me temblaba. ¿Y si le pasaba algo a Eric?

—¡Joder! —gritó Alex—. Quédate aquí.

—¡No, Alex!

Él, por supuesto, me ignoró. Y, un momento después, ya estaba fuera del coche. Esto no acabaría bien.

El corazón me latía con fuerza. Cuando Alex bajó, sentí un pinchazo en el estómago. Sabía que a él no le pasaría nada, pero no creía conveniente que viese todo aquello, sobre todo cuando la vida de su tío corría peligro.

Eric tenía oculta la pistola detrás de él y caminaba con paso lento y sigiloso. De repente, empezó a correr. Salté del asiento en cuanto lo vi y chillé en voz baja.

No. No. No.

El coche azul no había encendido las luces y ni siquiera se había molestado en encender el motor. Nadie había echado a correr. Todo estaba en calma, excepto mi respiración agitada.

Eric dejó de correr y se acercó al coche sigilosamente. Las piernas le temblaban con cada paso que daba. Sin embargo, sujetaba la pistola con firmeza. Tuve la ligera sospecha de que no era la primera vez que utilizaba un arma. Llegué incluso a pensar que quizá era policía. Alex iba detrás de él, pero, entonces, lo alcanzó y se acercó a la ventanilla del piloto. Se asomó y negó con la cabeza. Eric continuó caminando hacia el coche y, cuando estuvo lo bastante cerca, apuntó con el arma y abrió la puerta de golpe. El eco resonó por toda la calle. Eric apuntaba con la pistola al interior del automóvil azul sin matrícula.

¿No se suponía que la policía se lo había llevado? ¿Qué hacía en la calle?

¿Y quién podría haberlo dejado ahí?

Eric desvió la mirada hasta mí y negó con la cabeza, puso el seguro de la pistola y echó un último vistazo al interior del vehículo mientras se guardaba el arma dentro del pantalón.

Suspiré.

Solo había sido una broma de mal gusto. Vi como Alex suspiraba, aliviado. Relajó los hombros y aspiró todo el aire que había guardado en los pulmones por la boca. Verlo así me tranquilizó. Sin embargo, Eric no se relajó: miraba atento alrededor, esperando ver algo fuera de lo normal. Entonces, abrió los ojos como platos.

De repente, oí unos neumáticos chirriar en la carretera. Fuera lo que fuese, parecía a ir a toda velocidad, porque olía a goma quemada y a combustible.

—¡Hannah! —gritó Alex, con voz ahogada.

Giré la cabeza hacia él, pero él no me miraba a mí. Entrecerré los ojos y seguí la dirección de su mirada. Una luz me cegó durante unos instantes y me quedé completamente paralizada.

—¡Hannah! ¡Sal del coche! —gritó Eric desde el coche azul. Entonces, echó a correr a gran velocidad hacia mí.

Todo se volvía cada vez más oscuro.

Un automóvil aceleraba hacia el de Eric con una rapidez brutal. Me quedé sin respiración y todo parecía moverse a cámara lenta. Un par de segundos más y el parachoques delantero de aquel vehículo se estrellaría contra la puerta del copiloto, justo donde estaba yo.

«Emboscada», fue lo único que era capaz de pensar. Me temblaba todo el cuerpo. Sentí un hormigueo terrible en las piernas, como si estuvieran dormidas. No me respondían en absoluto.

Iba a morir.

La luz cada vez estaba más cerca. El coche estaba a tan pocos metros que los focos blancos me cegaron por completo. Estaba muy asustada y no dejaba de gritar. Me hice un ovillo y apreté las rodillas contra el pecho, ocultando la cabeza entre ellas para protegerme del impacto. El mundo entero se detuvo. Y entonces, cerré los ojos y escuché un estruendoso golpe.

Siempre había creído que la muerte era oscura, silenciosa y tranquila.

Sabía que iba a ver pasar todos los momentos importantes de mi vida uno

a uno, como en fotogramas. En las películas siempre sucedía así y mucha gente que había estado a punto de morir había asegurado que era cierto. Probablemente, vería el momento en que mi madre me había regalado por mi duodécimo cumpleaños, pensando que podría ponérmelo en Navidad, aquel suéter rojo y la nariz rojiza a juego que tanto odiaba. O puede que escuchase la risa de Cara al caerse por las escaleras con esos zapatos de tacón alto que chirriaban en el suelo cuando caminaba. Tal vez recordaría a los compañeros que había conocido en los diferentes colegios, sonriéndome con amabilidad cuando me pedían prestado un lápiz o cuando me invitaban a sus casas. Me vería con la cara roja como un tomate el día que confundí el baño de los chicos con el de las chicas. Me oiría reír en un avión y en los caminos pedregosos que mi madre y yo recorriamos cada vez que teníamos que mudarnos, o puede que me escuchara llorar a cántaros cuando no quería irme de alguna ciudad a la que había cogido cariño.

Sin embargo, solo veía luz. Todo era ruido, y sentía de todo menos tranquilidad.

Mi corazón todavía latía.

Abrí los ojos. El coche de Eric estaba intacto, ni siquiera se había desplazado un centímetro. No tenía ningún golpe en la puerta del copiloto. Y yo... yo estaba viva, suponía. Respiraba con fuerza. Tenía la piel de gallina y el vello erizado por culpa de toda la adrenalina que me recorría el cuerpo.

Si estaba bien y el coche también, ¿qué había sido aquel ruido sordo?

Miré por la ventanilla hacia la calle. El vehículo que hasta hace unos momentos se dirigía en mi dirección estaba ahora estampado contra una cafetería que había en la esquina de la calle, justo enfrente de mí.

¿Qué había ocurrido?

—¡Hannah! ¿Estás bien? ¿Hannah? —preguntó Alex, que estaba sentado en el asiento del piloto. No había abierto la puerta para no llamar la atención de Eric.

—Sí —respondí con voz aguda.

Eric caminaba en dirección al coche que había chocado contra la cafetería. Tenía el capó levantado y toda la parte delantera chafada. Parecía más pequeño de lo que realmente era. Era un automóvil gris, y este sí llevaba la matrícula. Tenía los cristales polarizados y no se veía nada del interior. Al parecer, el conductor del coche estaba herido y seguía dentro. Lo sabía

porque Eric seguía apuntando con el arma hacia el interior del vehículo.

Todo estaba muy tranquilo y en silencio.

—¿Qué ha pasado? —susurré. Mi voz sonó más aguda de lo que tenía previsto.

La cabeza me daba vueltas sin parar.

Había estado a punto de morir. Dios.

—Mi tío Eric ha disparado a una de las ruedas del coche, el conductor no ha podido controlar el volante y ha intentado girar en el último momento, pero ha chocado contra la cafetería. ¿Estás segura de que estás bien? —volvió a preguntar.

Levantó las manos y, antes de que me diera cuenta, apoyó los dedos en mi rostro. Me acarició las mejillas con las yemas de los dedos suavemente. Parecía preocupado.

—Sí —respondí.

—Creí que... —Se detuvo. Sabía que no lo diría. Sus ojos destilaban pánico.

—Lo sé, yo... Eric... —No sabía qué decir exactamente. Tenía un nudo en la garganta que no me permitía hablar con claridad y me temblaba el labio inferior—. Estoy bien.

—Vale. Voy con Eric, ¿de acuerdo?

—Te acompaño —contesté rápidamente.

Alex negó casi de inmediato.

—No, Hannah. Has estado a punto de morir. No sé qué hubiera pasado si... —Se interrumpió cuando la voz le falló—. No, quédate aquí.

—¿Estás bien?! —gritó Eric. Todavía no se había acercado lo suficiente al coche gris y sujetaba con firmeza la pistola. Asentí con la cabeza—. ¿Puedes venir aquí?

—Cuidado, Hannah —dijo Alex, preocupado—. Te quiero y no quiero que te pase nada malo, ¿vale? —Se lo veía desesperado.

¿Para qué quería que me quedara ahí? ¿Para que viniera otro coche y acabara conmigo? No, me negaba rotundamente a quedarme ahí dentro. Quería saber quién era el conductor del coche que se había chocado contra la cafetería. Quería saber quién había intentado matarme.

Pero asentí de nuevo con la cabeza, sin poder articular ni una palabra. No

quería que se preocupara, pero merecía saber quién había intentado asesinarme, y Alex lo sabía. Él solo intentaba cuidarme y protegerme. Intenté contestar, pero... me había quedado muda. Sentía una quemazón en la garganta, como si llevara un siglo sin beber agua.

—Hannah, ¿puedes venir? —inquirió Eric.

No iba a desaprovechar esa oportunidad. Pedí perdón a Alex con la mirada y él negó con la cabeza. Abrí la puerta del coche de Eric y salí. Todo mi cuerpo estaba tenso y rígido. Solo unos segundos después, Alex estaba junto a mí.

Inspiré como si nunca lo hubiera hecho antes. El aire llegó a mis pulmones y me sentí libre. Toda la tensión de los últimos minutos había desaparecido. Sin embargo, las piernas y los dedos todavía me temblaban. Intenté controlarme cuando la brisa me golpeó con suavidad.

—Acércate, Hannah —gruñó Eric. Sostenía la pistola en la mano derecha con firmeza. No vacilaba. Se movía con facilidad, aunque era evidente que estaba asustado. Sabía tan bien como yo que la persona que estaba ahí dentro era inmune a la compasión.

Caminé con paso lento, aunque demasiado tembloroso. El aire me distraía, hacía que mi cabello se sacudiera con la brisa y me cayera en las mejillas. Me sorprendía que no estuvieran húmedas; eso quería decir que no había llorado.

Cuando llegué a su lado, Eric me miró.

—¿Reconoces el coche? —preguntó.

Había comenzado a salir humo del motor del vehículo y olía a quemado. Parecía que fuera a explotar en cualquier momento. Estaba asustada.

—No, nunca lo había visto —respondí con voz temblorosa.

—Bien. Mantente cerca de mí —susurró.

Después, se acercó al coche con cautela y paso lento. Seguidamente, llevó la mano a la manilla de la puerta y la abrió. Enseguida, se puso en guardia y esperó unos segundos a que el agresor respondiera. Pero no ocurrió nada, no se oyó ni un solo ruido procedente del interior.

Me estremecí.

Eric se acercó más y abrió la puerta por completo. Di un brinco detrás de él y me puse de puntillas para ver mejor. Un cuerpo flácido estaba sentado en el asiento del piloto. Vestía de negro y, a juzgar por el físico, se trataba de una

mujer. Entonces, subí la mirada y me encontré con un cabello de color zanahoria. La chica tenía la cara cubierta por un pasamontañas, pero el pelo le sobresalía y caía por encima de los hombros.

Se me desencajó la mandíbula y abrí los ojos como platos.

—Sarah... —murmuré para mis adentros.

Eric se acercó y se metió en el coche. Tiró del pasamontañas una vez hubo comprobado que la mujer estaba inconsciente. El rostro lleno de pecas de la pelirroja era inconfundible.

—No... no puede ser —susurré, aterrada. Mis sospechas eran ciertas.

—Sarah... —dijo Alex.

—¿La conoces? —preguntó Eric.

—Sí —respondí. Me dolía la cabeza y todo me daba vueltas.

¿Sarah? ¿Era ella la asesina? ¿Había intentado matarme ella? ¿Por qué?

—Vuelve al coche, llamaré a la policía. —De nuevo, Eric volvió a guardar la pistola dentro del pantalón, justo en la cintura.

—¿Está viva?

Él asintió.

—Sí, será mejor que vuelvas al coche —ordenó con brusquedad, justo como solía hacer George.

Contemplé por última vez el rostro de Sarah. Sus pecas resaltaban con el color de su pelo. Parecían pequeños copos de nieve cayendo sobre un volcán rojizo. Sus pestañas descansaban sobre los párpados cerrados. Su piel pálida resplandecía en la noche helada. Su diminuto cuerpo inconsciente estaba totalmente inerte.

—Vámonos, Hannah —me dijo Alex al oído.

—¿Estará bien? —pregunté mientras caminaba de regreso al coche de Eric.

—Sí, lo estará. No te preocupes —respondió con suavidad.

Asentí con la cabeza. Esperaba que tuviera razón.

—¿Fue ella, Alex? —pregunté con la voz entrecortada. Pero Alex no respondió. Me subí al coche, todavía con las piernas temblorosas.

Eric se dirigió a una esquina, se acercó a una cabina telefónica y llamó a la policía. Movía los labios frenéticamente y, de vez en cuando, me miraba de reojo. ¿Qué hora sería? Eric colgó el teléfono y comenzó a caminar con paso

rápido hacia su automóvil. Un minuto después, abrió la puerta del piloto.

—Te llevaré a casa —dijo mientras se sentaba en el asiento del conductor.

—¿Qué pasa con Sarah? —pregunté, horrorizada.

—Está inconsciente, la policía vendrá enseguida. Le he pedido a uno de mis guardias que viniera para acá. Te llevaré a casa —dijo, y arrancó el coche.

Parecía que tenía razón: Eric era policía, o algo parecido.

—¿Y si se escapa? ¿Podría estar fingiendo!

Él negó e hizo rugir el motor del vehículo.

—Está inconsciente, Hannah. No se escapará.

Al cabo de unos minutos, ya habíamos llegado a mi casa.

—Puedes dejarme aquí —dije.

—Te dejaré en la puerta —contestó.

—No, ya puedo ir sola. —Estaba castigada; mi madre no podía verme llegar y mucho menos acompañada de Eric. Montaría en cólera. Él, por supuesto, me ignoró, y bufé por lo bajo.

—No te molestes conmigo. Solo me preocupo por ti, ¿de acuerdo?

No contesté, no tenía ánimos para hacerlo. Solo podía pensar en Sarah. ¿Realmente había intentado matarme? ¿O solo había querido darme un susto?

Alex no creía que Sarah fuese la asesina, y yo tampoco. Lo supe al ver que no era capaz de responder cuando le pregunté lo que pensaba. No tenía relación alguna con Alex, nunca habían hablado y, además, había estado en el funeral de Cara. Por otra parte, Sarah no pudo haber ordenado que le dieran una paliza a Tom. Era evidente que se llevaban bastante bien. Tampoco pudo haber entrado a medianoche en mi habitación y dejado la nota. Además, Rosie había dicho que la mujer que la había atacado era alta, morena y de mirada oscura, y Sarah era más bien bajita, pelirroja y tenía los ojos azules, así que no era la asesina.

Era una cómplice.

Tal vez Sarah estaba al tanto de todo lo que yo hacía gracias a las reuniones que organizaban Cara y los demás. Estaba segura de que ella se lo contaba todo después a la asesina.

Pero ¿a quién le daría toda esa información? ¿Quién daba órdenes a Sarah?

Era una mujer, de eso estaba segura. Y yo ya sospechaba de alguien...

Mi madre.

¿Por qué había ido ella a la reunión de casa de Seth? ¿Por qué no había cogido su coche? ¿No era extraño? Además, no podía confiar en ella; me había mentido sobre la muerte de mi padre, sobre su nombre, y no dejaba de ocultarme cosas...

¡Solo ella podría haber entrado en mi habitación a medianoche! ¿Acaso había dejado la ventana abierta adrede para que no descubriera que había sido ella? No, no podía creerlo.

Mi madre no era capaz de hacer una cosa así. Hasta Eric me lo había dicho. A pesar de todo el daño que le había hecho, no había dudado a la hora de decir que mi madre era una buena persona. Pero yo no podía confiar en ella.

Sus mentiras habían hecho que se levantara un muro inquebrantable entre nosotras. Y ella lo sabía. Pero mi mente no me dejaba tranquila. La descripción que había dado Rosie de su atacante coincidía casi con exactitud con la de mi madre.

Debía vigilarla muy de cerca. Se había convertido en la principal sospechosa, y debía asimilarlo. Me dolía pensar una cosa así, porque era mi madre. Pero se había convertido en una completa desconocida. Ya no sabía quién era.

—Muy bien, ya hemos llegado —me avisó Eric, sacándome de mi ensimismamiento. Pestañee un par de veces tratando de volver a la realidad. La calle estaba vacía y oscura.

—Gracias... —contesté con sinceridad. Tragué saliva—. Es decir, gracias por salvarme. —Le ofrecí una media sonrisa en agradecimiento, y él asintió.

—De nada, debería... —La voz de Eric se vio interrumpida por un fuerte golpe. Giré la vista hacia la puerta de mi casa.

Mi madre caminaba en nuestra dirección. Estaba furiosa.

—Oh, no —susurré, frustrada. Me desabroché el cinturón con un movimiento brusco y me bajé del coche tan rápido como pude—. Va a matarme.

—¡Hannah Reeve! ¡¿Se puede saber dónde narices estabas?! —gritó, furiosa. Tenía el rostro tan rojo como un tomate. Estaba que echaba humo.

¿Y ahora qué?

—Mamá... —intenté explicarme, pero ella me interrumpió.

—¿Creías que podías engañarme? —gritó, todavía más enfadada.

Cuando gritaba, se le hinchaba la vena de la frente. Llevaba el pelo recogido en una desordenada coleta. Me di cuenta de que ya sabía desde hacía un rato que la había engañado y que había estado fuera de casa. Todavía llevaba puesta la ropa de trabajo: la falda lápiz de color azul y la camisa abotonada hasta el pecho, con uno de sus botones, como de costumbre, desabrochados. Calzaba unos tacones altos que le daban una apariencia aterradora y amenazante. Puso los brazos en jarra.

Me había metido en problemas.

—¿No se supone que estás castigada? ¿Puedes explicarme qué haces fuera? —dijo con brusquedad. La miré durante unos segundos.

¿Era ella la asesina de Alex? No, solo estaba enfadada y nerviosa, era lógico... Se la veía alterada. Entonces, suspiró y prosiguió:

—Y sobre todo... ¿Puedes explicarme qué haces fuera a estas horas y con quién? —Me miró molesta.

Los ventanillas del coche de Eric estaban subidas y, como eran de cristal polarizado, no se veía nada del interior. Esperaba con ansias que la ventanilla se bajara y que el rostro de Eric se asomara tras el cristal.

¿Cómo reaccionaría mi madre al ver a Eric, aquella persona de la que tanto se había escondido y a la que había evitado durante tanto tiempo? ¿Lo golpearía? ¿Lo abrazaría?

—¿Qué? ¿Te has quedado muda? —dijo con sarcasmo.

Me miraba de forma amenazadora. Rezaba porque Eric bajara la maldita ventanilla de una vez.

Me aclaré la garganta.

Vamos, Eric, sal. Es tu turno.

—No, mamá —respondí. Y, luego, tragué saliva. Eric no había arrancado el coche, así que eso solo significaba una cosa—. Me gustaría que saludaras a alguien —dije con una fluidez que apenas pude creer.

Mi madre pestañeó, sorprendida, pero la furia no desapareció de su rostro

enrojecido.

—¿A quién? —preguntó, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Intentaba hacerse la desinteresada, pero era evidente que se moría de ganas por saber quién se escondía tras la ventanilla. Levantó la vista para ver quién había al volante. El corazón comenzó a latirme a toda velocidad cuando escuché que la ventanilla del copiloto empezaba a bajarse lentamente.

—Hola, Emma —dijo Eric con fingida sorpresa. Sabía perfectamente que se llamaba Margaret, pero intentaba mantener el secreto, aparentar que yo no sabía que era su hija.

Mi madre ladeó la cabeza y sus ojos oscuros se abrieron tanto como los de un pequeño hámster asustado. Estaba visiblemente sorprendida. Tenía una expresión agonizante... Apenas parecía mi madre. Se la veía desorientada, como si su mundo se hubiera venido abajo en cuestión de segundos. Había pasado de la furia al pánico y a la sorpresa en cuestión de segundos. Le costaba respirar, estaba paralizada, boquiabierta, el corazón le iba a mil por hora... Desde el coche, oía los latidos de su corazón.

—¿Tú? —susurró. Estuvo a punto de caerse al suelo, pero, de algún modo, consiguió mantener el equilibrio. No se molestó en ocultar su respiración agitada. Su pecho subía y bajaba sin parar. Tenía un rostro totalmente inexpresivo.

Era evidente por la conmoción de mi madre que yo era hija de Eric.

—Es increíble lo pequeño que es el mundo, ¿verdad? —dijo Eric con una media sonrisa—. Tarde o temprano te reencuentras con esa persona. No importa cuánto trates de evitarla.

Capítulo 4

—¿Eric? —preguntó con voz temblorosa.

Mi madre tenía el ceño fruncido y su mirada expresaba pura confusión. Escudriñó a Eric con un rápido movimiento y, luego, posó la vista en mí. Por un momento, creí que iba a desmayarse, pero, como siempre, demostró que me equivocaba: se mantuvo en pie, aunque las piernas comenzaban a fallarle.

—¿Podemos hablar?

Ella lo observaba de reojo. Estaba segura de que no dejaba de preguntarse mentalmente: «¿Está ocurriendo esto de verdad?». Inesperadamente, se quedó muda y, después, me observó con horror.

—Yo... —tartamudeó. Parecía totalmente confundida.

—Es lo menos que puedes hacer, Emma —dijo él en un tono calmado, aunque sus ojos reflejaban todo lo contrario. Había hecho énfasis en su nombre, como si ambos supieran de lo que hablaban. Pero yo también estaba al corriente.

Eric seguía frente al volante y se inclinaba sobre mí para asomarse por la ventanilla del asiento del copiloto. Eric tenía un increíble e inigualable parecido a mí. Los rasgos eran idénticos...

—¿Qué le has dicho? —preguntó con frialdad mi madre. Parecía que se le fuera a quebrar la voz de un momento a otro. Su coleta cada vez estaba más despeinada. Se aclaró disimuladamente la garganta y se irguió. Entonces, volvió a ponerse furiosa.

—¿Decirme qué? —pregunté, fingiendo no saber de qué hablaba.

Mi madre se pasó una mano por el rostro y suspiró con frustración.

—Entra en casa —ordenó. Estaba tensa; parecía realmente aterrada.

—¿Por qué? —exigí saber con el ceño fruncido.

Todavía no me creía lo que estaba pasando. Hacía solo unos minutos había estado a punto de morir, y ahora estaba aquí, contemplando el reencuentro entre mi madre y mi padre. Al pensarlo, me sentí incómoda. Quizá debía darles cierta privacidad. No se habían visto desde hacía muchísimo tiempo. Era lógico pensar que quisieran estar a solas.

—Haz caso a tu madre —dijo con firmeza.

Entonces, elevó el pecho y se puso en guardia. Eric la miraba fijamente desde dentro del vehículo. Mi madre estaba cada vez más tensa e incómoda. Ni siquiera se había dignado a mirarlo a los ojos. Lo evitaba.

Me di media vuelta y me despedí de Eric:

—Gracias por traerme. Adiós.

Él asintió. Parecía inquieto. Daba la sensación de que me agradecía que les diese cierta intimidad. Supuse que Eric estaba ansioso por hablar con mi madre. Su mirada azul lo delataba.

—Nos vemos pronto, Hannah. Que descanses —contestó.

Le ofrecí una media sonrisa y, con un movimiento de cabeza, le di las gracias nuevamente por haberme salvado la vida. Entonces, comencé a caminar hacia la puerta de casa, no sin antes echar un último vistazo al rostro espantado de mi madre. Estaba realmente impactada, como si estuviera teniendo una pesadilla; parecía no creer que todo aquello estuviera pasando de verdad. Pasé junto a ella y sentí la tensión que desprendía.

Cuando estuve lo bastante lejos, oí la voz de mi madre. Apenas era un susurro. Estaba enfadada.

—¿Qué haces aquí, Eric? —preguntó, horrorizada.

No me giré, seguí adelante sin detenerme. Si estuviera en la misma situación, probablemente hubiese tenido un ataque de pánico. Después de tanto tiempo sin verse, necesitaban hablar. Entré en casa, con Alex detrás de mí, como siempre.

—No puedes quedarte quieta, ¿verdad, Hannah? —bromeó. Su mirada me hizo reír, pero veía la preocupación en sus ojos. Las piernas todavía me temblaban por todo lo ocurrido.

—Mira quién habla... —Mi respuesta lo pilló por sorpresa y se quedó callado.

Entonces, recordé que Alex era un fantasma y que algún día me abandonaría. Era algo inevitable.

—Yo nunca te dejaré —dijo. Su respuesta me provocó escalofríos—. Siempre estaré contigo. No importa lo que pase, ¿de acuerdo? Siempre estaré aquí. No lo olvides. —El eco de su voz resonó en mi mente.

—Lo sé.

Él me sonrió.

—Cada vez estamos más cerca de saber quién es el asesino. ¿Tú crees que fue Sarah? —preguntó.

Caminé hasta uno de los sillones y me dejé caer. No tenía sentido subir a mi habitación. En cuanto mi madre entrara por la puerta, me haría un interrogatorio bastante largo.

Yo negué.

—No, hay alguien más detrás de todo esto. Lo presiento —respondí, totalmente segura.

¿Por qué Sarah se dejaría al descubierto tan fácilmente? ¿De verdad quería matarme? ¿Para quién trabajaba?

Alex se quedó pensativo. Me miró durante una milésima de segundo y, cuando nuestros ojos se encontraron, agachó la vista rápidamente.

Escondía algo...

—¿Qué ocurre, Alex?

Estaba apoyado en uno de los sillones, con los brazos cruzados sobre el cabezal. Alex levantó la mirada.

—¿A qué te refieres? —Intentó ocultar su preocupación.

Aunque nos conocíamos desde hacía poco tiempo, sabía muchas cosas sobre él. Alex era reservado. Sabía que no le gustaba que me preocupara, pero eso solo hacía que me preocupara todavía más.

Traté de captar su atención mirándolo fijamente, pero me evitaba.

—¿Alex? ¿En qué piensas? —pregunté con el ceño fruncido mientras me reincorporaba.

—No es nada —contestó con cierta neutralidad.

Alex y yo éramos iguales en ese sentido: se nos daba de pena mentir.

—Estás tenso. ¿Qué pasa?

Alex sacudió la cabeza durante unos segundos, todavía sin mirarme. Tenía

una mueca de desagrado en la cara. Entonces, apretó los dientes y me di cuenta de cuánto le costaba no contármelo. Recorrió toda la estancia con la mirada, visiblemente inquieto, y, después, volvió a clavar la vista en el suelo. Cuando, por fin, se atrevió a mirarme directamente a los ojos, entendí de qué se trataba. Alex se aclaró la garganta y apartó los brazos del sillón.

—No te enfades. Es solo que... Bueno, no sé...

—Yo también sospecho de ella.

Mi respuesta lo sorprendió una vez más. Abrió los ojos de par en par y se quedó boquiabierto.

—Pero Hannah, es...

—Sí, lo sé. Es mi madre, pero parece que todo coincide —susurré, aunque no había nadie más.

Comenzó a caminar hacia mí. Estaba despeinado, como siempre. No me había percatado de lo musculosos que eran sus brazos, ni de su atractivo vientre plano. La perfecta silueta de su cuerpo se hacía evidente incluso debajo de toda la ropa que llevaba.

Por un momento, creí que Alex era un ángel. Pero no el típico ángel, sino uno diferente, divertido y bromista. Un ángel guapo. Muy, muy guapo.

—Solo necesitamos una pista más —añadí.

Alex seguía acercándose con paso lento. Tuve que concentrarme en mis pensamientos y no en la forma en que su cuerpo se aproximaba al mío. Su mirada me tenía completamente distraída.

—Hannah... —dijo mientras se acercaba.

Me quedé embobada con sus labios. Solo podía pensar en besarlos. Sacó las manos de los bolsillos y, un segundo después, estaba sentado a mi lado. Todo mi cuerpo se estremeció.

—¿Te he dicho lo guapa que eres?

Me ruboricé.

—Alex... —Sentía que el calor de mis mejillas iba en aumento. Se me entrecortó la voz y no pude seguir hablando. Era una de las cosas más bonitas que me habían dicho en toda mi vida. Sobre todo porque las palabras habían salido de su boca.

—Eres muy guapa —dijo con la mirada fija en mí. Entonces, agaché la cabeza y me oculté de su vista con el pelo—. Oye —añadió. Un segundo

después, me levantó la barbilla con las yemas de los dedos—, me gusta cuando te sonrojas. Me gustas. Me gustas mucho, Hannah.

Me tembló el labio.

—Alex... —murmuré de nuevo. El contacto con su piel me hacía temblar y me impedía hablar. Me armé de valor y, entonces, respondí—: Tú también me gustas, y mucho.

Me sentí realmente bien después de decir aquellas palabras.

Alex sonrió.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurré.

Su rostro estaba demasiado cerca del mío. Tenía la piel tan suave que me moría de ganas por acariciarla.

—¿Besarnos? —preguntó con una media sonrisa. Reí en voz baja y después negué con la cabeza.

—Con mi madre —señalé.

Retiró los dedos de mi barbilla y, entonces, pude relajarme y continuar respirando. No quería que dejara de tocarme. El contacto físico con Alex me hacía sentir un agradable cosquilleo en el estómago, pero mi corazón había comenzado a latir con demasiada fuerza y necesitaba controlar mi agitada respiración.

—Sarah debe saberlo, ¿no crees?

Asentí parpadeando con disimulo.

—¿Iremos a hablar con ella? —pregunté y, de repente, hizo algo que me hizo perder la cordura.

Alex se mordió el labio. Parecía no darse cuenta de que lo observaba atentamente. Mis ojos se quedaron fijos en su boca carnosa y húmeda.

Dios, necesitaba besarlo ya, pero las circunstancias me lo prohibían.

«Cálmate, Hannah», dije para mis adentros.

—Sí, por supuesto —murmuró. Sus labios se abrieron y, después, se volvieron a unir. Madre mía, tenía unos labios tan bonitos... Y sus dientes eran perfectos... Apenas podía creer que hubiera besado aquellos dulces y suaves labios... eran hipnóticos y muy, muy tentadores. Nunca me cansaría de mirarlos—. ¿Te gusta lo que ves?

—Sí... —dije, absorta en su boca—. ¿Qué? —Me sacudí y volví a la realidad mientras me removía incómoda en el sillón.

Entonces, me ofreció una deslumbrante sonrisa.

—Te he preguntado que si te gusta lo que ves... —dijo, relamiéndose los labios— y has dicho que sí.

Su resplandeciente mirada me tenía cautivada por completo. No pude evitar sonrojarme.

Definitivamente, no pensaba retractarme.

—Bueno... es que... —Mis palabras se quedaron en el aire cuando la puerta se abrió de golpe.

Di un salto.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó mi madre mientras cruzaba la puerta.

—¿Yo? —fingí no entender de qué me hablaba.

Me ardían las mejillas. Entró y cerró la puerta. No habían pasado ni cinco minutos desde que los había dejado solos. ¿De qué habrían hablado? La verdad es que estaba ansiosa por saberlo, pero sabía perfectamente que mi madre no me lo contaría.

Pero Eric sí.

—Sí, tú —replicó—. Hablabas con alguien. —Estaba visiblemente molesta.

Me había metido en problemas. No solo por escaparme, sino, y sobre todo, por haber llegado con Eric. Supuse que había asimilado lo ocurrido y que por eso estaba más molesta que hacía unos minutos.

—Ah, hablaba en voz alta —respondí.

—¿Desde cuándo hablas en voz alta?

Tenía una ceja más levantada que la otra. Eran tan finas y claras que apenas se veían.

—Desde hace mucho —mentí con descaro.

Se colocó detrás de uno de los sillones, en la misma posición que se había puesto Alex hacía unos minutos. Tenía los codos apoyados en el cabecero del asiento, y su mirada... su mirada reflejaba enfado y cansancio. Me recosté sobre el sillón tanto como pude con la esperanza de desaparecer de su vista.

—¿Me puedes explicar qué hacías con él? —preguntó con voz calmada, aunque parecía que iba a matarme con la mirada.

Mierda. Ya había empezado el interrogatorio.

—Se ofreció a traerme a casa —contesté rápidamente para que no sospechara.

—¿A traerte? ¿De dónde? —dijo, sin entender a qué me refería, aunque claramente sabía que mentir se me daba bastante mal. A veces.

—Del instituto.

Mi madre levantó una ceja cínicamente.

—¿Del instituto? ¿Dónde lo has conocido? ¿No se supone que sales a mediodía? ¿No tienes ni idea de qué hora es?

—Sí.

Por Dios, no iba a seguir con esto... ¿verdad?

—¿Entonces? ¿Qué has hecho durante toda la tarde? —preguntó con cierta preocupación.

—Hemos ido a comer —respondí.

—¿Habéis estado seis horas comiendo? —Alzó una ceja otra vez. Definitivamente, no podía intentar mentirle, era inútil. Me conocía muy bien.

—Hemos ido a... a pasear, sí. —Empezaba a ponerme nerviosa y me comenzó a temblar el labio. ¿Por qué me afectaba tanto la forma en que me miraba? ¿Por qué me hacía perder los nervios?

Negó con la cabeza mientras se retiraba del sillón. Acto seguido, se llevó una mano a la frente y empezó a caminar de izquierda a derecha.

Resopló.

—¿Sabes qué, Hannah? —Me lanzó una mirada llena de frustración y, entonces, dejó caer la mano al costado—. No te creo.

—Mamá... —Tenía que convencerla.

—No. —Me detuvo—. No digas nada más. Si vas a contarme más mentiras, es mejor que te calles, porque no estoy en mi mejor momento para escucharlas, ¿de acuerdo?

—Pero...

—¿Sabes qué? —Hizo una pausa para abofetearme con la mirada y, después, abrió sus labios secos y pálidos y prosiguió—. Me has decepcionado. Primero, te peleaste con aquel chico, el del restaurante. ¿Cómo se llamaba?

—Seth —respondí indignada. Pero ¿por qué lo preguntaba? Era obvio que sabía cómo se llamaba. ¡Por Dios! ¡Pero si había utilizado su coche! ¿Acaso

lo había olvidado?

—Seth —repitió ella, frustrada—. No sabía que fueras capaz de pelearte con alguien de esa forma. Tú no eres así... Y luego, empezaste a seguir a este chico. Sé sincera, ¿te gusta? ¿Qué está pasando? ¿Te ha ocurrido algo que no me quieras contar?

—¡No, mamá! —Puse los ojos en blanco. Era ridículo que pensara eso.

A mí solo me gustaba una persona.

—¿Entonces por qué lo seguías?!

—No lo entenderías...

—Si no me lo explicas, nunca podré entenderlo —dijo con brusquedad.

Resoplé. No podía creer que estuviera tan insoportable.

—A Cara le gustaba... así que tenía que averiguar cosas sobre él. Quiero decir, para ayudarla a... conquistarlo...

Entonces, empezó a reír.

—Ya, claro. ¿Ahora eres Cupido? —dijo con sarcasmo.

—¡No! —respondí, ofendida—. ¿Sabes qué? ¡Me voy! —Me puse en pie.

—¡No vas a ningún lado! ¡Siéntate ahora mismo! —gritó sin moverse. Sus ojos echaban chispas. Me estremecí.

—¡Estoy diciéndote la verdad! —Traté de hacerla entrar en razón.

—No te creo... Seth y Cara tenían ya una relación... Y además, tus misteriosas escapadas... —Me miró de reojo—. No soy tonta, Hannah. Puedes mentirle a quien quieras, pero a mí no —dijo con voz dolida. No pude evitar sentirme culpable—. Me prometiste que no te acercarías ni a Rosie ni a la familia Crowell, y... has roto tu promesa. ¿Qué has hecho con mi hija?

—Soy tu hija, mamá. —Me ardían los ojos—. Esta soy yo. Además, ¿por qué te importa tanto? ¿Por qué no quieres que me acerque a ellos? ¿Qué tienen que ver ellos con nosotras? —pregunté.

Se estremeció al escuchar esas últimas palabras.

¡Un punto para mí!

—¡Nada! ¡Ellos no tienen nada que ver con nosotras! ¡No son nuestra familia!

Me di cuenta de que cada vez estaba más y más tensa.

—¿Entonces por qué tienes tanto interés en que me mantenga lejos de ellos? ¡¿Por qué?! —grité, y me puse en guardia.

Vamos... Tenía que decir algo. Lo que fuese...

—¡Porque son malas personas!

—¡No es verdad! —repliqué, molesta.

Ella en realidad no los conocía, o tal vez sí, pero eso no significaba que tuviese que creerla. Además, los Crowell no eran malos. Aunque es cierto que a veces George daba miedo.

—¡Claro! —dijo ella, como si de repente lo comprendiera todo. Observé como se incorporaba y recuperaba su actitud de madre molesta—. ¡Ahora lo entiendo! ¿Cómo he sido tan tonta? ¿Cómo no he podido darme cuenta? —Rio amargamente mientras me miraba. Después, recuperó el control y me escudriñó. Parecía que quería leerme la mente. Se aclaró la garganta tan silenciosamente como le fue posible y llevó las manos a las caderas. Abrió sus pequeños y tersos labios y añadió—: Ha sido Rosie, ¿verdad?

Fruncí el ceño. No entendía nada. ¿A qué se refería?

Resopló con fuerza. Solté un grito ahogado. Estaba a punto de llorar.

—¡Rosie! ¿Qué te ha dicho esa zorra? —vociferó.

Alex observaba en silencio. Ya no me sentía tan incómoda con él aquí, me había acostumbrado a su presencia en los momentos más difíciles.

—¡No hables así de ella! ¡Rosie es una buena persona! —le reproché, furiosa. Sentía que la sangre me hervía.

No permitiría que hablara mal de Rosie. Me había ayudado bastante con el tema de Alex y ¡no era una mentirosa como mi madre! Ambas queríamos descubrir quién era el asesino antes de que atacara de nuevo.

—¿Qué? —preguntó, con amargura—. ¿Ahora la defiendes? Hannah, por Dios. No seas ingenua. Está lavándote el cerebro. Te ha puesto en mi contra. ¡No puedes creer nada de lo que te diga! ¡No te fíes ni de ella, ni de George, ni mucho menos de Eric!

—Eres tú quien ha conseguido ponerme en tu contra —recalqué, molesta.

Soltó un bufido. Muy bien, ahora lo entendía todo. Ella no quería que me acercara a ellos para que no me dijeran la verdad sobre Eric. Pero lo cierto es que ellos me habían ayudado más que mi propia madre.

—Estás tratando con las personas equivocadas, Hannah. Los Crowell no son una buena influencia, cariño —me dijo, rendida. Su voz sonaba cansada—. Te darás cuenta de ello, y espero que cuando llegue el momento, no sea

demasiado tarde.

—Yo también lo espero. ¿Puedo irme? —pedí educadamente. Quería demostrarle que era lo bastante madura.

Ella asintió.

—Hannah, espera —dijo cuando estaba a punto de marcharme—. Mañana es tu día de exámenes. Quiero decir, que tendrás que hacer todos tus exámenes —explicó con voz apagada.

—¿Qué? ¡Mamá! ¡Pero si se suponía que tendría toda una semana! ¿Por qué has hecho eso? —pregunté, furiosa.

Las dos sabíamos que tendría que estudiar durante toda la noche si quería aprobar. No solía suspender o distraerme en las clases, pero realmente necesitaba un milagro si solo tenía unas horas para repasar. ¿Y ahora qué? ¿Tendría que pasarme toda la noche sin dormir? ¡No! ¡Ni siquiera había comenzado a estudiar! ¡Había estado bastante ocupada como para preocuparme por los exámenes! ¿Acaso me odiaba? ¿Por qué me había hecho algo así?

—Empiezan a las siete y terminan a las cuatro. Te quiero antes de las cinco de vuelta, ¿de acuerdo?

Su mirada reflejaba decepción, como si no me reconociera. Tenía el cabello completamente alborotado. Otra discusión más... Me escocían los ojos. Tenía unas ganas terribles de llorar. Por un momento, había olvidado lo ocurrido con Sarah y lo cerca que había estado de morir. La miré con odio y solté un bufido.

¡Solo mi madre podría hacerme esto! ¡A mí, a su propia hija! ¡Era tan...! ¡Tan testaruda! ¡Tan incrédula! ¡Una mentirosa! ¡Eso era!

—¡Gracias, mamá! ¡Muchas gracias! —dije con sarcasmo mientras comenzaba a caminar hacia las escaleras con rapidez.

Mis pies golpeaban el suelo con fuerza y apretaba con tanta fuerza los puños que tenía los nudillos blancos. Tenía ganas de pegar a alguien o a algo. ¡Odiaba a mi madre!

¡Odiaba a Emma Reeve! ¡A Margaret Reeve! ¡O a quienquiera que fuese la mujer que estaba a unos metros de mí!

Subí la escalera. La rabia se había apoderado de mí. Notaba que la sangre ardía en mi interior. Estaba tremendamente furiosa. Apenas me di cuenta de que estaba a punto de llegar a la segunda planta cuando comencé a sentirme

débil. Todo pasó muy rápido. De repente, tuve la necesidad de apoyarme en la pared más cercana. Sentí un terrible retortijón y me mareé. Entonces, todo se volvió borroso.

—¡Hannah! ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —dijo Alex mientras corría hacia mí.

Mi madre no se había percatado de nada porque ahora estaba en la cocina. Se me revolvió el estómago. Luego, noté que un líquido me subía por la garganta. Tenía un sabor horrible.

Me tapé la boca y, con paso rápido, corrí hasta el baño. Cuando entré, cerré la puerta y abrí la tapa del váter y, sin poderlo evitar, de mi garganta salió un líquido blanco. Era asqueroso. Al verlo, me entraron todavía más ganas de vomitar. Me recogí el pelo con una mano para no mancharme. Al cabo de un rato, cuando me calmé, escupí lo que todavía me quedaba en la boca y lo limpié todo.

Dios, ¿qué había sido eso? ¿Qué era ese líquido blanco? ¿Por qué había vomitado?

Me lavé los dientes enseguida. Sentí una repentina sacudida en el estómago. Todavía me dolía. Me masajeeé un poco la barriga para intentar calmar el dolor.

Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta de golpe. El sonido resonó con fuerza por toda la casa. Estaba muy alterada. Había intentado permanecer calmada con mi madre, pero si le hacía caso, tiraría toda la investigación por la borda. Estábamos muy cerca de descubrir la verdad y lo último que deseaba era hacer que nuestros esfuerzos fueran en vano. Solo teníamos que esperar un poco más...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alex, que mantenía cierta distancia.

Me tiré en la cama con fuerza.

—Creo que algo me ha sentado mal. —Lo único que había comido en las últimas horas habían sido las rosquillas que Rosie me había ofrecido, pero eso no podía haberme sentado mal. Tal vez había sido por los nervios de la pelea con mi madre.

Me miró preocupado.

—¿Estás bien? Por lo de tu madre, digo...

—¡Uf! —bufé molesta—. ¡La odio, Alex! —grité, y me tapé la cara con las manos.

—Lo sé. Aunque debe de tener una razón, ¿no crees?

—¿Una razón? ¿Acaso no has escuchado lo que ha dicho? —pregunté, irritada. Alex se apoyó en la puerta de mi habitación y me miró—. Ha programado todos mis exámenes para mañana. ¿Cómo narices se supone que voy a aprobarlos?

—Tranquila, yo puedo ayudarte. Recuerda que yo ya los aprobé en su momento.

Sonreí para mis adentros.

—¿De verdad? —pregunté con suavidad. Empecé a relajarme.

—Sí, vamos. Saca los libros —contestó mientras se acercaba a mí. Me levanté y busqué mi mochila con la mirada. Estaba debajo del escritorio.

Debía hacer algo para distraerme y no enfurecerme más de lo que ya estaba.

Las horas pasaron muy rápidas. Empezó a dolerme la cabeza alrededor de las tres de la mañana. Solo quería dormir y dejar atrás aquel horrible día. Últimamente no había podido conciliar el sueño. Me sentía cansada y soñolienta. Se me cerraban los párpados sin querer y, de vez en cuando, se me escapaba un bostezo. Me froté los ojos.

—¿Tienes sueño? —Alex sonaba preocupado. Asentí sin apenas mover la cabeza. Habían sido los tres peores días de mi vida—. Vale, es mejor que descanses. Yo me llevaré esto y...

No logré escuchar lo que dijo, porque se me cerraron los ojos de repente. No soñé absolutamente nada. Solo descansé, sin distracciones oníricas. Necesitaba dormir unas cuantas horas para afrontar el largo día que me esperaba.

Escuché un ruido a lo lejos. ¿Qué era eso? ¿Una alarma?

Al cabo de unos segundos, reconocí el pitido del despertador.

Abrí los ojos, y un rayo de luz cegador me obligó a entrecerrarlos. Estiré el brazo para apagar la alarma.

¿Qué hora era?

Me froté los ojos y me senté en la cama. Estaba tan cansada...

—¡Mierda! ¡Hoy tengo los exámenes!

Me levanté de un brinco. Luego, eché un vistazo al reloj. Mi cuerpo se

relajó.

Todavía era temprano, de hecho, era bastante temprano, pero no recordaba haber puesto la alarma. Enseguida supuse que había sido Alex. Se lo agradecí mentalmente.

Me levanté y me di una larga ducha con agua caliente.

Una hora más tarde, ya estaba en el instituto.

—¿Nerviosa? —preguntó Alex.

—Sí, creo que se me ha olvidado todo —dije entre risas mientras caminaba a clase.

—No te preocupes, yo estaré ahí —contestó para tranquilizarme.

Le ofrecí una media sonrisa.

—Eres genial, ¿lo sabías? —Entonces la sonrisa se ensanchó.

—¡Hannah! —gritó alguien detrás de mí. Me giré y me encontré con Kate, que venía corriendo hacia mí.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté cuando llegó a mi lado. Alex se quedó rezagado.

—Bien, supongo. Bueno, la verdad es que todavía no me creo lo que le ha pasado a Cara. Es muy triste. El equipo de animadoras queremos hacer algo por ella este fin de semana, ojalá puedas venir. Todas la queríamos mucho —dijo, y agachó la mirada.

Kate llevaba el pelo recogido en una coleta y apenas se había maquillado. ¿Qué había pasado con la Kate que siempre iba arreglada?

—Lo sé, ¿cómo está Seth? —Sabía que Seth y Cara acababan de empezar una relación, así que Seth debía de estar pasando por un mal momento. Entonces caí en la cuenta de todo.

Ni siquiera me había dirigido la palabra en el funeral de Cara, pero yo lo había observado durante la misa. Llevaba el cabello despeinado y tenía unas ojeras grandes y oscuras, los ojos rojos e hinchados, y la piel pálida y fea, como si no hubiera dormido en años. Supuse que estaba tan destrozado como yo en estos momentos.

—No ha venido a clase, pero lo superará. Está realmente dolido, ¿sabes? Cara te quería, Hannah. Eras su mejor amiga.

—Y ella la mía —la interrumpí.

—Cara siempre hablaba de ti. No tanto como hablaba de Seth, claro, pero

siempre decía cosas buenas de ti. Sé que ella te contaba cosas que no le contaba a los demás, ni siquiera a mí. Cara nunca me hablaba de sus intimidades, pero a ti sí. Creo que le inspirabas confianza.

Yo sabía por qué Cara no le contaba sus cosas personales a Kate. No le caía bien. Cara y yo teníamos a Kate por una chica materialista, aunque claramente nos habíamos equivocado con ella. Era buena persona.

—La echaré de menos —respondí con sinceridad.

—Yo también.

Sentí que se me desgarraba el corazón. La miré de reojo. Llevaba unos cuantos libros en los brazos y tenía un aspecto totalmente diferente. Incluso su ropa era distinta. ¿Qué llevaba en los ojos? ¿De verdad llevaba gafas?

—No sabía que utilizaras gafas —dije, observándola con curiosidad.

Ella sonrió por lo bajo. Estaba tan diferente... como si fuera una persona nueva. ¿Tenía algo que ver la muerte de Cara?

Y yo que creía que se aprovecharía de la situación y trataría de ser la nueva capitana del equipo de las animadoras. Kate me demostró una vez más lo equivocada que había estado con ella. No dejaba de sorprenderme.

—Sí, en realidad las llevo desde pequeña, solo que no me gustaba cómo me quedaban y solía utilizar lentillas. Pero ahora me siento más segura conmigo misma y no me importa llevarlas. —Sonrió con dulzura.

—Te quedan bien, en serio —contesté con una media sonrisa.

Ella asintió agradecida.

¡Guau! ¿Qué había pasado con la antigua Kate? Me gustaba mucho más esta nueva versión de ella.

—Gracias, Hannah —dijo sonriente.

—¿Tienes algún examen ahora? —preguté.

—Sí, tengo el de Matemáticas —dijo mientras se recolocaba las gafas.

—Yo también.

—Genial.

Nos quedamos en silencio, pero al cabo de unos segundos yo no fui capaz de contenerme y dije:

—Mmm, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro —respondió, visiblemente confusa. Tenía el ceño fruncido.

—¿Vosotros sabíais que yo estaba debajo de la cama?

—¿Qué? —preguntó. Parecía no saber de qué hablaba. Me relamí los labios e hice una mueca.

—El día de la reunión en casa de Seth. Vosotros sabíais que estaba escondida, ¿verdad?

La observé. Sus ojos azules divagaron por el pasillo por el que caminábamos. Se mordió el labio inferior y se mostró dubitativa durante unos instantes que a mí me parecieron toda una eternidad. Finalmente, me lanzó una mirada llena de culpabilidad y respondió:

—Sí, lo sabíamos.

—¿Por qué me mentisteis? —pregunté confusa. Estaba desesperada.

—Queríamos que no te involucraras, que dejaras de investigar sobre Seth, sobre mí, sobre Cara, sobre todos. Solo intentábamos protegerte.

—¿Protegerme de qué? —Su respuesta me había dejado descolocada.

—Del asesino de Alex.

—¿Tú sabes quién es? —dije con los ojos muy abiertos. Ella negó con la cabeza de inmediato.

—Nadie lo sabe. Y es mejor que dejes de investigar, Hannah. No es tu trabajo. Deja que los detectives y la policía trabajen en el caso. No arriesgues tu vida. Te lo digo como amiga de Cara... y, porque aunque no lo creas, te aprecio. No quiero que a nadie más le ocurra lo mismo que a Cara y a Tom, no lo soportaría —dijo, con la mirada fija en mí.

Le ofrecí una sonrisa a modo de agradecimiento.

—Lo sé, pero siento que debo seguir investigando, estoy tan cerca...

Después de unos segundos en silencio, Kate dijo de repente:

—Tengo algo que puede servirte. —Se le iluminaron los ojos.

—¿Qué?

—Una pista que puede ayudarte, tal vez la única que te falta.

Me puse en guardia. Ya me habían mentido antes, así que de ahora en adelante debía desconfiar de todo el mundo.

—¿Qué es, Kate? —pregunté sin molestarme en ocultar mi desesperación. Estábamos tan cerca de descubrir al asesino que cualquier prueba, por pequeña que fuera, me sería de gran utilidad. Se me aceleró el corazón.

—Es un pendiente. Lo encontré en el coche de Alex el día después de su accidente.

—¿Tú también sabías lo del accidente? —Me atraganté con mi propia saliva.

—Sí, todos lo sabíamos. —Hablabas con total claridad.

Suspiré. Era increíble la frecuencia con la que las personas mentían.

—¿Lo tienes?

Yo no usaba pendientes, así que no podía ser mío. Alguien más tuvo que entrar en el coche.

—Sí, siempre lo llevo conmigo. No le he hablado a nadie de él. —Kate se detuvo delante del baño de las chicas—. Ven. —Me indicó con la cabeza que entrara y la seguí.

—Mmm... Hannah, creo que no debería entrar ahí. Te espero aquí, ¿vale? —Alex me sonrió, pero en realidad parecía asustado. Casi ni me acordaba de que venía con nosotras.

—Está bien. No tardaré —contesté.

—¿Qué? —preguntó Kate.

Había olvidado completamente que Alex era un fantasma.

—¿Qué? No he dicho nada. ¿Estás bien, Kate? —respondí, haciéndome la loca.

Entonces Kate asintió, confundida. El eco de su risa resonó con suavidad en cuanto entramos al baño. Después, se descolgó la mochila y la dejó caer a un lado del lavabo.

—Mira. —Kate abrió la mochila y metió la mano dentro—. Toma, ahora es tuyo. —Me tendió una pequeña bolita blanca con una diminuta pieza de oro incrustado en el centro. Era un pendiente fino y muy bonito, aunque parecía falso.

—Es una perla.

—Gracias, Kate —susurré mientras admiraba la pequeña esfera que tenía en la palma de la mano.

—De nada, espero que te sirva.

—¿Cómo la conseguiste? —tartamudeé.

Levanté la mirada y me topé con sus claros y profundos ojos azules. Por algún extraño motivo, sentí que la mano me ardía.

—Estaba en la parte delantera. Le dije a Rosie que me había olvidado el bolso en el coche de Alex en nuestra última cita y me dejó entrar. Era verdad

que lo había olvidado, pero cuando vi este pendiente, no lo pensé dos veces. —Hizo una pausa—. Pensé que era una pista magnífica que los detectives habían pasado por alto, así que me lo llevé. Y bueno, aquí lo tienes.

—Me será de gran utilidad, gracias. —Sonreí de inmediato.

—No hay de qué. Espero que te ayude —dijo. Posé una vez más la mirada en la esfera preciosa que tenía en la sudorosa mano. Kate se aclaró la garganta para llamar mi atención y añadió—: Hannah, ten mucho cuidado.

—Tranquila, lo tendré.

Cuando entramos en clase para hacer el examen de Matemáticas solo me acordaba de mi nombre y mi curso. Tuve que leer unas diez veces la misma pregunta.

Comencé a mover con nerviosismo el bolígrafo por toda la mesa. Chris, el profesor, estaba bastante ocupado leyendo el periódico. Kate se había sentado detrás de mí. No podía dejar de moverme. No recordaba absolutamente nada de lo que había estudiado. Tenía la mente ocupada con otras cosas y no lograba concentrarme.

Kate me dio un golpecito en el hombro disimuladamente. Me giré y me entregó su examen terminado. Entonces, señaló con la mirada el mío y los intercambiamos rápidamente. Kate iba un curso por delante de mí, así que eran totalmente diferentes. Había escrito su nombre en la parte superior. Tenía una letra redonda y bonita, aunque, para mi gusto, juntaba mucho las palabras. Su letra era bastante clara y formal. No era de esas chicas que escribían un corazón o una estrella al final de su nombre como siempre me había imaginado. Quizá la superficial había sido yo. Me entretuve leyendo las preguntas de su examen. Tenía que recordarlas para el año que viene.

Al cabo de quince minutos, y, cuando el profesor estuvo lo bastante distraído, Kate me dio otro golpecito en el hombro. Y, por segunda vez, intercambiamos nuestros exámenes. Entonces... ¡sorpresa! ¡Todas las preguntas estaban respondidas!

—Tú primero —susurró.

Me aclaré la garganta y, con los músculos tensos, me levanté de mi asiento. El cuerpo me pesaba.

Con paso lento, caminé en dirección al escritorio del profesor. Este bajó el periódico en cuanto me vio y recogió mi examen para revisarlo.

Bien. Bien. Bien. Bien. Bien. Mal. Bien. Bien. Bien. Mal.

¡¿Qué?!

Abrí los ojos como platos.

—Noventa y tres de cien. —Me entregó el examen una vez hubo escrito la nota en la esquina superior derecha de la hoja.

—¿Qué? —respondí, todavía atónita.

—Noventa y tres —repitió con cierto desinterés.

Me di media vuelta. Las manos me sudaban como nunca lo habían hecho. Kate me sonrió orgullosa.

—Gracias —susurré mientras me acercaba a mi mesa.

Ella asintió con una sonrisa.

Una vez me senté, Kate se levantó. La observé mientras el profesor revisaba su examen. Parecía muy segura de sí misma. Estaba erguida y tranquila, a la espera de que le dijeran su nota. No se parecía en nada a la antigua Kate. A ella le habría dado igual aprobar un examen, y, desde luego, nunca habría estudiado tanto como parecía que había hecho.

Al cabo de unos minutos, se dio media vuelta y me mostró su examen. Tenía escrito un noventa y nueve en rojo rodeado por un círculo.

—¡Felicidades! —susurré.

Los exámenes me parecían más fáciles conforme avanzaba la mañana. A veces, Alex me ayudaba dándome pequeñas pistas cuando me atascaba en una pregunta. De esa forma recordaba lo que había estudiado la noche anterior. A este paso acabaría a las dos de la tarde.

Cuando acabé todos los exámenes, me sentí aliviada. No saqué una calificación menor a setenta y cinco de cien. Hacía mucho tiempo que no estaba tan contenta. Estaba completamente relajada y el estrés se había desvanecido.

Solo quería llegar a casa y fisgonear entre las joyas de mi madre. Me obligué a recordar si había visto alguna vez a mi madre con esos pendientes, pero no era fácil acordarse de un detalle tan insignificante como ese. Además, normalmente llevaba el pelo suelto y le tapaba las orejas.

Alex y yo nos sentamos en uno de los bancos del instituto. El aire era cada vez más frío y el sol se había ocultado detrás de las oscuras nubes grises. No parecía que fuese por la tarde.

Alex estaba sentado junto a mí. El banco de madera era bastante grande.

Parecía que iba a caer una tormenta de un momento a otro. Había unas cuantas personas a nuestro alrededor, pero estaban lo bastante lejos como para no oírnos. Hacía mal tiempo, así que solo unos pocos valientes nos habíamos atrevido a salir del edificio.

Fijé la vista en el pendiente que tenía en la mano.

—¿Crees que es de ella? —preguntó Alex, con el codo sobre el reposabrazos y la cabeza apoyada en los nudillos.

—Sí, aunque no sé...

—¿Nunca los habías visto?

El viento soplaba con fuerza y nos sacudía el pelo.

—No.

—¿Vas a ir a casa? —Sus ojos almendrados me miraban fijamente.

—No, iremos a ver a Sarah. Debe de estar en el hospital —dije mientras guardaba el pendiente en un pedazo de papel. No quería perderlo por nada del mundo.

—De acuerdo —respondió mientras asentía con la cabeza.

Capítulo 5

Caminamos alrededor de veinte minutos. El hospital no estaba muy lejos. Estaba en el centro de la ciudad y era muy fácil llegar. Había llamado a Eric y le había pedido la dirección de la clínica a la que habían llevado a Sarah. Al parecer, se había dado un golpe en la cabeza. Cuando recordé lo sucedido, caí en la cuenta de que no había visto sangre por ningún lado, ni siquiera tenía un solo corte. Estaba preocupada; eso significaba que el daño era interno, algo mucho más peligroso. ¿Y si había sufrido un traumatismo cerebral? ¿O peor, una hemorragia interna? A pesar de que Sarah había intentado matarme y de que no la conocía demasiado, no pude evitar preocuparme por ella.

Recordé el día que me entregó la nota escrita, supuestamente, por Cara. Ahora, me preguntaba si me había mentido o si aquello formaba parte de su plan para protegerme del asesino. Cara había dicho que lo único que querían era mantenerme a salvo y Seth me había recomendado que me olvidase del caso, pero yo era muy terca y me negaba a quedarme de brazos cruzados, y menos con Alex aquí. Tenía que ayudarlo. Quería ayudarlo. Encontrar a su asesino era mi prioridad número uno.

¿Sería Sarah? No, me costaba mucho creerlo. Estaba casi segura de que no era más que una cómplice. ¿O es que acaso estaba loca? ¿Me odiaba? ¿Qué razón podía tener para hacer algo así? ¿La habían amenazado, quizá?

—¿En qué piensas? —preguntó Alex.

El viento soplaba con tal fuerza que a veces me hacía retroceder unos pasos. No me habría sorprendido si me hubiese levantado por los aires. Tenía que poner todo mi empeño para que la fuerte corriente de viento no me arrastrara.

—En Sarah —contesté mientras metía las manos en los bolsillos de la

sudadera.

Alex caminaba a mi izquierda. Parecía que a él no le afectaba tanto el frío. Aunque, bueno, era un fantasma, y siempre estaba frío.

—No creo que sea ella. ¿Sabes? Ni siquiera la recuerdo mucho. ¿Por qué habría querido matarme? ¿No te parece extraño? —dijo con incredulidad.

Asentí con la cabeza. Estaba completamente de acuerdo con él.

—Sí, creo que alguien la obligó a matarme. Todavía no entiendo qué hacía el coche que atropelló a Cara en medio de la calle. ¿No había nada dentro?

Alex negó con la cabeza y resopló antes de decir:

—No, no había nada ni nadie. A mí también me sorprendió. —Parecía inquieto.

—La verdad es que no sé qué pensar, Alex. ¿Por qué mi madre ha programado todos mis exámenes hoy? —Lo miré con el ceño fruncido—. Es mucha casualidad que lo haya hecho justo ahora, que acaba de llegar Eric.

—Ya, yo también lo creo, pero no te preocupes. Adonde tú vayas yo iré —susurró. Sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Tengo el presentimiento de que quiere marcharse de aquí. Quiere alejarse de Eric, Alex.

—Lo sé.

—¿Qué pasará si eso sucede? ¿Cómo encontraremos a tu asesino?

Alex me miró preocupado. Estábamos muy cerca de descubrir toda la verdad. Sospechaba que mi madre quería mudarse lo antes posible, y sabía que me llevaría con ella a la fuerza. Si eso pasaba, descubrir al asesino de Alex sería casi imposible.

—Hannah, quiero que te tranquilices, ¿vale? Si eso pasara, nos las arreglaríamos. Quiero que estés bien y que no acabes como yo —dijo en voz baja—. Has estado muy cerca de morir, y todo por mi culpa, por ayudarme con la investigación.

—Sabías que, de un modo u otro, me involucraría. Dijiste que estábamos conectados, ¿lo recuerdas? Me dijiste claramente que te sentías atraído por mí, que sentías que había una conexión entre los dos. Y ahora ya sabemos cuál.

—Mira el lado bueno de todo esto. Al menos has encontrado a tu padre.

—Sí, y tú a tu tío.

—Sí, tienes razón, aunque quizá demasiado tarde...

Alex seguía bastante aturdido por lo de su tío, aunque, como siempre, trataba de ocultarlo haciéndose el fuerte. Pero eso no ayudaba en absoluto: ocultar sus sentimientos lo destruía por dentro. A veces era mejor expresarlos, de lo contrario, uno acababa explotando.

—Siento mucho que estés pasando por esto... Pero él te quiere, Alex. Eres su sobrino preferido —lo animé. Él intentó sonreír, aunque sin mucho éxito—. Recuerda todos los momentos buenos que viviste junto a él.

—Eres tan... tan tierna, Hannah. Me gustaría ser tan positivo como tú ahora mismo. Pero creo que estoy hecho de otra pasta.

—Te quiero, Alex.

—Y yo a ti.

De repente, me vino una idea a la cabeza. Si Alex estuviera vivo, sería la persona más feliz del mundo. Pero ¿cómo lograría eso? ¿Cómo podría revivir a Alex? ¿Haciendo un ritual satánico? Me reí. No, claro que no. Menuda tontería. Estaba casi segura de que lo habían incinerado. ¿Podría reencarnarse? Debía tener esperanza. Aunque si se reencarnara, no recordaría nada ni a nadie. Había visto un documental en la televisión en el que las personas entrevistadas aseguraban haberse reencarnado. En su momento, por supuesto, no me lo creí, aunque ahora tenía cierta esperanza de que fuera cierto. Hasta hacía muy poco no creía en los fantasmas, pero ahora... Ahora caminaba junto a uno y estaba locamente enamorada de él.

—¿Crees en la reencarnación, Alex? —pregunté mientras me encogía de hombros.

El viento sopló con más fuerza.

—Hannah... —Sabía perfectamente por qué le había hecho esa pregunta.

—Responde, ¿sí o no?

Tenía tanto frío que me castañeaban los dientes. Ahora me arrepentía de no haberme abrigado más. Las manos se me empezaban a congelar.

Alex miró hacia el oscuro cielo y pensó durante unos segundos la respuesta.

El viento soplaba cada vez con más intensidad.

—No, no creo en la reencarnación, Hannah.

En un par de segundos, la decepción se apoderó de mí.

Unos minutos después, llegamos a la entrada del hospital. Era un edificio enorme con unas veinte plantas y, como la mayoría de los hospitales, era blanco. Las ventanas, de casi metro y medio o más, proporcionaban unas buenas vistas a los enfermos. En las plantas inferiores, algunas de ellas estaban abiertas, aunque no lo suficiente como para ver su interior. Nunca había estado en la última planta.

Hacía algún tiempo, había trabajado como voluntaria en uno. Me encantaba visitar a los niños que estaban en la planta de Pediatría, aunque a veces volvía a casa muy triste. Solo tenía acceso a esa área. Según mi madre, era demasiado pequeña para ver ciertas cosas. No me importaba ir a un hospital, aunque lo cierto es que me daban bastante miedo cuando anochecía. Y no sabía por qué.

En la puerta había un guardia. Automáticamente, posé la vista en su porra y en la pistola que llevaba en la cintura y me pregunté si alguna vez las habría utilizado. Sacudí la cabeza. Todo lo sucedido me había afectado bastante.

El guardia me sonrió cuando entré. Alex puso los ojos en blanco. Me relajé en cuanto puse un pie en el cálido recibidor del hospital. Estaba abarrotado de gente y preferí no preguntarme por qué estaban ahí.

Eric me había dicho que Sarah estaba en la decimoprimera planta y que estaba bajo arresto hospitalario. La había denunciado después de lo ocurrido, y ahora la policía la vigilaba.

Entramos en el ascensor y una melodía de fondo empezó a sonar. Me apoyé contra una de las paredes y suspiré. Me sentía sumamente cansada y estaba congelada. Alex tenía la mirada perdida.

¿Qué le diría a Sarah? ¿Qué me diría ella?

Poco después, las puertas se abrieron. Una enfermera de cabello rubio tecleaba en el ordenador mientras atendía a un hombre. Ella le dijo algo y el hombre le sonrió, agradecido.

Era muy guapa, tenía unos atractivos ojos verdes y una nariz pequeña y fina. Llevaba un poco de brillo de labios, que parecía haber desaparecido por hablar demasiado. Tenía la piel amarillenta, como si estuviese enferma, aunque no lo aparentaba. Siguió tecleando en el ordenador, sin prestar atención a lo que la rodeaba.

Me acerqué con cautela. Estaba tan nerviosa que caminaba con torpeza. Me aclaré la garganta cuando me puse delante de ella y dije:

—Hola, vengo a ver a mi hermana —mentí. La mujer tenía la mirada fija en la pantalla del ordenador y me ignoraba por completo—. ¿Puedo entrar a verla?

—El horario de visitas empieza a las dos y termina a las tres —me informó, sin ni siquiera mirarme.

—Es muy importante. —Intenté parecer desesperada.

La enfermera levantó la vista y me aniquiló con la mirada. Hizo una mueca de desagrado antes de responderme:

—Lo siento. No puedes entrar.

—¡Pero si es mi hermana! ¡Necesito verla!

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Lo siento, ya te he dicho que el horario de visitas se ha acabado. Puedes volver mañana —dijo, e inmediatamente bajó la mirada hacia el ordenador.

Me empezó a hervir la sangre.

¡Pero si acababa de dejar pasar a un hombre hacía tan solo unos momentos!

—Disculpa... —dije. Ella resopló y volvió a levantar la vista—. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

La enfermera vaciló antes de responder.

—Valerie —respondió entre dientes.

La miré furiosa.

—Disculpa, Valerie, pero es que creo que hace unos minutos he visto como dejabas entrar a un hombre... Pensaba que el horario de visitas se había acabado —dije en un tono desafiante—. ¿Por qué él ha podido pasar y yo no? —Entrecerré los ojos.

—Mira, creo que ya te lo he dejado claro, pero por si no lo has entendido, te lo repito: el horario de visitas es de dos a tres.

—Sí, sí, ya te he oído antes.

—Entonces ven mañana.

La fulminé con la mirada.

¿Y ahora qué? La enfermera no parecía entrar en razón. ¿Cómo hablaría con Sarah?

—Ven —dijo Alex, mientras me dirigía hacia la sala de espera. Lo seguí y

me dejé caer con torpeza en uno de los asientos. Estaba colérica. ¿Quién se creía que era? ¿La dueña del hospital?

—No nos dejará entrar, Alex —murmuré con voz ronca.

—¿Por qué no hacemos una cosa? La distraeré y así podrás entrar —dijo, mirando a ambos lados.

—¿Qué? —pregunté sin entender adónde quería ir a parar. ¿Cómo que la distraería? ¿A qué se refería?

—La distraeré —repitió.

—¿Cómo?

—Hablaré con ella.

Puse los ojos como platos.

—¿Te refieres a que vas a... aparecerte?

—Sí —contestó.

Fruncí el ceño. La enfermera había estado coqueteando con otro hombre hacía tan solo unos minutos, así que no me sorprendería que coqueteara con Alex también. Puse los ojos en blanco.

—Bueno...

Un segundo después, Alex comenzó a caminar hacia la enfermera y esta le sonrió casi de inmediato. Sentí una rabia incontenible. Alex le dijo algo y ella comenzó a escribir en su libreta. Supuse que le había pedido el número de teléfono. ¡Ja! Me gustaría verle la cara cuando descubriera que el número era falso. Pero lo que más me sorprendía de todo era que... ¡Alex estaba hablando con una persona! La mujer ni siquiera se había dado cuenta de que era un fantasma. ¿Cómo lo había hecho?

Alex se giró y me indicó que entrara. Gesticulé «gracias» en silencio y, con paso lento y disimulado, comencé a caminar por el pasillo. A lo lejos, oía a la enfermera reírse en voz baja. ¡Uf! Me ponía de los nervios. Me pregunté qué chiste malo le habría contado Alex.

No podía negarlo: estaba celosa.

Maldije por lo bajo y, después, eché a correr por el pasillo.

Recordé que Eric me había dicho que la habitación de Sarah era la número cuarenta y cinco.

Once, doce, trece, catorce...

No podía arriesgarme a que alguien me viera, así que empecé a correr

más rápido. Treinta, treinta y uno, treinta y dos... ¡Cuarenta y cinco!

Apresuré el paso en cuanto vi el número a lo lejos. Sin embargo, me detuve en seco al ver que un policía alto y delgado con las mejillas sonrojadas hacía guardia en la puerta.

¿Cómo me desharía de él?

Reduje la velocidad para darme tiempo a que se me ocurriera algo. «Vamos, Hannah, piensa, piensa...»

¡Lo tenía!

—Hola —saludé con una media sonrisa.

—No puedes entrar —dijo apresuradamente, mirando al frente.

Me aclaré la garganta e hice un esfuerzo por hablar con naturalidad.

—La enfermera de la recepción me ha pedido que viniera—respondí con picardía. Estaba segura de que también había coqueteado con él.

El policía me miró con curiosidad.

—¿La enfermera de la recepción? ¿Te refieres a la chica rubia? —preguntó con los ojos bien abiertos.

Asentí.

—A esa misma —confirmé, levantando las cejas.

Cogió la cinturilla del pantalón y se los subió.

—¿Qué necesita?

—Bueno, creo que necesitaba a alguien que la ayudara a traer unos medicamentos del almacén, y me ha pedido que le preguntara si podía...

—Claro que sí —me interrumpió con brusquedad.

—Lo está esperando.

Comenzó a caminar hacia la recepción, pero entonces dio media vuelta. ¡No!

—Lo siento, no puedo. Debo quedarme aquí. Dile que lo siento mucho, por favor.

—Ah, no se preocupe. Por eso me ha mandado. Soy amiga suya. Puedo montar guardia por usted —respondí.

El policía me ofreció una sonrisa y abrió los ojos, sorprendido.

—¿De verdad?

—Por supuesto —respondí con una falsa sonrisa. Empezaban a dolerme las comisuras.

—¡Gracias! —dijo, y se dirigió hacia el mostrador de recepción con alegría.

Suspiré con fuerza. Uf, me había librado del policía.

Volví a relajarme. Cuando comprobé que se había alejado lo suficiente, giré el pomo de la puerta y entré. El corazón me empezó a latir con fuerza. Ahora venía la peor parte. Estaba realmente asustada. Si Sarah había intentado matarme una vez, ¿por qué no lo intentaría de nuevo ahora que estábamos solas en la misma habitación?

Entré despacio. Sarah estaba tumbada en la cama, con una mueca de desagrado en los labios. Tenía la mirada perdida y estaba completamente despeinada. Al parecer, no me había visto. Cerré la puerta con cuidado y me aseguré de cerrar con pestillo. Tenía poco tiempo.

Sarah dio un brinco al oír la puerta cerrarse.

Luego, desvió la mirada en mi dirección. Estaba segura de que sabía a qué había venido.

—¿Hannah? —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué haces aquí? —Frunció el ceño.

—He venido a que me cuentes toda la verdad —respondí con severidad.

Y como si le hubiera contado un chiste, Sarah echó a reír.

—¿Qué esperas que te diga? —contestó, levantando una ceja. Me fijé en la bata azul que llevaba y, entonces, me di cuenta... Tenía el cuerpo lleno de cardenales.

—¿Mataste a Alex? —pregunté con firmeza.

Sorprendentemente, Sarah esbozó una sonrisa.

—No, no fui yo, Hannah —respondió como si nada. Estaba muy cambiada, parecía que estaba... loca.

—¿Por qué intentaste matarme? —pregunté mientras caminaba hacia ella.

Sarah se movió incómoda y luego me di cuenta de por qué: tenía la muñeca derecha esposada a la cama.

Suspiré aliviada. Al menos aquí no podría atacarme.

—No intenté matarte. Casi te mato —aclaró con una mirada llena de rabia—. Si no fuera por el estúpido de Eric, ahora estarías a tres metros bajo tierra.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté con voz clara y fuerte.

Sonrió.

—Porque sí —respondió sin más.

Sus respuestas ya empezaban a cansarme. Tuve que controlarme. No quería actuar de manera irracional y perder la oportunidad que tenía de obtener información.

—Irás a la cárcel.

Sarah se encogió de hombros y me miró con descaro. Todavía sonreía.

—Soy menor de edad —dijo en un tono de burla.

Apreté los nudillos, tratando de contener la ira.

—En tres meses, serás mayor de edad, y entonces irás a la cárcel —respondí, mirándola fijamente.

Sarah tragó saliva antes de contestar:

—No me importa.

—Seguro... —la desafié.

—Vete —me dijo, furiosa.

—No. Primero, responderás mis preguntas.

—No te diré nada.

—¿Es que me odias? ¡Dime por qué lo hiciste! —grité. Había perdido los papeles.

—No te diré nada —repitió con sequedad. Y, como si yo no estuviera ahí, comenzó a tararear una canción inventada.

Tenía que controlarme, ser más inteligente que ella. Sarah me diría algo, tenía que hacerlo. No podría tener la conciencia tranquila si no lo hacía.

—Hagamos algo —dije mientras canturreaba—. Mi pa... Eric retirará la denuncia si colaboras conmigo.

Sarah siguió cantando.

—¿Prefieres que te encierren? ¿Te amenazaron, Sarah? ¿Te pagó alguien para que acabaras conmigo? Dímelo, por favor —supliqué con voz aguda.

—Lárgate, Hannah —susurró con la mirada puesta en la ventana.

—Puedo ayudarte, Sarah. Le diré a Eric que retire la denuncia. Serás la misma chica de siempre, con una reputación inmaculada. ¿De verdad quieres ir a la cárcel? ¿Piensas arruinar de esa manera tu vida? —intenté razonar con ella, pero no servía de nada. Sarah se limitaba a negar con la cabeza mientras canturreaba.

La sonrisa se desvaneció de su rostro pálido. Aunque sabía que tenía razón, no me contaría la verdad así como así.

Me aclaré la garganta.

—Bien. Si eso es lo que quieres, puedes quedarte con tus remordimientos. Adiós, Sarah —me despedí y me giré hacia la puerta.

Un paso, luego dos...

«Detenme, Sarah», rogué mentalmente con los ojos cerrados.

Tres, cuatro... estaba muy cerca de la puerta y ella no hacía el menor esfuerzo por frenarme. Cinco, seis...

«¿A qué estás esperando?» Llegué a la puerta y me quedé ahí parada durante un largo rato. Quería darle una última oportunidad, pero Sarah seguía sin decir nada. Me iba a dejar marchar. ¿De verdad prefería la cárcel?

Estaba a punto de abrir la puerta cuando escuché su voz:

—Oye. —Sentí un inmenso alivio y no pude evitar esbozar una sonrisilla. Me alejé de la puerta y la miré fijamente a los ojos. Tenía una actitud desafiante y no dejaba de reírse—. Eres una estúpida, Hannah Reeve.

De repente, tenía ganas de partirle los dientes y arrancarle la cabellera.

Respiré hondo e intenté calmarme. No iba a rebajarme.

—Por lo menos no soy tan estúpida como para intentar matar a alguien y que me pillen —dije con una sonrisa en la cara. Estaba disfrutando del momento. Sarah se puso seria y enrojeció, aunque no sabía si era porque se moría de vergüenza o por lo enfadada que estaba. Tragué saliva y proseguí—: Y tampoco soy tan estúpida como para querer pasar el resto de mi adolescencia en la cárcel —me burlé. La verdad es que me gustaba sentirme superior—. Que disfrutes los pocos minutos de libertad que te quedan.

Sonreí todavía más y ella me miró con furia.

—Te mataré —contestó—. Mi padre es policía. Me sacará de esta. Juro que te mataré, Hannah.

—Sí... lo que tú digas, Sarah. —No me mostré afectada por su amenaza. Sabía que eso la enfurecería, y así fue. Me miró con odio y todo su cuerpo se tensó. Parecía que echaba chispas—. Adiós. Aprovecha y disfruta de la comida del hospital, porque he oído que el menú de la cárcel es mucho peor.

—Está bien, está bien. Tú ganas —dijo, y levantó la mano que tenía libre en el aire, a modo de rendición—. Alguien me pagó por matarte.

Su cinismo era evidente. No me fiaba ni un pelo de ella. Estaba segura de que me atacaría en cualquier momento si veía la más mínima oportunidad. Sarah me observó fijamente, esperando mi reacción.

—¿Quién? —murmuré.

Rio con ganas.

—¿De verdad no te has dado cuenta todavía? —preguntó con una media sonrisa siniestra. El eco de su risa resonó en la habitación y, por un momento, pensé que alguien más reía con ella.

Sentí un escalofrío.

—No.

Ella se pasó la mano por su despeinada melena. Entonces, levantó la cabeza y me miró.

—Solo te diré una cosa. Está muy, muy cerca de ti. —El sonido de la esposa chocando contra la barandilla de la cama hizo que se me erizara la piel. ¿A quién se refería?

—Dime de una vez quién es —exigí.

Sarah echó a reír por enésima vez. Parecía una enferma mental de verdad. Actuaba como una loca. Tenía la mirada completamente perdida.

—¿Qué me darás a cambio?

Levantó una ceja. No llevaba ni una pizca de maquillaje y se la veía demacrada. Incluso daba miedo.

—Le diré a Eric que retire la denuncia —repetí.

Ella miró al techo y se llevó un dedo a los labios. Empezó a darse golpecitos, como si fingiera pensar la respuesta y, después, volvió a mirarme.

—Dímelo, Sarah, por favor.

Sonrió sin decir palabra alguna durante lo que me pareció una eternidad. Luego, entreabrió sus húmedos labios, como si fuera a contestarme, pero enseguida volvió a cerrarlos y a sonreír mucho más. Estaba jugando conmigo. Quería desquiciarme.

—¡Tu madre, Hannah! ¿Quién más podría ser? —dijo finalmente, encogida de hombros.

Me quedé paralizada.

—Mientes —susurré. No podía ser cierto.

Sarah negó con la cabeza.

—Mató a Cara —respondió con fingida seriedad. Hizo una mueca y apartó la vista, totalmente ida. Luego, volvió a posar los ojos en mí y continuó—: Cara sabía demasiado y nos la quitamos del medio. Lo mismo pasó con Tom, aunque a él le dimos una segunda oportunidad. Tu madre contrató a unos mafiosos para que lo amedrentaran.

Lo cierto es que lo sospechaba, pero ahora que me lo contaba... No, no me lo creía. Mi madre no era así. No sería capaz de hacer tal cosa.

—No me crees, ¿verdad? —Hizo una pausa y me miró a los ojos. Parecía divertida—. Emma dejó esa nota en tu habitación. Dime, ¿quién más podría haber entrado en tu cuarto? —preguntó, como si la respuesta fuera obvia.

En ese momento, se me heló la sangre. No, no podía ser ella... Me negaba rotundamente a creerlo.

—Cara te dijo que no siguieras con la investigación, ¿verdad? Te dijo que dejaras de buscar al asesino. ¿Sabes por qué? Porque tu madre la amenazó... y después la mató. Sí, Hannah. Ella es la asesina.

Me quedé sin respiración.

Negué con la cabeza. No, no me lo creía. Sarah mentía.

Sin embargo, nadie más sabía lo de las notas, aparte de Kate, Cara, Tom, Rosie y yo.

—Mientes —respondí con voz ahogada. Todo comenzó a dar vueltas y sentía que las piernas me flaqueaban. Ni siquiera sabía qué decir, estaba tan... atónita.

—¿Necesitas más pruebas? Hannah, eres la chica más estúpida que conozco. —Rio con ganas—. ¿Acaso Rosie no te ha contado lo que pasó? Yo estaba ahí, Hannah. Pegué a George con un bate. ¡Fui yo! —gritó con fuerzas—. Luego, tu madre se encargó de hacer el resto... Pobre Rosie. Menudos arañazos tiene en la cara...

—Mientes. Solo tratas de enfadarme —dije con la voz entrecortada.

Tenía un inmenso nudo en la garganta del que no podía deshacerme. Sarah hizo un gesto con la mano y suspiró.

—Piensa lo que quieras. Te he dicho la verdad.

—Eres una... —Me ardían los ojos. Sentía que iba a empezar a llorar de un momento a otro.

—¿Una qué?

Sarah levantó el pecho. El corazón dejó de latirme durante unos segundos.

—Una... —Vamos, tenía que decírselo. Por todo lo malo que había hecho. Se merecía oír lo que pensaba de ella. Tomé una bocanada de aire—. ¡Una hija de puta! —Me sentí libre, como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Cuídate, Hannah —murmuró con una sonrisa—. Dentro de nada, estaré libre y tú... tú acabarás igual que Alex.

No aguantaba más sus tonterías. Avancé rápidamente hacia la cama y, cuando estuve lo bastante cerca de ella, me detuve en uno de los laterales. Sarah me miraba visiblemente irritada.

—¿Quién mató a Alex? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Tu madre —respondió con una sonrisa en la boca.

No pude controlarme más. De repente, alcé la mano y le di una bofetada en la mejilla con todas mis fuerzas. La dejé más despeinada de lo que ya estaba. Entonces, levantó la mirada y me contempló con el ceño fruncido. Le había dejado una buena marca roja.

—Eso ha sido por Cara y Tom —grité con voz temblorosa.

Acto seguido, la abofeteé de nuevo, en la otra mejilla. Sabía que estaba mal, pero sentía tal satisfacción que apenas podía pensar en lo que hacía. Ladeó la cabeza. Ahora tenía ambas mejillas rojas como un tomate.

Sentía que me ardía la palma de la mano, pero me daba igual. Una chispa había prendido en mi interior y no era capaz de apagarla.

—Y eso por George y por Rosie.

La cogí del pelo y la obligué a levantar la mirada. Sarah sonreía. Estaba furiosa. Apreté los puños y la miré fijamente. El corazón me latía sin control.

—Eres patética, Hannah.

Apretaba tanto los nudillos que se pusieron blancos. Era incapaz de contestar. Me había quedado muda. La había golpeado con tanta fuerza que me estremecí. Durante una milésima de segundo me pregunté si me había pasado. Luego me armé de valor y dije:

—Y esto... —Levanté el puño derecho y se lo acerqué a la cara y, con la otra mano, la agarré del pelo otra vez. Sarah soltó un alarido de dolor—. Esto es por Alex.

Escupí con furia y le di un fuerte puñetazo en la nariz.

Sentí una increíble satisfacción cuando la sonrisa se desvaneció del rostro de Sarah y una mueca de dolor la sustituyó. La sangre le brotaba a chorros por la nariz y le manchó la cara y la bata azul. Le solté el pelo.

—¡Mi nariz! —balbuceó, y se llevó la mano a la cara. Me di la vuelta y salí triunfante a paso lento, con los gemidos de Sarah de fondo.

Alex me esperaba fuera. Me miró con el ceño fruncido y preguntó:

—¿Estás bien?

Sentí que se me desgarraba el corazón.

—Fue ella —dije, pero mi voz se quebró antes de terminar y, sin poder evitarlo, comencé a llorar. Alex me acercó hacia él con suavidad y me abrazó. Apoyé la cabeza en su hombro y empecé a llorar desconsoladamente—. Voy a dejarte el suéter hecho un asco —mascullé en su hombro.

Dios... mi madre. Sarah tenía razón. Era la chica más estúpida del mundo. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¡Chsss! —chistó Alex mientras me mecía entre sus brazos.

Me sentía traicionada. Tenía ganas de pegar a alguien, pero estar en los brazos de Alex me tranquilizaba; me hacía entrar en razón. Apreté los nudillos y gemí en voz baja cuando sentí una punzada de dolor. La rabia había hecho que me clavara las uñas en la palma de las manos sin querer.

Lloré hasta quedarme sin fuerzas.

Capítulo 6

—¿Estás mejor? —preguntó Alex, y me tendió un pañuelo que había robado de la recepción.

Nos quedamos unos minutos sentados en un banco delante del hospital. Había dejado de llorar, pero la cabeza todavía me daba vueltas.

—Sí, pero será mejor que nos vayamos ya. Mi madre... —Solté una risa amarga en cuanto pronuncié esas palabras—. Sospechará —susurré en voz baja.

—¿Tienes pensado decirle algo? —preguntó mientras me cogía de la mano. Sentí que una descarga eléctrica me recorría el cuerpo.

—No, quiero saber por qué lo hizo.

—Quiero que sepas que siempre te apoyaré. —Me dio un suave apretón. Me encantaba sentir nuestros dedos entrelazados...

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos de color caramelo. Parecía asombrado, expectante.

—Le he roto la nariz a Sarah —dije con cierta preocupación.

Alex me ofreció una media sonrisa.

—Lo sé. Esa es mi chica.

—Ahora sabemos la verdad —susurré. Tenía un nudo en la garganta y me costaba hablar.

—Sí.

—¿Te irás? —pregunté con voz aguda.

Si asentía, mi mundo se vendría abajo en ese mismo instante. Alex era lo único que me quedaba.

—No. Yo... yo no quiero irme, siento que debo estar aquí —murmuró en

voz baja.

Veinte minutos después, ya habíamos llegado a mi calle. Eran las cinco menos diez. Tenía la sensación de que había algo diferente, pero ¿qué?

Escudriñé con atención toda la calle. No había nada que me llamara la atención. Todo parecía como siempre.

De repente, vi a lo lejos un camión de mudanza.

¡Sí, eso era! Pero ¿quién se mudaba?

—Hannah... —balbuceó Alex.

El corazón me dio un vuelco. Empecé a caminar con rapidez. El camión se hacía más grande a medida que avanzaba.

—Mierda —susurré. Cuando estaba lo bastante cerca, vi que el camión estaba delante de nuestra casa.

No. No. No.

Caminé más rápido. Me temblaban las piernas. Había decidido no decir absolutamente nada a mi madre y analizar su comportamiento. Había planeado ganarme su confianza y averiguar qué es lo que la había llevado a matar a Alex.

¿Lo había hecho por venganza? ¿O simplemente porque tenía sed de sangre?

—Disculpen, ¿por qué se llevan nuestras cosas? —dije cuando llegué a la entrada de mi casa.

Unos hombres cargaban con mi ordenador. Me quedé sin respiración. ¡La fotografía de Eric! ¡El cuaderno con los sospechosos! ¡Dios! ¡Los condones que tenía debajo de la cama! ¡Mierda!

—Es una mudanza. Nos pagan por esto —respondió con cierta ironía mientras metía mi ordenador en el camión.

Hice una mueca de horror y fruncí el ceño. ¿Cómo?! ¿Nos mudábamos? ¿Ahora? ¿Por qué? ¿Por eso mi madre había programado todos mis exámenes para hoy? ¿Para distraerme y poder empaquetarlo todo?

Me asomé por la puerta y noté como se me relajaban los músculos. Los transportistas todavía no habían metido los colchones en el camión, así que el mío seguía en mi habitación. Corrí hacia dentro y me sorprendí con lo que vi.

La casa estaba vacía. No había ni un solo mueble, a excepción de la cocina integral.

Me estremecí. Subí las escaleras corriendo y me dirigí a mi habitación. La puerta del dormitorio de mi madre estaba abierta, pero no había nadie dentro. Entré en mi habitación, que ya estaba casi vacía.

Cerré la puerta y corrí hacia el colchón.

—¿Te ayudó? —dijo Alex. Di un brinco. Creía que se había quedado bajo.

—No —respondí nerviosa. No quería que Alex leyera el contenido de mi cuaderno. Me moriría de vergüenza si lo hacía, sobre todo si leía todo lo que había escrito acerca de él y lo mucho que me gustaba.

—¿Qué hay debajo? —preguntó.

Alex me ayudó a levantar el colchón y aproveché que no me veía para sacar la libreta y meterla dentro de la blusa. No me importaba que viera el resto de cosas que tenía escondidas, pero no podía permitir que leyera mi cuaderno. Sentía que me ardían las mejillas.

—La fotografía de Eric —murmuré debajo del colchón. Tomé la fotografía y me quedé mirando la caja de condones. ¿Debía llevármelos o no?

Dudé.

—Llévatelos —dijo Alex como si me hubiera leído la mente. No pude evitar sonrojarme una vez más.

—Vale —susurré. Levanté la vista y vi como sus profundos ojos de color miel me miraban—. Toma. —Le ofrecí la caja. Él negó con una media sonrisa.

—Son tuyos —dijo sin apartar la vista.

—Te los regalo. —Estiré todavía más el brazo y Alex esbozó una gran sonrisa. Soltó el colchón y volvió a negar con la cabeza.

—Quédatelos, te servirán —contestó.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. Sentí que todo mi cuerpo se estremecía.

Alex suspiró y luego se alejó de mí. Un ruido procedente de la planta baja nos hizo recordar que no estábamos solos.

Me aclaré la garganta y doblé la fotografía para guardármela en el bolsillo trasero del pantalón. Saqué los preservativos de la caja y me los guardé en el otro bolsillo. Después, bajé las escaleras seguida de Alex.

No había nadie abajo aparte de los transportistas. Lancé una mirada a

Alex, que me miró confuso. El cuaderno se movió debajo de mi blusa y me vi obligada a hablar para ocultar el sonido.

—¿Mamá?! —grité. El eco resonó por toda la casa. Entonces, bajó por las escaleras con la mirada inquieta. Un momento, ¿estaba arriba? ¿Dónde? No la había visto ni oído—. ¿Qué está pasando? —pregunté con la mirada fija en ella.

—Nos vamos —respondió con firmeza.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Cómo que nos vamos? —pregunté, estupefacta.

Me miró bruscamente de arriba abajo. Me sentía vulnerable y furiosa en su presencia. Todas las pruebas apuntaban a ella y no podía negarlo.

Mi madre era la asesina.

—¿Has estado llorando?

—No —respondí con rapidez. No quería que me interrogara.

—¿Qué te ha pasado? Tienes los nudillos rojos. ¿Te has vuelto a pelear?

Me limité a negar con la cabeza. Tenía unas ganas tremendas de pegarle.

—No, mamá —contesté—. ¿Por qué nos vamos? —pregunté con el ceño fruncido.

—He comprado una casa nueva. Quería darte una sorpresa.

—¿Casa nueva? Mamá, ¿de qué hablas? —Intenté no parecer interesada en lo que decía.

Quería mantener el control. Debía ganarme su confianza de nuevo. Me moría de ganas por oír la verdad de sus labios.

—He vendido la casa y he comprado una nueva en Canadá. ¿Qué te parece? Ya me he encargado de matricularte en un nuevo instituto.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué? ¿Canadá?! —grité.

Ella bajó el último escalón y se acercó a mí con una sonrisa.

—Sí, es un lugar muy frío pero es precioso. Empezaremos una nueva vida allí, juntas.

—No —rechacé de inmediato.

—¿No, qué?

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí —mascullé, señalando el suelo.

Mi madre se retiró el pelo y se lo colocó detrás del hombro.

—No, cariño. Debemos irnos —replicó con dulzura.

—Mamá. Toda mi vida está aquí. No quiero irme. ¡Quiero quedarme! —dije, levantando la voz.

—Hannah, tenemos que irnos. Este lugar solo te traerá malos recuerdos. Cara ya no está... —respondió. Al mencionar a Cara, bajó la mirada. Tuve que contenerme para no tirarle del pelo—. Y tú... tú debes seguir adelante.

—Mamá, Cara acaba de fallecer. ¿Es así como esperas que lo supere? —No daba crédito a lo que oía.

—No. Simplemente te ofrezco una oportunidad de olvidar todo lo que ha sucedido y evitar el sufrimiento —contestó con voz ahogada—. Podemos empezar de cero.

Quería huir de Eric. Quería huir de todo aquel que estuviera relacionado con Alex.

Me contuve para no gritarle que sabía la verdad sobre Eric.

«Confianza, Hannah, tienes que ganarte su confianza».

—Mamá, yo...

De repente, sentí un dolor terrible en el estómago. ¿Qué me ocurría?

Me apreté con fuerza. Era insoportable, como si me estuvieran abriendo sin anestesia.

Chillé en voz baja. Alex corrió hacia mí sin tocarme. Era muy peligroso que se apareciera ahora mismo.

La sala empezó a dar vueltas y, un segundo después, sentí que las fuerzas me abandonaban. Las paredes vacías del recibidor se desintegraban ante mis ojos. Me costaba muchísimo mantenerme en pie. Sentí un fuerte y punzante dolor en la cabeza y grité con todas mis fuerzas. Un segundo después, caí al suelo.

Y entonces, todo se convirtió en oscuridad y silencio.

Abrí los ojos y los recuerdos se reprodujeron a toda velocidad en mi cabeza. Me dolía todo el cuerpo. Recordé a la enfermera del hospital, las terribles palabras de Sarah, con su pelo color zanahoria, a los transportistas y el camión de la mudanza, la discusión con mi madre y después... el golpe contra el suelo.

Era extraño. Es cierto que a veces me mareaba, pero nunca antes me había

desmayado, al menos no de esta forma. Aunque los mareos, las náuseas, los vómitos y el dolor de estómago parecían tener una clara explicación. Apenas había pegado ojo en los últimos días. Además, estaba muy afectada por todo lo que me había ocurrido y últimamente no había estado comiendo bien.

Cerré los ojos con fuerza y los abrí de nuevo. Miré a mi alrededor. Las paredes eran de un color café oscuro y en la parte superior había una moldura decorativa de color vino. La combinación resultaba un poco extraña. Había una enorme ventana en forma triangular delante de la cama, tan grande que ocupaba casi toda la pared. Una cortina blanca y gruesa cubría los cristales y evitaba que los rayos de sol se colaran en la habitación.

Me moví un poco. Una silla rechinó cerca de mí. El sonido me hizo apretar los dientes. Tenía la boca tan seca que apenas podía abrirla. Me di cuenta de que estaba acostada en una cama suave, con sábanas blancas y que estaba empapada en sudor.

—¿Alex? —murmuré.

—¿Alex? —preguntó una voz femenina. Mis músculos se tensaron—. Soy tu madre. ¿Quién es Alex?

—Mi amigo.

Resopló.

Me froté los ojos. Los tenía rojos e hinchados y veía todo borroso.

Esta no era mi habitación. Busqué a Alex con la mirada, pero no estaba ahí. El dormitorio era grande y espacioso, había algunas cajas de cartón sin desembalar por todo el cuarto, olía a cerrado y había polvo por todas partes.

Hacía demasiado frío. Más de lo normal.

—¿Dónde estamos? —pregunté mientras me reincorporaba en la cama.

—Estamos en Vancouver, en Canadá —susurró casi para sus adentros.

¿Qué?! Tenía que ser una broma... ¿Se había aprovechado de mi inconsciencia?

Sentía que la sangre me hervía.

—¿Qué?! —gruñí con fuerza. Tenía la sensación de que unas manos me apretaban el cuello y me asfixiaban. Apenas podía respirar.

¿Dónde estaba Alex? ¿Se había ido ya? ¡No! ¡No podía dejarme! ¡Todavía no!

—Estamos en Canadá —repitió.

—Pero... ¿cómo? —dije con un grito ahogado, mientras me observaba con cautela. Estaba desorientada—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Acabamos de llegar. Esta es tu habitación, ¿qué te parece?

—Pero mamá... No he podido despedirme de nadie. Yo... —Me quedé sin palabras—. ¿Por qué? ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué me ha pasado? —pregunté con el ceño fruncido. De repente, me empezaron a temblar las piernas.

Mi madre estaba sentada en una silla de madera en el lado derecho de la cama. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y llevaba el cabello suelto. Lo tenía húmedo; parecía que acababa de ducharse.

—Canadá es un lugar maravilloso, te encantará. Y estoy segura de que harás más amigos. Solo tienes que abrigarte bien. Hace mucho frío estos meses. Te he comprado algunas cosas que podrás...

—Mamá... —la interrumpí. Ella me miró—. No has contestado ninguna de mis preguntas. ¿Por qué nos hemos mudado? Joder, ¿qué hacemos aquí? —grité con voz ahogada.

—Haz el favor de hablar bien —respondió con firmeza.

El eco de su voz resonó en mis oídos. Me miraba fijamente. Entonces, soltó un suspiro inquietante y luego fijó la mirada en uno de los muebles de la habitación. Una lámpara pequeña de madera era la única luz que iluminaba el dormitorio. Parecía afligida.

Un momento... ¿Era de noche o de día?

—Me han despedido del trabajo y nos hemos quedado sin fondos. He tenido que vender la casa y esta era lo único que podíamos permitirnos. —Tragó saliva.

No, eso no era cierto. Era imposible que nos hubiésemos quedado sin dinero. Mi madre era una mujer previsora y, además, yo tenía una cuenta de ahorros para la universidad que podría salvarnos de cualquier apuro. Tampoco la podían haber despedido de un día para otro. Llevaba casi cinco o seis años al frente del instituto. Estaba segura de que no era más que una simple excusa para alejarnos de los Crowell.

¿Dónde estaba Alex? Estaba bastante preocupada por él. No podía imaginarme que él estuviera en Seattle y yo aquí, en Vancouver.

—Mamá... —Solo pronunciar esa palabra me dolía. Los recuerdos de la visita a Sarah al hospital eran tan claros como el agua. Recordaba cada una de

sus palabras—. Tenemos bastante dinero como para afrontar algo así, ¿qué ha ocurrido? —pregunté, con la intención de sonar razonable.

Mi madre parecía inquieta.

—Bueno, tu padre nos dejó unas cuantas deudas...

Lo supe de inmediato: era mentira. Mentía una vez más. Eric no dejaría ninguna deuda a nombre de mi madre. Los Crowell eran una familia adinerada.

Me froté los pies. Los tenía helados.

—¿Mi padre? —pregunté, intentando sacarle algo de información. Apenas la veía en la penumbra de la habitación.

—Sí... bueno, es que... dejó unas cuantas deudas, no muy grandes. Todavía tenemos algo de dinero, no te preocupes.

—¿No se supone que el banco cubrió todas las deudas cuando murió? —pregunté con una clara actitud desafiante.

Mi madre intentaba parecer tranquila, aunque tenía los músculos tensos y su nerviosismo era demasiado evidente.

—No.

—¿Cómo se llamaba mi padre?

Guardó silencio unos segundos y, entonces, susurró:

—Christian.

Estuve a punto de reír. ¿En serio iba a continuar con esta farsa? ¿Iba a seguir ocultándomelo? Tenía unas ganas inmensas de decirle que sabía toda la verdad, pero todavía debía esperar un poco más. Alex y yo estábamos seguros de que en algún momento se le escaparía algo y nos daría una pista.

Debía admitir que estar con ella me hacía sentir insegura y vulnerable. Solo tenía que fingir estar tranquila y que estaba de acuerdo con todo lo que decía. Debía incluso olvidarme de la familia Crowell. Tenía que perder todo contacto con ellos para hacer creer a mi madre que estaba de su lado.

Sarah no podía haberme mentado; parecía tan segura de sí misma. Aunque no me había explicado el motivo por el que mi madre había matado a Alex. Tenía la ligera sospecha de que se trataba de una venganza. ¿Tan terrible había sido vivir con los Crowell?

—¿Christian...? —pregunté con una ceja arqueada.

—Christian Shell.

¡Patético! ¿Era posible odiar a tu propia madre? ¿Querer arrancarle el pelo? ¿Querer pegarle y gritarle hasta que dejara de mentir?

Sus mentiras me herían. El corazón me daba un vuelco con cada mentira que pronunciaba. Tenía los nudillos apretados con fuerza para intentar contenerme. Aunque estaba convencida de que nunca podría hacerle nada. No sería capaz de hacerle daño. A pesar de todas las cosas que había hecho, era mi madre. Ella me había traído a este mundo, había estado conmigo desde siempre, me había criado y educado.

Todo esto era surrealista. Si hace dos meses me hubieran dicho que mi madre era una asesina, lo habría negado de inmediato y posiblemente habría pegado a quien lo hubiese dicho. Pero parecía ser cierto... mi madre le había arrebatado la vida a dos personas y yo era capaz de hacer cualquier cosa por mantenerme de su lado.

—Nunca me has hablado de él.

—No tiene sentido.

—Mamá, tengo derecho a saber algo sobre mi padre. Lo que sea. Ni siquiera me has dicho cómo era. ¡No me has contado absolutamente nada! —Intenté parecer lo más dolida posible. Fingí estar a punto de llorar, aunque tenía un nudo en la garganta—. Es absurdo que me ocultes información sobre él. Tu actitud me hace pensar que mi padre podría estar vivo...

Se horrorizó de inmediato. Mi respuesta parecía haberla tomado por sorpresa. Encogió los hombros y agachó la cabeza, pero, entonces, recuperó la compostura.

—¡Está muerto! —respondió enseguida.

La rabia se apoderaba de mí. Necesitaba calmarme.

«Inhala y exhala. Tranquila». Y entonces, Alex apareció en una de las esquinas de la habitación, justo a un lado de la enorme ventana. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Me relajé de inmediato.

—Está bien, lo entiendo. —Suspiré—. Pero es que nunca me hablas de él.

—Estás a salvo ahora, Hannah. —Ignoró mi pregunta—. Hablaremos de ello después.

—¿Mamá? —pregunté— ¿Por qué decías que no debía confiar en Rosie? ¿Tú la conocías?

Mi madre clavó la mirada en el suelo. Parecía tan tranquila que me

alarmé. Siempre que preguntaba sobre los Crowell, se ponía en guardia, pero esta vez su actitud era diferente.

—Sí, íbamos juntas a la universidad. Era una chica bastante inquieta y perspicaz. Muy inteligente. Siempre sacaba la mejor nota de la clase. Fuimos amigas durante mucho tiempo.

Le presté toda la atención posible. Había empezado a contármelo todo. O, al menos, una parte de la historia. Llevaba una semana esperando esto y ahora más que nunca tenía que comportarme con total naturalidad.

—¿Y? ¿Qué pasó después? ¿Os peleasteis? —pregunté en voz baja.

—Está bien. Te lo contaré, ¿de acuerdo? Pero esto tiene que quedar entre nosotras. —Asentí—. Rosie cambió de repente, cuando te tuve a ti.

—¿Cómo? —pregunté, fingiendo no saber de qué hablaba—. ¿Ella me conoce desde que nací?

—No exactamente. Rosie y yo nos quedamos embarazadas a la vez. Las dos compartimos la misma felicidad, la misma alegría. —Me miró directamente a los ojos mientras seguía hablando. Esbozó una sonrisa involuntaria—. Cuando rompió aguas, algo no salió bien. Hubo alguna complicación durante el parto y el bebé murió mientras daba a luz. Fue muy duro, no solo para Rosie, sino para su familia, su esposo, su otro hijo y, por supuesto, para mí.

—¿Su otro hijo era Alex, no? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Sí. Tú jugabas mucho con él. Siempre estabais juntos, parecíais uña y carne. Pero eras muy pequeña para recordarlo.

El corazón me dio un vuelco. Entonces recordé las palabras de Alex. Había dicho que tenía una prima con la que jugaba mucho cuando era pequeño. No era Ricitos de Oro. Alex había jurado que era otra niña, pero no recordaba su nombre. Y yo ahora sabía cómo se llamaba.

Hannah Reeve.

Lo había sabido desde el principio. Desde que Eric se presentó en aquella mansión y me abrazó. Yo era esa niña que jugaba con él de pequeño. Aunque mi madre estaba omitiendo la parte más importante de esta historia, el hecho de que era la hija de Eric.

Pero ¿qué había ocurrido?

—El caso es que a Rosie le afectó tanto la pérdida del bebé que creyó que

tú eras su hija. Los primeros días creí que era algo normal, Hannah. Creí que era la consecuencia inicial del dolor. Pero conforme pasó el tiempo, no mejoró, e incluso fue a peor. Quería quedarse contigo, y yo no podía permitirlo. Eras mi hija.

—Pero Rosie se curó, ¿no?

Tragó saliva y respondió:

—Sí, por supuesto. Pero eso fue después de que nos fuésemos. George la metió en un psiquiátrico y con el tiempo se recuperó.

—¿Qué pasó con Alex? ¿Quién cuidó de él mientras ella estaba internada en la clínica? —pregunté.

—George.

Mentira. George no se preocupaba por Alex. Siempre estaba ocupado con el trabajo. Si no hubiese sido por su tío Eric, habría estado muy solo.

Sentí una punzada en el corazón. Tragué saliva.

—Entiendo —dije—. Pero todavía no me has contestado. ¿Por qué dices que Rosie no es de fiar?

Mi madre me miró fijamente e hizo una mueca antes de contestar:

—Es evidente —susurró—. Puede sufrir una recaída en cualquier momento.

—¿Tú crees? —pregunté, levantando una ceja.

—Por supuesto. Es inevitable. Todos podemos volver a caer después de levantarnos.

—Vaya. No tenía ni idea. Entonces, ¿te marchaste por ella?

—Sí —respondió firmemente.

Por un momento, creí que lo había ensayado todo. Su sinceridad me confundía y, ahora, tenía dudas. ¿Me estaba diciendo la verdad? ¿O solo era una mentira más?

Pero entonces recordé lo que Alex me había contado. Él me había explicado que su madre sufrió mucho después de perder al bebé. También me había contado lo solo que se había sentido durante el tiempo que ella había estado internada. Me había contado que Eric se había convertido en su tío favorito porque era el único que cuidaba de él. Ahora solo faltaba una pieza por encajar. O más bien dos: Eric y el pendiente que me había dado Kate.

—¿Vivías con ellos?

Ella se movió nerviosa durante unos segundos, pero después recuperó la compostura.

—No, vivía con mis padres por aquel entonces. Rosie era bastante joven cuando se casó con George, y tuvieron a Alex varios años después.

—Entonces, ¿conocías a Eric? —pregunté intentando sonar informal. Ella palideció.

—Sí, es el hermano de George. Lo vi un par de veces en casa de Rosie. —Intentó quitarle importancia.

—¿Y?

—¿Qué más quieres saber? —preguntó con el ceño fruncido. Yo no quería presionarla, pero puede que no se presentase otro momento como este y debía aprovecharlo.

Me aclaré la garganta disimuladamente.

—Quiero decir que pasabas mucho tiempo con Rosie. ¿Nunca te interesó Eric?

—No, nunca. —Parecía sincera—. Era muy guapo, muy atractivo, en realidad. Pero no era mi tipo, ya sabes... —Utilizó la misma expresión que usaba yo cuando no sabía qué decir—. Aparte de que siempre estaba viajando. Nunca tuvimos oportunidad de conocernos más a fondo.

—Pero ¿no te interesaba? —insistí, intentando ocultar mi desesperación. Traté de fingir simple curiosidad.

—Sí, un poco. —Se ruborizó de inmediato—. Pero no pasó nada.

—¿Nunca? —pregunté de nuevo—. Tú eres muy guapa, pudo haberse fijado en ti. —Me empezaron a temblar las piernas. Estaba segura de que estaba a punto de decir algo más, diría algo más. Lo veía en sus ojos, pero su boca no se lo permitía.

Soltó una risita y con una media sonrisa me agradeció el halago.

—No, Hannah. Eric era muy reservado. Siempre estaba viajando, ya te lo he dicho. Él nunca se fijó en mí de esa manera. Éramos amigos, nada más. —Frunció los labios.

—¿Cómo lo sabes? —gruñí en voz baja.

Ella parecía empezar a irritarse por mi insistencia, pero en ningún momento había hecho ademán de detenerme, así que había dado por hecho que podía seguir preguntándole hasta que se cansara y me gritara que era

suficiente.

Evitó mi mirada y suspiró lentamente.

—Lo sé porque me lo dijo.

Toda la luz que había en la habitación desapareció en cuestión de segundos, como si sus palabras hubieran hecho que la casa se volviera todavía más fría y tenebrosa.

Entonces, sus ojos brillaron como dos piedras preciosas. Tenía las pupilas dilatadas. Se adaptaban a la oscuridad con una rapidez felina. Estaba rígida y tenía el ceño fruncido. Toda la tensión se acumulaba en sus hombros. Luego, hizo un gran esfuerzo por girarse y mirarme a la cara.

—¿Eric te ha dicho algo?

No era capaz de ver lo que escondía su mirada. Parecía aterrada y dolida. Temblaba sin parar. Era evidente que estaba nerviosa.

Por un momento, dudé si debía decirle la verdad, pero no podía. Me había acostumbrado a mentirle. No confiaba en ella después de todo lo que había pasado con Alex.

—No... bueno... me contó algo, pero creo que no debería decírtelo — dije, evitando tartamudear.

—¿Decirme qué? ¿Tiene que ver conmigo? —Su rostro se mantuvo firme y sereno. Sabía que se estaba haciendo la loca.

—Un poco. Está relacionado con lo que me acabas de contar... —Frunció el ceño, confundida.

—¿Con lo de que me gustaba? —preguntó.

Sabía adónde quería ir a parar. Me afectaba que actuara con tanta naturalidad.

—Sí —susurré.

—Oh, bueno, no te preocupes. Superé lo de Eric hace mucho tiempo. — Una sonrisa tímida se asomó en su cara.

—Sí, supongo que quien te ayudó a hacerlo fue mi padre.

Sabía que esa respuesta le afectaría y la pondría más nerviosa. Pero no tuvo el efecto esperado. No parecía afectada en absoluto.

—Supones bien —respondió con suavidad.

Irradiaba tranquilidad. Parecía estar atenta, así que debía tener cuidado con lo que decía.

—También me contó que quería mucho a su mujer. Se casó y tuvo una hija, ¿no lo sabías? —Fruncí el ceño durante unos segundos—. Creo que tiene mi edad, de hecho... —Parecía imposible alterarla. Proseguí con más naturalidad—: Eric me contó que después de un tiempo su mujer desapareció y se llevó a su hija con ella. Por lo visto, tenía sus razones. Dijo que había sido culpa suya, y la verdad es que yo también lo creo. Aunque no entiendo por qué al final su mujer decidió marcharse. Eric es una buena persona, y a ella nunca le faltó de nada mientras estuvo con él. Eric la quería.

Fruncí el ceño todavía más. No sé por qué, pero sentía que me ardían los ojos.

Asintió, asimilando mis palabras. Después, se levantó de la silla y se apoyó sobre una pila de cajas con total naturalidad, sin apartar la vista de mí en ningún momento. Aquello me hizo dudar. ¿Por qué estaba tan tranquila? ¿Acaso no había oído lo que acababa de decir?

De repente, le empezaron a temblar los labios y cruzó los brazos, como si intentara protegerse. Resopló y dijo:

—A veces el amor no es suficiente.

—¿Tú crees?

—Sí, se necesita más que amor en una relación, Hannah.

—¿Tú no conociste a su mujer?

—No —respondió con despreocupación—. Ni siquiera sabía que tenía una hija.

—Ya veo.

—¿Por qué te interesa saberlo? —preguntó.

Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta de mi nueva habitación. Iba descalza y notaba lo frío que estaba el suelo.

La respuesta era fácil. Había practicado mentalmente todas y cada una de mis preguntas, al igual que sus respuestas. Estaba preparada para que dijera cualquier cosa.

—Es curioso, ¿no te parece? —Intenté que mi voz sonara tan ronca como me era posible—. Sería conmovedor que Eric encontrara a su esposa y a su hija. —Forcé una sonrisa dulce e inocente.

—Por supuesto.

La miré durante unos segundos. Tenía un rostro inexpresivo. Analicé todos

y cada uno de los movimientos de su cuerpo. Tenía los brazos apoyados en las esquinas de la caja mientras golpeteaba la superficie y las piernas ligeramente abiertas.

—¿Mamá?

—Dime.

—¿Qué habrías hecho en su caso?

Mi respuesta parecía haberla dejado perpleja.

—¿Yo? —Frunció el ceño y asentí—. Bueno, Hannah... no sé.

Posó la mirada en el techo y comenzó a golpetear la caja más rápido, aunque apenas hacía ruido. No sabía qué responder. Recorrió el techo con la vista y luego volvió a mirarme.

—Creo que lo que hizo no estuvo bien. Su mujer debe de estar muy arrepentida. Tenía a un hombre increíble y le ha quitado a su hija la oportunidad de crecer con un padre. Aunque por lo que has dicho, parece que tenía unas razones de peso para abandonarlo.

—¿Tú crees que estará arrepentida?

—Sí... al menos, yo lo estaría.

El instinto me decía que no debía creerla. Mi madre era una asesina. No debía mostrarme vulnerable ni provocarla, y menos si estábamos las dos solas.

Hubo un silencio, pero al cabo de un rato lo intenté una vez más.

—¿Mamá? ¿Cómo era mi padre? ¿Por qué no tengo su apellido? —pregunté con un hilo en la voz.

—Digamos que tu padre no se hizo cargo de ti desde un principio —murmulló—. No se merecía que llevaras su apellido.

Entonces, recordé el día en que Alex me había explicado su teoría. Creía que existía la posibilidad de que fuésemos hermanastros. Me preguntó si mi madre me había enseñado mi certificado de nacimiento alguna vez. La verdad es que no le presté mucha atención entonces, pero no había dejado de pensar en ello. Me sentía como un bicho raro. Seguramente todo el mundo había visto al menos una vez en su vida su propio certificado de nacimiento. Mi madre siempre me lo había ocultado. Lo más probable es que escondiera algo... El apellido de Eric, mi padre.

—Mamá... Quiero que me cuentes más cosas sobre mi padre.

—Creo que ya te he dicho todo lo que debías saber. El resto no tiene importancia, Hannah.

—Me gustaría ver mi certificado de nacimiento, si no te importa. —Soné más dura de lo que había previsto.

Mi madre me lanzó una fría mirada, casi frívola. Estaba nerviosa. No dejaba de golpetear la caja con los dedos una y otra vez. Era la hora de saber la verdad. O más bien, de que confesara lo que yo ya sabía y que ella había ocultado durante tanto tiempo. Tragó saliva para deshacerse del nudo que se le había formado en la garganta.

Jaque mate, mamá.

—¿Ya lo sabes? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

—Lo de Eric, ¿lo sabes?

Me quedé en silencio, completamente paralizada.

—Sí.

Entonces, salió de la habitación, y yo la seguí. Nunca había estado en esa casa. Era más grande que la anterior. Si era verdad que se había visto obligada a vender nuestra antigua casa para pagar deudas, no habría podido comprar una casa como esa. Parecía muy cara.

—¿Mamá?

Entramos en un salón grande. Las luces estaban apagadas y todo estaba a oscuras. Apenas podía caminar. Sentada en el suelo, rebuscó entre unas cajas de cartón. Entonces, oí un gemido y se llevó el antebrazo a los ojos.

Lloraba desconsoladamente. Nunca había visto llorar a mi madre de esa manera.

—Toma —me dijo sin levantarse del suelo, y me tendió una hoja de papel.

Caminé hasta ella y lo cogí con las manos temblorosas.

Encendí una de las lámparas blancas que mi madre había colocado provisionalmente y el salón se iluminó por completo.

Era mi certificado de nacimiento.

Sabía lo que me encontraría ahí. Sentía que había ganado este asalto y acababa de empezar una nueva vida. Estaba tan nerviosa que la cabeza me daba vueltas. Me moría de ganas por saber qué ponía en la partida, pero no

me sentía bien. Había vivido la vida de otra persona, no la mía.

Se me contrajeron los músculos casi de inmediato. No podía moverme en absoluto.

Tal y como había supuesto, el nombre de Eric Crowell aparecía en mi documentación oficial. Eric Crowell era mi padre.

Tenía unas ganas inmensas de gritar. Mi mente me pedía que lo hiciera, que gritase desde lo más profundo de mi pecho. El aire acumulado en mis pulmones me asfixiaba. Pero, después, el cerebro me recordó que debía actuar con madurez y ser racional.

Pero no podía hacer nada. Tenía la boca tan seca que era incapaz de hablar. Era como si estuviese en trance y no pudiera volver a la realidad.

Después, una ráfaga de aire frío me recorrió toda la columna, como si me hubieran echado un cubo de agua fría, y me sacudí inconscientemente. En el fondo sabía que lo que me había dejado impactada no era el hecho de descubrir que Eric era, tal y como había creído, mi padre, sino darme cuenta de que mi madre me había mentido durante tantos años.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué me ocultó a mi padre? ¿Por qué no pudo decirme que no había fallecido? ¿Estábamos en Canadá por él, por Eric?

Me ardía todo el cuerpo. Era como si un fuego me recorriera las venas e incendiara todos los rincones de mi cuerpo. La sensación era indescriptible. No entendía cómo todavía no había empezado a llorar. Levanté la mirada con la hoja entre las manos, apretándola con fuerza y pestañeé tantas veces como pude.

—Deja que te lo explique —susurró ella con voz entrecortada.

La observé, furiosa. Parecía haber entrado en estado de *shock* y tenía los ojos vidriosos. Por mucho que la despreciara en estos momentos y me hubiera decepcionado, no podía evitar sentir lástima por ella.

Al fin y al cabo, era mi madre. Pero estaba dolida. Me sentía desconcertada y traicionada...

—Sí, claro que sí. —Se me cortó la voz durante una milésima de segundo. Contenía el llanto con tantas fuerzas que me dolía la garganta—. Explícamelo todo...

—Hannah, antes quiero que sepas que no fue mi intención mentirte. Ocultarte de Eric ni siquiera formaba parte de mis planes. —Solté una risita sarcástica y nerviosa—. Eres mi hija y te quiero. —Una lágrima se deslizó

rápidamente por su mejilla.

—Si me quisieras no me habrías mentido —susurré.

—Tenía que hacerlo.

—¿Tenías que hacerlo? —repetí con sarcasmo y una sonrisa llena de rabia —. ¿Por qué? ¿Por qué me has mentido todo este tiempo?

Mi madre tragó saliva por enésima vez. Tenía la cara muy pálida, como un fantasma, y dudaba que pudiera mantenerse en pie más de cinco minutos. El cuerpo le temblaba sin parar.

—Quería que estuvieras a salvo —murmuró.

—¿A salvo de qué, mamá?

Dejé la hoja en una mesita de madera que había cerca de mí y apreté los nudillos con fuerza.

—De la familia de Eric. Te dije que te mantuvieras lejos de ellos. Te lo advertí. Estuve fuera de su radar durante muchos años, y después... —Parecía molesta consigo misma—. Después aparecen aquí justo después de la muerte de su hijo y nos encuentran.

—¿Fuera de su radar? No sé de qué hablas.

El labio inferior me temblaba muchísimo.

Rosie y Alex me habían contado algo, aunque no me habían dejado claros los motivos por los que mi madre se había marchado. Ella me miró sofocada y tomó tanto aire como pudo.

—Hubo un problema hace unos años, Hannah. Yo quería a Eric, pero Rosie no quería que estuviéramos juntos. Se empeñó tanto en separarnos que, al final, lo logró. Aunque no por mucho tiempo. Eric y yo nos dimos una segunda oportunidad y, años después, nos casamos.

»Pero Rosie intentó separarnos de nuevo. Nunca entendí por qué. Era mi mejor amiga. Habíamos compartido muchos momentos. En alguna ocasión, me pregunté si Rosie estaba enamorada de Eric, pero no tenía sentido. Ella quería a George. Había algo más... —dijo con la voz entrecortada.

Me dolía verla así. Debía intentar ser más comprensiva, sin embargo, me costaba horrores confiar en ella.

—Mientes. Quieres ponerme en contra de Rosie. —La fulminé con la mirada. Sentía que echaba fuego por los ojos.

—No, es la verdad. Tienes que creerme. Aunque solo sea esta vez.

Negué con la cabeza.

—Me has mentido durante toda mi vida. ¿Por qué debería creerte ahora?

—Porque quiero decirte la verdad.

—¿No crees que es tarde para eso? —pregunté con el ceño fruncido.

—No —respondió con dureza—. Dame una oportunidad. Escucha toda la historia y después saca tus propias conclusiones.

—Es que... —Me pasé la mano por la frente y apreté los ojos con fuerza—. Ya no confío en ti.

—Confía en mí, Hannah. Solo esta vez. Te prometo que no te mentaré —suplicó en un susurro.

Asentí. Debía intentarlo.

—Nunca supe por qué Rosie actuaba así. No lo entendía. Durante todos los años que pasé lejos de los Crowell, nunca averigüé el motivo.

»Nos mudamos en varias ocasiones para ocultarnos de ellos, y funcionó. Pero cuando me enteré de la muerte de Alex, sospeché. Justo unos días antes de su muerte, me pediste permiso para salir con un chico.

Negué con la cabeza. No recordaba nada de ese día, y eso me estaba matando por dentro.

—Nunca me dijiste su nombre, aunque lo cierto es que debería haberte preguntado. No le di más importancia, pero, entonces, descubrí que ese chico era Alex... —Apartó la mirada y añadió en un susurro—: Tu primo.

Gemí inconscientemente. ¿Era necesario recordármelo?

—Alex era bueno. No merecía morir —balbuceé casi para mis adentros.

—Lo sé. —De repente, sentí que el corazón me daba un vuelco y no podía respirar—. Pero a todo el mundo le llega la hora. La muerte es algo natural.

—Alex no murió, mamá. Lo asesinaron —le recordé.

—Lo sé... —contestó—. Hannah, por favor, te suplico que no te acerques de nuevo a Rosie. Es capaz de cualquier cosa.

—¿Por qué me haría daño?

—Cuando su bebé murió, todo empeoró. Rosie se volvió loca. Juraba que eras su hija. Temía que te hiciera daño. No eras más que un bebé, Hannah.

—Pero se ha recuperado.

—Sí, tal vez. —Resopló—. Pero nunca sabremos si su mente se recuperó del todo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el ceño fruncido.

—Quiero decir que podría recaer en cualquier momento.

—No —salí en su defensa. Era evidente que mi madre intentaba ponerme en su contra.

Cruzó los brazos sobre el pecho, que no dejaba de subir y bajar precipitadamente.

—Está bien... Te explicaré por qué tuve que huir —continuó mientras me miraba fijamente.

Había dejado de llorar, sin embargo, tenía las mejillas húmedas todavía. El ambiente se volvió tenso y casi no podía respirar.

—Eric no aceptó que nos fuéramos de la mansión de su hermano. En cierto modo, lo entendía. George y Eric habían estado juntos desde que eran niños y le costaba dejar solo a su hermano, que estaba pasando por una situación muy complicada. Además, Eric y Alex estaban muy unidos. Sufría por él. No quería separarse de él, sobre todo en ese momento, cuando su madre estaba internada. Intenté entenderlo y no ser egoísta. Descarté la idea de irnos de la mansión por Alex y por George. Aunque el instinto me decía que debía huir y protegerte de Rosie.

»Hannah, tienes que entender que Rosie está loca. No te quiere. Solo quiere hacerte daño. En una ocasión te atacó. No sé lo dije a Eric, pero intentó matarte, cielo. Por eso nos fuimos. Sé que suena descabellado, pero es cierto. Estabas en la piscina, justo en el borde... —Tragó saliva con dureza y todos sus músculos se contrajeron—. Te empujó e intentó ahogarte.

Negué con la cabeza. No podía ser cierto.

—Basta, mamá —chillé en voz baja. No aguantaba más. Rosie no sería capaz de matarme.

—Es la verdad.

—¿Y por qué no se lo dijiste a Eric? ¿Por qué no le dijiste dónde estábamos? Podría haber venido con nosotras.

Ella sonrió dolorosamente.

—Se lo dije. Le dejé nuestra dirección, todos nuestros datos, pero nunca vino. Lo hice, Hannah. —Su sonrisa se desvaneció poco a poco—. Fue entonces cuando supe que no le importábamos, y cambié nuestros nombres por seguridad.

Me tomé unos segundos para asimilar todo.

—Pero lo soy. Soy una Crowell.

—Sí... lo eres.

Capítulo 7

—Hola —susurró una voz a lo lejos.

Estaba sentada en una esquina de la cama con mi certificado de nacimiento a mi lado. Era increíble el efecto que tenía su voz. Siempre conseguía calmarme.

Después de la discusión con mi madre, me había ido a mi nueva y congelada habitación. Era demasiado grande y solitaria. La odiaba con toda mi alma. No podía permanecer un segundo más ahí. Quería volver a mi antigua casa.

Esboqué una media sonrisa y susurré:

—Hola, Alex.

Él se acercó sigilosamente a mí y, cuando estuvo lo bastante cerca, se detuvo.

—¿Cómo estás? —preguntó, visiblemente preocupado.

Estaba anocheciendo y la penumbra había invadido la habitación. No me había molestado en encender la lámpara de la mesita de noche. Necesitaba silencio y oscuridad para pensar, para tranquilizarme. Siempre había creído que era bueno hablar conmigo misma, pero, a veces, sabía que necesitaba que una persona me escuchara.

Y, ahora, esa persona era Alex.

¿Qué estaría haciendo en estos momentos si Alex no hubiese aparecido en mi vida? ¿Estaría delante del ordenador como siempre? ¿Me habría mudado a Canadá? ¿Habría descubierto que mi padre estaba vivo?

—Decepcionada —respondí.

—Sé cómo te sientes.

—¿Tú crees que mi madre ha dicho la verdad? —pregunté con el ceño fruncido.

Alex desvió la mirada hacia la ventana y negó con desaprobación.

—No lo sé, Hannah.

De repente, una ráfaga de viento sopló con tanta fuerza que las cortinas se sacudieron durante unos escasos segundos.

Tenía mucho frío.

—Ahora que sabemos la versión de mi madre, debemos volver a hablar con tu familia, ¿verdad?

—También es tu familia —me corrigió.

—Es extraño pensar que Eric es mi padre y que Rosie y George son mis tíos. Me resulta difícil de asimilar.

—Ya te acostumbrarás. En cuanto a lo de volver a Seattle, es tu decisión —dijo, dubitativo, mientras se acercaba más a mí.

—Gracias por comprenderlo. No quiero dejar sola a mi madre, pero por otra parte...

—Sé por lo que estás pasando y quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo, porque te quiero y no me gustaría que te pasara algo malo.

—Yo tampoco quiero que te pase nada a ti.

Alex rio en voz baja, como si estuviera cansado.

—¿Qué podría pasarme? —Esbozó una sonrisa y añadió—: Estoy muerto.

—En cambio, yo nunca me he sentido más viva.

—¿Es la hora de ponernos cursis? —preguntó él mientras se pasaba los dedos por el pelo despeinado.

Frunció los labios de una forma tan graciosa y *sexy* que me hizo temblar por dentro. Estaba de pie a una distancia desde la que podía contemplar su cuerpo. Era muy, muy guapo.

—Porque si es así, entonces quiero decirte que tú eres mi prioridad, lo único que me importa desde que te vi. Eres la razón por la que estoy aquí.

Se me formó un nudo en la garganta. No podía asimilar la idea de que Alex se marchara y temía que, llegado el momento, se fuera sin despedirse y que nunca más volviera. Alex se había convertido en alguien muy importante para mí. Era mi otra mitad y podría decirse que incluso una parte de mí. Si se

marchara, me partiría el corazón y me sentiría vacía por dentro y por fuera.

—Alex... yo...

No pude continuar porque me quedé sin palabras. Miré hacia abajo, pero eso solo hizo que las lágrimas amenazaran con salir. Me costaba horrores respirar. Sentía que me asfixiaba y la garganta me ardía. Intentaba liberarme del nudo que tenía, pero era imposible y hacía que me picara todo el cuello.

Levanté la cabeza y miré al techo. Pestañeeé con disimulo. Estaba segura de que me pondría a llorar en cualquier momento, pero no quería que Alex me viera llorar por enésima vez. Sentía tal presión que parecía que el corazón se me fuera a salir del pecho. Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo... Me sentía débil y vulnerable.

—Ey...

Alex se acercó rápidamente y se arrodilló delante de mí. Me tomó de las manos y entrelazó los dedos con los míos. De repente, el corazón me dio un vuelco y sentí que una descarga eléctrica me recorría todo el cuerpo. Tenía las manos suaves y frías, pero yo no quería separarme de él.

—No llores. No quería entristecerte.

—No. No es culpa tuya... Es solo que... que te quiero demasiado, Alex. Alex me acarició las mejillas, todavía húmedas por las lágrimas.

—Yo también te quiero.

—Pero te irás... —susurré con un gran dolor en el pecho.

Su expresión se tornó sombría. Por un momento, me odié por haber hecho desaparecer la sonrisa de su cara.

—¿Eso es lo que te atormenta, Hannah? —preguntó con voz ronca y angustiada y una mirada llena de tristeza.

Me perdí en el brillo profundo de sus ojos y tuve que recordarme a mí misma que tenía que evitar besarlo. Alex me observaba con los ojos bien abiertos y me hipnotizaba con las gruesas y voluminosas pestañas. Con las yemas de los dedos, me enjugó las lágrimas que todavía no se habían secado. Entrar en contacto con él hacía que un fuego se apoderara de mí. Lo miré fijamente, intentando no llorar más.

—Sí —respondí finalmente.

Él apartó la mirada sin dejar de acariciarme las mejillas. Parecía aturdido. El pelo le tapaba la cara, pero noté como temblaba.

—Te estoy haciendo daño —dijo, y volvió a mirarme a los ojos. Estaba estupefacto.

—¡No, Alex! No...

—Sí, Hannah —me interrumpió—. No deliberadamente, pero ¿quién en su sano juicio hablaría y se enamoraría de un fantasma? —Sus palabras reflejaban dolor.

—Yo.

—No, Hannah... —susurró mientras negaba.

—Por favor, no me digas que esto va a terminar —chillé y, sin poder evitarlo, una lágrima cayó en la mano de Alex.

—Mírate, desde que te conocí, no hay día que no llores.

—No lo hagas.

—¿Hacer qué?

Fruncí el ceño e intenté controlarme para que el labio no empezara a temblarme.

—Dejarme. Irte. No quiero que te vayas.

Alex me observó, confundido. Pero entonces un brillo se apoderó de su mirada.

—¿Y si te dijera que todo es fruto de tu imaginación? ¿Qué pasaría si te dijera que yo no existo, Hannah?

Me tembló todo el cuerpo. ¿De qué hablaba? Estaba bromeando, ¿verdad?

No, no podía ser cierto. Alex era real. Sentía que era real.

—Te golpearía para que vieras que no eres un producto de mi imaginación. Estoy segura de que eres real... No me hagas esto... —lloriqueé—. No seas cruel, Alex. No lo soportaría. Dime que es una broma —supliqué con la voz entrecortada.

Él no tenía culpa de que llorara. Cualquier persona en mi lugar se habría derrumbado en un abrir y cerrar de ojos.

Alex suspiró y entreabrió los ojos. Sus ojos reflejaban culpabilidad.

—Lo siento. Estaba bromeando, perdón —gimió en voz baja, admitiendo su derrota.

—Alex, quiero comprobar que eres real.

—¿Qué? ¿Cómo podrías...?

—Déjame besarte —lo interrumpí de golpe.

Alex pestañeó.

—Hannah... —me reprochó.

Mis ojos se quedaron fijos en sus labios húmedos.

—Tomaré eso como un sí —dije al recordar que había dicho exactamente lo mismo el día que me besó. Y entonces lo hice. Lo besé.

Soltó un gemido en mis labios, pero no opuso resistencia. Seguía acariciándome las mejillas mientras movía sus suaves y húmedos labios. Sentía un cosquilleo incesante en el estómago y me temblaba todo el cuerpo. Se movía con naturalidad y de una manera muy tentadora. Sabía lo que hacía. Sentía que me deseaba.

De repente, mi cerebro dejó de funcionar. Alex tomó la delantera y ahora era él quien me guiaba. Me sumí en un frenesí terrible. No podía contenerme.

Me separé un poco de él.

—Comprobado, eres real.

—Lo siento. —Abrió los ojos y me secó las mejillas.

—No tienes ni idea de cómo me haces sufrir, Alex Crowell.

Alex sonrió y se aclaró la garganta.

—Bueno... bienvenida a la familia Crowell —bromeó. Sonó tan encantador que me hizo sonreír.

—Soy una Crowell, ¿no es increíble?

Levanté la vista y me encontré con sus ojos de color miel, que me miraban fijamente. Tenía los brazos cruzados y estaba rígido. Tuve que evitar a toda costa perderme de nuevo en sus labios. No me había dado cuenta hasta ahora de lo fuerte que estaba. Era perfecto. Me volvía loca.

—Sí, aunque tengo que admitir que no me gusta saber que eres mi prima —respondió, muy serio.

—Gracias por estar aquí —murmuré—. Por elegirme a mí.

—Era nuestro destino estar juntos.

—Pero no enamorados...

—¿Quién dice que no podemos? —Sonrió—. Las reglas están para romperlas. Todos lo hacen, ¿por qué nosotros no?

—Porque somos primos, primos hermanos. Esto es más grave que romper una regla —susurré con el pecho lleno de dolor.

—Sí, cierto... pero se te olvida algo. —Alex comenzó a acercarse con cautela a mi lado y se sentó en la cama—. Soy un fantasma y nadie puede juzgarnos, por ahora...

—¿Y eso qué significa...?

—Que podemos besarnos tanto como queramos.

—Me gusta tu propuesta.

—Lo sé.

Y entonces, libres de cualquier preocupación, nos volvimos a besar.

Alex podía destrozarme y sanarme en cuestión de segundos. Me tenía hechizada y yo no podía liberarme de él, ni siquiera quería. Sus labios eran tan embriagadores que me olvidé durante unos instantes de mi madre.

Estaba decidido: mañana a primera hora estaríamos en la mansión de los Crowell.

Después de pasar horas y horas besándonos y hablando, Alex y yo fuimos a la habitación de mi madre de madrugada para coger todo el dinero que tenía en su cartera. Dejé una nota en mi habitación, en la que le decía que estaba bien. Evidentemente, no hice ninguna mención a los Crowell. De lo contrario, se presentaría en Seattle enseguida.

Salimos de casa intentando hacer el mínimo ruido posible. Alex me tomó de la mano y, rápidamente, entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Estás segura? —preguntó, y me dio un apretón suave.

—Sí, es lo mejor.

Entonces, se inclinó y me besó. Aunque fue un beso corto y delicado, me estremecí.

—Vámonos —me susurró al oído, y asentí con la cabeza.

Eché un último vistazo a mi nueva casa y, después, a la ventana de la habitación de mi madre. Era muy egoísta por mi parte marcharme así, sin más, pero creía que hacía lo correcto. Al menos, hasta que se calmaran las cosas entre nosotras dos.

Al cabo de un par de horas, Alex y yo estábamos subidos en un avión de camino a Seattle. El avión salía de Vancouver en plena madrugada. Por supuesto, solo había comprado un billete, pero la mitad de los asientos estaban vacíos, por lo que Alex pudo sentarse a mi lado.

Estaba previsto que llegásemos en menos de una hora, así que era mejor dormir y esperar a que el avión despegara, pero no pude. Estaba sentada al lado de la ventanilla. Al principio, solo se veían puntitos de color amarillo. Supuse que eran las luces de las ciudades que sobrevolábamos. Pero enseguida todo se quedó completamente oscuro.

—¿Deberíamos llamar a tu casa y avisar de que voy para allá? —pregunté a Alex.

—No, eso los alarmaría. Conozco a mi padre. Es mejor no avisarlos —contestó después de dudar unos segundos.

—Me he gastado todo el dinero en el billete de avión, ¿cómo voy a llegar hasta tu casa?

—No te preocupes, cogeremos un taxi y cuando estemos allí, mi padre lo pagará.

Asentí. Miré de nuevo por la ventanilla del avión y, segundos después, tuve que controlarme con todas mis fuerzas para mantener a raya las lágrimas que amenazaban con salir. Me sentía muy mal por dejar a mi madre sola en Vancouver. Me parecía que había sido cruel con ella. Tal vez no estaba haciendo lo correcto.

—¿Hannah? ¿Estás bien?

—¿Qué? —pregunté atropelladamente—. Sí, estoy bien.

—Pareces triste. ¿Es por tu madre, no? —Arqueó una ceja.

—Sí... —Luego, negué con la cabeza—. No sé, Alex. Creo que no debería haberla dejado sola.

—No te preocupes, estará bien.

—Lo sé, pero... Sigo dándole vueltas a lo que dijo Sarah —contesté con el ceño fruncido mientras miraba el respaldo del asiento que tenía justo delante.

El avión estaba iluminado por unas luces tenues que invitaban a dormir a todo aquel que quisiera hacerlo y ayudaban a mantenerse en vela a quien deseara seguir despierto.

—No debes confiar en Sarah.

—No debo confiar en nadie —susurré.

—Hannah, pronto sabremos quién es el asesino. Verás como este viaje no es en vano. Iremos a mi casa y hablaremos con mi madre, con Eric y con

Sarah.

—¡Alex! —Di un salto en mi asiento—. El padre de Sarah es policía. ¿Y si ha conseguido que se retiren los cargos contra Sarah y está libre?

Alex me miró con cautela.

—Entonces, tendré que cuidarte más. Buscaremos a Sarah. Pero tú debes dormir, necesitas descansar —dijo con calma.

Su pecho subía y bajaba con lentitud. Me quedé mirándolo y, unos segundos después, me dormí. No pude evitarlo. Estaba agotada, física y mentalmente. Era como si al expresar mis emociones me hubiese quedado vacía y sin energía.

No sabía qué sentir ni qué pensar. Era como si estuviera perdida en un bosque oscuro y tenebroso del que no sabía cómo salir.

—Hannah... —Alex me sacudió—. Hemos llegado.

Me desperté y, en cuanto salimos del avión, fui al baño del aeropuerto a lavarme la cara con agua fría para despejarme. Me dolía la cabeza.

El frío de diciembre era cada vez mayor. Se te metía en los huesos. Todo el mundo llevaba abrigos con piel de borrego y botas de agua hasta las rodillas. En cuanto alguien abría una puerta, se oía a la gente tiritar y sacudirse. Afortunadamente, la calefacción estaba encendida y el personal del aeropuerto ofrecía chocolate caliente a aquellos que esperaban su vuelo congelados en un asiento.

Había niños trotando de un lado para otro, mientras que sus padres corrían detrás de ellos para abrocharles las chaquetas y ponerles un molesto gorro en la cabeza para mantenerlos calientes. Los niños pataleaban porque no querían ponérselo, pero en cuanto notaban que el frío remitía, se alegraban de haber dejado que les pusieran el dichoso gorro de lana que probablemente había hecho su madre.

Antes de salir, me puse un gorro rosa y unos guantes que había traído, me aseguré de que todos los botones de la chaqueta estuvieran abrochados, me até bien los cordones de las botas y me subí los pantalones. Una vez comprobé que estaba bien abrigada, avancé sin vacilar y salí del aeropuerto con la pequeña maleta que había traído. Al cabo de una hora, habíamos conseguido un taxi y estábamos en frente de la mansión de los Crowell. Aquí, por supuesto, hacía menos frío que en Vancouver, así que había tenido que

quitarme alguna que otra prenda de ropa por el camino.

—¿Puede esperar un momento? —pregunté al conductor del taxi mientras me bajaba.

El taxista asintió de mala gana.

Caminé con cautela hasta la puerta de la entrada y toqué el timbre. Eran aproximadamente las ocho de la mañana, así que esperaba que alguien estuviera despierto.

El timbre sonó en el interior de la mansión y me temblaron las piernas. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

—¿Diga? —dijo una voz adormilada al otro lado del interfono. No era la voz de Rosie, ni mucho menos la de Eric o la de George.

—¿Puedo hablar con el señor George?

—¿Quién lo busca?

La voz me resultaba familiar.

—Soy Hannah.

Silencio.

—¿Hannah Reeve? —Tragué saliva.

—Sí, Hannah Reeve —confirmé.

—¡Dios mío! ¡Un momento, voy para allá! ¡No se vaya, por favor! —gritó desesperadamente, y di un salto hacia atrás del susto.

¿Qué acababa de pasar?

Miré a Alex y se encogió de hombros, confundido. Esperé a que alguien abriera la puerta, pero solo había silencio. Le hice una señal al conductor del taxi, que me ofreció una mueca de disgusto.

Después, un ruido procedente del interior de la casa hizo que me relajara. Pero, luego, el sonido se hizo más profundo y estruendoso. Parecía que varias personas corrían hacia la puerta y, a juzgar por los murmullos, estaban totalmente estupefactos.

—¿Hannah? —gritó un hombre desde el interior. En cuanto percibí su tono de preocupación, supe que era Eric.

—Soy yo —susurré.

Los pasos resonaban cada vez con más fuerza y, cuando la puerta se abrió, me encontré con cuatro personas que me miraban con los ojos bien abiertos.

Rosie llevaba un pijama de seda blanco, y George tenía puesta una bata de

color azul a medio atar. El lazo estaba a punto de deshacerse, pero llevaba el pijama debajo, así que no dejaba mucho a la vista. A un lado de ellos, estaba Eric con los ojos rojos e hinchados. Le había crecido un poco la barba durante los últimos dos días que había estado en Vancouver. De inmediato supe por qué tenía ese aspecto tan terrible.

Marina, el ama de llaves, también estaba con ellos y me miraba con una sonrisa enorme y los ojos vidriosos.

Todos me observaban como si fuera un ser especial o una aparición. Tenían los ojos tan abiertos que creí que en cualquier momento se abalanzarían sobre mí.

—Hannah —dijo Rosie para romper el silencio—, estás aquí.

—¿Hannah? —repitió Eric mientras se abría paso entre Rosie y George.

Tenía la mirada desorbitada y parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

—Oh, Dios mío, estás aquí —susurró, y se quedó boquiabierto. Tenía el cuerpo tan duro como una roca.

—Hola, yo... —Ni siquiera sabía qué decir. Saber que me miraban fijamente me ponía nerviosa—. Siento llegar sin avisar, pero...

—Dios, hace un frío que pela. ¡Entra, por favor! —gimoteó George, que me agarró del brazo y me hizo pasar.

—En realidad, yo... —Me sonrojé. Me daba mucha vergüenza pedirles que me pagaran el taxi—. He venido en taxi y no tengo dinero para pagarlo.

Todos me miraban sin comprender. George alzó la vista y asintió. Entró en la mansión con paso rápido y, un minuto después, salió con la billetera en las manos.

—Entra. Yo me encargo de tu equipaje —dijo George con una media sonrisa. Su rostro no expresaba más que satisfacción.

—Pasa, por favor, Hannah. ¿Dónde has estado? ¿Y Margaret? —preguntó Rosie mientras caminaba junto a ella. Estaba muy tensa y me miraba completamente asombrada, con los ojos bien abiertos—. Te hemos estado buscando.

—En Vancouver —le informé—. Mi madre se ha quedado allí.

Oí como George arrastraba mi maleta por el suelo de mármol. Rosie me guio a una de las salas de visita y, cuando entramos, Alex ya estaba ahí.

—Creímos que tu madre te había escondido otra vez. Nos temíamos lo peor.

Rosie se sentó en uno de los sillones y me indicó con una señal que hiciera lo mismo. Eric llegó como un rayo a la sala. Tenía un aspecto horrible, como si no hubiese dormido en varios días, incluso semanas.

—¿Lo peor? ¿Por qué? —Fruncí el ceño casi inconscientemente. Rosie estaba tan pálida que creí que se encontraba mal. Los rasguños habían empezado a desvanecerse y ya casi ni se veían. Supuse que utilizaba algún tipo de crema para eliminar las marcas y cicatrices. Ninguno de los que estaban en la habitación parecía feliz.

—Creímos que Margaret había huido de nuevo contigo. Nos asustamos cuando Eric llegó como un loco diciendo que vuestra casa estaba completamente vacía. Estábamos muy preocupados. No te encontramos por ninguna parte y creímos que Margaret estaba intentando ocultarse una vez más. No había ni rastro de vosotras —dijo Rosie, que me miraba aterrorizada.

No llevaba ni una pizca de maquillaje, sin embargo, tenía la piel suave y tersa.

—Yo... siento no haber avisado, pero tenía que solucionar algunos asuntos con mi madre, y si hubiese dicho dónde estaba solo habría empeorado las cosas. Lo siento mucho, de verdad. No era mi intención preocupar a nadie —me disculpé.

Clavé la vista en el suelo de mármol y coloqué las manos encima de las rodillas, con los dedos entrelazados. Tenía frío.

Eric negó con la cabeza desde el umbral. Su ropa estaba tan arrugada y sucia que parecía que no se había duchado en días. Estaba visiblemente tenso y relajado al mismo tiempo. De nuevo, me miraba atónito desde la puerta, como si hubiera visto un fantasma, pero, al cabo de unos segundos, se tranquilizó.

—No te disculpes. En todo caso, Margaret tenía sus razones para llevarte tan lejos. Solo quiere protegerte —contestó Eric, con los ojos cansados.

Rosie adquirió enseguida una pose autoritaria y nos miró a mí y a Eric con incredulidad.

—¿Qué? ¿Protegerla de qué? ¿Acaso justificas que tu esposa esconda a tu hija de ti? Venga ya, Eric.

—Rosie... —dijo George desde detrás del sofá.

Rosie negó con la cabeza, ignorándolo.

—Eric, tanto tú como George y yo sabemos que Margaret es la culpable. ¡Mírate en el espejo! Estás hecho un desastre. Has pasado muchos años lejos de tu familia, de Alex, de tu propia hija... y todo por culpa de Margaret. Y ahora, Dios... —Hizo una mueca de desagrado—. Te está destruyendo de nuevo.

Eric se encorvó un poco. Entonces, me miró a los ojos durante un segundo y lanzó una mirada de desprecio a Rosie.

—Tú más que nadie sabes por qué. Y ahora que mi hija está aquí... —dijo, mirándome de nuevo—. Hannah, quiero que sepas que quiero a Margaret, no importa lo que pasó hace años. La quiero.

Lo observé, aturdida, y me quedé callada. No sabía qué responder. Tenía tanto frío que ni siquiera podía mover los labios. La situación se estaba volviendo tensa e incómoda, y no quería que se pelearan por mi culpa.

—Por favor, Eric, no seas ridículo —dijo Rosie con aparente frustración.

—No lo soy, Rosie. La culpa no es de Margaret, es mía.

—Qué insistente eres —contestó ella, que apartó la mirada.

Ambos parecían dispuestos a discutir. Eric no tenía tan buen aspecto como el primer día que lo vi o como en aquella fotografía que tenía. No parecía él. Tenía un aspecto horrible. A pesar de que se había quitado el pijama y se había vestido, no podía creer que fuera el mismo Eric que había visto tan solo hacía un par de días atrás. Tenía el pelo despeinado y grasiento, como si fuera un vagabundo o un universitario que ha celebrado por todo lo alto que se han terminado los exámenes finales.

Como siempre, llevaba las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón. Llevaba la camisa por fuera, totalmente arrugada y mal abotonada. Por suerte, era guapo y tenía un aspecto muy masculino. Tenía los brazos tan tensos y la camisa le venía tan justa que se le marcaban los músculos. Sin embargo, lo peor de todo es que olía realmente mal. Evité preguntarme cuándo había sido la última vez que se había duchado.

—Margaret es buena persona, y en ningún momento queremos ponerte en su contra, ¿de acuerdo? —Parecía muy preocupado. Estaba apoyado en el marco de la puerta.

Asentí con la cabeza. Sentía que si decía algo, uno de los dos se enfadaría conmigo.

Rosie gruñó por lo bajo mientras murmuraba unas cuantas palabras inaudibles.

—¿Que Margaret es buena persona? ¡Eso sí que tiene gracia!

—Por Dios, Rosie, cállate —dijo Eric con una mirada amenazante.

—¿Callarme? ¿Por qué? —No daba crédito a lo que oía—. Creo que es momento de decirle la verdad. Tenemos que contárselo... —Abrió tanto los ojos que, por un momento, creí que se le saldrían de las cuencas.

—Rosie... —la interrumpió George, que le apretó los hombros con suavidad. Rosie se quedó en silencio instintivamente.

—Lo siento —susurró.

—¿Qué me ocultáis? —Me sentía como una niña pequeña que no sabe nada del mundo. Había muchas preguntas sin respuesta. Toda esta incertidumbre y el misterio empezaba ya a cansarme. Era como si alguien quisiera burlarse de mí poniéndome las cosas más difíciles de lo que ya eran de por sí.

Eric miró hacia otro lado, ignorando totalmente mi pregunta, al contrario que Rosie, que me observaba con cierta decepción.

El corazón me empezó a latir a toda velocidad. ¿De verdad iban a quedarse callados? ¿De qué se trataba todo esto?

—Decidme ya de qué estáis hablando —exigí, con voz entrecortada.

—Bueno, Hannah... tu madre no ha resultado ser quien nosotros creíamos. —Sus labios pasaron de un rosa pálido a un rojo vivo. Las palabras resonaron en mi cabeza como si una bomba hubiese explotado en mi interior.

—¿De qué hablas, Rosie? —titubeé. Me asusté de inmediato y sentí que una ráfaga de frío me azotaba. Me puse rígida.

¿Acaso las sospechas y las teorías sobre mi madre eran ciertas? ¿O me había mentado? ¿Me había ocultado algo más?

Dios, la angustia iba a acabar conmigo si no me decían de una vez por todas lo que me ocultaban. Ya no sabía qué era más enigmático, si el asesinato de Alex o mi propia vida.

—No es tu problema Rosie, no te metas —gruñó Eric con voz ronca.

Ella abrió la boca, ofendida.

—¿Que no es mi problema? ¿Y Alex? ¿Él no es mi problema, Eric? —Rosie elevó la voz—. Creo que Hannah debe saberlo. Nosotros no le

ocultaremos nada, ese fue nuestro trato.

—Cállate, Rosie. Es Margaret quien debe contárselo —espetó.

—Eric, por favor, habla a Rosie con respeto —dijo George mientras se acercaba a nosotros. El padre de Alex parecía molesto e irritado. Inconscientemente, me sentí culpable por la discusión que tenía lugar en estos momentos.

—Lo siento, George, es que... —Su voz se cortó y, sin poder evitarlo, bajó la cabeza y miró al suelo, avergonzado.

Pestañeeé con disimulo.

Nunca me habría imaginado ver a un hombre así... tan roto por dentro.

—Creo que a todos nos ha tomado por sorpresa la llegada de Hannah. —George se puso detrás del sillón en el que estábamos sentadas Rosie y yo. Se colocó detrás de su mujer y, sin dudarle, dejó caer las manos con suavidad en los hombros de ella—. Deberíamos calmarnos y escuchar lo que tenga que decirnos —exclamó con autoridad.

Rosie me tomó de las manos y me sonrió.

—Te lo contaré más tarde —dijo sin emitir sonido alguno.

—Gracias. —Sonreí con complicidad, sin que nos vieran George y Eric.

—Nos tenías muy preocupados, Hannah. Me alegro de que hayas vuelto. Siempre serás bienvenida aquí, ya lo sabes.

Rosie me apretó con delicadeza las manos. Tenía los dedos tan finos y largos que sentí que en cualquier momento se quebrarían y desaparecerían entre los míos. Su cabello rubio empezaba a recuperar su brillo habitual y me observó con calidez.

Asentí y le ofrecí una sonrisa tímida.

George se aclaró la garganta y dijo:

—Estoy totalmente de acuerdo con Rosie. Esta es tu casa y puedes venir cuando quieras. A mí también me alegra verte de nuevo.

Esbozó una amplia sonrisa y mostró sus dientes blancos. Por un segundo, creí tener una familia de verdad. Es decir, los Crowell eran mi familia, pero ahora realmente sentía que lo eran.

—Mi madre me ha contado algo de lo que ocurrió. Me ha dicho la verdad —interrumpí antes de que volvieran a retomar la discusión y las cosas empeoraran.

Todos posaron la vista en mí.

—¿Qué te ha contado? —preguntó George con una ceja levantada.

—Lo de Eric. Me ha dicho que era mi padre, por eso estoy aquí —expliqué.

—¿Te has escapado de casa? —preguntó Eric con la voz ronca. Sus músculos se tensaron en menos de un segundo.

—Algo así...

Me ruboricé. Me costaba asimilar lo que había hecho. Parecía egoísta. Mi madre no se merecía que la dejara sola en Vancouver. En cierto modo, me sentía mal conmigo misma cuando la desobedecía, pero, en el fondo sabía, que estaba haciendo lo correcto.

—Dime dónde está. Iré a por ella —dijo con firmeza. Tenía el cuerpo completamente tenso y parecía decidido a hacer lo que acababa de decir.

—No seas ridículo —repitió Rosie. Comenzaba a estar visiblemente enfadada—. No irás a ningún lado, y menos en este estado. ¿Por qué no te duchas, te arreglas y reflexionas? ¿Acaso quieres ser el bueno del cuento?

—Muy bien, ya basta, los dos. Creo que Hannah está aquí por una razón y debemos respetarla —dijo George en un tono autoritario. Ninguno de los dos se atrevió a interrumpirlo.

El sol empezaba a salir y la sala todavía no estaba caliente. En Seattle no hacía tanto frío como en Vancouver ni solía nevar; sin embargo, sí que hacía mucho viento. Me quité el gorro y los guantes y los dejé sobre el sillón, a un lado. Los rayos de sol comenzaban a colarse a través de las gruesas cortinas de la sala y, conforme pasaban los minutos, los rostros de cada uno de ellos eran cada vez más visibles.

—¿Por qué no duermes un rato, Hannah? —continuó el padre de Alex—. Supongo que el viaje ha sido duro y debes de estar cansada. Todos necesitamos dormir un poco y esperar a que amanezca del todo. —No quería contradecirle, así que asentí en silencio—. Y tú, hermano, date un baño. No creo que esta sea forma de recibir a tu hija —le reprochó.

Eric también asintió.

Rosie me apretó las manos y me sonrió con dulzura. Sabía que se alegraba de verme; lo veía en el brillo de sus ojos azules.

—Te veré más tarde, ¿de acuerdo? —me dijo en un susurro que solo

nosotras dos oímos.

—Sí, claro. Gracias por recibirme y siento... siento ser tan inoportuna —murmuré.

Sus ojos reflejaban paz y tranquilidad, y no pude evitar dejarme contagiar por su efecto. Estaba completamente segura de que Rosie ya había superado los trastornos que había sufrido años atrás. La calmada y amable mujer rubia con bata de seda que se encontraba frente a mí lo confirmaba.

—Descuida. Creo que nos has alegrado el día a todos. —Y, con una enorme sonrisa, salió de la sala cogida de la mano de George.

—Marina te llevará a una habitación. Descansa —dijo él mientras se alejaba con Rosie. Antes de que girara el rostro y me diera la espalda, asentí con la cabeza y les di las gracias.

Eric todavía seguía de pie.

—Sé que necesitas descansar, pero necesito saberlo. ¿Qué te ha dicho exactamente Margaret? ¿Te ha dicho algo sobre mí? —preguntó en cuanto nos quedamos solos.

Suspiré. Eric realmente parecía preocupado. Me miraba con inquietud. Se le cerraban los párpados inconscientemente en busca de descanso, aunque intentaba mantenerlos bien abiertos.

—Bueno, no me ha dicho precisamente la verdad... —dije.

Comenzó a caminar por la sala y entonces se acercó hacia donde yo estaba. Una vez estuvo lo bastante cerca de uno de los sillones, se sentó a mi lado.

Tenía un cuerpo musculoso y fuerte, aunque estaba hecho un desastre en esos momentos. Si peleáramos, podría ganarle con total facilidad solo con darle un puñetazo en la cara. Eric estaba atormentado y destruido, y no le interesaba otra cosa en el mundo que no fuera mi madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con una ceja levantada.

Tuve que tragar saliva antes de hablar.

—Al principio se hizo la loca y me mintió. Le pregunté por el nombre de mi padre y ella simplemente dijo que se llamaba Christian. Por supuesto, yo sabía que no era cierto, así que insistí en que me contara más cosas sobre él. Se negó rotundamente y me dijo que ya sabía bastante. Al cabo de un rato, me preguntó si sabía quién era mi padre y le dije que sí —expliqué rápidamente,

ya que realmente estaba muy cansada por el viaje y quería dormir un poco para asimilar todo lo que estaba pasando. Pero Eric estaba bastante empeñado en no dejarme hacerlo, aunque entendía sus razones.

—¿Y? —Frunció todavía más el ceño.

Por un momento, creí que no siempre había estado interesado en buscarme a mí, sino a mi madre. Por eso insistía tanto en que le hablara de ella.

—Entonces me dijo la verdad —respondí con un suspiro doloroso.

—Supongo que te lo ha contado absolutamente todo. —Su tono de voz cambió drásticamente. Ahora hablaba con firmeza y cautela, de una forma casi tan autoritaria como la de George. Se esforzó en mantenerse erguido en el asiento.

—Me habló de la crisis que tuvo Rosie y de lo que ocurrió a raíz de eso, si es a lo que te refieres... —dije, con el ceño fruncido.

Él asintió.

—Sí, claro —contestó. Tenía la mirada fija en mí.

—Eric, ¿es cierto lo que has dicho hace un momento?

—¿Sobre qué? —preguntó, confundido.

—Sobre mi madre. Has dicho que la sigues queriendo a pesar de todo lo que ha ocurrido... ¿es verdad?

Tal vez no era asunto mío, pero realmente me interesaba saberlo. Si Eric respondía que sí, entonces quedaría claro que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mi madre, y eso incluía ser cómplice de un asesinato. Todavía no sabía con seguridad si mi madre era la asesina, pero eran demasiadas las coincidencias, y Eric juraba quererla con todo su corazón... ¿Eso significaba algo más?

No se me daba bien hacer suposiciones ni elaborar teorías, pero apostaba lo que fuera a que Alex pensaba lo mismo que yo.

Eric miró hacia uno de los cuadros coloridos que colgaban de la pared de la izquierda. Durante unos segundos, me costó respirar con normalidad. Eric no me prestaba atención en esos momentos y yo estaba demasiado incómoda como para acordarme de que tenía que llevar oxígeno a mis pulmones. La falta de aire empezaba a pasarme factura. Me sentía asfixiada y aprisionada. Entonces, Eric suspiró y su mirada volvió a toparse con la mía.

—Sí, es cierto —respondió, rompiendo el silencio. Tenía una expresión

totalmente seria.

Tragué saliva.

—¿Por qué? —pregunté casi de inmediato—. ¿Por qué la quieres si te abandonó, te mintió y te ocultó de mí?

—No puedo odiarla. Sé que se marchó por mi culpa.

—Todos dicen lo mismo. Que la culpa fue tuya, incluso tú mismo lo crees... y no es verdad. La culpa fue de ambos.

—Creo que es mejor que descanses, lo necesitas. Me alegra que estés de nuevo aquí. —Su tono fue duro, casi indiferente.

Tuve que aguantarme las inmensas ganas que tenía de abofetearlo. Eric se levantó del sillón de un salto y, sin despedirse, salió de la sala, casi corriendo.

Solté un bufido cargado de frustración.

Marina apareció en la sala de forma inesperada y di un respingo en mi asiento al oír su voz.

—Señorita Hannah... —dijo ella. Su uniforme estaba perfectamente planchado y llevaba el cabello rojo suelto, por encima de los hombros. Las llaves asomaban de uno de los bolsillos del delantal blanco—. El señor George me ha pedido que la llevara a una de las habitaciones. La mayoría están ocupadas. Como se habrá dado cuenta, los familiares del señor George se han instalado aquí recientemente para celebrar Nochebuena. Acompañeme, por favor. —Su rostro adquirió una expresión dulce y, con una pequeña y débil sonrisa, se giró y salió de la sala.

—Gracias, Marina —dije mientras la seguía.

Conforme avanzábamos por el pasillo de mármol, resbalé un par de veces. De inmediato, me invadió la duda y no pude evitar no quedarme callada.

—¿También ha venido la familia de Rosie?

Ella negó con la cabeza sin girarse. A pesar de que tenía unos cuantos kilos de más, caminaba con brío.

—¿No lo sabe? —Su voz sonó lejana—. La señora Rosie es huérfana. No tiene ningún familiar —murmuró, como si la fueran a escuchar las paredes.

Se me encogió el corazón y me obligué a mantener la compostura. No quería sentir lástima por ella. Era doloroso pensar que alguien pudiera estar tan solo en el mundo. Sin embargo, Rosie ahora tenía a George, a Eric y a

toda la familia Crowell y, aunque ya no tuviera a Alex, ahora me tenía a mí.

Subimos las escaleras dobles que tan bien conocía en silencio y, cuando llegamos a la segunda planta, me di cuenta de que todas las puertas estaban cerradas. Marina se aclaró la garganta con disimulo.

—Me temo que, debido a las visitas, tendrá que dormir en la habitación de Alex. Pero si no está de acuerdo en dormir ahí, puedo...

El corazón me dio un vuelco en cuanto oí sus palabras.

—No, no —la interrumpí con voz ronca. Luego, al darme cuenta de lo brusca que había sonado mi respuesta, tragué saliva con dificultad y traté de arreglarlo—: No hay problema.

Ella asintió delante de mí y su cabello rojo pareció incendiarse con los rayos de sol que se colaban por las ventanas de la segunda planta. Tuve que esforzarme para no sonreír delante de Marina y de Alex, que caminaba a mi lado.

Iba a dormir en la habitación de Alex Crowell.

Alex me miró de reojo y noté cómo sonreía con la cabeza agachada, visiblemente divertido.

Capítulo 8

La habitación de Alex seguía tal y como la recordaba, no habían tirado ni cambiado nada, aunque supuse que era normal: la pena y el luto no se superaban de la noche a la mañana. Todo el mundo necesitaba un tiempo, y mantener intacta la habitación de tu hijo fallecido formaba parte de una de las primeras fases del luto: la de negarse a aceptar la realidad.

Todo seguía en su lugar: las cortinas azules colgaban de las ventanas que daban al patio trasero, todavía echadas; en las estanterías, había toda una colección de coches de diferentes colores y modelos y una fotografía suya en la que vestía el uniforme del instituto, justo en el mismo sitio donde la había visto la primera vez que había estado en su casa.

Entonces, los recuerdos se apoderaron de mi mente y tuve que esforzarme por no sonreír. ¿Quién habría imaginado que volvería a la habitación de Alex, y que vendría con él? Estaba segura de que nadie había entrado en su dormitorio, a excepción de Marina. La cama estaba perfectamente hecha y los muebles no tenían ni una pizca de polvo. Todo parecía demasiado perfecto.

Sin embargo, había algo que sí había cambiado: el aroma. Ya no olía a limón, como en el resto de la casa, sino que la fragancia ahora era algo más fuerte. Me recordaba a la combinación de naranja ácida con el frescor del pino. Un olor que, por algún extraño motivo, me resultaba familiar y relacionaba con algo: con el aroma de un hogar.

Inhalé con todas mis fuerzas para recrear más tarde el olor en mi mente.

Aquí, el ambiente era cálido y muy acogedor. Estar en la habitación de Alex me hacía sentir demasiado bien.

—Subiré su maleta en un segundo. ¿Le apetece algo de beber? —preguntó Marina.

Todavía anonadada por estar en su habitación, caminé hasta una de las estanterías y tomé la fotografía de Alex.

—No, gracias. Tú también necesitas descansar —sugerí sin mirarla.

En la fotografía, Alex sonreía, tanto como hacía ahora mismo. Estaba enfrente de mí y tenía una profunda y fascinante sonrisa en la cara. Estaba muy guapo.

Marina dijo algunas cosas que no oí porque estaba lo bastante absorta en mis pensamientos como para prestarle la más mínima atención a sus palabras. Después, la puerta se cerró.

—Recuerdo la primera vez que estuve aquí. Me diste un buen susto. — Dejé la fotografía en la estantería y me giré para mirarlo a la cara. Levanté la vista y, en menos de un segundo, nos quedamos embobados, mirándonos fijamente.

—¿Sí? —preguntó.

—Por Dios, Alex, sí —respondí con sinceridad.

El día que hablé con el fantasma de Alex por primera vez, estuve a punto de sufrir un infarto, aunque, por suerte, no fue así. Me quedé tan sorprendida que me fue casi imposible reaccionar, pero al menos pude salir de mi estado de *shock* y contestarle. Me temblaban tanto las piernas que se me quedaron dormidas durante el resto del día. Ver a un fantasma era algo... terrorífico, si lo pensaba detenidamente. Pero gracias a esa experiencia sabía que no todos los fantasmas eran malos.

El corazón se me encogió al recordar aquel momento.

Si Alex no se hubiera cruzado en mi camino, yo seguiría siendo Hannah Reeve, y no Hannah Crowell. Todavía sería aquella chica aburrida que no tenía nada que hacer con su vida. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, y seguía cambiando con cada segundo que pasaba.

—Sí, bueno. No te enfades conmigo, pero quería ver qué cara ponías al ver un fantasma. Y funcionó —bromeó.

—No fue nada gracioso —contesté intentando mostrarme seria, aunque por dentro me moría de la risa al ver que empalidecía.

—Lo sé, lo siento —se disculpó en voz baja.

—Estoy bromeando —dije rápidamente.

Su rostro enrojeció ligeramente.

—Oh, Dios, ¿te has puesto rojo!

—No, qué va.

—Claro que sí. Estás adorable.

Alex se sonrojó todavía más.

De repente, el estómago se me revolvió y emitió un extraño ruido.

—Mierda —gemí en voz baja y me apreté el vientre con ambas manos. Al instante, sentí un fuerte ardor y, después, un retortijón que me dejó sin aliento.

—¿Hannah? ¿Estás bien?

Alex se acercó rápidamente a mí. Me encogí y me presioné con más fuerza el estómago. ¿Qué era ese dolor infernal?

—Tengo ganas de vomitar... —balbuceé. Un terrible fuego me recorrió la garganta y sentí como todo mi cuerpo se contraía. El dolor era horrible—. Espera aquí —dije en cuanto vi la puerta del baño.

Y, sin pensarlo dos veces, corrí hacia él tan rápido como pude. Alex dio un paso hacia atrás para dejarme pasar y, después, me siguió. Fui lo bastante rápida como para cerrar la puerta antes de que entrara. Eché el pestillo, aunque Alex forcejeó con la manilla.

No iba a dejarle verme vomitar.

Se me volvió a retorcer el estómago, ahora con mucha más fuerza.

Justo cuando dejé de presionar, el dolor pasó del estómago a la garganta con tanta velocidad que apenas pude asimilarlo. Era como si tuviera un manojo de pelo en la garganta. No podía respirar.

Entonces, un líquido blanco me salió de la garganta. Sentía que me quemaba. Me agaché y me aparté el cabello antes de que se manchara de vomito. La cabeza me daba vueltas.

Era extraño, lo último que había comido eran unas patatas fritas la noche anterior. ¿Acaso me habían sentado mal?

Pero no podían ser las patatas. Estaba vomitando ese líquido blanco otra vez.

Y, curiosamente, no desprendía olor ni parecía ser por la comida. Era solo un líquido blanco, sin más.

No entendía nada...

—¿Hannah? ¿Estás bien? —gritó Alex al otro lado de la puerta.

Me dolía tanto la garganta que no podía hablar. Llamó a la puerta

suavemente con los nudillos y quise responder, pero era incapaz de contestar. Todavía sentía que el líquido me recorría el esófago.

—Háblame, por favor —susurró. Tomé todo el aire que pude y me dejé caer en el suelo del baño. Estaba tan frío que me sacudí involuntariamente.

—Estoy bien. Creo que me sentaron mal las patatas que comí ayer —mentí.

Me daba demasiada vergüenza que supiera que estaba vomitando como para decirle que estaba echando un extraño líquido de aspecto blanquecino. No tenía la necesidad de contárselo.

—¿Seguro que estás...? —Su voz se cortó.

¿Qué?

Me levanté tan rápido como pude y, antes de salir para ver qué pasaba, me enjuagué la boca con agua. Tardé menos de un minuto en hacerlo. Entonces, oí que una puerta se abría a lo lejos.

«Marina», pensé.

—¿Marina? —pregunté, y abrí la puerta del baño de golpe.

La habitación estaba sumida en un profundo silencio y la puerta permanecía cerrada, lo cual me sorprendió. No la había oído cerrarse. La única forma de entrar en la habitación de Alex era por la ventana, pero estaba segura de que nadie escalaría dos plantas tan fácilmente y sin hacer ruido. Además, la ventana también estaba cerrada.

Me eché el pelo por detrás de los hombros y me puse tensa.

Definitivamente, algo iba mal. ¿Por qué Alex se había quedado callado? ¿Habría entrado alguien en la habitación?

No encontraba una respuesta lógica. Cerré la puerta del baño lentamente y sentí que empezaba a temblar. Recorrí toda la habitación con la mirada y el corazón empezó a latirme a toda velocidad. No había nadie. Entonces, tragué saliva y estuve a punto de ahogarme.

Si no había sido Marina y Alex había desaparecido, entonces... ¿quién había entrado?

Cuando la puerta se cerró por completo, solté la manilla.

—¿Alex? —pregunté una vez más.

Silencio.

Tragué saliva con dificultad, esta vez sin ahogarme.

—¿A...?

Cerré la boca de repente y no pude terminar de hablar. Antes de poder gritar o echar a correr, unas manos me atraparon por detrás con fuerza. Intenté forcejear con la persona que tenía a mi espalda, sin mucho éxito. Quienquiera que fuera tenía ventaja. Estaba atrapada. Me apretaba el cuello y me sujetaba las manos, por lo que me costaba respirar y moverme. Lo único que podía utilizar para defenderme eran las piernas, pero eso no funcionaría, porque estaba detrás de mí y era casi imposible darle una patada en la espinilla y que no la esquivara. Mi último recurso era utilizar los dientes. Entonces, intenté morder la mano de la persona que me agarraba.

Mi atacante supo de inmediato cuál era mi intención y me soltó ligeramente. Unos labios húmedos se posaron contra mi oído derecho. Respiraba con dificultad y sentía que a mis pulmones les faltaba aire. El corazón me latía con fuerza contra el pecho, tanto que incluso me dolía.

Mi mente me jugó una mala pasada y, como siempre, mi imaginación empezó a trabajar. Fue imposible no pensar que el atacante era el asesino de Alex. Solo una persona así podría entrar en la casa sin ser visto.

Gemí para mis adentros.

«No, no, no... No podía estar pasándome esto ahora».

—¡Chsss! —me silenció en un susurro. Abrí la boca y alejé los dientes de la mano de mi atacante—. Soy yo —dijo en voz muy baja, de forma casi inaudible.

Una vez habló, me liberó poco a poco. «Mierda. Es Alex».

—¿Qué? ¿Por qué...?

Rápidamente, puso su dedo índice encima de mis labios para hacerme callar. Me lanzó una mirada a modo de advertencia mientras señalaba el armario con la cabeza. Su mirada fue clara y directa, y yo lo comprendí de inmediato. Alguien había entrado en la habitación.

—Es Anna. Ten cuidado, está en el armario —murmuró.

¿Anna? ¿Qué hacía ella aquí?

—¿Hola? ¿Anna? —pregunté mientras me acercaba al vestidor—. Oye, sé que estás ahí. No le diré nada a tu madre, ¿puedes salir?

Mis pasos eran tan lentos y sigilosos que apenas se oían.

Puede que Anna no acabara de entrar y que ya llevara un tiempo

escondida ahí. Realmente admiraba su valentía. En cuanto abría la boca, su madre la tachaba de perturbada mental. Recordaba todo lo que había dicho sobre ella mientras discutía con Caroline, la tía de Anna —y, al parecer, la mía también—. Había sido muy dura con ella, pero lo peor es que ni siquiera se había molestado en hablarlo en privado. Parecía empeñada en hacerle saber a todo el mundo que Anna estaba loca.

Pero ¿realmente lo estaba?

No.

No hubo respuesta por su parte, así que tuve que acercarme más. Intenté respirar con normalidad. Sabía que no corría peligro. Anna no me haría nada.

—¿Anna? —susurré mientras avanzaba hacia el armario. Algo se cayó en el interior y, por instinto, di un paso atrás. Sin embargo, la puerta del armario no se abrió. No parecía que hubiera alguien ahí. Era imposible ver algo desde fuera. Las puertas del armario eran de una madera blanca brillante, totalmente opacas.

—Eh, no voy a hacerte daño —dije en un tono animado.

Nadie contestó.

Miré a Alex de reojo y él me hizo una seña para que lo abriera. Estaba de pie junto a la puerta del baño; ambos sabíamos que era peligroso que alguien más lo viera y que, en el caso de que Anna decidiese salir, entrara en estado de *shock* nada más abrir las puertas.

—¿Alex está ahí? —susurró desde dentro del armario.

Tuve que reprimir un gemido. Anna había visto a Alex, lo recordaba perfectamente. Sin embargo, creía que lo había dejado estar y se había olvidado completamente de él. Ahora sabía que no era así.

¿Tenía miedo de Alex?

—Mmm, sí —respondí con voz clara. Un ruido sordo procedente del armario resonó por toda la habitación.

—¿Te ha hecho daño? —Sonaba asustada.

Me preguntaba cómo una chica de su tamaño cabía en un sitio tan pequeño.

Reí en voz baja.

—No, no me ha hecho daño, Anna —respondí.

—¿Me hará daño a mí?

Entonces, se oyó un ruido más fuerte y sordo, y deduje que una caja de zapatos se había caído. Negué con incredulidad mientras sonreía. Por supuesto que Alex no le haría daño, eso era ridículo.

—Claro que no, ¿por qué te escondes?

Bajé la mirada al suelo para agudizar el oído y concentrarme en cualquier sonido que procediera del interior del armario. Anna comenzó a hablar muy bajo.

—Tengo miedo. —Sonaba aterrada—. Alex es un fantasma... y ellos siempre quieren hacerme daño —dijo con un hilo en la voz. Su voz sonó tan aguda que me costó entender lo que decía.

Me aclaré la garganta y me aseguré de sonar tan convincente como fuera posible.

—Alex no te hará daño. De todas formas, puedes estar tranquila, yo estoy aquí —dije con total seguridad.

Anna esperó un momento antes de continuar hablando.

—Tú también lo ves, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, aunque no me veía. Volví a enfocar la mirada en las puertas blancas como si ella fuera una de ellas.

—Sí. —Suspiré—. Y estoy segurísima de que una vez hables con él dejará de darte miedo.

Miré distraídamente de un lado a otro de la habitación mientras esperaba a que Anna abriera las puertas del armario.

—¿Puedes pedirle que no me haga nada, por favor? —Su voz sonaba amortiguada y clara. Parecía haber pegado la cara contra una de las puertas del armario y que estaba a punto de salir.

—Está bien —respondí, aunque no era necesario.

Claro que Alex no le haría nada. De todos modos, me giré y me encontré con los ojos brillantes de Alex. Le pedí en voz alta lo que Anna tanto deseaba oír para sentirse segura. Él lo comprendió y asintió con una sonrisa.

—Anna, no te haré daño, lo juro —dijo él, arrastrando las palabras.

Unos segundos después, las puertas del armario se abrieron lentamente. Alex y yo nos quedamos inmóviles contemplando la escena.

Una chica rubia de pelo rizado salió del armario con las piernas temblorosas.

Lo más probable es que yo también reaccionara así, o incluso peor.

—Hola, Anna —la saludó Alex con tranquilidad.

Los ojos de ambos se encontraron y sentí que el ambiente se volvía tenso e incómodo.

Anna parecía destrozada. Tan solo era dos años menor que yo. Abrió los ojos como platos y me buscó con la mirada como si fuera su escudo protector. Estaba visiblemente aterrada y se le habían contraído tanto los músculos que apenas podía parpadear.

Apartó su profunda mirada de la mía y miró a Alex con cautela, como si estuviera en medio de una pesadilla. Me asusté al ver que no pestañeaba.

Le hice un gesto con la mano para que se calmara y volviera a respirar.

—Alex no te hará daño —repetí, y me acerqué a ella.

Sus rizos brillaban de una manera espeluznante, y me fijé en que tenía la piel tan blanca como yo.

—Alex... —susurró Anna de forma inaudible. Observé su mueca torcida —. Creía que estabas muerto —balbuceó.

De repente, sus ojos se oscurecieron.

—Lo estoy —respondió él sin dejar de sonreír. Alex quería parecer lo más tranquilo posible para no sobresaltarla. Sin embargo, los dos sabíamos que eso no iba a funcionar.

Anna estaba impactada. Lo cierto es que yo también lo estaría en su situación, o más bien, yo también lo estuve cuando vi a Alex por primera vez después de su muerte.

—¿Eres... un fantasma? —preguntó con la voz entrecortada. Tenía los ojos vidriosos.

—Mmm, sí, eso creo. —Alex rio por lo bajo.

—Es increíble —murmuró Anna, y después me miró—. ¿Desde cuándo hablas con él?

Entonces, volvió a moverse ligeramente y me relajé. Me separé de ella y me acerqué un poco a Alex. La miré con naturalidad y le ofrecí una sonrisa tranquilizadora.

Era clavadita a Kate, solo que más bajita y más joven. Ambas tenían el mismo color de pelo y los mismos preciosos ojos azules, tan diferentes a los de los demás. Incluso tenían los mismos labios provocadores, finos y

rosados.

Fijé la vista en Alex y resoplé. Estaba exhausta.

—Desde que murió —respondí como si fuese evidente, como si a cualquiera le pudiese suceder. Pero había olvidado lo más importante: estas cosas no solían pasar.

—Vaya... yo... no me lo puedo creer.

Tenía los ojos abiertos como platos y el pelo completamente despeinado. Hasta los rizos se le habían deshecho. Tenía la nariz tan pequeña que dudaba que pudiera respirar.

—Lo sé, yo tampoco me lo creía cuando lo vi por primera vez. Creía que estaba alucinando por culpa de la medicación.

—Mi madre... —Anna agachó la mirada—. Ella cree que estoy loca —susurró, dolida. Luego, levantó la vista de golpe y me miró como si yo fuera la respuesta a todas sus preguntas. Fruncí el ceño. No entendía lo que trataba de decirme con su elocuente mirada—. Pero... tú también lo ves, ¿verdad?

Asentí sin comprender adónde quería ir a parar.

El rostro de Anna se iluminó de repente. Sus ojos destellaban emoción... y esperanza.

—¡Entonces puedes decirle a mi madre que no estoy loca, que los fantasmas existen! Puedes...

Negué con la cabeza antes de que terminara.

—No... Lo siento, Anna, no puedo hacer eso. Esto tiene que quedar entre nosotras.

—¿Por qué?

Anna frunció el ceño y torció el gesto. Me pasé una mano por el cabello, nerviosa. Ella no sabía que Alex estaba aquí por una simple y complicada razón.

—Bueno, es muy sencillo. Alex es un fantasma y solo nosotras dos podemos verlo. Nadie nos creería.

—Claro que sí, todos te quieren. George y Eric te creerían.

Alex se aclaró la garganta, interrumpiéndola.

—Anna, yo creo que Hannah tiene razón. Esto es muy difícil de... de comprender, y por nada del mundo puedes decírselo a alguien. Esto tiene que quedar entre nosotros.

—No sabéis por lo que he pasado. —Una lágrima le cayó por la mejilla —. Hannah, por favor —dijo con ojos suplicantes—. Dile a mi madre que no estoy loca, que los fantasmas existen, por favor.

Sentí una fuerte punzada en el corazón al contemplar la desesperación y el sufrimiento de Anna. No debía de ser fácil vivir viendo constantemente fantasmas y que nadie te creyese.

—Lo siento —respondí, mirándola con lástima—, no puedo hacer eso, no puedo ayudarte. Tiene que ser nuestro secreto. Yo sé que no estás loca.

—Los médicos dicen que tengo esquizofrenia. ¿Tú también estás enferma?

Tenía el rostro empapado en lágrimas. No me explicaba cómo había llorado tanto en tan poco tiempo.

¿Qué? No, yo no era esquizofrénica.

Su pregunta me sorprendió muchísimo e hizo que el pulso se me acelerara de forma alarmante. ¿Qué estaba diciendo? Alex era real. De lo contrario, ¿podríamos verlo las dos? ¡Claro que no! ¡Menuda estupidez!

De acuerdo, estábamos viendo su espíritu, pero era real, ¿verdad?

Me sacudí inconscientemente.

—Yo no tengo esquizofrenia —repliqué, aturdida.

Ya tenía bastante con sufrir amnesia. Estaba completamente segura de que no tenía esquizofrenia. No oía voces en mi cabeza ni tenía alucinaciones. Alex era real. Lo sabía.

—Hannah, estamos viendo un fantasma. ¿No te parece extraño? —Su voz se quebró.

Entreabrió sus pequeños labios rosas y vi como el labio inferior le temblaba ligeramente. Tenía las mejillas húmedas y pegajosas por culpa de las lágrimas.

Sentía pena por ella, aunque no quería que lo supiese. De hacerlo, lo más probable es que se sintiera ofendida. Parecía una persona fuerte, sin embargo, su madre se empeñaba en menospreciarla.

—Sí, bueno, lo es en cierta manera. Pero no porque sea un fantasma significa que no es real —aclaré en voz baja.

Su cabello rubio resplandeció al girarse y los rayos de sol iluminaron su pálido rostro. Miré a Alex esperando que apoyara mi teoría. Él asintió y, con

la mirada, me confirmó lo que necesitaba saber. Tenía los brazos cruzados encima del pecho y la camiseta negra de manga corta que llevaba hacía que se le marcaran los bíceps y que su suave piel quedara al descubierto.

Anna bajó la vista y, con un gesto rápido, arrugó la nariz y sorbió para limpiarse. Levantó sus delgados brazos y se enjugó las lágrimas que todavía se deslizaban por su rostro enrojecido. Pensaba que no era real por un solo motivo: la actitud de su madre le había afectado mentalmente, y, por culpa de sus destructivas palabras, pensaba que estaba loca.

Quería creer que no lo hacía intencionadamente, pero me resultaba imposible. La madre de Anna se había empeñado en hacerle creer que no todo lo que veía era real.

Anna no estaba enferma; tenía un don, un increíble y admirable don que no cualquiera poseía, aunque para algunos resultara algo terrorífico.

—Oye, Anna. —Di un paso hacia delante y me acerqué a ella, vacilante—. Tienes que comprender dos cosas muy importantes.

Elevó su mirada azul y me miró, confundida. Vestía una blusa blanca con botones arremangada hasta los codos. Tuve que coger aire para intentar hablar sin llorar al ver su rostro lleno de lágrimas.

—Por favor, no me pidas que lo olvide —susurró, afligida.

—No, por supuesto que no. —Le ofrecí una sonrisa dulce, no solo para tranquilizarla, sino porque ahora formaba parte de esta familia y quería, y debía, ayudar a Anna, mi prima—. Pero esto debe quedar entre nosotros tres. Estoy segura de que nos ayudarás a guardar este secreto, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó con un gemido atormentado. Se le tensaron los brazos, cerró los ojos con fuerza y derramó un par de lágrimas más—. ¿Por qué tengo que mentir? —preguntó, sin dejar de mirarme.

—Anna... —No sabía qué decir. Me había quedado sin palabras—. Tienes que hacerlo. A veces las personas no te creen cuando cuentas la verdad, y este sería el caso. Algunas veces es mejor mentir.

Pestañeeé rápidamente y miré de reojo a Alex para pedirle ayuda. Él captó mi mirada y, dos segundos después, se acercó a nosotras.

—Hola, Anna —dijo con dulzura y amabilidad mientras se acercaba a mí. Entonces, Anna nos miró como si supiera algo que nosotros no—. Soy Alex, ¿me recuerdas?

Sonreí con ironía. Por supuesto que Anna sabía quién era. Alex frunció

ligeramente el ceño y la miró, sorprendido.

Noté el ligero calor que desprendía su cuerpo y me invadió la tranquilidad. Me sentía muy bien a su lado. Era como si, de alguna manera, él me perteneciera, y yo a él.

—Sí... te vi en tu funeral —balbuceó—. Claro que te recuerdo.

—¡Genial! Verás, Hannah y yo tenemos una misión, como en los videojuegos. —Estuve a punto de reírme. ¿De verdad acababa de decir eso? ¡Tenía que estar bromeando!—. Y necesitamos que todo esto se mantenga en secreto, como en las películas de acción en las que aparece el FBI. ¿Has visto la serie *CSI*? Somos como detectives y buscamos a una persona muy importante.

Vaya. Alex y yo detectives, eso sí que tenía gracia.

—Alex, creo que se te ha olvidado que he crecido —dijo Anna con una media sonrisa. Parecía que su timidez desaparecía poco a poco—. Tengo catorce años, no ocho, no hace falta que me hables como a un bebé. Es solo que... estoy realmente sorprendida. Todo esto es muy confuso. No es nada personal.

Alex rio y respondió:

—Hannah dijo lo mismo y, si te sirve de consuelo, te diré que ella reaccionó peor que tú.

Entonces me dio un suave codazo mientras sonreía. Se lo estaba pasando en grande.

El calor se apoderó de mi cuerpo cuando me rozó ligeramente.

—Eso no es verdad —solté, y sonreí a Anna—. Es un mentiroso, no lo creas.

Di un pequeño empujón a Alex, que rio por lo bajo.

Anna frunció los labios, tratando de no reír. Sin embargo, todavía estaba visiblemente aterrada por la presencia de Alex.

—Muy bien, será nuestro secreto, pero con una condición... —dijo con satisfacción.

Me alegró saber que ambos nos habíamos ganado su confianza tan rápido. Fuera cual fuese su condición, merecía la pena aceptarla.

Alex y yo nos miramos con una ceja levantada y, después, nos giramos hacia ella.

Hacía rato que Anna tenía los ojos y los párpados rojos, aunque no me alarmé. Era algo normal en personas tan pálidas como ella.

—¿Qué condición? —preguntamos al unísono.

Anna nos miró, visiblemente divertida.

Me daba miedo saber qué se le había pasado por la cabeza.

—Ven conmigo al centro comercial —pidió, emocionada.

¿Qué? ¿Esa era su condición?

Sus facciones se habían suavizado un poco y no pude evitar alegrarme por ella. Parecía una Anna totalmente diferente a la que había visto por primera vez.

—¿Al centro comercial? —Estaba sorprendida.

Era una condición fácil de aceptar, sin embargo, no entendía por qué quería ir al centro comercial conmigo.

Alex parecía igual de confundido que yo.

—Sí —dijo mientras se enjugaba las lágrimas de las mejillas por enésima vez—. Quiero comprar algunos vestidos y necesito que alguien me acompañe. ¿Vendrías conmigo?

Habría jurado que pestañeó rápidamente y me miró con ternura de forma intencionada. No podía negarme ante algo así.

—Está bien —accedí.

Esbozó una sonrisa. Me sorprendió ver lo blancos y rectos que tenía los dientes. Era evidente que utilizaba pasta dentífrica y enjuague bucal del bueno y que iba al dentista a menudo.

Crucé los brazos encima del pecho y Anna se pasó una mano por el pelo.

—¿Cuándo quieres ir?

—Hoy, por la mañana. Pero si necesitas descansar, podemos ir por la tarde. Si te parece bien... —dijo con educación. Me di cuenta de que evitaba mirar a Alex a los ojos porque todavía le daba miedo.

—Claro, no hay problema. Podemos ir esta mañana si quieres —respondí amablemente.

—¿Vendrás tú también? —preguntó ella, mirando por fin a Alex.

—¿Es una invitación?

Alex la miró fijamente y Anna tembló un poco. Sin embargo, recuperó la compostura y me lanzó una mirada, a la espera de mi aprobación.

Creo que mi sonrisa tonta lo dijo todo.

—Supongo que vas con Hannah a todas partes.

—Supones bien —contestó él con una voz tan ronca y clara que no pude evitar estremecerme.

—Entonces os veo en un rato.

El eco de sus pasos resonaron por toda la habitación.

—Hasta ahora, Anna —respondí.

Se detuvo delante de la puerta y la abrió con rapidez, aunque no tanto como para parecer desesperada por querer huir de nosotros. El viento soplaba con fuerza fuera y, a pesar de que las ventanas no estaban abiertas, una de las gruesas cortinas que las tapaban ondeó levemente. Entonces, Anna se giró y nos miró.

Era tan pequeña y tan delgada que quería abrazarla y no soltarla nunca. Desde el primer momento en que la vi, supe que Anna era una persona insegura que se sentía vulnerable al estar rodeada de muchas personas, y todo por culpa de su madre, Rebecca. Había logrado que Anna se sintiera inferior y diferente con respecto a los demás, lo que había provocado que se aislara del resto de la gente.

—Me alegro de verte, y a ti también, Alex.

—Lo mismo digo. Gracias por ser tan comprensiva.

Entonces, Anna hizo un gesto con la cabeza, salió como un rayo de la habitación y cerró la puerta.

—Será mejor que descanses —dijo Alex mientras se aseguraba de que la puerta estuviera bien cerrada.

Estaba de espaldas y vi como sus músculos se contraían cuando echó el pestillo. Tenía las piernas largas y bien formadas. Estaba muy atractivo con esos pantalones color caqui, algo arrugados por el viaje en avión. Llevaba el cabello despeinado, como siempre. Ya ni siquiera me sorprendía verlo así.

—¿Por qué me da la sensación de que te irás en cualquier momento? —murmuré mientras él se daba media vuelta. No pude evitar quedarme callada de golpe.

—¿Irme?

Alex levantó las cejas, confundido por mi pregunta, y luego se apoyó en la pared de la entrada.

—Siento que todo esto terminará muy pronto —dije, y suspiré con frustración.

Clavó los ojos en mí y sentí como me recorría el cuerpo con la mirada.

—Entonces habrá que jugar a que empezamos de nuevo y no me iré —dijo, con los ojos brillantes.

—Me gusta cómo suena eso —gruñí en voz baja.

—¿Sabes qué? —Alex se separó de la pared y dio un paso hacia mí. Su expresión cambió y ahora su rostro ya no reflejaba diversión, sino una seriedad absoluta—. Me gusta cuando haces ese gesto.

Me ruboricé.

—¿Qué gesto? —pregunté confusa.

—Ese, el que estás haciendo ahora mismo.

Alex me miró y levantó ligeramente la cabeza. Su cabello castaño se sacudió ligeramente. Entonces, giró la cabeza a la derecha, se relamió los labios y volvió a posar la vista en mí.

—No sé de qué hablas —respondí.

—¿Sabes qué me molesta, Hannah? —Todavía tenía la mirada fija en mí y había levantado una ceja. No me dio tiempo a responder—. Dices que no quieres que me vaya, pero tampoco haces nada para que me quede.

De repente, sentí que la habitación se hacía tan pequeña que me faltaba el aire y empecé a hiperventilar.

—¿Qué puedo hacer para que te quedes? —dije con voz entrecortada cuando se acercó más a mí. No dejaba de mirarme. Sentí una sacudida en el cuerpo cuando un calor se apoderó de mí—. No sé qué hacer para convencerte —continué tratando de no parecer afectada por su cercanía.

—Bueno, yo sí sé qué puedes hacer. —Alex se detuvo a un metro de distancia. Me observaba divertido con sus profundos ojos marrones y, sin poder evitarlo, me sentí vulnerable.

—¿Qué? —pregunté, desesperada por saber la respuesta.

Él sonrió.

—No me hagas suplicar —contestó con picardía.

—¿Suplicar? Alex, no te entiendo, no sé de qué hablas.

Fruncí el ceño de tal forma que dudaba que mi frente volviera a recuperar su forma habitual.

—Es sencillo. Bésame.

De nuevo, sentí que un fuego abrasador se apoderaba de mí. Entonces, en mi cerebro se encendió una luz de alarma: ¿por qué Alex había cerrado la puerta con pestillo? ¿Acaso quería...?

Oh, Dios.

Me ardían las mejillas. Deseaba esto tanto como él, así que dejé de hacerme la tonta y avancé un paso hacia él.

—Parece fácil, pero no creo que pueda hacerlo yo sola. ¿Por qué no me ayudas? —sugerí sin moverme.

Había hecho lo que me tocaba y aceptado su propuesta. Ahora, él tenía que poner de su parte y dar el siguiente paso.

Alex se acercó un poco más a mí. Sus ojos brillaron de una forma extraña cuando los rayos de sol que se colaban a través de las cortinas le iluminaron el rostro.

Sonrió.

—Será un placer.

Nuestros cuerpos estaban a tan solo unos centímetros de distancia y, en ese momento, dejé de pensar y me dejé llevar por mis sentimientos.

Alex me miró y, entonces, me di cuenta de que sus ojos reflejaban puro deseo, al igual que los míos. La habitación estaba tan silenciosa que temía que escuchara los latidos de mi corazón. Me latía tan rápido y fuerte que el sonido me retumbaba en la cabeza y me hacía temblar.

No aguantaba más. En aquel momento, solo existíamos él y yo. Alex había tomado la iniciativa, así que yo, sin dejar de mirarlo, me lancé a sus brazos. Di un solo paso y acorté la distancia que había entre nuestros cuerpos. Entonces, llevé una mano a su nuca y, acto seguido, me colgué de su cuello. Casi al instante sentí que sus frías y suaves manos se posaban en mi cintura descubierta. Por fin mi piel entraba en contacto con la suya.

Un fuego ardiente se apoderó de mi cuerpo.

Nunca me habían besado de la forma en que Alex me besaba en esos momentos. Parecía atormentado y desquiciado. Alex sabía lo que hacía, y eso facilitaba las cosas. Tenía los labios tan suaves como una nube; me volvían loca. Aunque, técnicamente, las nubes no eran suaves, pero era la única forma que se me ocurría de describirlos. Evité pensar en cualquier cosa que pudiera

arruinar el momento. Alex me acercó más a él y me agarró por la cintura. No parecía tener la intención de detenerse. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que ni la más mínima ráfaga de aire podría haber pasado entre ellos. Alex movía los labios con la misma intensidad que yo. Sin embargo, él tenía más experiencia que yo, así que opté por dejarme llevar.

Entonces, intenté tomar un poco de aire y nos chocamos con los dientes, pero eso no nos detuvo en absoluto. Continuamos besándonos de forma juguetona y, en cierto modo, pasional.

—Alex... —susurré, y alejé los labios de su boca.

—¿Mmm? —masculló mientras me besaba el cuello.

Sus manos seguían en mi cintura. Parecía que no tenía escapatoria alguna. Las piernas me temblaban muchísimo y parecía que el calor de la habitación era cada vez más sofocante.

«¡No! ¡Deja de pensar! ¡No va a quedarse aquí para siempre! ¡Deja de pensar y aprovecha el momento!», me regañó mi conciencia.

Alex me recorrió el cuello con la lengua y yo me estremecí casi de inmediato. Luego, me rozó la piel con los dientes y empezó a mordisquearme. La humedad que sentía en el cuello me hizo temblar y, de forma casi instantánea, empecé a sentirme húmeda.

—¿Sí, Hannah?

Alex hincó los dientes en mi cuello de nuevo y, luego, volvió a jugar con la lengua y con sus labios húmedos, succionando cada centímetro de mi piel. Aquello hizo que mi cerebro desconectara de inmediato.

«No digas nada estúpido, por favor».

—No pares, Alex —susurré.

Noté como sonreía, todavía con la boca sobre mi cuello y sin dejar de lamerme.

—No lo haré.

Me atrajo de nuevo hacia él y, sin ni siquiera pensarlo, di un brinco y enrosqué las piernas en su cintura en menos de dos segundos. Alex bajó las manos lentamente hasta llegar a mi trasero y me apretó con fuerza. Una sensación que hasta entonces nunca había experimentado me hizo estremecer.

Intenté oprimir un gemido, pero me fue imposible.

Alex me atrapó la boca con la suya en un rápido movimiento. Sus manos

iban de mis glúteos a mis muslos y viceversa. Sus caricias me hacían temblar como nunca lo había hecho. Sentía que me quemaba la piel. Movía los dedos de una forma tan perfecta que era difícil no perder la cordura.

Entonces, dejó caer una de las manos con las que me sujetaba la cintura y la llevó a mi espalda, apretándome más contra él, para que sintiera lo excitado que estaba. Después, llevó la otra mano a mi cuello con delicadeza y, con sus fríos dedos, me acarició la mejilla, acalorada. Sentí que un fuego nacía en mi interior y bajaba hasta mi entrepierna. Lo deseaba tanto que me dolía y apenas podía controlar mis movimientos.

Era como si me tuviera bajo su control. Yo solo podía dejarme llevar, como si fuera sumisa de mi propio cuerpo, de mi espíritu y de Alex. El ardor se propagaba con más intensidad por todo mi ser cuando hincaba los dientes en mi cuello y succionaba mi piel húmeda y cálida. El frío había desaparecido; ahora sentía que era un volcán a punto de explotar.

Mis piernas temblaban en sus caderas cada vez que me atraía hacia él con fuerza. Entonces, me embistió e hizo que sintiera que estaba en otro mundo. Me perdí en sus ojos y en sus frenéticos besos.

Gemí en su cuello cuando me acarició el pecho. De repente, la ropa interior había empezado a molestarme. Estar tan cerca de Alex me excitaba muchísimo.

Cuando hundí la cabeza en su cuello para besarlo, su intenso olor masculino me invadió. Era un aroma exquisito y tentador que me provocaba desearlo cada vez más.

Mi cuerpo se retorció cada vez que Alex me acariciaba los muslos y la cintura, buscando fundir su piel con la mía. Todavía no había intentado desnudarme ni había metido sus frías manos por debajo de mi camisa. Solo me acariciaba por encima de la ropa, que se había convertido en un estorbo para mí. Me sentía demasiado bien como para que esto estuviera prohibido. Era demasiado tentador como para poder detenerme.

Alex se alejó de mis labios durante un momento y me miró como si fuera todo lo que importaba en ese instante. Sus ojos, oscurecidos por el deseo, me contemplaban con ese brillo que tanto me hechizaba.

Y entonces, sonrió. Sus comisuras se elevaron de una forma tan terriblemente *sexy* que me permití observarlo sin disimular. Tenía la sonrisa más hermosa que había visto en mi vida. El modo en que me miraba me hacía

sentir que era suya. En cambio, él no era mío, ni de nadie. Solo era un fantasma en un mundo al que ya no pertenecía.

Le devolví la sonrisa.

—¿Va todo bien?

Parecía respirar con agitación. Dudé si debía seguir subida sobre su cadera o ponerme de pie. Sin embargo, me resultaba muy difícil separarme de él. Me sentía genial encima de él, notando su excitación... pegada a mi vientre.

—¿Por qué no debería? —respondí con los labios temblorosos.

Alex sonrió y volvió a besarme, esta vez lentamente y con suavidad.

Cerré los ojos inconscientemente y disfruté del momento, que probablemente no se repetiría.

Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo podía ocurrir algo así entre alguien vivo y un fantasma?

El amor podía ser algo incompresible y, a veces, era mejor no buscarle una razón. Alex me tumbó en la cama y se colocó encima de mí, sin dejarse caer sobre mi cuerpo. Apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza y se quedó a unos escasos centímetros de mí. Era agonizante. Me había aprisionado las caderas con las piernas y me sujetaba con ellas para que no me escapara. Eché la cabeza hacia atrás, disfrutando de sus caricias, y contemplé las vistas de la mansión que ofrecía la ventana. Eran maravillosas.

Alex se separó un poco.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Se aclaró la garganta y continuó—. Sé que todo esto es muy extraño...

Fruncí el ceño sin comprender su pregunta. ¡Claro que quería hacerlo! Sí, éramos muy jóvenes y totalmente distintos, pero ¿las personas no se enamoraban de sus polos opuestos?

Observé como su piel se volvía de un tono amarillo claro. Me contemplaba desde una cierta distancia y tenía los labios tan rojos y húmedos que me deshice de la idea de que todo esto no fuera más que un sueño.

—Sí —respondí antes de que alguno de los dos pudiera decir algo estúpido—. Quiero hacerlo.

—Muy bien, porque yo también.

Y, sin pensarlo dos veces, se abalanzó de nuevo sobre mis labios. Sin

embargo, empezó a besarme con mucha más rapidez, brusquedad y... pasión. Casi me resultaba imposible respirar con normalidad y no perder el control.

Entonces, Alex metió sus frías manos por debajo de mi camisa y me sobresalté. Un calor extremo me recorrió por todo el cuerpo y, poco después, sentí un cosquilleo en el estómago que descendió hasta llegar a mi entrepierna. Esta vez, el ardor que sentía en mi zona íntima fue más intenso y tuve que apretar los labios para no soltar una maldición.

Me estaba volviendo loca.

Alex me levantó la camisa y dejó al descubierto mi vientre pálido. Gruñí en voz baja y tuve que pasarme una mano por mi cabello húmedo para no decir nada. Entonces, me recorrió todo el estómago con sus besos.

Suspiré de forma casi inaudible. Poco a poco, sus besos fueron bajando hacia la parte inferior de mi cuerpo.

La lentitud con la que descendía era tal que me hacía desesperar. Pero no dije nada, porque sabía que estaba jugando conmigo, así que traté de ser lo más paciente posible y esperé a que llegara donde yo quería. Ya me vengaría de él en otro momento.

Me estremecí cuando empezó a aproximarse y una descarga eléctrica me recorrió todos los rincones del cuerpo. La sangre me circulaba con rapidez. Sentí que un fuego me consumía por dentro y por fuera.

Levantó la mirada y sus profundos y brillantes ojos se encontraron con los míos, desorbitados y excitados. Alex me sonrió con dulzura y seguridad a la vez. Sabía que lo estaba haciendo bien, que yo me derretía debajo de sus musculosos brazos. Me sentía como una niña pequeña debajo de su cuerpo. Pero ya no lo era.

Entonces, bajó la vista hasta mis vaqueros, con una sonrisa pícaro.

Joder, iba a matarme si paraba justo ahora.

Bajó la mano derecha y me acarició uno de los muslos, tenso. Me masajéo sin dejar de mirarme con lascivia la cremallera del pantalón. Dios... se había detenido justo ahí. Gimió en voz baja y eso hizo que el corazón se me acelerara a un ritmo increíble. El sonido había sido tan provocador que en ese justo momento me habría lanzado contra él y le habría obligado a parar para torturarlo del mismo modo que él hacía conmigo.

Pero era muy egoísta y preferí no hacer nada y dejar que Alex continuara. Porque me hacía sentir bien, muy, muy bien.

Entonces, presionó la cremallera de mi pantalón con los dedos y, sin tocar demasiado, comenzó a bajarla con lentitud. Tenía claro dónde tenía que acariciar, pero también dónde no tocarme, al menos por ahora. Vi en sus ojos que sabía que yo deseaba que lo hiciera, que quería que tocara mis partes íntimas. Sin embargo, todavía no había bajado la cremallera por completo...

Fue una tortura. Los dedos de Alex estaban tan cerca de su objetivo que era imposible mantenerme quieta. Me retorcí y, por supuesto, sonrió con satisfacción. Sentía que la sangre me hervía.

Gemí sin contenerme cuando terminó de bajarme la cremallera y Alex se estremeció.

—¿Te he dicho lo hermosa que eres? —preguntó con una voz de lo más erótica. Me sonrojé sin poder evitarlo.

—Alex... —dije cuando volvió a acariciarme, esta vez en la entrepierna. Tenía las manos tan calientes...

Me incorporé y me senté antes de que hiciera algo más y, sin pensarlo dos veces, me quité la camisa y la lancé por los aires.

Alex me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —pregunté con voz agitada.

Al haberme alejado de Alex y estar sin camisa, empecé a sentir frío.

De repente, me pregunté si había hecho lo correcto. Yo solía ser demasiado impulsiva y me arrepentía muy fácilmente.

Alex me observó sorprendido y con el ceño fruncido, y, después, bajó la mirada hasta mi pecho semidesnudo. Suspiré cuando soltó un gemido ronco con la boca entreabierta. En ese momento, habría jurado que nunca había escuchado un sonido más hermoso. Sus ojos brillaban llenos de deseo.

—Yo... yo... —tartamudeó, y luego volvió a mirarme a los ojos—. Dios... eres preciosa, Hannah —suspiró.

Nuestros cuerpos se unieron de nuevo y me estremecí con cada beso que él me daba.

Alex comenzó a bajarme los pantalones, lo cual no era justo, porque él no se había quitado ni una sola prenda. Así que lo detuve de inmediato y tiré de su camiseta negra hacia arriba sin avisarlo. Alex sonrió para sus adentros y me sentí orgullosa de mí misma.

Pero me sentí más orgullosa cuando vi su deslumbrante torso. Su piel era

tan clara como la mía, y tenía los músculos del abdomen muy marcados. Me sorprendió ver un diminuto lunar a un lado del ombligo. Una escultural «V» se formaba en su pelvis y asomaba por encima de su pantalón caqui. Alex se tensó cuando me quedé observándolo como una boba y se le marcaron los músculos todavía más.

Levanté la vista y sonreí. Alex se relajó y me tumbó de nuevo con delicadeza.

Necesitaba decirlo: quería a Alex.

Entonces, continuó por donde lo había dejado hacía un momento. Me agarró de nuevo el pantalón y lo bajó poco a poco hasta dejar al descubierto mis largas piernas. Soltó un suspiro ansioso.

El pantalón voló por los aires y oímos como chocaba contra el suelo de mármol de la habitación. Alex y yo lo ignoramos olímpicamente. Nunca había estado en una posición tan cómoda y tan íntima al mismo tiempo, pero con Alex me sentía segura. Desde que había aparecido en mi vida, se había convertido en la única persona en la que podía confiar.

Yo quería hacerlo y él también, así que ¿quién podría detenernos?

Alex se acercó de nuevo a mis piernas y apoyó las manos en mis muslos desnudos. Su respiración entrecortada era como música para mis oídos y me hacía estremecer por dentro y por fuera... Luego, agarró mis bragas blancas y, con suma delicadeza, comenzó a bajar la tela de encaje.

Se me detuvo el corazón y sentí un remolino de emociones en mi interior y miles de descargas eléctricas que recorrían todos y cada uno de los centímetros de mi cálido cuerpo.

Suspiré y, entonces... él se detuvo en seco.

—¿Hola? ¿Hannah? —dijo alguien llamando a la puerta con suavidad.

Alex y yo nos quedamos quietos.

¿Qué? ¿Quién era ahora...?

Capítulo 9

—Joder. —Resopló con frustración—. Esto no puede estar pasando ahora...

—¿Hannah? —Volvieron a llamar a la puerta—. ¿Estás dormida? Soy Rosie.

—Las madres... siempre tan inoportunas... —susurró de mala gana y puso los ojos en blanco durante menos de un segundo.

Me levanté, recogí el pantalón del suelo con rapidez y comencé a ponérmelo mientras buscaba con la mirada la camisa.

—¿Hannah? —murmuró Alex, sentado en la cama. Su pecho desnudo me tentaba a volver con él, así que evité mirarlo—. ¿Qué haces?

—Vestirme. Debe de ser algo importante.

Me acerqué hasta donde estaba tirada mi camisa.

—No vayas. Espera un momento, por favor.

Me giré para mirarlo y, casi de inmediato, me arrepentí. Su pecho desnudo subía y bajaba al ritmo de su respiración agitada, y sus labios hinchados y seductores se negaban a dejarme en paz. Aparté los ojos de él y me puse la camisa.

Alex hizo un puchero para suplicarme que me quedara con él. Los ojos le brillaban con intensidad.

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—Está bien —dije finalmente con voz ronca y agitada mientras me acercaba a la cama—. Pero si vuelve a llamar, iré y abriré la puerta.

Me subí a la cama y gateé hacia Alex. Tenía el cinturón desabrochado y se le veía la cinturilla de sus calzoncillos negros.

Tragué saliva con dificultad. De repente, se me había quedado la boca seca.

—Está bien, pero no te... —Otro golpe suave en la puerta lo interrumpió. Alex resopló con frustración.

—Lo siento —dije. Y era cierto—. Debe de ser algo importante. Entonces, me alejé de él.

—¿Hannah? —repitió Rosie.

Me di cuenta de que me temblaban las piernas por la terrible excitación que sentía. Todavía notaba sus manos calientes sobre mi cuerpo, a pesar de que ahora estaba a un par de metros de mí.

Me aclaré la garganta de nuevo y me puse de pie. Me acomodé la camisa y, antes de avanzar hacia la puerta, me peiné con los dedos.

—Un momento, Rosie —respondí, casi gritando.

Tomé una gran bocanada de aire antes de abrir la puerta y exhalé con fuerza. El aire salió de la boca con tanta facilidad que sentí un dolor en el pecho cuando se me quedaron los pulmones vacíos.

Alex me miró por última vez y me di cuenta de que no íbamos a hacerlo, al menos hoy. Le devolví la mirada y me disculpé en silencio. Él se levantó de la cama para recoger su camiseta negra y, cuando se agachó, vi como se le tensaron los músculos, que se marcaron profundamente. De nuevo, el corazón empezó a palpitarme con rapidez.

Me olvidé de respirar.

Maldiciendo en voz baja, aparté la mirada y me centré en el picaporte que tenía delante. Me eché un último vistazo y comprobé que iba totalmente vestida. Luego, quité el pestillo de la puerta y la abrí lentamente.

—Hola —dijo la madre de Alex con una media sonrisa—. Creía que estabas durmiendo. Espero no molestarte.

Su voz sonaba dulce y amable. Sonreí como si no hubiera pasado nada en los últimos diez minutos.

—No, estaba en el baño. Por eso he tardado en abrir —mentí—. ¿Quieres pasar?

Levantó una ceja y me miró con sus profundos ojos azules mientras sonreía ampliamente. Todavía llevaba puesta su bata blanca de seda, atada a la cintura.

—Si no te importa...

Tenía las facciones suavizadas y, como de costumbre, no parecía nerviosa, sino todo lo contrario: se la veía tranquila y segura de sí misma.

—Claro que no, es tu casa.

Abrí la puerta totalmente para que pasara.

Me hice a un lado y entró con suma educación mientras miraba de arriba abajo el cuarto. Cuando pasó por delante de mí, me di cuenta de que llevaba un sobre amarillo en las manos.

—¿Qué es eso? —pregunté con el ceño fruncido mientras cerraba la puerta.

Rosie se sentó en una esquina de la cama y el colchón se hundió.

—Es algo que quería darte.

—¿Qué es?

Llevaba el cabello cuidadosamente peinado sobre uno de sus delgados hombros, y tenía los labios de un color rojo intenso, por lo que deduje que se había maquillado un poco antes de venir a verme. Los arañazos de su rostro casi habían desaparecido del todo, aunque todavía tenía algunas marcas rojas y aún llevaba una pequeña venda en la frente.

—Tiene que ver con lo que Eric no quería que te dijera, pero yo creo que tienes derecho a saberlo, así que aquí está.

Extendió las manos y el sobre quedó a unos pocos centímetros de mí. Lo miré con curiosidad y, antes de que ella se arrepintiera de dármelo, lo cogí. Pesaba bastante.

—Quiero que lo tengas tú, pero Eric no debe saber que te lo he dado, y mucho menos George, ya sabes lo que opina sobre la privacidad —bromeó en un tono sarcástico.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunté mientras comenzaba a abrirlo con los dedos temblorosos.

Ella se levantó rápidamente y me detuvo antes de que viera o tocara lo que hubiera en el interior. Se acercó mucho a mí y me hipnotizó con su profunda mirada azul.

—Este sobre contiene todo lo que debes saber sobre tu madre y la muerte de Alex. Pero hay una condición. Por eso estoy aquí.

Contemplé el sobre que tenía en mis manos sudadas. Intenté averiguar qué

había dentro, pero era sumamente difícil, podría ser cualquier cosa. Aunque sí estaba segura de que era algo plano y, sobre todo, valioso.

Rosie se apartó de mí.

—Como te decía, no debes decirle nada de esto ni a Eric ni a George. Ellos ya saben lo que hay en este sobre, pero no que tú también lo has visto, ¿entiendes?

Asentí con la cabeza.

—¿Dices que tiene que ver con la muerte de Alex? —pregunté dubitativa, pero de la manera más sutil y natural que pude. Aunque por dentro, la curiosidad me estaba matando.

—Sí —contestó y asintió con la cabeza. Los rizos le botaron y le tembló el labio.

—No entiendo nada —murmuré con sinceridad.

Tenía la boca tan seca que me dolía la garganta al intentar tragar saliva. Apreté con fuerza el sobre.

—No entiendo por qué no quieres que George y mi padre sepan que me has dado esto.

Rosie no pareció enfadarse al oír mi pregunta. Me sonrió con complicidad y dijo:

—Ellos nunca te dejarían verlo. Nunca te dirían la verdad.

Rosie se humedeció los labios y miró hacia la ventana. Le brillaron los ojos con intensidad, como si las cortinas azules que cubrían las ventanas fueran lo más grandioso y hermoso que había visto nunca. Entonces, volvió a mirarme y me sonrió una vez más.

—Sin embargo, creo que debes saberlo, y quiero que sepas que puedes confiar en mí. Siempre seré sincera contigo y te diré la verdad.

Elevó las comisuras todavía más y sus dientes blancos destellaron con los rayos de sol que se colaban en la habitación.

—Es muy amable por tu parte, Rosie. Esto es muy importante para mí, y si quieres que quede entre nosotras, así será. Sé que lo haces de buena fe, y quiero que sepas que tú también puedes confiar en mí —añadí con la intención de sonar madura.

—Ya lo hago, Hannah. Confío en ti —me contestó con dulzura y suavidad.

Me sentía muy agradecida por lo bien que se portaba conmigo. Desde que

todo esto había empezado, Rosie era la que mejor me había tratado. Ella y Alex eran las únicas personas en las que sabía que podía confiar.

—Y yo en ti. Gracias por todo, Rosie.

Fijé la mirada en el sobre amarillo que tenía en las manos.

Ella sonrió ampliamente y se dirigió a la puerta.

—¿Rosie?

—¿Sí? —respondió antes de salir de la habitación.

—¿Qué pasó con Alex?

—¿Con Alex? —repitió con el ceño fruncido.

Rosie no pareció entender de inmediato mi pregunta, así que me mordí el labio, deseando no ser una entrometida.

—El día del funeral de Alex, George me comentó que no teníais claro qué hacer con su cuerpo, pero no sé qué hicisteis al final.

No estaba segura de que fuera correcto preguntar algo tan personal.

Rosie torció el gesto y empalideció. Soltó la manilla de la puerta y me miró directamente a los ojos durante lo que pareció ser una eternidad. Luego, resopló.

—Lo incineramos.

—No estaba segura, pero pensé que quizá lo habíais enterrado. ¿Dónde están sus cenizas? —No quería incomodarla, pero esto me importaba de verdad. Me interesaba saber qué había pasado con el cuerpo de Alex.

—¿Sus cenizas? —Levantó la ceja derecha—. Están en un cementerio. ¿Quieres ir? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Sí.

Y, en ese momento, sentí unas terribles punzadas en todo el cuerpo, como si me clavarán espadas. Al instante, me arrepentí de haberlo dicho. No obstante, quería asegurarme de que era verdad, que Alex realmente estaba muerto y que nunca podría tener una relación de verdad con él. Pero ya no había vuelta atrás.

Rosie no pareció afectada por mis palabras.

—Está bien. —Sonrió de nuevo—. Te llevaré cuando todo esto se resuelva. A Alex le habría encantado conocerte.

—Creo que a mí también me habría encantado conocerlo.

Rosie me miró con ternura.

—Nos vemos después, Hannah.

—Hasta luego, Rosie.

—Que descanses.

Entonces salió como un rayo del cuarto y cerró la puerta. Me parecía raro que me hubiese pedido no decirle nada a George y a Eric, aunque en cierto modo lo entendía. George era terco y prefería mantener las cosas ocultas y bajo control, y eso me molestaba. Por otro lado, Eric quería proteger a mi madre y la defendía siempre a capa y espada. Pero ¿por qué no debía decirles que este sobre había llegado a mí? ¿Era algo confidencial? ¿O es que escondía una verdad demasiado terrorífica como para que yo la supiera?

—¿Qué es eso?

La voz de Alex me sobresaltó. Se acercó por detrás y se pegó tanto a mi espalda que un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—Es un sobre —respondí, fingiendo que no me afectaba estar tan cerca de él.

—Lo sé —me contestó entre risas al oído. La suavidad de su voz me erizó la piel—. Pero ¿qué hay dentro?

Entonces, me rodeó la cintura con los brazos.

—Eso mismo me gustaría saber a mí.

Sin embargo, antes de que Alex y yo pudiésemos abrirlo, Anna ya estaba llamando a la puerta con insistencia.

—Muy bien, el centro comercial está a menos de diez minutos de aquí. —Levantó la mirada, pensativa—. O eso fue lo que dijo mi madre. —Chasqueó la lengua y me miró, divertida.

—¿Qué pasa? —pregunté con una media sonrisa.

De alguna manera, me contagiaba su alegría, igual que Cara. O, quizá, simplemente estaba contenta. No había pensado en mi madre desde que había llegado, ni me había molestado en preguntarme qué estaría haciendo en ese momento, ni si estaría asustada o preocupada por mí. Todavía estaba molesta con ella. Puede que sonase muy egoísta, pero era la verdad.

—Normalmente, nadie quiere ir conmigo al centro comercial, así que te lo agradezco.

Anna sonrió ampliamente. Parecía una chica ocurrente y divertida.

Maldije por lo bajo a todas las personas que la habían rechazado en algún momento de su vida.

—Es un placer estar contigo.

Ambas nos quedamos en silencio durante unos instantes. Alex había hecho bien en quedarse en su casa. Anna merecía poder relajarse un rato y disfrutar como la joven que era. Aunque no pudiese evitar ver a otros fantasmas, el hecho de no ver a su primo fallecido ya era bastante.

Después de un rato en silencio, Anna dijo:

—Hannah, no se lo he contado a nadie, pero mi madre tiene una relación con alguien. Sé que es de aquí, porque ha salido todos los días desde que llegamos a Seattle. Nunca antes la había visto quedar con nadie. No sé qué pensar...

—Creo que es bueno darse segundas oportunidades en el amor.

Anna asintió sonriente, pero luego su semblante cambió y se puso seria.

—No sé Hannah, es que... verás, me alegro de que este saliendo con alguien, pero creo que quiere marcharse lejos, un tiempo. Todavía no sé adónde. Tal vez a Europa, no estoy segura. La cosa es que quiere que me quede con Rosie y George aquí una temporada. La escuché ayer mientras merendaban. Nunca me deja sola durante mucho tiempo. A veces me escapo de casa o me voy con mi tía Caroline, pero siempre vuelvo con ella, a pesar de que se porte tan mal conmigo.

—¿Y a ti te parece bien la idea de quedarte aquí?

—Me gusta esta casa, pero es demasiado grande y solitaria. Además, Rosie, George y Eric estarán muy ocupados con el trabajo o con sus asuntos personales. He pensado que podría pasar las horas explorando y conociendo todos los rincones de la casa.

—Mientras esté aquí, te haré compañía, ¿de acuerdo? Me encantaría pasar tiempo contigo.

—¡Muchísimas gracias, Hannah!

Sonreí.

—¿Cuándo se irá? —pregunté.

Anna levantó la mirada hacia el cielo de nuevo, como si ahí estuviera la respuesta.

—Creo que este fin de semana.

—¿Y a George le parece bien?

—Sí.

—Bueno, lo que está claro es que tendremos bastante tiempo para conocernos —dije para animarla.

Anna empezó a dar saltos de alegría.

—¡Sí! ¡Tengo muchas ganas!

—Es más, empezaremos hoy mismo. Te llevaré a una de mis tiendas favoritas y verás cómo nos divertiremos —le dije con una sonrisa.

Estaba realmente contenta y emocionada. Sabía por qué. Habían pasado muchas cosas en las últimas horas, y estaba nerviosa y confundida. Sin embargo, todavía me mantenía alerta. Estaba segura de que a estas horas mi madre estaría buscándome por todas partes.

George había insistido en que me llevara su coche, pero eso me incomodaba un poco y, además, ambas queríamos caminar. También nos había dado un teléfono móvil para que le llamáramos si pasaba algo.

Anna y yo andábamos al mismo ritmo. Era pequeña y delgada. Me llegaba justo por el hombro, así que no tenía que bajar la mirada demasiado para entablar una conversación con ella.

No le había dicho nada a ella, pero que George hubiera insistido tanto en que nos lleváramos su coche y un móvil me había alarmado. Parecía muy inquieto y angustiado por algo que no nos había dicho. Todos en la mansión lo habíamos notado, aunque Rosie insistió en que estaba así de nervioso por su trabajo y que no debíamos preocuparnos.

Pero ya era tarde.

Por lo que sabía y lo que me había contado Alex, George no solía preocuparse de esa manera por cuestiones de trabajo.

—Hannah, ¿tú crees que el tío George está bien? —preguntó, y soltó un suspiro.

—Sí, supongo que es por el trabajo. Debe de ser muy estresante —contesté para que no se preocupara.

—A mi madre también le pasa. A veces preferiría que no trabajara, porque se estresa mucho. Por eso estoy contenta de que vaya a tomarse unas vacaciones y no tenga que preocuparse por mí y mi enfermedad durante una temporada.

—Pero tú no estás enferma, Anna. No tienes esquizofrenia, tienes un don.

—Eso díselo a mi madre. —Puso los ojos en blanco—. Mira, ya hemos llegado. —Señaló con la mirada un edificio de tres plantas, tratando de cambiar de tema.

—¡Que empiece la diversión! —dije intentando sonar lo más alegre posible.

Entramos al centro comercial y recorrimos varias tiendas de ropa. Me di cuenta de que a Anna le gustaba mucho el púrpura y el violeta. Yo le había dicho que eran prácticamente el mismo color, aunque ella juraba lo contrario. Se le dilataban las pupilas cada vez que veía una prenda en esas tonalidades e incluso se pidió un helado de arándanos. Estaba casi segura de que su habitación también era púrpura o violeta.

Anna se había probado unos cuantos vestidos cortos, pero ninguno le había gustado. Era lógico. ¿Quién en su sano juicio se pondría un vestido corto que tapaba hasta el cuello? ¡Y con flores amarillas por todos lados! ¿Quién diseñaba esas cosas tan feas?

A veces la gente miraba raro a Anna cuando ella se asustaba por lo que veía a su alrededor. Tuve que animarla porque se sentía avergonzada. Fue entonces cuando me di cuenta de lo dulce e inocente que era. Anna me contó que le encantaba venir a sitios tan concurridos como este porque las personas se entremezclaban con los fantasmas y era difícil adivinar quién era qué.

Unos minutos más tarde, y todavía sin vestido, Anna y yo nos sentamos en una de las mesas libres que había en la segunda planta. Di las gracias por no haber venido en fin de semana, porque los sábados el centro comercial solía estar abarrotado.

—¿Qué tal está tu batido de moras?

—Bien, ¿y tu café?

—Amargo, pero viene genial cuando has dormido tan poco como yo.

Ambas reímos.

—Hannah... Tengo algo para ti.

Entonces, se sacó algo del bolsillo y dejó el puño sobre la mesa.

—¿Algo para mí? —repetí impresionada.

Nadie me había regalado nada jamás. Y la idea de que quisiera tener un detalle conmigo me emocionaba.

—No es gran cosa —se adelantó a decir con los ojos abiertos—, pero lo vi y lo compré... Supe que estaba hecho para ti.

Se le iluminó la mirada y me reí nerviosamente.

—Anna, no tenías que...

Abrió el puño y estuve a punto de gritar, emocionada.

—Cógelo.

Extendió la palma. Tenía en la mano una bonita cadena de plata con una «A» adornada con diminutos brillantes. Me dio un vuelco el corazón.

—Es precioso, Anna.

Era un colgante pequeño. Debía de medir alrededor de un centímetro, pero la letra se leía con facilidad.

—Sé que no es tu inicial, pero he querido regalártela porque sé que hay algo especial entre Alex y tú.

—¿Cómo...?

Fruncí el ceño.

—Tenéis un vínculo muy fuerte, lo noto.

—¿Eres adivina o algo parecido? —bromeé con una sonrisa. Ella rio en voz baja y negó con la cabeza.

—No, pero se os nota mucho.

Al oír esas palabras, y sin saber por qué, empezó a picarme la nuca y sentí que una corriente me recorría el cuerpo, del estómago a los pies. De repente, también me ardía la cara.

—Está bien saberlo. Le diré a Alex que disimule un poco más delante de ti. —Anna sonrió y soltó una pequeña risita—. Me encanta el regalo. Gracias.

—No es nada, es más, considéralo un regalo de Navidad adelantado.

—Dios, ahora me siento mal. Yo no te he comprado nada. ¿Qué te parece si vamos a la tienda de la que te he hablado y buscas algo que te guste?

—Sí, dame un segundo para que me termine el batido.

Se reclinó en el respaldo de la silla en la que estaba sentada y miró a su alrededor, visiblemente asustada, como si estuviera viendo alucinaciones.

Aunque yo sabía lo que realmente contemplaba.

Una vez terminamos, se limpió la boca con una servilleta y la tiró en la papelera más cercana. Yo hice lo mismo.

No era la primera vez que estaba en este centro comercial, de hecho,

venía aquí cada fin de semana a pasar el tiempo o a comprar comida grasienta y barata. Estaba contenta de estar con Anna en un lugar que conocía tan bien.

—Vamos a esa.

Señalé una tienda de ropa mientras bajábamos por las escaleras mecánicas.

—¡Guau! —exclamó con emoción y boquiabierta.

En cuanto llegamos a la primera planta, Anna corrió como loca hasta la tienda que le había señalado.

—¡Vamos, Hannah!

Anna se giró un segundo y me miró sonriendo de oreja a oreja. Luego, echó a correr de nuevo.

Reprimí una sonrisa.

Intenté acelerar el paso, pero alguien se cruzó en mi camino y me dio un golpe en el hombro. Era una chica con el cabello negro y largo, tanto que casi le llegaba hasta la cadera. Un chico de pelo castaño y alto con unos vaqueros negros caminaba a su lado.

Por un momento, creí que había visto a ese chico antes. Ambos iban cogidos de la mano, pero ninguno de los dos se giró para pedirme disculpas. Hice una mueca de desagrado mientras miraba como se alejaban y los oí reírse. Al principio pensé que se estaban burlando de mí, pero luego me percaté de que estaban demasiado embelesados el uno con el otro como para darse cuenta de que había más gente a su alrededor.

Me di la vuelta y los ignoré.

Durante un instante, me acordé de Cara.

—¡Hannah! —gritó Anna emocionada desde la entrada de la tienda—. ¡Hay muchos vestidos de color púrpura aquí!

Aceleré el paso, pero no la alcancé enseguida, ya que nada más pisar la tienda se perdió entre las miles de prendas de ropa que había expuestas.

Era verdad que había muchos vestidos de color púrpura, aunque Anna no podía evitar fijarse también en el resto de prendas, de otros colores.

—Aquí estás —dije cuando la alcancé.

Los ojos le brillaban mientras contemplaba con asombro un vestido corto que lucía un maniquí.

—¿Qué te parece este? —preguntó mientras deslizaba los dedos por la

tela. El vestido era algo atrevido. Tenía pedrería en la parte del pecho, mientras que el tejido de la parte inferior era fino y, de ahí para abajo, el tejido era más fino y hacía unas ondas.

—Es bonito —dije sin más.

Ella lo miró de nuevo e hizo una mueca, dubitativa.

—Creo que echaré otro vistazo. ¿Te parece bien?

—Claro, mientras buscaré algo para mí.

—Muy bien, yo estaré por allí.

Anna señaló un pasillo que había al fondo de la tienda, donde había más vestidos del color que tanto le gustaba.

Asentí y nos separamos.

Caminé hacia una sección donde había vestidos claros y miré con calma unos de color blanco, ya que sabía que Anna tardaría un poco en encontrar alguno de su agrado. Cogí un par para probármelos, sin embargo, cada vez que me disponía a hacer cola en el probador, encontraba un vestido que me gustaba más y tenía que dejar el que había escogido anteriormente porque solo podía entrar con dos prendas a la vez.

Recorrí una vez más el pasillo en el que me encontraba y una estruendosa carcajada me sobresaltó. Solté un bufido e, inconscientemente, levanté la mirada para ver quién era aquella persona que se reía con tanta intensidad. Justo delante de la tienda, vi a una pareja sentada en una mesa.

No tardé en darme cuenta de que era la pareja con la que me había chocado antes. La cabeza de la chica me impedía verle el rostro al chico, que se reía con ganas. Ella estaba de espaldas, así que no veía lo que hacía. Resoplé molesta y les eché una mirada furiosa. No obstante, me olvidé de ellos enseguida y seguí buscando un vestido blanco.

Sabía que el blanco haría que mi piel pareciera todavía más pálida de lo que era, pero eso era justamente lo que quería. Me gustaba ser pálida. Mi madre nunca me había comprado un vestido blanco por la misma razón, así que ahora que tenía la oportunidad de comprarme uno por mi cuenta, lo haría. Además, sabía que mi pelo negro resaltaría mucho más con un atuendo de color claro.

Cogí otro vestido que me llamó la atención. Tenía un escote de pico y me llegaba por encima de la rodilla. Era liso, muy elegante y bonito. Lo observé una vez más y miré el que tenía en la mano izquierda. En comparación con

este último, el vestido que había elegido antes era muy infantil. Tenía un lazo rosa en la cintura y pedrería en la parte superior. Así que lo dejé en el perchero.

Entonces, oí otra risa, mucho más fuerte y clara. Y esa vez, caí en la cuenta de que me resultaba familiar...

Me asomé al escaparate y miré hacia el exterior de la tienda. De nuevo era el chico quien reía. Lo observé con frustración y resoplé una vez más. En ese instante, como si sintiese el peso de mi mirada sobre él, giró la cabeza hacia la tienda mientras seguía riendo a carcajadas. En cuanto me vio, se detuvo de inmediato.

Me quedé completamente boquiabierta, tanto que casi se me desencajó la mandíbula.

—¿Seth? —dije para mis adentros.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, hasta que reaccioné. ¿Qué hacía Seth con una chica? No habían pasado ni dos semanas desde la muerte de Cara y parecía que ya lo había superado y que salía con otra.

Increíble...

Abrió los ojos como platos y, con disimulo, se inclinó con lentitud hacia la chica. Entonces, se apoyó en la mesa y le murmuró algo al oído. La chica se tensó y se quedó completamente quieta.

Me hervía la sangre. Esto no podía estar pasando... ¿No se suponía que Seth y Cara eran novios? ¿Tan rápido había superado ya su muerte? ¿O es que la había estado engañando? Y de ser así, ¿desde cuándo?

Dejé los vestidos donde pude y salí escopeteada de la tienda en dirección a ellos. La chica se levantó tan pronto como vio mis intenciones y se alejó rápidamente. Aceleré el paso, pero vi como se escurría entre la gente que pasaba por ahí. La seguí con la mirada. Su cabello negro se movía arriba y abajo con velocidad. Estaba visiblemente nerviosa y asustada. Sin embargo, no le vi la cara en ningún momento.

Alguien se interpuso en mi camino y me agarró por los hombros con fuerza.

—Hannah... —dijo Seth.

Aunque me presionaba ligeramente, me hacía algo de daño. Una sonrisa resplandeciente apareció en su rostro de niño bueno.

—¿Quién es ella? —pregunté con los dientes apretados.

Seth me soltó. Sabía que me había obstaculizado el paso a propósito, así que lo miré despectivamente. Estaba realmente dolida, furiosa y decepcionada.

—¿Quién es quién? —dijo, y se alejó un paso de mí.

—La chica con la que estabas —contesté. Los dientes casi me rechinaban.

Tenía unas ganas tremendas de darle otro puñetazo en la cara, y esta vez Alex no tenía nada que ver.

—No sé de quién me hablas, Hannah.

Seth me miró con el ceño fruncido y una gran sonrisa fingida, haciéndose el loco.

¡Claro que me sonaban esos pantalones negros! Eran los de Seth. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que el chico de cabello castaño que había visto era él?

—¡Eres un mentiroso! —grité.

Dio otro paso hacia atrás por inercia.

—Creo que me has confundido con alguien —susurró.

Tenía una sonrisa divertida y nerviosa en la cara. Levanté la vista y vi que la chica de cabello largo ya no estaba.

Le lancé una mirada furiosa. Estaba que echaba humo.

—¡Mentiroso! ¡Te acabo de ver con ella! Si hasta estabas riéndote... —exclamé, molesta por su actitud. Sentía que la sangre me hervía tanto como si fuera una olla a presión—. ¡No puedo creer que pudieras hacerle esto a Cara!

—¿Hacerle qué? —murmuró con el ceño fruncido. Su cinismo comenzaba a cansarme y a fastidiarme.

—¡Engañarla, idiota! —grité a pleno pulmón.

Unas cuantas personas que pasaban por mi lado se quedaron mirando, pero los ignoré por completo. No era asunto suyo.

—No, Hannah. Yo no la engañé.

Me ofreció una dulce sonrisa de niño bueno. Parecía que se burlara de mí.

—Entonces, dime, ¿quién era ella? ¿Por qué ha huido?

—No ha huido.

Fui incapaz de contener una risa amarga y sarcástica.

—Acabas de decir que no estabas con nadie, y ahora... te contradices a ti

mismo.

Entrecerré los ojos. Estaba realmente enfadada y tenía ganas de pegarle una paliza.

—Muy bien. —Seth se pasó una mano por el pelo mientras miraba a su alrededor con evidente nerviosismo. Entonces, volvió a posar la mirada en mí —. Sí que estaba con alguien, ¿de acuerdo? Pero nunca engañé a Cara. Jamás lo haría.

Solté una risita involuntaria.

—¿Desde cuándo sales con ella? ¿Desde hace un mes? ¿Un año? — pregunté con ironía y llena de rabia.

—Una semana —susurró.

Suspiré e intenté calmarme.

—¿Cómo se llama?

—Hannah, no voy a decírtelo.

Mi paciencia y mis buenos modales se esfumaron. Había cerrado los puños y no dudaría en pegarle un puñetazo en la cara si no respondía.

—Dime su nombre, Seth.

Él resopló.

No hacía esto por mí, sino por Cara. Era su mejor amiga y no podía dejar que Seth le faltara al respeto de ese modo. No me creía que ya hubiera superado su muerte.

Pero ¿por qué? ¿Había estado jugando con Cara? ¿Quién demonios era esa chica?

Seth era un completo idiota. No tenía corazón.

—No creo que la conozcas.

Hizo una pausa y miró por encima de mi hombro. Fijó la vista en algo que había detrás de mí y, después, tragó saliva con dificultad.

—Zara. Se llama Zara —respondió al fin, mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Mentiroso —dije.

Y, entonces, me giré y vi el enorme letrero de la tienda con ese mismo nombre. Me di media vuelta para fulminarlo con la mirada. Sus ojos brillaban con intensidad.

—Cara se merecía algo mejor que tú.

Lo señalé y me di la vuelta sin apartar mi mirada furiosa de él.

—Hannah... —Seth me agarró con fuerza de la muñeca derecha para detenerme.

—No —dije con brusquedad mientras daba un tirón y me liberaba de él.

Caminé hasta la tienda en la que estaba Anna con el corazón palpitándome a toda velocidad.

Seth me detuvo de nuevo.

—Creía que estabas en Vancouver... —susurró sin vacilar.

Abrí los ojos como platos y me giré.

¿Qué? ¿Cómo lo sabía?

—¿Quién te dijo que me iba a Canadá?

—Tu madre, Hannah. Por lo visto, dejó el trabajo y dijo que se marchaba a Canadá, así que asumí que te ibas con ella —dijo con una mirada inquieta.

No me lo creí, por supuesto.

—Dime una cosa.

Di un paso hacia él y vi como se alarmó cuando lo hice, aunque no retrocedió, sino que se mantuvo clavado en su sitio, guardando la compostura.

—Lo que quieras —respondió.

Tragué saliva y miré a nuestro alrededor. La gente había dejado de prestarnos atención en cuanto bajamos un poco la voz. No obstante, algunas personas nos miraban de reojo. Lo más probable es que pensarán que éramos una pareja en plena discusión en medio del centro comercial.

Di un paso más hacia Seth y me quedé a escasos centímetros de él. Era evidente que estaba nervioso. Unas gotas de sudor comenzaban a deslizarse por su frente pálida.

—Dime que no tienes nada que ver con la muerte de Alex.

Seth abrió los ojos, sorprendido. Era más alto que yo, pero ahora estaba tan aterrado que parecía del tamaño de una hormiga.

—Hannah, yo no tengo nada que ver con la muerte de Alex —dijo sin apartar los ojos de mí.

A pesar de que sonreía, la tensión de sus músculos lo delataba: estaba asustado.

—Escúchame, Seth... Si tú o alguien más estáis intentando esconder

pistas sobre el asesinato de Alex...

—¡Hannah! ¡He encontrado un vestido! —gritó Anna desde la tienda.

Seth suspiró aliviado y yo resoplé a regañadientes y me alejé de él.

—Hablaemos después —dije amenazadoramente, y caminé hacia Anna, que tenía un vestido violeta en la mano.

La chica observó a Seth desde la distancia y, después, me miró con el ceño fruncido.

—¿Quién es? —preguntó mientras avanzábamos a la caja para pagar.

—Un amigo —respondí.

Anna suspiró.

—Es muy guapo —dijo sin poder evitar sonrojarse.

—Sí, bueno, pero no todos los chicos guapos son de fiar. Ten cuidado —bromeé, y ambas nos reímos.

Capítulo 10

Anna y yo pasamos todo el día fuera, y la verdad es que me vino bien para despejarme. Cuando llegamos a la mansión de los Crowell, solo podía pensar en aquel sobre. Estaba deseosa por abrirlo y saber qué contenía. Por suerte, Anna estaba muy cansada después de nuestra excursión al centro comercial y se había ido a su cuarto a descansar. Yo, en cambio, fui corriendo a la habitación de Alex para encontrarme allí con él.

No podía dejar de pensar en lo que podía haber dentro de ese sobre amarillo. Quería llegar al dormitorio cuanto antes, rasgar el papel y ver lo que contenía de una vez por todas. Pero algo en el fondo me lo impedía. ¿Y si no era lo que esperaba? ¿Qué pasaría si era algo peor? ¿Qué haría entonces?

Descubrir al asesino de Alex se había convertido en una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Todas las personas que conocía querían estar en mi lista de sospechosos, no obstante, nadie destacaba por encima del resto. Todos parecían jugar a despistarme.

Cuando entré en la habitación, vi que el sobre amarillo estaba encima de la mesita de noche. Tenía un color tan llamativo que era imposible apartar la vista de él. Sin embargo, tenía aspecto de ser un sobre muy viejo, tanto que parecía estar a punto de romperse. Por un segundo, pensé que contendría documentos antiguos o algo así. Sin embargo, al palparlo, me di cuenta de que el contenido parecía algo duro.

No era capaz de abrirlo; tenía la cabeza ocupada con otras cosas. Al llegar, George me había dicho que mi madre había llamado mientras Anna y yo estábamos fuera. Me había dicho que estaba muy asustada y que no le extrañaba que le hubiera dado un ataque de pánico al darse cuenta de que me había escapado. Sin embargo, me había asegurado que no le había contado

que estaba aquí. A George no le gustaban los problemas, así que me había pedido que llamara a mi madre, le dijera la verdad y le diera una buena explicación.

Como no me veía muy predispuesta, me había obligado a sentarme y me había dado una charla de casi veinte minutos para intentar convencerme de que hiciese las cosas correctamente. Sus argumentos eran tan claros y hablaba con tal autoridad que me daba miedo contradecirle, así que me había limitado a asentir con la cabeza a todo lo que había dicho para que me dejara marchar. George me había dicho que confiaba en mí y que, por muchas discusiones que tuviese con mi madre, lo que había hecho no tenía excusa y que tenía que hablar con ella cuanto antes.

Le había dicho que sí, que la llamaría pronto.

Pero no lo iba a hacer.

No quería pensar en ella en estos momentos. Al imaginarme su rostro lloroso no podía evitar sentirme culpable y ponerme a llorar. Irme de casa así había sido algo cruel. Sin embargo, no había sido mi culpa; ella era quien había ocasionado todo esto.

—¿Por qué no abrimos el sobre? —preguntó Alex desde la esquina de la habitación, sacándome de mi ensimismamiento.

Lo miré un instante, pero enseguida agaché la cabeza, derrotada. Sabía que, al abrirlo, podrían pasar dos cosas: o bien se solucionaba todo este misterio o bien me vendría abajo en menos de dos segundos. Entonces, no pude evitar preguntármelo de nuevo. ¿Y si mi madre era la asesina? ¿Y si todas las pistas apuntaban a ella y yo no me había dado cuenta?

Inhalé profundamente y me recosté sobre la cabecera de la cama. Comencé a repasar mentalmente a todos los posibles sospechosos, uno por uno, y todo mi cuerpo se tensó.

El principal sospechoso era Seth. Recordé que Cara lo había visto discutiendo con Kate en su coche el día del funeral de Alex. Además, actuaba como una víctima y parecía intentar esquivarme en todo momento, y eso resultaba muy extraño. Y ¿quién era la chica de cabello largo con la que había empezado a salir solo dos semanas después de que Cara muriera? Definitivamente, aquello era lo más confuso de todo.

Después, estaba la guapa, talentosa e inteligente Kate, que, por lo que había oído, se había convertido en la nueva capitana del equipo de

animadoras. Kate parecía estar involucrada en todo. Últimamente se comportaba de una forma muy cariñosa conmigo, como si la muerte de Cara le hubiera afectado muchísimo.

Por otro lado, también estaba su novio Ryan, el segundo chico más guapo del instituto. Aunque no había sospechado de él hasta el día en que le di la paliza a Seth. Entonces, todavía no sabía que salía con Kate.

Sarah era la siguiente. Sarah, la chica que había intentado matarme y cuyo plan había fracasado gracias a Eric. Sarah estuvo en la reunión de casa de Seth. Ella y Tom dijeron que Cara y Kate joderían el plan, pero ¿cuál era ese plan? ¿Engañarme? ¿Ocultar un secreto que solo ellos conocían? Además, estaba el hecho de que había jurado matarme. ¿Acaso había asesinado a Cara para callarla o era víctima de un chantaje? No tenía ningún sentido que hubiese intentado matarme, y mucho menos entendía que hubiera querido acabar con Alex. Estaba segura de que era cómplice de alguien o la estaban amenazando.

Y, por último, estaba mi madre. Su expediente era bastante largo en comparación con el del resto, y no sabía por dónde empezar. Eran tantas las coincidencias que la señalaban a ella como asesina que solo quería cerrar los ojos y mirar hacia otro lado. No podía imaginar que ella pudiera ser la culpable de todo, que fuera la asesina que acabó con la vida de dos jóvenes inocentes. No podía... Era mi madre, la mujer con la que había compartido los mejores y los peores momentos de toda mi vida. No obstante, su extraño comportamiento me hacía dudar si realmente sabía quién era mi madre en realidad. Emma, Margaret... ni siquiera me importaba su nombre. Me importaba lo que había hecho. Quería saber por qué había actuado como lo había hecho desde que Alex y la familia Crowell aparecieron en nuestra vida.

Además, desde que Cara vino a verme el día en que recibí el primer mensaje de Alex, su actitud había cambiado drásticamente. También había asistido al funeral de Alex, aunque ahora ya no me parecía algo tan descabellado teniendo en cuenta nuestro parentesco con la familia Crowell.

No pude evitar preguntarme si me equivocaba con respecto a ella.

¿Era capaz de matar a alguien? Y ¿qué motivo tendría para matar a Alex? No le veía ninguna lógica. No podía estar relacionado con su relación con Eric.

—Hannah...

De nuevo, Alex me sacó de mi ensimismamiento con un susurro agudo y tembloroso. Sacudí la cabeza y levanté la vista para encontrarme con su mirada horrorizada.

—Me acabo de dar cuenta de algo.

El sol había empezado a ponerse y el cielo estaba teñido de un rojo precioso. ¿Cuándo había empezado a oscurecer?

—¿Algo? ¿Qué?

—Verás... he estado pensando y son tantas las coincidencias que no sé por dónde empezar. —Bajó la mirada al suelo y se humedeció los labios antes de seguir—. ¿Te acuerdas del día en que tu madre habló con Cara en el instituto? Ese mismo día recibiste una amenaza y luego ambas conversaron en privado... ¿No crees que son o fueron cómplices?

»Además, ¿por qué tu madre está tan nerviosa? ¿Por qué te ha llevado a Canadá? ¿Para ocultarte? ¿Para tenerte como rehén? Ella estaba en casa de Seth el día de la reunión. Vimos como le dijo algo, y hasta cogió su coche. Además, de camino a su casa, dieron varias vueltas por la manzana. No sé cómo no nos dimos cuenta... Estoy seguro de que sabían que los seguíamos. Y luego, la noche en que Cara murió, tu madre estaba en casa, te avisó de que algo había pasado... pero ¿cómo podría haberlo sabido tan rápido? ¿No te parece extraño? Nadie se levantaría en plena madrugada al oír el ruido de una sirena. Lo normal habría sido no darle importancia e intentar dormirse de nuevo. Sin embargo, tu madre estaba despierta...

»¿Es que no lo ves? Puede que aquello formara parte de su plan y que contratase a alguien para matarla. O puede que lo hiciera ella misma... Y ese día que encontré la nota con recortes de periódico en tu habitación, igual que la que recibieron Cara y mi madre... Sabes tan bien como yo que nadie habría podido entrar en tu habitación en mitad de la noche y dejar esa nota, porque la ventana estaba cerrada con candado... Quizá solo intentara distraerte para que fueras detrás de la persona equivocada... Hannah, siento decirte esto, porque es tu madre, pero creo que lo tenía todo planeado desde el principio.

—Entonces apareció Eric y se vio obligada a llevarme a Vancouver... —dije al verle sentido a su teoría.

—Emma fue quien amenazó a todos, estoy seguro —me interrumpió con rapidez.

—¿Qué hay de Sarah? Entonces, ¿decía la verdad?

Apenas podía hablar. Me faltaba el aire y tenía la sensación de que la habitación era, de repente, veinte veces más pequeña.

—Empiezo a creer que sí.

Solté un gemido frustrado. Sarah tenía razón, y la odiaba todavía más por eso. Me lo había advertido... me había confesado quién era el asesino, y yo... simplemente la había ignorado.

—Hannah...

No podía levantar la vista. Era como si cargara con todo el peso del mundo en los hombros y apenas era capaz de moverme.

—El día... —No podía decirlo. Tuve que tomar una buena bocanada de aire para armarme de valor—. Mi madre atacó a Rosie, ¿no es cierto?

—Me temo que sí —respondió en un susurro.

—Rosie dijo que era una mujer de cabello oscuro, delgada... —Me horroricé al imaginarme el ataque—. Mi madre es la culpable de todo, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí.

—Hay que abrir ese sobre ahora mismo. —Levanté la vista y mis ojos se encontraron con los suyos—. Tenemos que ver lo que hay dentro antes de que sea demasiado tarde.

Alex caminó hacia la mesita de noche y cogió el sobre amarillo.

—¿Estás lista?

Levantó una ceja mientras esperaba mi respuesta. Sus manos apretaban el papel casi sin darse cuenta y el cuerpo le temblaba ligeramente. Estaba tan nervioso y tenso como yo.

—Sí —respondí.

Y, entonces, Alex rasgó con rapidez el sobre, sacó lo que había en el interior y me lo entregó sin siquiera mirarlo.

—Debes ser la primera en ver lo que hay dentro.

Sin pensarlo dos veces, cogí los documentos que me tendía con las manos temblorosas y los ojos fijos en él, y comencé a hojearlos.

Pero, entonces, me di cuenta de que no eran hojas normales, sino papel fotográfico, bastante grueso y suave.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es esto? —pregunté casi para mis adentros.

En la primera aparecía mi madre conduciendo su coche negro. Al parecer, la fotografía había sido sacada con una cámara de videovigilancia de un semáforo. En ella salía mirando al frente y con las manos aferradas al volante. Vestía la ropa de trabajo y su bolso estaba en el asiento del copiloto. No parecía estar haciendo nada malo o extraño.

Seguí con las otras fotos y, al pasarlas una a una, me di cuenta de que las tres primeras eran casi idénticas. Salía al volante, sin despegar la vista de la carretera. No entendía nada... ¿A qué venían estas fotos?

—Es mi madre...

¿Por qué Rosie me había pedido que no dijera nada si no parecía estar haciendo nada fuera de lo común en ellas?

De forma lejana, oí como Alex se acercaba a mí, aunque estaba tan concentrada en escudriñar aquellas fotografías que parecía haber desconectado de la realidad y apenas me percaté.

—¿Tu madre? ¿Y qué sale haciendo? —preguntó.

—Solo sale conduciendo —susurré mientras la observaba, con la mirada fija en la carretera.

Entonces, Alex me quitó las fotografías de las manos y las estudió una a una con una expresión inalterable.

—¿Qué hay de las otras fotos? —dijo, señalando las que todavía no había visto, que estaban a mi lado, encima del colchón.

Las cogí y me fijé en la primera. Me temblaban las manos muchísimo.

Tragué saliva.

—En esta sale comiendo en un restaurante.

Miré con detenimiento la fotografía en la que mi madre aparecía comiendo una hamburguesa en un restaurante que me resultaba familiar, pero que no terminaba de reconocer. Estaba sentada en una mesa con un mantel de cuadros blancos y rojos, y, sobre ella, había un bote de salsa picante y un servilletero. Por desgracia, no había ningún cartel en el que apareciera el nombre del restaurante.

Parecía que habían tomado la foto con una cámara de seguridad del establecimiento y, por el ángulo de la imagen, daba la impresión de que la cámara estaba situada en una de las esquinas del restaurante.

Aparte de mi madre, había más gente comiendo. Eché un vistazo rápido y

conté a cinco o seis personas, además de la señora que estaba detrás de la caja registradora y a un par de camareros que limpiaban unas mesas que se habían quedado libres.

—¿Restaurante? ¿Qué restaurante?

Se acercó a mí y miró la fotografía que tenía en la mano.

—No lo sé... no pone el nombre. No hay ningún menú ni cartel a la vista —murmuré—. Parece uno de comida rápida.

Pasé a la siguiente fotografía. Era igual que la anterior, aunque estaba ampliada y el reloj del restaurante aparecía enfocado.

—¿Has visto esto? —Le pasé la fotografía y señalé con el dedo el reloj—. ¿Por qué está ampliado?

De repente, la habitación se volvió oscura y fría. La luna luchaba por sustituir al astro rey en el cielo.

Abrí los ojos de inmediato y sentí como la sangre me subía hasta la cabeza.

—No puede ser...

—¿Qué?

Alex parecía confundido. Entonces, le quité las fotos de las manos y miré con atención las primeras tres.

—¡Aquí! —Señalé la primera fotografía—. ¿Lo ves? Este cartel dice que estaba en la carretera 47. Debía de dirigirse a algún sitio en concreto. —Posé el dedo sobre el cartel verde que se encontraba en la imagen. Luego, dejé esa y cogí la siguiente—. Y aquí... —Señalé otro cartel verde—. Aquí dice que está en la carretera 49. Y en la siguiente... —Mi voz se apagaba conforme hablaba. Respiré hondo e intenté respirar con normalidad. Rebusqué entre las fotografías hasta que encontré la que completaba la primera parte del rompecabezas—. En esta aparece en la zona donde tuvimos el accidente y moriste, Alex.

—¿Ese restaurante no es el que está al lado del Taco Bell?

—¿El Subway? —pregunté. Hacía unos meses que habían abierto un local de esa cadena junto al restaurante tex-mex.

Alex asintió con la cabeza y dijo:

—Ese mismo.

Silencio.

—Tú me invitaste a comer al Taco Bell...

—El reloj... —me interrumpió mientras buscaba la fotografía en la que el reloj salía ampliado—. ¿Qué hora pone que es en la primera fotografía?

Al principio no lo entendí, pero cuando miré la fotografía, lo vi claro. En la parte inferior izquierda de la imagen había una fecha y unos números que indicaban la hora exacta.

—Las cinco y cuarto —respondí.

—El reloj del restaurante marca las seis y cinco minutos —susurró con la mirada puesta en la foto—. Casi una hora.

Estaba petrificado.

—Cincuenta minutos de recorrido en total... cuando normalmente solo lleva veinte ir desde la carretera 47 hasta la 51, ¿no es cierto? ¿Qué hizo durante esa media hora restante?

—Creo que ambos sabemos la respuesta, Hannah.

La habitación estaba sumida en un silencio absoluto, y era espeluznante. Tenía tantas ganas de llorar que los ojos comenzaban a arderme, sin embargo, todavía podía pensar con claridad. Alex estaba completamente seguro de que mi madre era su asesina después de haber visto las fotografías y por las pistas que teníamos hasta ahora. Pero yo no.

Si vivieras con un asesino, lo sabrías de inmediato, ¿verdad?

Había visto demasiadas películas como para no saber que los asesinos suelen tener trastornos psicológicos causados por traumas de la infancia y que, normalmente, están obsesionados con algo o alguien. Y ese no era el caso de mi madre.

Estaba tan segura de ello que habría puesto la mano en el fuego por ella. Hasta hacía solo unas semanas, mi madre nunca había actuado de forma extraña, y, de todas formas, eso no significaba que fuese culpable. ¿Y si nos estábamos desviando del asesino? ¿Del verdadero asesino?

No había sufrido ninguna experiencia traumática de pequeña ni nada que le hubiera afectado mentalmente. Además, estaba segura de que era incapaz de matar a una mosca. Los asesinos tenían la necesidad de matar para sentirse dueños de sus vidas y olvidarse de algún episodio trágico, de algún daño irreparable.

Disfrutaban del dolor ajeno.

Si mi madre fuese una asesina, yo lo habría sospechado hace tiempo. Así que no me creía nada de lo que las fotos daban a entender. De repente, un ruido lejano hizo que me sobresaltase. Dejé por un instante de pensar en asesinos y me concentré en el sonido. No tardé en darme cuenta de que parecía ser una puerta.

Me quedé quieta.

Luego, escuché unos pasos. Instintivamente, giré la cabeza en dirección a la puerta y Alex hizo lo mismo. Las pisadas resonaban con fuerza y claridad por el pasillo, y cada vez parecían más cercanas. Reconocí enseguida el sonido de unos zapatos de tacón alto que repiqueteaban lentamente.

Sabía quién era.

Un segundo después, Rosie llamó a la puerta.

Me levanté sin molestarme en ocultar las fotografías tiradas en la cama de Alex. Caminé hacia la puerta con seguridad y la abrí.

—Hannah —dijo con una media sonrisa, aunque realmente parecía preocupada y decepcionada al mismo tiempo.

Fruncí el ceño al instante.

—No lo entiendo. ¿Cómo has conseguido esas fotografías? —dije con la manilla de la puerta en la mano.

Rosie iba maquillada. Llevaba los labios pintados de color rojo. Lo cierto es que el maquillaje desentonaba con la venda que todavía llevaba en la frente.

—¿Puedo pasar?

Escudriñó la habitación y luego volvió a mirarme.

Sin responder, me aparté para que entrara. Se había puesto un fuerte perfume con olor a rosas y, al entrar, su aroma inundó la habitación de Alex. Antes de cerrar la puerta, me asomé al pasillo para comprobar que no hubiese nadie.

Cuando me di la vuelta, el olor a su perfume era todavía más evidente.

—Veo que lo has abierto —dijo, y echó un vistazo a las fotografías que había sobre la cama.

Entonces, me miró fijamente.

Tenía unos ojos tan profundos e intensos que me perdí en ellos en menos de un segundo. Sin embargo, no parecía la misma Rosie de siempre. No

sonreía y actuaba con frialdad. Aparté la mirada de ella y parpadeé varias veces, sorprendida.

—Sí —respondí.

—Supongo que tienes algunas preguntas, ¿verdad?

Su mirada era dura, y los labios no le temblaban al hablar. Por un momento, me pareció que aquella mujer no era Rosie. Se la veía... cambiada. Estaba completamente seria y muy tensa. Tenía una actitud tan frívola como la de George. Lo cierto es que estaba asustada.

—Sí —repetí sin apartar la mirada de su profunda mirada.

Rosie se pasó una mano por el cabello y, con un rápido gesto, se llevó un mechón de pelo que tenía sobre los hombros a la espalda.

Entonces, me ofreció una sonrisa.

—Muy bien. Pregúntame lo que quieras. Lo sé todo —dijo con seguridad.

Se dio media vuelta y miró hacia la ventana con una mueca de desagrado en la boca, como si algo la hubiese incomodado. De repente, entrecerró los ojos, como si se forzara a ver algo que, a simple vista, era invisible.

Pestañeó un par de veces y posó la mirada una vez más en las inmóviles cortinas y se giró de nuevo hacia mí, confundida.

No entendía nada. Eché un vistazo hacia las cortinas, aunque allí no había nada... salvo Alex.

—Las fotografías... —dije, mientras las señalaba con la cabeza—. ¿De dónde las has sacado? ¿Por qué las tienes tú?

Me mordí el labio inferior y esperé a que contestara. Rosie, todavía de pie, abrió sus labios carmesíes casi de inmediato.

—Contraté a un detective. George estuvo de acuerdo. Eric no tanto, pero al final accedió.

El hecho de que llevase tacones y estuviese más alta de lo normal me impresionaba y me hacía sentir vulnerable. Pero mi instinto me decía que no debía mostrarme débil.

—Rosie... —Tragué saliva—. ¿Tú crees que mi madre es capaz de matar a alguien? ¿Que fue capaz de matar a Alex?

Ella pareció pensar la respuesta durante un momento.

—No lo sé, pero las pruebas apuntan a que sí —dijo, y asintió con la cabeza—. He estado pensando en el ataque del otro día, ¿sabes? —Inspiró, se

cruzó de brazos y me lanzó una gélida mirada—. Tengo pesadillas todas las noches. Tengo miedo de que esa mujer pueda atacarme de nuevo. Hannah... no quiero que te ofendas o que me malinterpretes, pero hace unos días empecé a recordar su rostro, y estoy segura de que la había visto antes.

Sabía qué quería decir realmente con esas palabras, pero me hice la loca.

—¿Dónde?

El corazón todavía me latía con total normalidad. Era raro, sin embargo, era una buena señal.

—Mira... —Rosie empezó a dar vueltas por la habitación—. Tu madre y yo no hemos tenido la mejor relación del mundo, sobre todo durante los últimos quince años, supongo que ya lo sabes. —De repente, se detuvo y se giró para mirarme. Asentí con la cabeza para que continuara—. Como te he dicho, contraté a un detective. Parecía que no había ninguna pista, ninguna prueba que nos llevara hasta el asesino de Alex. Pero, entonces, tu madre empezó a actuar de una forma muy rara justo después del funeral de mi hijo. Y decidí que sería buena idea investigar...

Hizo una pausa y cogió aire. Levantó los hombros y los dejó caer cuando suspiró. Entonces, añadió:

—Tenía el presentimiento de que hacía cosas a tus espaldas, cosas malas.

—¿El detective te entregó estas fotografías?

—No. Las recibí hace unos días. El jefe de policía, George y yo estuvimos revisando las cámaras de los semáforos cercanos a la zona en la que Alex tuvo el accidente. Esperábamos ver algún rostro que nos resultara familiar a nosotros o a los amigos de Alex. Teníamos la esperanza de que las cámaras nos revelaran algo. No fue fácil conseguir las imágenes, pero George los convenció. Entonces... vimos que Margaret había estado cerca de la escena del crimen, y justamente unos minutos antes de que Alex falleciera. Cuando nos dimos cuenta de lo que había tardado en ir de un punto a otro, nos preguntamos qué habría hecho durante esos treinta minutos, así que fuimos de establecimiento en establecimiento, hasta que encontramos esto. —Rosie cogió una fotografía de la cama, justo en la que mi madre salía comiendo en el restaurante.

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Por qué me las has dado? —pregunté sin apartarle la mirada.

—Porque tiene que hacerse justicia.

—¿Qué quieres decir, Rosie?

La madre de Alex me miró con lástima. Después, se inclinó hacia mí y se tapó la boca con la mano, como si fuese a contarme un secreto.

—Voy... voy a denunciar a Margaret, Hannah.

—¿Qué?

—Quería que vieras esto para que estuvieras preparada. Voy a denunciarla por asesinato.

—Rosie...

Estaba totalmente sorprendida. Rosie creía que mi madre era la principal sospechosa de la muerte de Alex e iba a tomar cartas en el asunto.

Antes de que pudiera continuar, me interrumpió.

—Por eso Eric no quería que te mostrara las fotos, porque sabía que te pondrías así. Pero yo quería que las vieras porque sabía que actuarías con madurez y entenderías mi situación. —Se mordió el labio y apretó los dientes con fuerza, y, luego, lo soltó con brusquedad—. Quiero que te pongas en mi lugar, Hannah. Dime, ¿no harías tú lo mismo si estuvieras en mi lugar? ¿No querrías que se hiciera justicia?

—Pero no tienes bastantes pruebas para acusarla de un delito tan grave.

—Eso es lo que crees, pero tengo algo más.

Tragó saliva. Entonces, con unos dedos temblorosos, se agarró la camisa y la levantó. Dentro del pantalón tenía una hoja de papel doblada que asomaba por la cinturilla. La sacó y se colocó la camisa en su sitio, planchándola con las manos. Después, Rosie extendió el brazo y me entregó el papel, todavía sin desdoblar.

—Esta mañana he recibido otra amenaza.

Contemplé absorta la nota. Me moría de ganas por leerla. Con las piernas como flanes, caminé hacia Rosie y, con suavidad y delicadeza, cogí la hoja de papel. En cuanto la tuve en las manos, sentí que un escalofrío me recorría la columna vertebral y me estremecí.

Terminé de desdoblar la nota y comencé a leer las grandes letras de recortes de periódico que abarcaban casi toda la página.

«Los primeros en morir son los más inoportunos, pero a los inocentes también les llega la hora. A veces, el dolor nunca desaparece, pero si quieres

deshacerte de él, solo tienes una opción: haz pagar a quienes te hicieron daño».

—¿Estaba en tu habitación?

Rosie parpadeó varias veces, como si aquello la hubiese pillado por sorpresa.

—Sí. —Parecía que decía la verdad.

—Eso significa que...

—Que el asesino ha vuelto a entrar en la casa sin que ninguna cámara lo haya grabado —dijo.

Asentí con la cabeza. Eso era justo lo que iba a decir.

—Pero, si todas las pruebas apuntan a mi madre, ¿quién ha escrito la nota? Ella está en Canadá.

—No lo sé. Así que hazme un favor y no salgas de aquí a menos que sea una urgencia. Le diré a George que ponga guardias de seguridad para que vigilen la mansión hasta que no sepamos dónde está tu madre.

—Rosie...

—Es por nuestra seguridad.

Quienquiera que hubiese dejado esa nota en su habitación conocía todos y cada uno de los rincones de la casa, y sabía por dónde entrar y por dónde salir. Lo cual me llevaba a deducir que conocía la mansión de los Crowell a la perfección. Era casi imposible que una persona entrara sin ser vista, sobre todo después del ataque que habían sufrido George y Rosie. Desde entonces, había cámaras grabando las veinticuatro horas del día. No tenía sentido que alguien se arriesgara a ser visto solo para dejar una simple nota.

¿Para qué arriesgarse tanto?

Entonces, el rostro de mi madre me vino a la mente.

Tenía que aceptarlo. Por más que me doliera debía hacerlo.

A veces teníamos que asumir que personas que considerábamos buenas hacían cosas malas.

—Rebecca, Caroline y su prometido se van esta noche, después de la cena de Nochebuena. ¿Te gustaría despedirte de ellos? Seguro que se alegrarán de verte.

—Creía que se iban en unos días.

—No, solo vienen a pasar Nochebuena.
—¿Anna se queda?
—Sí.
—Muy bien, me ducharé y bajaré en seguida.

La noche transcurría con total normalidad. Reinaba tal paz que era como estar en el paraíso. Un grillo cantaba en el exterior y, a lo lejos, se oía como la brisa acariciaba las hojas de los árboles.

Estaba tumbada sobre una de las almohadas de la cama de Alex. Él no estaba, había decidido quedarse en otra habitación para darme un poco de espacio. Las palabras frías y calculadoras de Rosie nos habían puesto muy nerviosos. Tenía que aceptar que estaba muy rara. Había actuado de forma muy extraña; parecía tan voluble que, por un momento, me había dado la impresión de que tenía trastorno de bipolaridad.

Después de haberme despedido de las hermanas de George, había subido a la habitación a tumbarme un rato. Me sorprendió mucho la expresión de Rosie al despedirse de Rebecca, como si le diera asco. La madre de Anna, por su parte, se separó y alejó de ella demasiado rápido, sin dar tiempo a Rosie a decirle adiós.

Contemplé durante un largo rato las fotografías y la última nota que había recibido, sin pensar en nada.

Suspiré y me concentré en el canto suave y tranquilo del grillo.

Había acabado de cenar hacía aproximadamente unos veinte minutos y me rugía el estómago a pesar de que había comido bastante. La noche se me había pasado volando. Rosie había cambiado su atuendo rojo por un vestido largo de color negro acompañado de un collar de perlas. Se había recogido el pelo en un moño alto y voluminoso. Lo cierto es que tenía un aspecto increíble. George y Eric se habían puesto unos elegantes esmóquines negros con pajarita. Anna también se había vestido para la ocasión con su nuevo vestido púrpura, e incluso su madre Rebecca, su tía Caroline y su esposo francés, se habían arreglado para pasar la velada en familia.

No pude dejar de pensar en mi madre durante toda la cena. En el fondo, me sentía mal por ella. Lo más probable es que me estuviera buscando por todas partes y, mientras tanto, yo estaba aquí, disfrutando de un buen pavo y de un vino exquisito. Tal vez George tenía razón. Quizá debí haberla llamado,

pero mi orgullo me lo impedía.

Reímos durante un buen rato mientras cenábamos, incluso Alex, que se había quedado en la esquina del comedor. George contó anécdotas sobre Alex y todos los presentes. Caroline, la hermana mediana de los Crowell, resultó ser tan dulce como Rosie y desde el primer momento me recibió con los brazos abiertos. Rebecca fue un poco más reacia a aceptarme al principio, pero conforme avanzó la cena, cogió confianza y habló conmigo en más de una ocasión. El marido de Caroline apenas hablaba algo que no fuera francés, pero se esforzaba por comunicarse. Anna devoró todo lo que había en la mesa y, por supuesto, no hacía más que presumir de cómo su vestido púrpura combinaba con sus mechas moradas.

«Una familia». Por fin tenía una familia y un hogar de verdad. Sin secretos. Aunque echaba de menos a mi madre.

Cerré los ojos y me llevé las manos al estómago. Intenté pensar en cómo sería mi vida y qué estaría haciendo ahora mismo si no hubiese descubierto nada de esto. Sin embargo, no visualizaba nada. Estaba hecha un lío y mi conciencia me regañaba y me llamaba traidora y egoísta a cada segundo.

Comprendí que no servía de nada hacer suposiciones. La realidad era la que era, y pensar en otra posibilidad era una pérdida de tiempo.

El grillo dejó de cantar y me permitió quedarme a solas con mis pensamientos. De repente, la culpa empezó a consumirme de nuevo. El aire de la habitación se volvió tan denso que me ahogaba y recé mentalmente para que el grillo volviera a cantar. Quería que algo me distrajera para poder conciliar el sueño, aunque solo fuera durante un rato.

—Vamos, canta algo —rogué en un murmullo.

Pero fue en vano. El grillo no volvió a cantar. Me sentía incómoda en una habitación tan grande y tan silenciosa. Estaba acostumbrada a mi pequeño y ruidoso cuarto. Y la quietud y mis pensamientos estaban volviéndome loca. No podía tranquilizarme. No dejaba de pensar en la nota que había recibido Rosie. El asesino quería hacer daño a personas inocentes que no tenían nada que ver con la muerte de Alex. Y eso no era justo.

Deseaba con todas mis fuerzas que algún día todo el mundo llegara a entenderlo.

Sentí un punzante dolor en los pulmones y las costillas cuando traté de incorporarme. La habitación estaba completamente a oscuras. Ni siquiera me

había molestado en encender la lámpara. El aroma corporal de Alex invadía la habitación, y yo me deleitaba cerrando los ojos e inspirando profundamente para liberarme, aunque fuera durante unos instantes, de los problemas que me perseguían.

Me senté en una esquina de la cama y tomé aire para recuperar fuerza mental y ponerme el pijama. Agarré el bajo del vestido blanco con las yemas de los dedos, dispuesta a quitármelo.

Pero antes de hacerlo, un ruido cercano me sobresaltó. Di un brinco y me giré. Había sonado como un pequeño golpe, como si alguien hubiera lanzado una piedra contra la ventana. Me acerqué lentamente y, después, lo oí una vez más.

Di otro bote y retrocedí de inmediato.

¿Qué había sido eso?

—¿Quién hay ahí? —pregunté con la esperanza de que alguien respondiera.

Puede que estuviera paranoica y solo se tratara de una ramita que había golpeado ligeramente el cristal por culpa del viento que soplaba.

No hubo respuesta.

Volví a agarrar el bajo del vestido, sin darle más importancia a aquel ruido. Justo cuando lo levanté, di un respingo y un grito ahogado se me escapó de la garganta. El corazón empezó a latirme con fuerza al escuchar un golpe más fuerte que el anterior procedente del baño. Las piernas me flaqueaban. Había sonado como si el botiquín de primeros auxilios se hubiera caído y todo su contenido hubiera quedado esparcido por el suelo.

Di otro paso hacia atrás y me alejé tanto como pude de la ventana y del baño. Se hizo de nuevo el silencio y, entonces, intenté calmarme. Debía de tratarse de una coincidencia. Sí, eso era.

Busqué la lámpara de la mesita de noche a tientas y me fue casi imposible dar con ella. No conocía el dormitorio. Caminé despacio al lado de la cama, usándola de guía para llegar hasta mi objetivo. Encontré la lámpara y, palpando, busqué el interruptor. Justo cuando estaba a punto de encenderla, otro ruido —esta vez, procedente del pasillo— me aceleró el corazón una vez más.

Me giré hacia la puerta y oí unos pasos torpes y rápidos. Agudicé el oído y me di cuenta de que alguien corría con la respiración agitada. Cuando me

percaté de que los pasos se acercaban a la habitación de Alex, solté el interruptor de la lámpara y caminé con sigilo hacia la puerta. Los pasos resonaban cada vez más fuertes y claros. «Seguro que es un guardia de seguridad», me dije, tratando de conservar la calma.

Después, vi pasar rápidamente una sombra por delante de la habitación. Y, entonces, se detuvo. Justo delante de la puerta.

Escuché unos ruidos extraños y, por instinto, agarré el picaporte con la mano derecha. Algo andaba mal.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunté con un potente tono de voz.

De repente, tenía frío, aunque quizá fuera por el miedo que sentía.

Quienquiera que fuese seguía parado delante de la habitación. Veía la sombra de su cuerpo por la ranura de debajo. Antes de que me diera cuenta, oí como metía una llave en la cerradura. Un sudor frío me recorrió la frente y, entonces, la llave giró.

El pánico se apoderó de mí. Subí y bajé la manilla, completamente desesperada, pero no podía abrir la puerta: aquella persona acababa de encerrarme. Reprimí un grito ahogado y volví a tirar de la manilla, esta vez con más fuerza. La respiración empezaba a fallarme. Sentí escalofríos por todo el cuerpo y, sin pensarlo, comencé a aporrear la puerta. Estaba aterrada.

El cuerpo me temblaba descontroladamente.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? ¿Rosie? —pregunté, intentando parecer segura de mí misma.

La mano me había empezado a sudar y se me resbalaba de la manilla de la puerta.

La persona que estaba fuera comprobó que la puerta estaba bien cerrada y se alejó corriendo a toda velocidad de la habitación. Su respiración agitada fue lo último que escuché.

—¡Eh! —grité con desesperación—. ¡Estoy encerrada! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Sin embargo, las cuatro paredes amortiguaron mi lastimero alarido, y el sonido no llegó más allá del pasillo de la segunda planta.

—¿Me oye alguien? ¿Marina?

Aporreé la puerta, aunque en realidad me habría gustado más darle una patada o romperla de un hachazo.

Callé de golpe cuando volví a escuchar el mismo ruido de antes en la ventana. Era un sonido ligero y suave, como si quien lo hiciera no quisiera llamar demasiado la atención. Pensé de nuevo en la posibilidad de que alguien estuviera lanzando piedrecitas contra el cristal. Era extraño... cuando estaba castigada, Cara me llamaba así para entrar en mi habitación a hurtadillas.

Me estremecí. No tenía escapatoria. Inconscientemente, quise retroceder, pero choqué de espaldas contra la puerta de madera. Miré con horror hacia la ventana. No sabía qué pasaba, pero algo me decía que estaba en peligro.

Me quedé quieta y traté de no hacer ruido.

Respiré hondo y me esforcé por tranquilizarme. Estaba en una segunda planta. Nadie podría entrar por la ventana. Solté el aire que retenía e inhalé con fuerza. Era una estupidez pensar que alguien podría trepar o utilizar una escalera para subir hasta una segunda planta. Nadie podría hacerme daño aquí. Estaba segura.

Exhalé.

Entonces, recordé la nota que había recibido Rosie.

El corazón se me paralizó.

Solté un chillido, aunque me tapé la boca con las palmas de las manos enseguida.

—¡Ayuda! ¡Alex!

No me importaba que alguien me escuchara pronunciar su nombre. ¿Cómo es que nadie me oía? ¿Dónde estaban todos?

Un objeto chocó contra la ventana y, con un estruendoso ruido, el cristal se hizo añicos al instante. El impacto había sido tan fuerte que grité con todas mis fuerzas, cerré los ojos y me dejé caer todavía más contra la puerta de madera.

El viento soplaba con fuerza y sacudía las pesadas cortinas. Unos segundos después, abrí los ojos. Miré al suelo, lleno de cristales rotos y vi una enorme piedra a unos cuantos metros de los pies.

Me separé de la puerta y, con paso lento y sigiloso, caminé hacia la ventana. Una ráfaga de aire me erizó la piel y, de repente, las cortinas me acariciaron el brazo y me estremecí. Estaba muy nerviosa.

Aparté las cortinas con la mano, tratando de no acercarme demasiado al

marco y arriesgarme a que quien había tirado la piedra contra la ventana me viera. Entonces, antes de poder asomarme con disimulo, volvieron a lanzar algo. Fue tan rápido que apenas pude reaccionar. Sentí como el objeto me rozaba el brazo y, después, chocaba contra el suelo. Me asomé a la ventana, ya sin importarme que me vieran, y recorrí todo el jardín con la vista. Sin embargo, el jardín estaba casi completamente a oscuras; solo unos pequeños focos ofrecían algo de luz.

Apoyé inconscientemente las manos en el marco de la ventana, con tan mala suerte que me clavé un pequeño cristal en la palma. Grité. Aparté la mano de inmediato y, bajo la luz de la luna, intenté ver la herida. Un pequeño y muy delgado hilo de sangre me recorría el brazo.

De repente, un arbusto se movió y di un brinco. Bajé la mano y volví a asomarme por la ventana. En ese instante, vi a alguien con una capucha roja correr a toda velocidad. Mientras desaparecía de mi vista, miró hacia arriba durante una milésima de segundo. Estaba casi segura de que me miró fijamente a los ojos.

—¡Eh! ¡Detente! —grité desde arriba. Al final acabaría afónica.

El encapuchado volvió su mirada al frente y siguió corriendo con velocidad, ignorándome.

—¡Detente! —repetí.

Pero desapareció tan rápido como había aparecido. Era alto y de constitución atlética. Debía de ser bastante deportista teniendo en cuenta la velocidad a la que se había marchado. Estaba claro que se trataba de una persona joven. ¿Pero quién era? ¿Y cómo habría entrado en la casa?

Entonces, noté como la sangre se deslizaba por mi antebrazo y presioné rápidamente la herida. Me había olvidado completamente de ella. No era muy grande, pero escocía muchísimo. Todavía tenía el cristal clavado, lo que explicaba que me doliera tanto.

Me giré de nuevo y me detuve a mirar qué era lo último que había lanzado. Era un móvil. Y, pese a la caída, parecía estar en perfecto estado.

Fruncí el ceño. Me acerqué a él despacio, tratando de no clavarme también los cristales rotos del suelo, que crujían conforme los pisaba con los zapatos. Entonces, algo me paralizó de nuevo. De repente, oí como varias personas corrían por el pasillo. Levanté la vista hacia la puerta. Se me paró el corazón.

Anna.

Ella estaba en la otra habitación. Puede que le hubieran hecho daño.

La pantalla del teléfono se encendió y empezó a sonar. Me quedé parada a unos cuantos pasos del aparato sin saber qué hacer. El móvil vibró en el suelo, moviéndose ligeramente cada vez que lo hacía.

Tragué saliva y, sin poder evitarlo, me temblaron las piernas. Estaba muerta de miedo. El teléfono se silenció y la pantalla se apagó. Miré hacia la ventana en un rápido movimiento, casi de reojo. Pero no había nada. Volví a fijar la vista en el móvil y me abracé a mí misma.

¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué se escuchaban tantos pasos? ¿Había entrado alguien en la mansión? ¿Nos estaban atacando? ¿El asesino de Alex estaba aquí? Apenas pasaron un par de segundos cuando la pantalla volvió a encenderse y el sonido volvió a resonar en la habitación. Fuera, las hojas de los árboles se estremecieron, al igual que yo.

Indecisa, di un paso hacia el teléfono y me agaché. Cogí el aparato con la mano ensangrentada y descolgué. El estómago se me retorció y sentí una punzada de dolor. Acerqué el móvil a mi oído derecho y me obligué a hablar.

Pero estaba tan asustada que había olvidado cómo hacerlo. Respiré profundamente e hice el mayor esfuerzo de mi vida.

—¿Hola? —tartamudeé. El corazón me bombeaba con insistencia en el pecho.

—Hannah —dijo una voz distorsionada al otro lado de la línea. Nunca había oído una voz tan terrorífica.

—¿Quién eres? —pregunté, con la vista puesta hacia la ventana. Las cortinas seguían ondeando en la oscuridad.

—Eso no importa ahora.

—Solo quiero saber quién eres —refunfuñé casi sin voz.

Sentía como la sangre seguía brotando de la palma de la mano y manchaba la parte trasera del teléfono.

La persona que había al otro suspiró con fuerza y, entonces, contestó con naturalidad:

—Es fácil... Estoy en la mansión de los Crowell. ¿Por qué no adivinas quién soy?

Por el tono de voz, parecía un loco, un desequilibrado mental.

—No... no sé...

—Vamos, inténtalo. Te daré una pista... Justo ahora te estoy viendo —respondió divertido, como si le entusiasmara verme aterrada—. Pero tienes que pensar rápido. De lo contrario, acabaré con todos vosotros.

Abrí los ojos como platos y me flaquearon las piernas. Tuve que esforzarme por no caer al suelo.

—¿Acabar? ¿Por qué? ¿Qué te hemos hecho? —pregunté con el ceño fruncido.

Hablaba con brusquedad. Estaba irritada. Entonces, abrí todavía más los ojos cuando oí otro ruido en el pasillo. Me quedé quieta, esperando a que alguien entrara en la habitación y me matase. Pero no ocurrió nada.

—¿Crees que te lo diré? —preguntó con sarcasmo, casi burlándose de mí—. Solo quiero que sepas que moriréis todos, uno a uno. La familia Crowell desaparecerá para siempre —sentenció con voz frívola y amenazante.

No parecía intentar asustarme, sino que lo decía completamente en serio.

—¿Eres una mujer?

El asesino calló de inmediato y agudicé el oído, intentando oír algo al otro lado de la línea. Entonces, resopló de tal forma que me estremecí.

—Primer intento, primera vida.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Y luego, oí un grito ahogado. Venía de una habitación cercana.

—Acabas de perder la primera parte del juego y, por eso, alguien pagará con su vida.

—¿Qué has hecho?

Apreté los dientes, furiosa. Sentía que todo el cuerpo me ardía. Estaba colérica.

Luego, la misma persona gritó de nuevo. Fue un chillido intenso y aterrador. Y después comenzó a gritar sin parar... como si alguien la estuviera torturando.

—¡Ayuda! —vociferó entre sollozos.

Tragué saliva con dificultad y sentí una punzada de dolor en la garganta y el pecho.

Reconocí la voz al instante. No podía dejar de temblar ni de llorar, todo al mismo tiempo.

Anna.

—¡Déjala en paz! —grité, esperando que eso evitara que siguieran haciéndole daño.

Pero tenía que concentrarme en hacer algo. Por más que quisiera ayudarla, no podría si no tenía un plan. El asesino o la asesina estaba ganando, y yo no podía permitir que hiciera daño a mi familia. Tenía tantas ganas de llorar que sentía que me ardían los ojos.

—Segundo intento, segunda vida.

Y entonces, se oyó un disparo al final del pasillo.

Capítulo 11

Tenía que pensar en algo, y rápido. No sabía qué ocurría en el pasillo, pero los gritos de Anna todavía retumbaban fuerte en las paredes y en mis oídos. Se oían con claridad, como si la estuvieran golpeando. Sin embargo, no se escuchaba nada más aparte de sus chillidos, y eso era extraño. Anna estaba en peligro. De repente, imaginé su rostro, enrojecido y lleno de lágrimas.

Oh, no, Anna.

¿Dónde estaba Eric? ¿Y George? ¿Y Rosie? ¿Estaban bien? ¿Estaban en sus habitaciones, encerrados como yo?

El disparo había sonado cercano y lejano al mismo tiempo. Era imposible saber con seguridad de dónde provenía el ruido.

Oía como inhalaba oxígeno, sofocado. Parecía que le costara respirar, sin embargo, se las arreglaba para disimular sus entrecortadas respiraciones con suspiros burlescos. Agudicé el oído y cerré los ojos cuando el disparo resonó en mi mente. Luego, se hizo un silencio aterrador, hasta que de repente comenzaron a escucharse de nuevo los agudos y ahogados gritos de Anna.

No sabía qué ocurría y me había quedado totalmente bloqueada. Ni siquiera podía pensar. Mi cerebro se había quedado en blanco y mi cuerpo había entrado en un trance en el que no podía mover ni un músculo de mis piernas temblorosas. Tenía que tranquilizarme. Debía pensar y actuar con inteligencia. Adelantarme al asesino y averiguar cuál era su objetivo.

Todas las personas tenían un punto débil, así que tenía que descubrir el suyo. Aunque parecía una tarea sumamente difícil, sí sabía con seguridad que el asesino no estaba de buen humor y que no parecía tener misericordia. No le importaba hacer daño a una persona inocente, y eso dificultaba mucho las cosas. Esto no era un juego... Los Crowell estaban en peligro.

Reprimí un sollozo y me cubrí la boca con las palmas de las manos sudadas para amortiguar el grito. Respiré con dificultad y pensé en lo que debía decir.

¿Un nombre? No. Lo más probable era que fallara y que otra persona pagara por ello. No podía arriesgarme. Deseaba con todas mis fuerzas que nadie hubiera recibido aquel disparo y que solo hubiera sido una advertencia. Que el asesino solo estuviera jugando conmigo. No me importaba que se burlara de mí. Solo deseaba que Anna estuviera a salvo. Que toda mi familia lo estuviera.

—Pareces sorprendida...

Su voz me hizo dar un salto pequeño. Sonaba igual de terrorífica que en las películas de miedo. El asesino tenía una voz fría y profunda. Había estado tan absorta en mis pensamientos que, durante un par de segundos, había olvidado que había alguien al otro lado de la línea.

—No lo hagas, por favor. Para... —supliqué en un murmullo. Enseguida, mi voz fue silenciada por la suya, grave y distorsionada.

—Te daré otra oportunidad. Siempre he creído en las segundas oportunidades. ¿Tú no? —dijo en tono burlón.

Me imaginé un rostro en penumbra con una sonrisa cargada de cinismo. Apreté los nudillos de la mano izquierda y exhalé con fuerza. Preferí quedarme callada y analizar las palabras del asesino. Debía escuchar con atención.

—Contéstame, Hannah. ¿Quién crees que soy? —preguntó con emoción.

Sus palabras me horrorizaban y hacían que se me tensara todo el cuerpo, como si estuviese en una cámara de refrigeración, congelada. Era la voz más aterradora que había escuchado en mi vida. Ni siquiera los gritos aterradores de las películas me asustaban tanto. Quizá fuera porque era *real*. Su voz vacía y distorsionada me estremecía por dentro y por fuera. Tomé aire de forma frenética.

—Prometo no matar a nadie —añadió rápidamente con una risa socarrona.

Sus palabras enviaron escalofríos por todo mi cuerpo.

Tenía claro que sus promesas no significaban nada.

Debía ser más fuerte.

Más fuerte que el asesino.

Tuve que aclararme la garganta. Me había quedado completamente paralizada y solo pensar en levantar las piernas me dolía. Sentía que me pesaban y que estaban adormecidas. Pestañeeé un par de veces, concentrándome en mi alrededor. Si esa persona estaba ahí, tenía que encontrarla. Debía salir de la habitación.

Tenía la boca tan seca que la lengua se me pegaba al paladar. Respiré profundamente y pensé en mi respuesta.

Debía ser original y creíble, y no revelar ninguna pista de lo que verdaderamente pensaba o creía.

—No lo sé, podrías ser cualquier persona —respondí con tanta firmeza y claridad como me fue posible.

La luz de la luna iluminaba parcialmente el cuarto de Alex. Por un momento, me sentí agradecida: que la habitación estuviera en penumbra quería decir que el asesino no podría ver lo que hacía.

Mis pasos eran lentos y sigilosos. Apreté el teléfono contra la oreja. No se oía nada al otro lado de la línea. Levanté la vista y la fijé en las cortinas gruesas que todavía ondeaban con el fuerte viento. Me pasé una mano por la cabeza y me solté el pelo. Me había hecho un bonito moño alto para la cena. Segundos después, el oscuro y humedecido cabello me cayó sobre los hombros desnudos y la espalda. Tenía el pelo tan largo que las puntas casi me llegaban a la cintura.

Me acerqué a la ventana y, entonces, una ráfaga de aire frío inundó la oscura habitación. Di un par de pasos más y me acerqué, dubitativa. Volví a pasar por encima de los cristales que cubrían el suelo, que crujieron bajo mis zapatos. Me detuve de inmediato.

Entonces, como si aquel crujido hubiera sonado como el estallido de una bomba, el asesino soltó un gemido angustioso al otro lado de la línea.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué haces? —preguntó.

Se hizo un silencio sepulcral durante un segundo que a mí me pareció toda una eternidad.

Cerré los ojos con fuerza.

—¡Aléjate de la ventana! —gritó.

Apenas tuve tiempo de alejar el auricular de la oreja y su voz me retumbó

en el tímpano. Inmediatamente, miré hacia el exterior, con los ojos bien abiertos. Si era cierto que me veía, debía de estar en el jardín.

Busqué entre las sombras, ignorando el grito inoportuno del asesino. Abrí todavía más los ojos y escudriñé el jardín, fijándome de forma especial en los rincones más oscuros. Pero no vi a nadie. No había nada. Todo estaba en calma.

—Aléjate de la ventana —dijo lentamente y en un tono amenazante.

—¿Por qué?

Estaba a oscuras, pero lo más probable es que viera mi silueta temblorosa en la ventana. Aunque era un riesgo que tenía que correr.

—¿Por qué no echas un vistazo a tu precioso vestido? —preguntó, ahora con más tranquilidad.

De nuevo, tuve la sensación de que sonreía. Fruncí el ceño y apreté de nuevo el móvil contra la oreja. Al principio no comprendí sus palabras, pensé que se trataba solo de una broma. Pero cuando bajé la mirada hacia el vestido, me di cuenta de algo. Tenía una especie de mancha roja. No era sangre. Era un pequeño punto rojo en la parte superior.

Me quedé sin aliento. De repente, se me enrojecieron las mejillas y tuve que emplear todas mis fuerzas para mantenerme en pie.

El asesino me apuntaba con un rifle de francotirador directamente al corazón. El pequeño punto rojo seguía en mi vestido, sin moverse ni un solo centímetro.

Estuve a punto de tirar el móvil.

—¿Por qué? ¿Por qué haces todo esto? —pregunté. Intenté que no se me quebrara la voz, aunque no dio resultado.

No debía llorar. Me dije a mí misma que las lágrimas no servirían de nada en estos momentos. Si lloraba, me mostraría débil ante el asesino, y eso era algo que no podía permitirme. Me deshice del nudo que tenía en la garganta y levanté la barbilla, todavía con la mirada puesta en el exterior. La niebla cubría una parte del jardín y desdibujaba y deformaba las siluetas de los árboles y de las flores que lo cubrían.

Sabía perfectamente que el asesino me observaba. Tenía que ser fuerte y afrontar la realidad.

—Aléjate de la ventana, por favor —susurró.

Aparté la mirada del jardín y miré hacia la habitación, todavía junto a la ventana. No pude evitar sentirme confundida.

¿Acababa el asesino de decir «por favor»? Aquello no tenía ningún sentido.

—¿Vas a matarme? —pregunté con fingida indiferencia.

Pero no contestó. Lo único que se escuchaba en la mansión eran los gritos de Anna. A pesar de que chillaba con todas sus fuerzas y que no podía evitar que se me desgarrara el corazón, decidí ignorarlos para no mostrar al asesino cuál era mi punto débil, por mucho que me doliera. Aunque la conocía desde hacía poco tiempo, Anna me importaba demasiado. Si el asesino lo descubría, las consecuencias podrían ser desastrosas.

Tomé una bocanada de aire y esperé su respuesta, aunque sabía cuál era.

Se oyó una especie de clic y, luego, un suspiro frustrado.

—Sí.

—Está bien. Si vas a matarme, dime al menos quién eres.

Después de pronunciar esas palabras, sentí una mezcla de dolor y satisfacción. Intentaba pensar en una escapatoria. Saltar por la ventana ya no era una opción. Ahora solo me quedaba la puerta.

El asesino suspiró de nuevo.

—No puedo.

Sentí un vacío profundo en el corazón. Por un momento, creí que estaba a punto de mantener una conversación de verdad con esa persona, que me abriría su corazón. Pero sabía que eso era imposible. El asesino era alguien despiadado; sabía cómo jugar, cómo dar lástima.

—¿De verdad quieres hacer todo esto? —pregunté, mordiéndome la lengua.

—No quiero matarte. Quiero acabar con los Crowell. Los quiero ver muertos.

—¿Por eso mataste a...?

—Los Crowell son malos. Debes alejarte de ellos —me interrumpió, aunque me dio la sensación de que hablaba para sí mismo.

De repente, sentí una punzada en el corazón. Mi madre me había dicho justo esas mismas palabras.

—No. No son malos. Tú eres malo. Eres un monstruo. Mataste a Alex —

repliqué, furiosa.

Puede que esta fuese la única oportunidad que tendría para obtener información. Y tenía que aprovecharla como fuera. Debía engatusarlo para sonsacarle cualquier pista o dato.

—Sí, tienes razón. Yo maté a Alex, pero eso ya lo sabías, ¿verdad? —dijo con indiferencia—. De todos modos, enhorabuena por descubrirlo.

Y, de repente, los gritos de Anna remitieron. Bajé la vista a la mano y observé que la sangre había dejado de brotar y que había comenzado a secarse en la muñeca.

—Las notas... ¿Las escribiste tú? —pregunté con una ceja levantada, como si el asesino me viera.

Una brisa de aire frío sopló con fuerza contra mi rostro lívido y me sacudió el cabello suavemente en el aire. El gélido viento me estremeció y me erizó la piel.

—Por supuesto que sí. ¿Quién más podría haberlo hecho? —dijo en un tono sarcástico—. Todo esto ha sido mi plan. Lo tenía calculado todo desde el principio. Hubo contratiempos, por supuesto, como Alex. Pero todo se solucionó...

»¿Quieres saber por qué te cuento todo esto? —Hizo una pausa dramática y prosiguió—: Porque en menos de diez minutos estarás muerta. ¿No te parece gracioso no saber quién soy? Todo este tiempo has estado empeñada en tratar de averiguarlo y ahora... vas a morir. Siempre he sabido lo que hacías. Sabía que me buscabas, que intentabas descubrirme, pero yo he manipulado todo. Absolutamente todo, y a todos los de tu alrededor. He sido más inteligente que tú y que todos. Los Crowell desaparecerán. Y yo... yo me quedaré con todo.

Casi grité de frustración y, al instante, me dieron ganas de golpear algo. Me hervía la sangre y sentí que me ardían las mejillas.

—¿Todo esto es por el dinero? ¿Merecía morir Alex por dinero? ¿Por eso le quitaste la vida?

—Matar a Alex formaba parte de mi venganza —respondió con naturalidad.

Antes de que pudiera hablar, añadió:

—Hannah... Estoy más cerca de lo que crees...

Se me erizó el vello de los brazos. Me resultó inevitable pensar en mi

madre.

Vi su rostro en mi mente. Tenía las pruebas delante de mí, en la cama. Había visto las fotografías. Todo parecía estar relacionado: las salidas extrañas, las mentiras, el funeral de Alex, la relación entre Eric y mi madre, la reunión en casa de Seth, la conversación secreta entre mi madre y Cara, su muerte, la mudanza, la verdadera historia de mi madre, lo ocurrido con Sarah... ¿Por qué todo apuntaba a que ella había matado a Alex? ¿Acaso Eric la había ayudado? ¿El amor por mi madre lo había cegado?

Ya no sabía qué creer ni en quién confiar.

Entonces, oí un ruido estruendoso a mi espaldas.

—Hannah...

Escuché una voz temblorosa y sofocada al otro lado de la habitación.

Giré la cara y me encontré con un Alex en muy mal estado. Estaba recostado sobre la puerta, con una mano sobre el estómago, como si le doliera y tuviera un inmenso dolor. Se retorció una vez y cayó lentamente al suelo. Todavía presionándose el estómago, dobló las piernas y gimió. Tenía los labios morados y secos, como si no hubiera bebido agua durante mucho tiempo, y las mejillas coloradas. Temblaba sin parar. Reprimí un gemido sordo y lo miré aterrada. Se lo veía cansado y sumamente agotado. Como si estuviera enfermo. Tenía la piel tan blanca como la luna y los párpados caídos y cansados. Su cabello alborotado estaba volviéndose de un color opaco. Era como si, poco a poco, estuviera desapareciendo.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—¡Alex! —grité, tapando el micrófono del móvil para que el asesino no me escuchara.

Alex tosió y su respiración se volvió agitada. Estaba aterrada y el corazón me dio un vuelco. Él levantó la vista y sus oscuros ojos marrones se encontraron con los míos, que destilaban pánico. Al mirarnos fijamente, fue como si alguien me clavara doscientos cuchillos a la vez en el estómago.

Alex elevó la vista y, cuando vio el punto rojo en mi pecho, gimió de una manera silenciosa. Quería echar a correr para ayudarlo, pero, entonces, recordé que un arma me apuntaba y retrocedí. Era un blanco fácil y vulnerable.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —susurré, con el micrófono del móvil todavía tapado con los dedos.

—Hannah... —suspiró con voz entrecortada—. Tu madre... está aquí. Está en la mansión.

—¿Qué? —pregunté aterrorizada y con el ceño fruncido.

El calor de la luz roja del arma me quemaba el pecho. No debía moverme de allí. Moriría si lo hacía. Alex se apretó una vez más el estómago con fuerza, haciendo una mueca de dolor. Entonces, suspiró profundamente, abatido, y dejó caer las manos a los lados.

—La he visto entrar en la mansión. Está aquí, Hannah.

Hizo una pausa y me miró con recelo. Parecía aterrado, como si supiera lo que pasaría a continuación. Buscó mi mirada con la suya. Sus ojos destilaban preocupación.

—¿Alex?

Ignoré por un momento lo que acababa de decirme. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda y temblé inconscientemente. Me horrorizaba ver a Alex en ese estado. Entrecerré los ojos y observé sus labios morados y secos. De repente, la habitación empezó a dar vueltas. Alex no podía irse ahora.

«Tengo que tranquilizarme. Alex estará bien», dije para mis adentros. Pero no bastó. Apreté todavía con más fuerza el micrófono del teléfono.

—¿Estás bien?

Alex negó en silencio, tosió una vez más y miró en dirección a la ventana rápidamente.

El corazón me latía a mil por hora.

Destapé el micrófono del móvil sin despegar la mirada de Alex. La pantalla estaba iluminada. Todavía no había colgado. Me aclaré la garganta e inspiré y exhalé profundamente. Entonces, me llevé el teléfono al oído derecho.

—Me he cansado de jugar.

Me sentía derrotada. Solo quería correr y ayudar a Alex. No podía dejar que el asesino jugará conmigo, y sabía perfectamente que mi respuesta lo había enfurecido. Pero yo también estaba jugando. Tenía que conseguir enfurecerlo y que se presentara ante mí.

—Voy a matarte. No cuelgues el maldito teléfono o serás la primera en morir, Hannah Reeve —dijo, colérico.

—Creo que has olvidado que soy una Crowell. Y por lo tanto, debería

estar en tu lista.

—¿Intentas hacerte la inteligente? —preguntó con sarcasmo.

Meforcé a sonreír, porque sabía que me observaba.

—No, solo te ignoro —respondí. Sabía que esa respuesta le daría directo en el corazón, si es que tenía.

Suspiró con evidente frustración.

—No cuelgues el maldito teléfono.

—Espero que tengas otro plan, porque este no te funcionará.

—¡No! —gritó Alex—. No te muevas de ahí, Hannah.

Intentó levantarse, pero todo esfuerzo fue en vano, pues su cuerpo larguirucho cayó de nuevo al suelo. Gimió en voz baja y negó con la cabeza. Ambos estábamos aterrados. Éramos conscientes de que el asesino me apuntaba con un rifle.

—Da un paso y te dispararé en menos de dos segundos. Tú decides.

Me estremecí y volví a tragar saliva.

Tenía que hacerlo.

—Dos segundos serán suficientes para salir corriendo —respondí antes de que pudiera reaccionar.

Entonces, colgué la llamada y me escabullí.

Corrí como nunca. Las piernas me temblaban y el corazón me latía con fuerza.

—¡No, Hannah! —gritó Alex.

Pero lo único que oí fue un golpe, hueco y ruidoso que resonó por toda la habitación. De repente, sentí una fuerte ráfaga de viento que me sacudió el cabello y, después, solo sentí que el frío se apoderaba de mí. La oscuridad se cernió sobre mí y me atrapó entre sus tenebrosas garras.

Lo que acababa de oír era un disparo.

Me agaché y me cubrí la cabeza con las manos. Las rodillas me flaquearon y agradecí perder todas las fuerzas que me quedaban. Solté el teléfono, que cayó al suelo con un estruendo. Intenté alejarme de los cristales que habían quedado esparcidos cerca de la ventana. En cuanto llegué a una zona segura, me dejé caer nuevamente al suelo bocabajo. Me resultaba casi imposible levantar la vista y ver qué sucedía. Busqué en la oscuridad los ojos color caramelo de Alex y, un segundo después, nuestras miradas se encontraron. Me

observaba aterrorizado e inquieto.

«Concéntrate en él. No te levantes. Estás bien», dije para mis adentros, intentando sonar tan convincente como me fuera posible.

Me arrastré por el suelo sigilosamente, sin apartar en ningún momento la vista de Alex. Se apretó una vez más el estómago y gimoteó, sorprendido por el dolor que sentía.

Me costaba respirar. Sentía que no había bastante oxígeno en la habitación, a pesar de que la ventana se había hecho añicos y el viento soplaba con fuerza.

—Hannah, ¿por qué nunca me haces caso? —susurró con pánico en los ojos.

—Necesitamos ganar tiempo, Alex.

Intenté parecer segura a pesar de que estaba ideando mi plan sobre la marcha.

Entonces, se hizo el silencio de nuevo. Posé la mirada en Alex en busca de una respuesta.

—Hay una llave cerca de la puerta, en el armario. Está colgada.

Avancé en esa dirección sin detenerme. Sabía que mientras me arrastrara por el suelo, el asesino no me vería. Levanté la vista y vi el agujero de bala en la pared que había frente a la ventana. Me detuve y busqué frenéticamente el armario con la mirada para sacar la llave.

Tenía mucha suerte de que la bala no me hubiera alcanzado.

—Alex... —Algunos cristales se habían enganchado con la tela del vestido, pero no importaba; en mi cabeza solo estaba él. Quería ignorarlo todo y centrarme en lo importante. En Alex. Le ocurría algo—. ¿Qué te pasa? ¿No se supone que tú no sientes dolor?

—Me duele —dijo. Entonces, inspiró profundamente, cerró los ojos y, al cabo de un rato, añadió—: Creo que es el momento...

Hice un esfuerzo por avanzar más rápido y, tres segundos después, llegué a su lado.

—¿El momento? ¿De qué hablas? —pregunté, y dejé soltar un sollozo que hasta entonces había reprimido.

Todavía no había empezado a llorar, pero sentía que los párpados me pesaban y tenía los ojos hinchados. No debía llorar. Tenía que ser fuerte.

Llorar no serviría de nada. Si me mostraba débil, no descubriría al asesino. Ni salvaría a Alex. Ni salvaría a los Crowell.

—Creo que voy a marcharme ya, Hannah. Voy... —Hizo una pausa y tosió de nuevo.

De repente, empezó a salirle sangre por la boca. Todo era muy extraño. Sin embargo, la sangre no era roja del todo. Tenía un color tan apagado y tan tenue que era difícil creer que fuese sangre. Empezaba a tener el aspecto de un fantasma. Se estaba volviendo transparente y blanco, muy, muy blanco. Parecía débil.

—Ha llegado la hora.

—No. No puedes, tú... tú debes estar aquí...

Un sonido estridente y profundo me llegó a los oídos. Me sobresalté y me acerqué al cuerpo espectral de Alex. Entonces, se escuchó otro disparo, que impactó en la pared que había justo al lado de la puerta sobre la que Alex estaba recostado. Quise gritar, pero tenía la garganta cerrada y casi no podía hablar.

Mi cabeza seguía a escasos centímetros de sus piernas. Me quedé ahí, inmóvil. Estar boca abajo no facilitaba las cosas y levantarme solo las empeoraría.

—El asesino está aquí. Lo presiento. Debes huir, Hannah. Quiero que te vayas.

«No. No voy a irme sin ti, sin los Crowell», pensé.

—No... —murmuré. Debía de estar bromeando. No me iría sin él—. Podemos estar juntos, Alex.

Sonaba tan desesperada que me preocupé. Me había acostumbrado a Alex, a su presencia y a sus bromas. No podía irse. No podía separarse de mí.

Debía quedarse aquí.

—Escúchame. Estoy muerto, Hannah.

Se oyó otro disparo, pero ambos lo ignoramos. Estábamos fuera de su alcance y de su vista.

—Me marcho. Sé que no es justo, pero es la verdad. Quiero que huyas y me dejes aquí. Tienes una vida por delante y yo solo... lo he arruinado todo, Hannah. Ni siquiera puedo expresar lo que siento por ti.

Parecía quedarse sin respiración. Tomó una profunda bocanada de aire y

volvió a abrir los labios, morados. Entonces, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—Perdóname por haber aparecido así en tu vida. Por haberte elegido.

—Basta. No sigas —mascullé, dolida.

Parecía que el corazón se me fuera a salir del pecho. Me latía con tanta fuerza que hasta me dolía y temía que el asesino me oyera. Que supiera que estaba asustada. Que oliera mi miedo.

—Te amo, Hannah.

No pude evitar ruborizarme. El corazón empezó a palpitarme todavía más rápido. Sabía que tenía las pupilas dilatadas y me ardía la piel.

—Alex...

—Gracias por ayudar a este estúpido chico sin vida a cumplir su propósito —dijo, y me ofreció una lánguida sonrisa—. Ha llegado el momento de...

—No lo digas —murmuré, silenciándolo—. No digas adiós. No te despidas todavía. Por favor.

Tenía el corazón destrozado.

—Hannah... —habló en voz baja.

Negué con la cabeza. No quería escuchar lo que estaba a punto de decir. Bajé la mirada hacia el suelo. Todavía no podía creer lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Alex apartó las manos del estómago y las bajó con delicadeza hacia mí. Me tomó la barbilla y me levantó la cara lentamente. Parecía que los ojos le brillaban de nuevo. Posó los dedos fríos en mis mejillas y las acarició con suavidad durante unos segundos. Me estremecí.

—Ambos sabíamos que esto pasaría.

—Salgamos de aquí. Vámonos —dije, desesperada.

Sabía que sonaba egoísta, pero no quería que Alex se marchara. Era una estupidez, y no había nada que deseara más en el mundo que tenerle a mi lado. Alex se había convertido en alguien muy importante, en una parte de mí. No podía irse. Debía quedarse.

Alex negó con la cabeza.

—Coge la llave. —Entonces, apartó la mano de mi rostro—. Yo abriré la puerta para que escapes.

—No.

Me sentía como una niña caprichosa negándose a lo que su madre le ordenaba. Pero no tenía sentido que Alex se quedara en la habitación. ¿Por qué no se marchaba conmigo?

—Por favor —suplicó—. Vete, ahora.

Se levantó poco a poco, evitando gemir de dolor, pero las muecas que hacía lo delataban.

—Alex, ¡no! ¿Qué haces?

No se atrevería a hacerlo, ¿verdad?

Alex apoyó todo el cuerpo contra la pared y, después, se levantó como si cargara con diez sacos de cemento sobre los hombros, duros y tensos.

—Vete. Huye... —pronunció con suavidad, intentando aguantar el dolor que sentía.

Luego, oí un tintineo de llaves. Con unos dedos casi transparentes, Alex metió la llave en la cerradura de la puerta.

Quería gritar hasta quedarme sin voz.

—No, Alex. Por favor, no me hagas esto.

—Lo siento, pero debes irte.

Comenzó a girar la llave y la cerradura crujió. Apreté los dientes y cerré los ojos, esperando que esto no fuera más que una pesadilla. Disimuladamente, me pellizqué el brazo. No daba crédito a mis ojos. Entonces, solté un grito ahogado.

Pero no era un sueño. Aquello estaba pasando de verdad.

De repente, se oyó un clic.

Me levanté sin hacer mucho ruido y me oculté entre las sombras. Me disolvía con los muebles para pasar desapercibida.

Estaba a escasos centímetros de Alex.

—Corre.

Entonces, me quedé completamente en blanco y todo se volvió oscuro. Era como si estuviera en trance y mi cuerpo no respondiera.

Cerré los ojos y recordé el día en que recibí el mensaje de Alex. Había estado esperando uno de Cara cuando, inesperadamente, recibí la notificación de un mensaje nuevo. No olvidaría jamás el momento en que vi el perfil de Alex. Estaba tan contenta... Alex me escribió «hola» y después me envió un

smiley. Aunque la felicidad pronto dio paso al terror en cuanto supe que estaba muerto. Recordé que me sentí la persona más vulnerable del mundo.

Sin embargo, Alex también estaba asustado.

Recibir su mensaje había sido una de las cosas más horripilantes e increíbles que me habían sucedido en la vida.

Estaba tirada en el suelo de su habitación, mientras el asesino intentaba apuntarme con un rifle. Estábamos muy cerca de descubrir quién era. Pero Alex quería que huyera. Entré en estado de *shock*, recreando en mi cabeza una y otra vez el recuerdo de nuestra primera conversación a través del chat de Facebook.

«¡Corre!», me había dicho entonces.

Y ahora Alex me pedía lo mismo:

—¡Hannah! ¡Corre! —gritó.

Salí de mi ensimismamiento y recorrí toda la habitación con la mirada. Entonces, me sacudí ligeramente para dejar atrás cualquier recuerdo y me levanté de un salto. Sin embargo, no salí del dormitorio. Sabía que debía marcharme antes de que el asesino me viera, pero me quedé absorta contemplando su cabello revuelto. Esbocé una sonrisa.

¿Sería esta la última vez que lo vería? ¿Acabaría todo así?

Me quedé ahí, parada junto a él, mirándolo.

—¡Vete!

Tenía menos de veinte segundos antes de que el asesino me viera.

Fijé la vista en sus profundos ojos color caramelo, con los que tantas veces me había quedado embelesada.

Di un paso vacilante. Alex me observaba confundido. Pero no se alejó, ni siquiera me detuvo.

Quince segundos.

Tenía que hacer algo ya.

Lo tomé de la barbilla y, con dedos temblorosos, le acaricié el rostro, casi transparente e incoloro.

«Hazlo», dije para mis adentros. «Hazlo, joder».

Levantó las manos y me contempló con tristeza y desesperación. Tenía los ojos rojos. Entonces, llevó una mano a mi cabellera, me peinó con sus delicados y largos dedos, y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja

derecha. Estábamos frente a frente.

De repente, su piel tenía un tacto cálido.

Diez segundos.

—Vete, Hannah —susurró con amargura. Sabía que realmente no quería que yo me fuera.

«Hazlo, cobarde. Bésalo».

Me acerqué a Alex, que respiraba con agitación. Recorrí sus mejillas descoloridas con los dedos hasta llegar a la nuca y, una vez ahí, los enterré en sus cabellos castaños y me colgué de su cuello.

Cinco segundos.

E hice lo mejor que podía haber hecho. Lo besé.

Lo besé... porque esta sería la última vez que lo vería. Era una despedida.

Adiós, Alex.

Capítulo 12

Tres segundos...

Dos segundos...

«Suéltalo y corre».

Alex se apartó de mí y me dio la llave en la mano. Entonces, me empujó hacia la salida.

—Te quiero, Hannah. Pero debes irte ya —dijo, y, poco a poco, comenzó a desvanecerse.

Salí de la habitación. Alex no apartaba la vista de mí.

De repente, se oyó un disparo, y cerró la puerta de su cuarto de golpe. Me agaché con rapidez para no recibir el impacto, aunque, por suerte, la bala quedó dentro de la gruesa puerta de madera. Alex me había salvado la vida. Sentí un dolor terrible en el estómago y en las piernas. La cabeza me daba vueltas y vueltas, y parecía que allí no había nadie.

Estaba detenida frente a la puerta del dormitorio de Alex, sin saber qué hacer, cuando sentí un hormigueo por todo el cuerpo.

No pude evitarlo y una lágrima se deslizó por la mejilla derecha. Me la sequé de inmediato e hice lo que Alex habría querido que hiciera.

Miré hacia las habitaciones que había junto a la de Alex, en especial a la de Anna. Sabía que entre su habitación y la de Alex solo había una, así que, cuando llegué a la puerta, me detuve e intenté idear un plan. Si había alguien dentro, lo más probable es que llevara un arma, así que yo también necesitaba una. Y sabía perfectamente dónde encontrarla.

En el cuarto de Eric.

Sabía que tenía un arma. Cuando Sarah intentó matarme, Eric disparó a los

neumáticos con una pistola para evitar que me atropellara.

Apreté la llave en la mano y tomé una lámpara que había sobre una de las mesitas del pasillo. Me serviría para defenderme mientras bajaba por las escaleras.

Desenchufé la lámpara blanca de cristal con sigilo y avancé hacia las escaleras. Mis pasos eran lentos y calculados. Cada vez que avanzaba veinte centímetros me detenía y agudizaba el oído para intentar escuchar cualquier sonido procedente de la planta baja, aunque lo único que se oía en la mansión era mi respiración agitada. Al no ver ni oír nada en ninguna de las habitaciones de camino a las escaleras, apresuré el paso.

Traté de no pensar en Alex, porque eso solo me distraería, y no podía permitirme hacer alguna tontería. Me enjuagué las mejillas y me di cuenta de que la llave se había manchado de sangre. Me apreté la palma con el vestido para intentar detener la hemorragia. Al parecer, en algún momento, mi herida había vuelto a sangrar. La tela no tardó en mancharse.

Y entonces, lo hice. Me olvidé de él, evité pensar en cualquier cosa relacionada con Alex. Ahora solo me importaban Anna y los Crowell. Me importaba descubrir quién era el asesino.

Con la lámpara en las manos, bajé las escaleras tan rápido como pude. Sentía la adrenalina correr por mis venas mientras me ocultaba entre las sombras, corriendo para ayudar a la familia Crowell. Sin embargo, debía admitir que estaba asustada.

Bajé los escalones de dos en dos, aunque el pasillo estaba oscuro y a duras penas se veían los escalones. Era una suerte que mi antigua casa fuera de dos plantas; estaba acostumbrada a subir y a bajar escaleras a oscuras. No obstante, llevaba mucho cuidado de no caerme, porque los escalones eran de mármol y eran muy resbaladizos.

Cuando llegué al final de las escaleras, eché un vistazo al espejo que había ahí. Estaba demacrada. Tenía un aspecto horrible, tanto que daba miedo. Entonces, me di cuenta de que una lámpara de cristal no me ayudaría en absoluto a defenderme del asesino. Tenía que conseguir la pistola de Eric como fuera, aunque no supiera utilizarla.

Eché un vistazo a mi alrededor para comprobar que no había nadie. Después, caminé hacia el pasillo de la derecha en dirección al cuarto de Eric.

En ese instante, oí que algo crujía en el suelo y me detuve. Eché un vistazo hacia abajo, sin soltar la lámpara y vi unos cristales rotos esparcidos delante del dormitorio de Eric.

Apreté la lámpara todavía con más fuerza, aunque temía romperla en mil pedazos. Aflojé el agarre y seguí caminando entre la oscuridad con paso sigiloso.

Estaba asustada. Mi pulso se aceleraba a cada paso que daba.

Pensé en la Nochebuena del año anterior y recordé la tarta carbonizada y el pavo quemado que había preparado mi madre. Esa noche no hubo postre, y el pavo tenía un sabor horrible. Me enfadé tanto que ni siquiera quise cenar. Pero, como siempre, mi madre me obligó.

Me habría encantado pasar una noche como esa. No me importaba comer pavo quemado; quería que todo volviera a la normalidad.

Escuché un ruido a mis espaldas y me giré, pero no había nadie.

Cuando llegué a la habitación de Eric, acerqué el oído a la puerta, aunque no oí nada. Entonces, llevé una mano al picaporte de acero cromado y abrí la puerta. El ruido retumbó por toda la mansión.

Si no había nadie en los pasillos, ¿qué habían sido esos pasos? ¿Quién me había encerrado en la habitación?

Algún día me volvería loca. Tenía miedo de mis propios pensamientos. Pero es que... ¡joder! No podía ni debía confiar en nadie. Todos eran sospechosos.

Finalmente, me decidí a entrar en el cuarto. Me temblaban las piernas. ¿Y si había alguien ahí dentro?

Estaba aterrorizada.

Avancé y miré a ambos lados y detrás de la puerta. Luego, di un paso más. Fijé la vista en el fondo del dormitorio. Parecía que no había ni un alma allí.

Con cautela, cerré la puerta con pestillo. Suponía que el asesino me buscaba por la mansión. Estaba segura de que si no contestaba al móvil, no le haría daño a nadie. Su estrategia era demostrar el poder que tenía sobre mí y sobre los demás. Así que no tenía sentido que matara a alguien si nadie se enteraba. Era una pérdida de tiempo y una mala jugada. Estábamos en un pleno juego de azar.

Pero ¿quién ganaría?

Encendí la luz del cuarto, pero la apagué enseguida. Eso solo ayudaría al asesino a encontrarme con mayor facilidad. Inspiré profundamente. En su lugar, conecté la pequeña lámpara de cristal que tenía en la mano. La luz que emitía era mucho más tenue, aunque suficiente para ver algo.

Me sorprendí al ver cientos de papeles esparcidos por todo el suelo de mármol y por encima del escritorio, sobre carpetas de color oscuro. Parecía que alguien había estado rebuscando en las estanterías que había justo detrás de la mesa. Casi todos los libros estaban desordenados y había muchos por el suelo, abiertos por la mitad. Daba la sensación de que, quienquiera que hubiese sido, buscaba algo sumamente importante. Aunque no parecía que lo hubiera encontrado.

Todavía quedaban unos cuantos libros sin abrir en lo alto. Pero estaban tan lejos de mi alcance que no habría podido cogerlos ni aunque me hubiera subido al escritorio.

¿Qué buscaba?

Caminé hacia la silla del escritorio de madera maciza.

No parecía que hubieran robado nada. Incluso el portátil de Eric seguía encima de la mesa, apagado. Parecía que la persona que había causado tal desorden buscaba algo muy especial, y, desde luego, no era ni un portátil ni un libro.

Cuando llegué frente al escritorio, revolví los papeles que había encima de él. Comencé a leer rápidamente lo que había en el encabezado de las hojas, pero no parecía haber nada importante. Parecían extractos bancarios de cuentas con grandes sumas de dinero.

Aparté los papeles que había estado hojeando y seguí con el resto. Más números, más extractos bancarios y nada relevante. Me arrodillé y eché un vistazo a los documentos esparcidos por el suelo. Todas las hojas parecían contener información similar, no había nada extraño en ellas. Entre los papeles, encontré algunos *tickets* de compra de trajes caros, productos de belleza y pagos en restaurantes de lujo de la ciudad.

Suspiré con frustración. No había nada que me resultara útil.

Me senté en la silla y me retiré un mechón de pelo que me tapaba la vista. Entonces, me di cuenta de que había un cajón con cerradura en el lado derecho del escritorio. Parecía que alguien lo hubiera forzado para abrirlo, aunque sin éxito.

¿Qué había dentro? ¿El arma de Eric? ¿Por eso estaba bajo llave?

Abrí otro cajón y rebusqué entre los papeles la llave. Me sentía como una infiltrada, aunque me daba igual. La curiosidad me mataba y tenía el ligero presentimiento de que estaba a punto de descubrir algo realmente importante.

Era inútil. Si la persona que había husmeado en el cuarto antes que yo no había podido abrir el cajón que estaba cerrado con llave, yo tampoco podría.

Me pasé las manos por el pelo, desesperada. ¿Qué podía hacer? La probabilidad de que abriera aquel cajón era casi nula. Solo Eric tenía la llave, y, en estos momentos, no sabía dónde estaba ni si estaba bien.

Me puse de pie y aparté la silla hacia atrás con fuerza. Cuando se estrelló contra la estantería, varios libros cayeron de golpe. Retrocedí para evitar que alguno de ellos me golpeará. Entonces, escuché un leve tintineo de llaves.

Bajé la vista a uno de los libros y me di cuenta de que algo brillaba. Era una pequeña llave de color bronce, tan pequeña que casi no se veía. Me agaché y la recogí.

Empecé a temblar y me golpeé con la silla.

Después, observé la cerradura del cajón. No lo dudé; estaba segura de que aquella llave minúscula abriría la cerradura. Con dedos temblorosos, la introduje y di una vuelta. Di un brinco al comprobar que, efectivamente, la llave parecía abrir la cerradura. Entonces, abrí los ojos como platos, asombrada, cuando oí un tenue clic.

Saqué la llave y deslicé suavemente el cajón hacia fuera.

Pero no vi ninguna pistola. Dejé caer mis hombros con decepción e hice una mueca de desagrado. Dentro del cajón había una pequeña carpeta de color rojo. Era delgada y no parecía contener muchos documentos.

Sentía que me ardía la piel y estaba realmente nerviosa.

¿Era esto lo que buscaban? ¿De qué se trataba?

Saqué la carpeta y la abrí.

Certificado de adopción

El siguiente documento tiene total validez de acuerdo con las leyes de Estados Unidos de América.

Por el presente se establece que la señora Lisa White, de veinte años de

edad y residente en Seattle, acepta entregar en adopción a su hijo de tres meses de edad Alexander White por razones económicas que le impiden garantizar el bienestar del bebé.

La señora Rosie Crowell, de treinta años de edad, junto con su esposo, el señor George Crowell, de treinta y dos años de edad, están decididos a adoptar a Alexander White, cuyo nombre a partir de este momento será Alexander Crowell.

Como testigo presencial de este acto legal, el señor Eric Crowell, hermano del señor George Crowell, firma a continuación el presente documento.

Fdo.: Clair Benson.

¿Qué?

Me quedé boquiabierta y me senté en la silla para leer una vez más el documento. Tenía el ceño fruncido y la mirada desorbitada. El papel me temblaba en las manos. No pude reprimir un gemido. Estaba tan desconcertada que el corazón me latía a toda velocidad y di un brinco en el asiento. Contuve un grito ahogado. Daba gracias por estar sentada, porque me flaqueaban las piernas.

Estaba en estado de *shock*. Releí los nombres que aparecían en la hoja una y otra vez. En la parte inferior estaban las firmas de Rosie, George, Eric y la madre biológica de Alex. En la esquina inferior izquierda había una pequeña huella de pie de un bebé.

Alex era adoptado y nunca lo sabría.

Me miré en el reflejo de la pantalla del portátil. Estaba pálida y parecía horrorizada. Tenía los ojos muy abiertos y unas pequeñas gotas de sudor me caían por el cuello y el pecho, o al menos eso creía, porque al bajar la vista comprobé que tenía la piel completamente seca. Tomé un pañuelo blanco que había encima del escritorio, lo humedecí con un poco de saliva y me limpié la herida de la mano, tan rápido que ni siquiera me di cuenta de si la herida era profunda.

Miré los papeles de nuevo y continué leyendo el resto de las hojas que había en la carpeta. Una de ellas era un certificado de nacimiento, en el que aparecía el nombre de Lisa White, la verdadera madre de Alex. La hoja tenía

el aspecto de ser muy antigua. El papel era áspero y rugoso, aunque toda la información se leía a la perfección y no estaba arrugado ni doblado.

La última era una ficha en la que aparecían todas las huellas dactilares de Alex. Eran tan pequeñas que apenas se distinguía a qué dedo pertenecía cada una.

Entonces comprendí el porqué de la discusión entre Rosie y mi madre en nuestra antigua casa. Mi madre le dijo a la madre de Alex que no tenía por qué meterse en sus asuntos y que sabía que nunca le había contado toda la verdad.

Por supuesto, Rosie la atacó y se defendió, diciendo que nunca había encontrado el momento perfecto para decírselo. O al menos eso recordaba.

No sabía qué hacer. Si saltar de alegría o sentirme triste porque hubieran ocultado a Alex la verdad sobre su madre biológica.

Al principio, no pude evitar sentirme contenta, ya que, si esos documentos no eran falsos, Alex y yo podríamos haber sido algo más que amigos. Eso debería haberme alegrado. Pero tenía miedo de que Alex viera esos documentos. Sin embargo, tenía derecho a saberlo. No importaba lo duro que fuera de aceptar.

Dudé por un momento. ¿Debía llevarme los documentos o no?

Si me los llevaba, no sabría dónde esconderlos, así que lo más probable era que quienquiera que los estuviera buscando los encontrara fácilmente. Pero si los dejaba ahí, podrían llevárselos para siempre.

Eché un vistazo a mi alrededor, en busca de un lugar seguro para esconderlos. Lo primero que vi fue el cajón abierto. No los dejaría ahí. Tenía que buscar un lugar donde fuera imposible hallarlos. Donde nadie los buscaría.

Giré la vista y entonces lo encontré. Parecía una botella de vino. Estaba vacía, al fondo de la habitación, justo en un rincón. Entre las sombras. Enrollé las hojas y metí el pequeño rollo de papel por la abertura. Volví a dejar la botella en su lugar y regresé a la silla.

Antes de que ocurriera algo más, tomé el teléfono del dormitorio de Eric. Marqué el número de emergencias, pero no daba tono.

Parecía que alguien había cortado la conexión. El teléfono no funcionaba. Antes de intentar llamar de nuevo, sonó un móvil muy fuerte. El tono de llamada retumbó en las paredes de la habitación.

Estaba debajo de los papeles que había sobre el escritorio. La pantalla brillaba con intensidad. Era un móvil similar al que habían lanzado a la habitación de Alex.

La única manera de apagarlo era contestar, sin embargo, parecía que mis dedos no reaccionaban a las órdenes de mi cerebro. La mano comenzaba a sudarme. Entonces, haciendo uso de una fuerza increíble, levanté el teléfono, me lo llevé al oído y esperé a que alguien hablara.

En menos de medio segundo, escuché su terrorífica y distorsionada voz.

—Muy inteligente... Colgarme el teléfono.

El asesino parecía ofendido. Me quedé en blanco, sin saber qué responder, y sentí un escalofrío.

—No sé por qué haces...

Un grito me interrumpió. Levanté la mirada, asustada. La puerta hizo un clic y se abrió unos escasos centímetros. Fijé la vista en ella, esperando a que alguien entrara. Pero nadie entró. La puerta se quedó entreabierta.

—Alguien muy importante pagará por esto. Encuéntrame.

Estaba furioso, lleno de rabia.

Antes de que pudiera responderle, la llamada se cortó y las luces se apagaron. La lámpara que había encendido se apagó lentamente, hasta que todo quedó a oscuras y en silencio.

Me quedé paralizada. Miré a mi alrededor y solo vi oscuridad y unas cuantas siluetas distorsionadas. La mansión estaba más que silenciosa, como si el mundo se hubiera detenido.

—¡Ayuda! —gritó una mujer desde algún rincón de la casa.

El terror en su voz era patente.

Solté el teléfono, que chocó contra el escritorio de madera maciza y después se estrelló contra el suelo.

Rosie.

—¡Ayuda!

Tardé dos segundos en reaccionar y echar a correr en su dirección. Antes de llegar a la puerta, cogí la lámpara. Si alguien había abierto la puerta, lo más probable es que siguiera todavía fuera y que supiera que estaba en el cuarto. Avancé con cautela, moviéndome entre las sombras. Apenas se oía mi respiración agitada.

Cuando llegué a la puerta, me apoyé en el marco del interior y me detuve. Escuché con atención, aunque no se oía ni una mosca. Salí del dormitorio de Eric y miré a mi alrededor, sosteniendo la lámpara delante de la cara para que nadie pudiera atacarme.

De repente, escuché un agudo chillido al final del pasillo y me estremecí. Agudicé el oído y corrí en esa dirección, con el corazón latiéndome a toda velocidad.

Avanzaba a tientas, ayudándome de las paredes. Todo era más complicado a oscuras. Parecía que alguien había cortado todas las luces de la mansión. Ni siquiera la brillante luz de la luna era bastante para iluminar una pequeña parte de la casa. El frío de diciembre había penetrado en cada rincón, ya que la calefacción también se había desactivado.

La piel de la nuca se me había erizado y me temblaban las piernas. Por un momento, sentí que mi cuerpo estaba flácido y comencé a sentirme cansada, como si hubiese hecho ejercicio durante todo el día. Me dolía todo. Me sacudí antes de comenzar a ponerme más nerviosa y me humedecí los labios secos. Debía mantenerme activa y despierta.

—¿Rosie? —pregunté cuando estaba a punto de llegar al final del pasillo.

Se oyó otro grito, esta vez más claro y más fuerte. Las manos me temblaban sin parar, así que sujeté con más fuerza la lámpara.

—¡Hannah!

Avancé tres pasos más y me detuve. Vacilé un poco y me sentí la persona más cobarde del mundo.

—¡Ayuda!

Su voz sonaba entrecortada, como si estuviera llorando. La imagen que aparecía en mi cabeza era escalofriante y espantosa. Intenté alejarla de mí y solté un grito ahogado. Casi como un gruñido de impotencia.

¿Qué podía hacer una chica como yo en ese momento?

Tragué saliva y di otro paso más.

Las piernas volvieron a temblarme. Me sentía débil y creía que me caería en cualquier momento al suelo. Sin embargo, hacía fuerza con los pies y pisaba con seguridad para no derrumbarme.

Tenía el estómago revuelto. Por un instante, pensé que vomitaría, pero no lo hice. Me mantuve de pie, tragando saliva y preparándome para lo que

venía. Mi corazón bombeaba sangre con tal rapidez que tenía miedo de sufrir un desmayo.

Miré hacia atrás, sintiéndome vigilada por alguien, y me giré lentamente. Fijé la vista en el pasillo, pero no veía nada. Todo era oscuridad. Me mantuve completamente alerta.

Sentía un terrible picor en la nuca y unas ganas tremendas de rascarme. Sin embargo, tenía la sensación de que en cuanto hiciera el más mínimo movimiento, algo malo pasaría.

Me había quedado paralizada, era como si mi cuerpo pesara cien mil toneladas.

—¡No! ¡Déjame! —gritó una voz con desesperación.

Avancé más rápido, esta vez sin detenerme. Pasé junto a dos puertas y el sonido se hizo más fuerte conforme me acercaba. Parecía que alguien tiraba platos al suelo... Debía de estar en la cocina.

Busqué con la mirada algún objeto que pudiera usar como arma. Una lámpara no me serviría de nada si el asesino tenía una pistola, pero no había nada a la vista.

—¿Rosie?

—¡Hannah! ¡Ayuda! —volvió a gritar con pavor, y, entonces, se oyó un ruido hueco, profundo y estrepitoso. Como si alguien hubiera caído al suelo.

Rosie soltó un grito ahogado y, después, el silencio se apoderó del pasillo de nuevo.

Estaba muy cerca de ella, tanto que se me retorció el estómago y grité para mis adentros. Durante unos breves instantes, dudé si debía seguir adelante o retroceder.

Sin embargo, decidí que debía seguir corriendo hacia la cocina. Tropecé un par de veces, pero finalmente llegué.

Justo cuando puse un pie en la cocina, las luces de la mansión se encendieron, como si el asesino estuviera esperándome para iluminar toda la casa. Abrí los ojos, aturdida, parpadeé un par de veces y, después de adaptarme al cambio de iluminación, contemplé una escena escalofriante.

La cocina estaba hecha un desastre. Había platos blancos hechos añicos por todo el suelo. Todos los cajones estaban abiertos, como si alguien hubiera estado buscando algo con lo que defenderse. Había muchos cubiertos tirados

por el suelo, principalmente tenedores y cuchillos. Era evidente que alguien se había peleado en la cocina. Y, entonces, bajé la mirada lentamente... Sentí una presencia cerca de mí.

Me sobresalté y di un paso hacia atrás instintivamente. Me temblaron las piernas y todo comenzó a dar vueltas, como si estuviera a punto de desmayarme. Empecé a verlo todo borroso. Apreté los ojos y sentí una conmoción terrible.

Entonces, me temblaron los brazos y la lámpara se me resbaló de las manos sudorosas. El cristal se hizo añicos contra el suelo y algunos pequeños cristales me rebotaron en los pies.

—¡Rosie! ¡Por Dios! —grité, horrorizada.

La madre de Alex estaba tirada en el suelo. Tenía un aspecto muy frágil. Incluso sus labios rojos brillantes se habían vuelto de un color opaco y apagado. Como si el brillo en ella se hubiera desvanecido. Todavía llevaba el vestido largo que había lucido durante la cena. La fina tela se le pegaba al estómago plano. Estaba completamente inmóvil.

Tenía las manos a ambos costados, retorcidas, como si hubiera intentado amortiguar la caída con los brazos, y los ojos cerrados. No pestañeaba y parecía que las fuerzas la habían abandonado.

Entonces, al ver que su pecho no subía ni bajaba, me asusté de inmediato. Parecía que no respiraba. ¿Y si estaba muerta? Me moví nerviosa, con la vista puesta en el cuerpo de Rosie, y en ese instante me di cuenta del enorme charco de sangre sobre el que descansaba su cabeza. El vibrante líquido carmesí se expandía con velocidad, como una fuga de agua.

Me incliné hacia ella y gemí.

—Oh, Dios...

Los ojos me ardían y el corazón me latía a toda prisa, como si fuera un incesante martillo que no dejaba de golpetearme el pecho. Era casi doloroso. Apenas podía respirar. Era como si las fosas nasales no dejaran pasar ni la más mínima cantidad de oxígeno a los pulmones. Me dejé caer al suelo con fuerza justo a su lado.

—¡Rosie!

Me limpié las manos en el vestido y me retiré el pelo de la cara. Me movía torpemente. Estaba nerviosa y no sabía qué hacer.

Tomé la cabeza de Rosie entre mis manos temblorosas y mis dedos se

enredaron en su cabellera rubia y ondulada. Tenía la cabeza pequeña y redonda. Mi primer instinto fue correr y buscar ayuda. Pero estaba tan impactada que me quedé quieta, con la cabeza de Rosie apoyada sobre mi regazo.

Rápidamente, sentí como la sangre se me pegaba a las manos. Había tanta que parecía que había metido las manos en un bote de pintura roja. Aparté las manos de la cabeza de Rosie y las observé fijamente. Estaban empapadas de sangre. Las lágrimas se arremolinaban en mis ojos hinchados.

Tenía unas intensas ganas de gritar. Pero no podía. Me había quedado sin voz, sin aliento.

La hemorragia parecía profunda. Rosie perdía mucha sangre con cada minuto que pasaba y cada vez estaba más pálida, más apagada.

Parecía que no había ninguna posibilidad de que estuviera viva. Inhalé aire, asfixiada. Acerqué una mano a su cuello e intenté sentirle el pulso. Los dedos me temblaban tanto que, por un momento, confundí mis movimientos agitados con su pulso. Respiré profundamente y traté de controlarme, ignorando la sangre que tenía en los dedos.

Me desesperé. Inspiré nuevamente y cerré los ojos, con la esperanza de sentir los latidos de su corazón.

Entonces, noté como su cuello se movía ligeramente y una palpitación tímida, como si no tuviera fuerzas.

Rosie respiraba. Estaba viva.

Solté el aire contenido y me reincorporé. Gracias a Dios, era probable que no tuviera daños internos, pero debía detener la hemorragia y llevarla al hospital más cercano. De lo contrario, moriría.

—Hannah...

Levanté la mirada lentamente. El suelo estaba lleno de sangre. Después, todo comenzó a ocurrir a cámara lenta. Vi unos zapatos de tacón y una falda negra perfectamente planchada que me era familiar. Me quedé completamente inmóvil y con la mente en blanco. Los ojos me escocían una barbaridad, y rompí a llorar. Apreté la mandíbula con fuerza. Me dolía todo el cuerpo y sentí que la sangre me subía a la cabeza.

Mi madre estaba delante de mí, con un bate lleno de sangre en las manos y la mirada desorbitada, como si se sintiera culpable.

—¿Mamá? —sollocé.

Estaba realmente sorprendida. Se me contrajo el estómago de nuevo y el dolor se acrecentó.

Mi madre apretaba el bate con fuerza, como si su vida dependiera de ello. Tenía los nudillos blancos y los dedos tan cubiertos de sangre que le caía por las muñecas. Sin duda, era una imagen tétrica, digna de aparecer en la cubierta de una novela de terror o junto al titular de una noticia.

—Hannah...

—¿Tú? —exclamé sin parpadear.

Alejé las manos de la cabeza de Rosie con cuidado, sin apartar la vista de mi madre. Entonces, me levanté de golpe.

—No es lo que parece, cariño —dijo con voz dulce y suave.

Intentó esbozar una sonrisa tímida para tranquilizarme.

—No me llames cariño —susurré con rabia.

La garganta me quemaba. Fijé la vista en sus ojos y todo un sinfín de emociones me invadió. Enfado. Frustración. Dolor. Decepción. Resentimiento. Rencor. No sabía si huir de allí o quedarme y enfrentarme a mi madre. Era una cobarde, pero los cobardes también nos enfrentamos a nuestros miedos tarde o temprano. Y estaba dispuesta a hacerlo.

—Por favor, hija, déjame explicártelo...

—¡No! ¡No quiero que me llames hija! ¡Tú no eres mi madre! ¡Has estado a punto de matarla!

—Por favor, Hannah...

Torció el gesto e hizo una mueca de angustia, con la mirada fija en el cuerpo inmóvil y ensangrentado de Rosie. Al contemplarla, se le dilataron las pupilas y gimió, tambaleándose al instante. Se sostuvo la cabeza entre las manos e intentó estabilizarse, pestañeando un par de veces.

—Yo... no sé qué ha pasado —prosiguió, observándome.

—¡Has golpeado a Rosie! ¡Eso ha pasado! —grité con tanta fuerza que me miró con horror y se apartó de mí.

Estaba perpleja, como si intentara recordar todo lo ocurrido en los últimos momentos. Recorrió el suelo con la mirada y frunció el ceño enseguida. No parecía comprender lo que ocurría. Entonces, volvió a posar la vista en mí.

Estaba tan enfadada que quería gritarle hasta quedarme sin voz. Ya no

tenía miedo. Solo sentía decepción...

—¡Fuiste tú! ¡Siempre has sido tú!

—¡No!

Mi madre dio un paso hacia mí, vacilante. Instintivamente, me alejé de ella, en dirección a la puerta. Tenía la oportunidad de correr y sacarle unos cinco o seis segundos de ventaja.

Pero ¿qué haría con Rosie? ¿Dejarla allí tirada? ¿Para qué mi madre acabara con ella? ¡No! ¡No podía abandonarla!

—La noche en que Alex... —Me detuve de inmediato. No podía contarle nada sobre Alex, sobre su fantasma. Entonces, proseguí—: Cuando Cara vino a casa la noche en que la asesinaron... tú... ¡Tú enviaste todas esas notas! ¿Quién más podría haber sido? ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

»¿Para qué fuiste al funeral de Alex? ¿Para asegurarte de que estaba muerto? ¿Y luego qué pretendías hacer? ¿Matar a toda la familia Crowell? —añadí con voz ronca.

La observé con una mueca de asco en la cara.

Ella negó con la cabeza.

—Basta...

—¡No! —estallé. Sentí que una corriente eléctrica se apoderaba de mi rígido cuerpo—. Tú tenías algún plan con Cara... y algo salió mal. Ella te traicionó, quiso abandonar el plan y tú... ¡Tú la mataste! ¿Cómo si no te habrías enterado tan rápido de que había sufrido un accidente? ¡Dímelo, joder! —gruñí con tanta fuerza que sentí que se me desgarraba la garganta.

—He dicho que basta —respondió con los ojos llorosos y la mandíbula apretada.

Su mirada me asustaba. Era tenebrosa e inquietante...

Tragué saliva.

—¡Seth es tu cómplice! ¡Sabías que te seguía! ¡Que estaba investigando sobre Alex y su asesino! ¡Obligaste a todo el mundo a mentir! ¡A que dijeran que yo era la asesina para que nadie encontrara las pistas que te inculpaban! ¡Ahora sé por qué Rosie te odiaba tanto! La envidias...

Se retorció al escuchar mis palabras y recorrió la cocina con la mirada, como si ignorara mis palabras. Entonces fijó la vista en el cuchillo que había sobre la encimera de la cocina y no pude evitar estremecerme.

No era capaz, ¿verdad?

—Está bien, Hannah, di todo lo que tengas que decir.

Tenía que expulsar todo el rencor que llevaba dentro. Tenía que gritar. Liberarme de todo el dolor que sentía.

Di un paso hacia atrás. Ella, por el contrario, dio un paso hacia delante y se acercó a la encimera. Cada vez estaba más cerca del cuchillo. Recuperó su postura frívola y sus ojos se volvieron fríos y oscuros.

Era impredecible. Estaba segura de que cogería el cuchillo, pero no serviría de nada. Estaba tan cerca de la puerta que podría librarme de ella con facilidad.

—Me decepcionas —dije con desprecio—. Sé todo lo que has hecho, sé por qué me llevaste a Vancouver, por qué me has ocultado a mi padre durante todo este tiempo. Lo sé todo. Sarah me lo advirtió... me lo dijo y yo no la creí porque tenía la esperanza de que tú no fueras quien decía que eras. Confiaba en que no hubieras sido tú. —Hice una pausa dramática mientras la fulminaba con la mirada. Después, tomé aire y añadí—: Sé que fuiste tú. —Levanté la barbilla y la desafié con la mirada, pero ella me observaba tranquila—. Mataste a Alex.

Mi madre sonrió con amargura.

De repente, antes de que pudiera gritar más, mi madre se abalanzó sobre mí para intentar atraparme con sus delgados y flácidos brazos. Cuando me tocó con los dedos manchados de sangre, grité. Estaba tan fría que sentí que me congelaba.

Me sacudí y di otro paso hacia atrás. Todo sucedía tan rápido que era imposible predecirlo. Ella me tomó con fuerza por las muñecas y me clavó las uñas de una mano en el rostro, justo debajo del ojo derecho. Chillé y forcejeé con ella hasta empujarla hacia la encimera en la que estaba el cuchillo. Era más grande y fuerte que yo así que, al final, fue ella la que me empujó con cierta facilidad. Pero me reincorporé enseguida. Cuando levanté los ojos, sonrió y tomó el cuchillo tan rápido como le fue posible. Se movía con tal agilidad que era fácil perderla de vista.

Rodeé la encimera antes de que me alcanzara y ella se detuvo en el lado más cercano de la puerta. Tenía un aspecto verdaderamente terrorífico.

Quería salir de la cocina, pero estaba tan cerca de ella que con tan solo estirar la mano me alcanzaría. El cuchillo estaba tan afilado que con un simple

roce podría herirme.

Caminé con paso lento y calculado, mientras mi madre me observaba con una mirada fría y tenebrosa. Entonces, nuestros ojos se encontraron y ella gruñó. Tenía los labios fruncidos y una sonrisa en la boca al mismo tiempo. Observaba cada uno de mis movimientos, cada gesto y cada sonido. Entonces, se lanzó a correr en dirección opuesta a la puerta y yo salí de la cocina tan rápido como un rayo.

Me molestaban los zapatos, pero sabía que si me los quitaba, me alcanzaría enseguida. Seguí corriendo por el pasillo iluminado de la mansión de los Crowell.

Intenté abrir todas las puertas que me encontré con la intención de esconderme, pero parecía que todo el universo estaba en mi contra. Todas estaban atascadas. No había salida en la primera planta.

Subí por las escaleras, con mi madre pisándome los talones. Aceleré el paso y llegué a la segunda planta. Lo único que se escuchaba en ese momento era mi respiración agitada. Parecía que mi madre se había detenido. De todos modos, seguí corriendo. Entonces, choqué contra un cuerpo rígido y retrocedí casi al instante.

Me sacudí y levanté la vista. Todo en unos segundos que me parecieron una eternidad.

—¿Eric? —pregunté cuando vi su cuerpo frente a mí.

Parecía que tenía el cabello más oscuro y se lo veía cansado e irritado. Daba la sensación de que había envejecido un año en una semana. Las arrugas de su cara eran más evidentes y tenía los labios tan pálidos que casi se camuflaban con el resto de la piel. Me escudriñó de la cabeza a los pies.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás llena de sangre? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Mi madre... está aquí —contesté, sofocada. Eric frunció su ceño, confundido—. Ha atacado a Rosie. La ha golpeado y la ha dejado inconsciente.

Sentía un nudo en el estómago y tenía unas ganas tremendas de llorar y de abrazar a Alex. Debía ser fuerte.

—Tenemos que salir de aquí.

—Tranquilízate, Hannah. Inhala y exhala. Tranquila. Ya estás a salvo.

Me imaginé que era Alex quien me decía esas palabras. Estaba a punto de derrumbarme.

Tomé aire y asentí con la cabeza. Apreté los ojos y reproduje la espeluznante imagen de mi madre sonriendo en mi mente. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y al sentido inverso. La cabeza me iba a explotar de un momento a otro.

Entonces, escuché la voz de mi madre.

—¿Eric?

Me coloqué detrás de él, utilizándolo como escudo.

—Margaret.

Ella lo saludó asintiendo con la cabeza y me miró, colérica.

—Hazlo —ordenó lánguidamente.

Después, entrecerró los ojos y levantó el afilado cuchillo, apuntando de forma amenazante hacia Eric.

Me giré y abrí todavía más los ojos. Observé a mi padre, horrorizado.

—¿Hacer, qué? —pronuncié con la voz quebrada y llena de miedo.

Sentía una fuerte opresión en el pecho y un dolor terrible. Eric hizo un gesto de burla y entonces dijo:

—Lo siento, Hannah.

Intenté escaparme, pero era imposible. Eric me atrapó entre sus brazos. A pesar de su edad, seguía en plena forma. Me agarró por el cuello y, con un gesto rápido, me acercó un trapo húmedo a la nariz.

El olor era tan fuerte que me vi obligada a aguantar la respiración. Eric apretó con más fuerza el paño contra mi nariz. Mi madre subió las escaleras rápidamente y me cogió de las muñecas con fuerza para evitar que arañara a Eric en la cara. Pataleé con la intención de zafarme de ellos, en vano.

Los pulmones me pedían oxígeno, así que tomé una bocanada de aire por la boca, todavía forcejeando con Eric. Le golpeé con el pie en la rodilla y gimió de dolor, aunque no me soltó. Enseguida, empecé a sentirme mareada. Poco a poco, perdí las fuerzas y dejé de dar patadas.

Observé con detenimiento los ojos enrojecidos de mi madre. Nunca la perdonaría.

Todo se volvió borroso. De pronto, lo veía todo doble, las escaleras parecían más grandes.

El cloroformo hizo efecto repentinamente. Lo último que vi fueron los ojos ansiosos de mi madre, que me contemplaban con tristeza. Cerré los párpados y perdí todo el control del cuerpo. Me sentía exageradamente cansada, como si no pudiera mantenerme en pie y el cerebro no reaccionara a ninguna de mis señales. Todo el cuerpo se me empezó a dormir.

Entonces, escuché una tenue voz que me susurraba:

—Despierta, Hannah. Tienes que despertar.

Las puertas de una habitación oscura se cerraron delante de mí y quedé atrapada, alejada del mundo exterior.

Capítulo 13

—Más —dijo una voz en la penumbra.

Sentí un pinchazo en el brazo, un dolor ligero provocado por algún objeto afilado que me perforaba la piel. Apenas tuve tiempo de pensar, ni siquiera sabía dónde estaba. Quería abrir los ojos, pero no podía. Era como si tuviera algo pegado. No era una tela, sino algo que se me pegaba a los párpados, sumamente pegajoso. Como una cinta adhesiva o esparadrapo.

Entré en pánico. No podía moverme en absoluto. Ni siquiera podía abrir la boca para intentar hablar o emitir un gruñido. Nada. No podía decir nada. Empecé a perder la paciencia, estaba asustada. No sabía qué ocurría a mi alrededor.

Intenté abrir la boca nuevamente, en vano. Mi cuerpo estaba dormido y aturdido, era insoportable. Era como si estuviera borracha o drogada. Me sentía mareada, a pesar de que no había abierto los ojos. Tenía la cabeza a punto de explotar y una vena de la frente me latía con fuerza.

Entonces, sentí una especie de líquido deslizarse con rapidez por mi brazo derecho. Era extraño, pero me adormecía y me hacía sentir más pesada.

Volví a sentirme mareada y confundida, y perdí la conciencia casi al momento en el que me desperté.

Caí de nuevo en el abismo y me adentré una vez más en la oscuridad en la que había estado atrapada. Ya no me quedaban fuerzas. Intenté sacudirme y reanimarme a mí misma, pero el cálido líquido que me quemaba las venas era demasiado fuerte para mí.

Y me perdí... abandoné la realidad y me perdí en un mundo que no estaba segura de que existiera.

No me di cuenta de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que

había despertado, pero de lo que sí estaba segura era de que habían pasado algunas horas. Mi cuerpo estaba tan rígido como una piedra. Notaba dos pequeños tubos de plástico en los orificios nasales. Me picaba la nariz y me frustraba no poder hacer nada para detenerlo. De repente, me dolían los músculos, como si hubiera estado sin moverme durante muchos meses, o incluso años. Como si fuera una persona muerta en vida.

Sobreviviendo.

Mi cuerpo entumecido se retorció sobre una especie de colchón suave y frío.

—Por favor, despierta. Tienes que vivir —dijo una voz femenina.

Sentí una mano cálida y húmeda sobre mi mano inmóvil y mis músculos se contrajeron inconscientemente. Antes de que intentara moverme una vez más, volví a caer en el vacío profundo y oscuro del que había intentado mantenerme alejada. Los párpados me pesaban cada vez más y todo el cuerpo me dolía. Era insoportable.

—Sé que me oyes, lo sé. —Se oyó un sollozo en el fondo, casi inaudible—. Hannah...

Un repentino gruñido doloroso me desorientó. Nuevamente, alguien volvió a cogerme de la mano. El calor corporal me templó la mano petrificada.

—¿Cuánto tiempo piensas estar ahí? ¿Cuándo piensas volver con tu familia? Te echo demasiado de menos. Echo de menos que te enfades conmigo cuando entro a tu habitación sin permiso, los días en que vemos películas de dibujos juntas y nos reímos de los chistes malos, de las caras graciosas que hacía Mike Wazowski, ¿lo recuerdas? Seguro que sí, te encanta esa película. De niña decías que querías ser como Boo, entrar en otro mundo y no temer a los monstruos.

»Echo de menos incluso las muecas que haces cuando no quieres responder a alguna de mis preguntas irritantes. Ojalá estuvieras aquí conmigo para ir a tomar un café o ir a comer algo de comida basura.

Gruñí. El picor era desesperante, insoportable. Quería quitarme esos tubos pequeños de la nariz. Quería dejar de sentir todo el dolor que sentía.

—¿Hannah? —preguntó una voz con esperanza, y luego, una silla rechinó.

El sonido me retumbó con tal fuerza en los oídos que quise gritar para que todo quedara en silencio. Era como si mis tímpanos amplificaran todo los ruidos que oía.

Hice un gesto de dolor cuando intenté fruncir el ceño. Tenía la piel tensa y apenas podía estirarla.

—¿Sabes qué? He conseguido una beca para ir a Francia, pero se la he cedido a Helena, la subdirectora. No te abandonaría por nada del mundo, eres mi hija. —Escuché con atención la suave y tranquila voz de aquella mujer que me hablaba e incluso dejé de pensar en el picor y el dolor que sentía—. ¿Qué clase de madre dejaría a su hija en el hospital? El doctor dice que era bueno hablarte, a pesar de tu situación. El cerebro de las personas en coma sigue activo, por lo visto. Así que solo espero que me estés escuchando, que luches por salir adelante.

Me dio otro apretón en la mano y sentí una vibración. Moví un dedo y sentí cómo toda la sangre circulaba por mis venas hasta llegar al índice de la mano derecha. Sin embargo, el movimiento fue muy sutil, apenas perceptible. Intenté abrir los ojos, esta vez, respirando con fuerza y tranquilidad, como si me despertara un día corriente. Me pesaban tanto los párpados como la primera vez que los había intentado abrir, así que me esforcé por hacerlo poco a poco.

—Richard es un buen doctor. Tiene esperanzas de que te recuperes. Si supieras todo lo que ha hecho por nosotras... Debes despertarte, Hannah. Y yo sé que lo harás.

Tomé aire tan profundamente como pude. El oxígeno se concentraba en mis pulmones. Lentamente, comencé a abrir los párpados entre gruñidos. Al principio, me costaba. Era como si me apretaran para que no lo hiciera, pero poco a poco mis ojos se acostumbraron al movimiento.

Ví una luz brillante y cegadora, demasiado vívida para unos ojos acostumbrados a las tinieblas, e, instintivamente, cerré los ojos. Entonces, parpadeé un par de veces con el ceño fruncido. Las pestañas bloqueaban una pequeña parte de los rayos de sol, o al menos eso creía que eran. Abrí los ojos por completo, intenté acostumbrarme a la iluminación e hice una mueca de dolor.

—¿Dónde estoy? —pregunté con voz ronca.

Me sentía perdida. La habitación era espeluznantemente blanca y tan solo veía luz.

—¿Hannah? ¡Oh, Dios mío! —gritó. El sonido me hizo estremecerme y querer alejarme de él, pero mi cuerpo se topó contra algo blando y suave—.

¡Dios! ¡Es un milagro! ¡No puedo creérmelo! ¡Doctor! ¡Doctor!

La mujer me apretó la mano de nuevo y contemplé cómo las lágrimas se arremolinaban en sus ojos. Poco a poco, la figura esquelética de la mujer se hizo más nítida y me di cuenta de que me sonreía, llena de felicidad. Seguidamente, me soltó la mano y se levantó.

—¡Hannah ha despertado! ¡Por favor, que venga alguien!

Corrió rápido y con torpeza hacia la puerta, tropezándose con sus propios pies.

—¿Qué? —preguntó una mujer algo desorientada, como si no comprendiera de qué hablaba la mujer que gritaba despavorida—. Eso no es posible...

—¡Por favor! ¡Llamad al doctor Richard! ¡Hannah ha abierto los ojos! ¡Ha vuelto!

La mujer hablaba con voz entrecortada y apenas se la entendía. Se movía de un lado para otro con el cuerpo completamente rígido. Entonces, se acercó a mí mientras se enjugaba las lágrimas que le humedecían las mejillas y la miré, confundida. No entendía nada.

—¿Dónde... dónde estoy? —Fruncí el ceño.

Hablaba como si estuviera borracha o drogada. Tenía retortijones en el estómago y me sentía adormilada. Fijé la mirada en una ventana grande que había detrás de la mujer, cubierta por una persiana de color blanca medio subida. Junto a la pared, debajo de la ventana, había un sillón de dos o tres plazas.

Recorrí la habitación con la mirada, inquieta. Entonces, vi cientos de cables y máquinas conectadas a más cables y tubos adheridos a mi cuerpo sudoroso. Una máquina mostraba los latidos de mi corazón y pitaba al compás. En la parte superior de la pantalla mostraba unos grandes números verdes y, en el centro, un par de líneas grandes que subían y bajaban sin parar.

Bajé la mirada. Estaba muy confundida.

La mayor parte de mi cuerpo estaba cubierto por una sábana delgada y blanca que me llegaba hasta el pecho. Estaba en una especie de camilla que tenía unas barreras de metal a ambos lados.

De repente, alguien entró en la habitación brillante con paso rápido y la respiración agitada. Lo ignoré durante unos segundos, con la mirada fija en unos cuadros colgados en la pared. Al lado de la camilla también había un

pequeño mueble con un ramo de flores de colores púrpura.

Gemí en silencio.

¿Por qué estoy en un hospital? ¿Qué ha pasado? ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué me siento tan cansada?

—¿Hannah? ¿Me oyes? —preguntó un hombre con voz grave y segura mientras caminaba en mi dirección.

A pesar de que era corpulento, se movía con agilidad. Llevaba una bata blanca y un estetoscopio colgado al cuello. Tenía los ojos abiertos como platos.

—Si no puedes hablar y la respuesta es sí, por favor, pestañea una vez —añadió, expectante.

Intenté contestar, pero no podía respirar y tenía la garganta seca, así que hice lo que me había pedido.

—¿Te sientes cansada? —preguntó mientras se quitaba el estetoscopio del cuello. Volví a pestañear y sentí que la columna vertebral me crujía—. Bien. Quiero que te quedes despierta y que me escuches con atención, ¿crees que podrás hacerlo?

Pestañeé de nuevo, esta vez más lento.

Miré a la mujer. Tenía el rostro distorsionado y sollozaba con las manos en los labios. Todavía no sabía quién era.

Me sentía totalmente perdida. Tomé aire y pedí lo que más necesitaba en estos momentos.

—Agua.

—¿Puedes hablar?

Entonces, cogió una especie de linterna pequeña y me iluminó los ojos para comprobar la dilatación de mis pupilas, o al menos eso creía.

—¡Oh, Hannah! —dijo entre sollozos la mujer, afligida.

Y entonces, en un instante, lo recordé todo.

Lo veía todo tan claro en la cabeza que no me quedaban dudas. Al principio, estaba aturdida. Los recuerdos me hacían sentir rara. Vi el rostro de Alex, el cuerpo inerte de Cara, el instante en que estuvo en mi casa justo antes de su muerte, el rostro brillante de Kate... Recordé la escena en la cafetería, el puñetazo que le di a Seth cuando Alex me poseyó. A George, tan frío y educado, las llamadas del asesino. Las manos de Eric en mi cuello y el paño

con cloroformo. Recordaba a mi madre con el bate lleno de sangre en las manos, a Rosie tendida en el suelo con una profunda herida en la cabeza y, entonces, intenté alejarme de aquel hombre sonriente y miré fijamente a la mujer que me observaba con ojos llorosos y rojos.

Era ella.

Era mi madre.

—Tú...

—¿La conoces? ¿Puedes decirme cómo se llama?

—Margaret... —dije con voz adormilada. La cabeza todavía me daba vueltas, pero ahora veía su rostro con claridad—. Margaret Reeve.

—¿Hannah? —Frunció el ceño, confundida—. ¿Qué pasa, Richard? ¿Por qué...?

El doctor alejó la linterna de mi ojo izquierdo y se separó de mí.

Quiero irme. No quiero estar aquí, con ella... ¿Qué está pasando?

—¿Te llamas Hannah? —preguntó con seriedad.

—Sí. Soy Hannah Reeve —confirmé sin mirar a mi madre. *A Margaret*—. Quiero irme, por favor.

Estaba adormecida y desesperada.

—¿Por qué? ¿Quieres que cierre la ventana? ¿Te molesta la luz? —preguntó el doctor Richard con la mirada puesta en la ventana iluminada.

Justo cuando se disponía a cerrarla, contesté:

—No. Quiere matarme.

Me ardían los ojos y las lágrimas se me arremolinaban en los ojos, sin embargo, no aparté la vista de mi madre, que me contemplaba con los ojos abiertos como platos. Luego, soltó un grito, aterrada, y dio unos pasos hacia atrás. El médico estaba tranquilo, pero me miraba con incertidumbre, como si intentara descifrar algo que nadie sabía. Los gimoteos de mi madre resonaban por toda la habitación.

No iba a caer en su juego. Estaba fingiendo.

—Hannah, yo no haría algo así. Nunca te haría daño —susurró mientras avanzaba vacilante. Daba la sensación de que realmente no sabía de qué hablaba. El doctor se hizo a un lado y le cedió el lugar.

Me cogió de la mano, pero yo retiré la mía en un movimiento rápido y brusco. La fulminé con la mirada, colérica, mientras ella me observaba con

curiosidad y pánico.

Intentó cogerme la mano de nuevo.

—No. Aléjate de mí —gruñí. Entonces, miré al médico con anhelo, esperando que él me ayudara a salir de aquí, a huir de mi despiadada madre —. Por favor, sáqueme de aquí.

—¿Emma? ¿Puedes dejarnos un momento a solas?

Mi madre no daba crédito a lo que ocurría, pero sabía que estaba actuando. Lo veía en sus ojos. Ocultaba que era una asesina y que lo más probable es que hubiera matado a Rosie.

—Yo no te haría daño. Eres mi hija. No sé qué está pasando, pero quiero que sepas que te quiero, Hannah —suplicó con los ojos hinchados y unos labios temblorosos.

Cerré los ojos y ladeé la cabeza para no ver su rostro enrojecido. El eco de sus pisadas resonó en la habitación y, después, oí como la puerta se cerraba.

—Voy a preguntarte algunas cosas, ¿de acuerdo?

Asentí.

—¿De qué color es tu cabello?

—Negro.

—¿Color de ojos?

—Azul.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Vas al instituto?

—Sí.

—¿Tienes alguna relación sentimental?

—Sí —respondí antes de darme cuenta de que eso no era cierto, pero estaba tan cansada que no me preocupé de rectificar la respuesta.

Quería levantarme de esa estúpida camilla e irme de aquí. Debía buscar a Alex.

—¿Recuerdas su nombre?

—Sí.

—¿Cómo se llama? —preguntó con seriedad.

Suspiré profundamente y entonces contesté:

—Alex. Alex Crowell.

—¿Va a tu instituto?

—Sí.

Cerré los ojos y me sumí en la oscuridad. Sin embargo, debía obligarme a abrirlos.

—¿Recuerdas la profesión de tu madre?

—Es la directora de mi instituto. ¿Puede darme agua, por favor?

Volvía a sentirme cansada y lo que menos quería era quedarme dormida. Ya no lo soportaba más, necesitaba agua.

Inhalé aire y esperé a que me hiciera una nueva pregunta. Parecía un buen hombre, sin embargo, no podía confiar en nadie. A veces, las personas te sorprenden. Él pareció dudar un poco, no obstante, se aclaró la garganta y prosiguió con el mismo tono serio:

—¿En qué año estamos?

¿Qué clase de preguntas eran esas?

—2014 —respondí con seguridad. Era diciembre. Recordaba la cena de Nochebuena.

Pero el médico negó con la cabeza y me corrigió:

—2015, Hannah. Has estado en coma más de tres meses. Estamos en marzo.

—¿Qué? ¡Eso no es verdad! —grité con voz aguda y con el ceño fruncido —. ¡No es cierto!

Por un momento, me olvidé de respirar. El electrocardiógrafo comenzó a sonar más rápido, mostrando en la pantalla mis pulsaciones aceleradas, y sentí una opresión en el pecho.

—Creíamos que no vivirías.

—¡No!

Traté de levantarme, pero pesaba demasiado como para hacerlo. Tampoco podía hablar bien, parecía una borracha.

—¿Qué hay de mi madre? ¡Ella mató a Alex y posiblemente también a Rosie! ¡He estado despierta todo este tiempo! ¿Cómo podría haber estado en coma? —pregunté, buscando la lógica de todo aquello.

—¿Alex es tu novio?

El aroma a medicamentos me invadió la nariz y, entonces, levanté la mano

con toda la fuerza posible y me arranqué los tubos de plástico que tenía en la nariz.

—¡Sí!

El doctor se acercó a mí sin decir nada. Parecía comprenderme. Miraba con atención el electrocardiógrafo y suspiraba con pesadez. Tenía unas oscuras ojeras que le hacían parecer bastante cansado.

¿Qué coño pasa? ¿En coma? ¿Eso no era verdad!

—Bien, Hannah, vamos a calmarnos. Acabas de despertar del coma. — Entonces, cogió los tubos de plástico y añadió con calma y amabilidad—: Vuelve a ponerte esto. Lo necesitas.

—¡Usted no lo entiende! ¡Es una asesina! ¡Debe llamar a la policía! ¡Por favor!

—Hannah —dijo una voz masculina suave al final del pasillo.

Reprimí un gemido y guardé silencio.

—¿Ha oído eso? Es Alex. Lo sé.

La cabeza me daba vueltas sin parar. Quería volver a escuchar esa voz.

El doctor me miró dubitativo, como si no comprendiera lo que decía.

—No. Quiero que te quedes aquí. ¿Vale?

Salió rápidamente de la habitación. Estaba tan concentrada en mantener la calma que no escuché lo último que dijo cuando llegó a la puerta. Su bata blanca rebotaba, iluminada por los rayos de sol.

Estiré las piernas y me crujieron todas las vértebras. Tenía todos los músculos tan tensos que me dolía hacer el más mínimo movimiento. Sin embargo, me obligué a sacar las piernas de la camilla y sentí de inmediato la brisa suave de la habitación.

—¿Alex? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

Mis piernas colgaban de la camilla blanca y, cuando me arranqué todos los cables de los brazos y el pecho, me bajé del colchón. Una tela delgada se pegó a mi cuerpo sudoroso. Enseguida, me di cuenta de que era lo único que llevaba puesto. No llevaba ropa interior. La bata me llegaba por debajo de las rodillas, aunque me cubría bastante bien y no se me veía nada.

Sentí el frío suelo bajo los pies.

El doctor Richard había desaparecido de la habitación.

—¿Alex? —pregunté de nuevo, con las piernas temblorosas. Me sentía

débil y cansada. Por un momento, la habitación dio vueltas, pero apreté los ojos y me estabilicé, aunque me sostuve con las barreras de la camilla para no caer al suelo.

No hubo respuesta.

El doctor entró por la puerta con una jeringa en la mano derecha, dándole pequeños golpecitos para que el líquido bajara y no quedara nada de aire dentro. Cuando percibió que algo iba mal, levantó la mirada. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Hizo un gesto de confusión y estuvo a punto de soltar la jeringa al suelo.

—¿Hannah? ¿Pero qué...? ¿Cómo te has levantado?

El médico caminó hacia mí y dejó la jeringa en la mesita que había a un lado de la camilla. El olor a medicina volvió a marearme, así que me sujeté todavía con más fuerza a los tubos de hierro.

—Ven. Vamos a la camilla —dijo mientras me cogía del brazo con delicadeza para que hiciera lo que me pedía.

—No.

Me liberé de su mano. Pero, entonces, sentí una ráfaga de aire frío que me recorrió todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Tensé la espalda y se me puso la piel de gallina. Casi no podía moverme.

Y, de repente, vi una sombra.

—¡Alex!

La sombra avanzaba sin detenerse, caminando hacia la puerta con agilidad. Solté la camilla, ignorando lo que el doctor decía, y seguí la sombra, pero avanzaba demasiado rápido. Aceleré el paso. Era como si solo yo viera esa sombra.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas? —preguntó una de las enfermeras cuando me vio salir de la habitación.

Me observaba con inquietud y el ceño fruncido. Me fijé en que tenía un moño, sin embargo, apenas le vi el rostro. Parecía que estaba detrás del mostrador de la planta del hospital en el que estaba. Llevaba un gorrito blanco en la cabeza, atado detrás de las orejas y un uniforme blanco resplandeciente y cegador. Seguí caminando tan rápido que se vio obligada a levantarse de la silla. Estaba concentrada en alcanzar aquella sombra que se escapaba, aunque oía los pasos veloces del doctor a mis espaldas.

—¡Hannah! ¡Para!

Pero no hice caso y eché a correr. Movía las piernas tan rápido que me dio un calambre en la pantorrilla derecha. Ignoré el dolor y continué, cojeando y con el corazón latiendo a todo trapo.

—¡Llame a seguridad! ¡Se nos escapa una paciente! —gritó el doctor a la enfermera mientras seguía corriendo detrás de mí.

Parecía que le costaba respirar cada vez más. Su pecho subía y bajaba con frenesí y la cara se le había empezado a poner roja. Poco a poco, disminuía la velocidad.

Con la vista fija en la sombra, giré a la derecha y me topé con un ascensor. Mi madre estaba sentada en una silla y, cuando me vio, se levantó de golpe, con los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

—¡Hannah! —masculló, horrorizada.

Se la veía tensa y se le marcaban todos los músculos bajo la camisa de manga larga abotonada que llevaba. Pasé por su lado y la evadí.

El aroma a café inundaba esa zona. Había dos o tres personas en el resto de los asientos. En cuanto me vieron atravesar el pasillo, se levantaron frenéticamente y me asustaron. Mi madre intentó detenerme y llegó a rozarme la mano, pero corría tan deprisa que le resultó imposible detenerme.

—¡Suéltame! —dije, empujándola con fuerza.

Dio un paso atrás y se tambaleó. Las piernas me pedían un descanso. Corría tan rápido que apenas sabía dónde estaba. Continué sin mirar atrás, con el cabello volando por los aires. De vez en cuando, algún mechón me golpeaba la cara y tenía que apartármelo. Cuando estuve a punto de llegar al siguiente pasillo, dos enfermeros con batas blancas y expresión de sorpresa se cruzaron en mi camino. Llevaban dos jeringas en las manos, listos para atraparme e inyectarme el líquido blanco que contenían.

Miré a mi alrededor, en busca de la salida más cercana, mientras escuchaba los sollozos de mi madre de fondo, que me pedía que me detuviera.

Temblaba inconscientemente. Los enfermeros me miraban ansiosos, esperando a que hiciera el más mínimo movimiento para atraparme. Me escudriñaban con la mirada sosteniendo en alto las jeringuillas entre sus dedos temblorosos.

Eran corpulentos y altos, así que podrían atraparme y detenerme fácilmente. Desvié la vista hacia la derecha y me encontré con otro enfermero,

que también sostenía una jeringa en la mano. Este era más flaco. Sin embargo, una enfermera se le unió rápidamente. Era la mujer que había visto en el mostrador y, para mi suerte, no llevaba una jeringa.

Comencé a entrar en pánico. Estaba agobiada, me sentía encerrada y amenazada, y no tenía escapatoria. Las personas que estaban sentadas observaban la escena justo detrás de los enfermeros, horrorizados y lanzando gritos angustiados.

«No voy a hacerles daño», dije para mis adentros. Lentamente, me giré a la izquierda. El olor a café empezaba a ser demasiado fuerte para mis pulmones. Exhalé profundamente con los ojos cerrados y, luego, eché otro vistazo a la izquierda, donde todavía no había ningún enfermero que pudiera detenerme. Aunque estaba segura de que venía de camino.

No.

—Hannah, no vamos a hacerte daño. Aquí estás a salvo —dijo el viejo y canoso doctor Richard a mis espaldas.

Visualicé la escena en mi cabeza. A mi madre junto a él, con el rostro enrojecido.

No me importaba lo que dijeran, ni siquiera que me amenazaran con aquellas jeringuillas. Solo me importaba Alex. Sentía un dolor horrible en el pecho y sabía que el daño que ellos pudieran hacerme no sería nada en comparación con el que sentía en esos momentos.

Estaba destrozada.

Entonces, vi que tenía un pequeño bisturí en la mano. ¿Qué...? Ni siquiera recordaba haberlo cogido.

Sin pensármelo dos veces, levanté la muñeca mientras sostenía el bisturí contra la piel.

—¡Dejadme pasar o me corto las venas! —amenacé.

Mi madre soltó un grito ahogado. Apreté el bisturí con más fuerza contra la muñeca y sentí como la pequeña y afilada punta de metal gélido se me clavaba en la piel. Gemí disimuladamente.

Escuché unos lloriqueos y algunos gritos, aunque intenté ignorarlos. No quería escuchar a esa mujer que decía ser mi madre. Los ojos me ardían y tenía la garganta seca, así que antes de hablar, tragué saliva:

—¡Lo digo en serio! —grité con una mirada iracunda. No era consciente

de lo que decía; ni siquiera sabía si me atrevería a hacerlo. Solo quería que se alejaran de mí.

Al ver que no retrocedían, clavé todavía más el frío metal contra la piel instintivamente y, de repente, una pequeña gota de sangre se deslizó por mi brazo. Desde el final del pasillo se oyó un grito ahogado.

—¡No!

—¡Lo haré si no me dejáis pasar!

Los enfermeros miraban a mis espaldas, a la espera de una señal del doctor Richard. En ese momento, llegó otra enfermera por el pasillo izquierdo para bloquearme el paso. Me miraba horrorizada y no pude evitar sentirme mal. Yo no quería hacerles daño. Solo quería ir tras Alex.

—¡Déjenla pasar! —dijo el doctor.

Los dos enfermeros se apartaron a un lado y me miraron con expectación. Parecía que esperaran a que el doctor les dijera de un momento a otro que me detuvieran. Sin embargo, no dijo nada.

Empecé a correr, todavía con el bisturí en la muñeca, ensangrentada. Me di cuenta de que no tenía una herida profunda en la palma. No parecía que me hubiera clavado ningún cristal. No había ninguna marca ni cicatriz.

No entendía nada de lo que ocurría. Recordaba haberme clavado un trozo de cristal el día de Nochebuena en la mansión de los Crowell...

Corrí hacia el ascensor, pero lo descarté rápidamente. Era muy mala idea. Me atraparían fácilmente, así que me decanté por la salida de emergencias. Entonces, alguien me dio un golpe en el brazo y caí al suelo.

—¡Joder! ¡Mira por dónde vas! —gritó una voz masculina.

Un chico de tez morena me miraba con sus ojos oscuros y profundos. Estaba fuerte y tenía un tatuaje en el brazo izquierdo, justo debajo del hombro. Su camisa negra se adhería a su cuerpo musculoso y hacía que se le marcaran sus fuertes pectorales y su torso plano y esculpido. Llevaba unos pantalones negros ajustados y el cabello despeinado, como Alex.

Me lanzó una mirada fulminante y ni siquiera se molestó en ayudarme a ponerme en pie. Levantó la vista y, cuando oí unas rápidas pisadas, caí en la cuenta de que los enfermeros ya me habían alcanzado.

—¡Jared! —gritó uno de ellos—. ¡Quítale el bisturí!

Uno de los enfermeros corría con agilidad hacia mí. El chico corpulento

que estaba frente a mí bajó la mirada y contempló mi muñeca ensangrentada. Frunció el ceño y le lancé una mirada lastimera, suplicándole que me ayudara a escapar. Intenté levantarme, pero fue imposible. Estaba débil y no podía moverme. El chico actuó rápido y, antes de darme cuenta, dio una patada al bisturí, que se deslizó por el suelo y quedó fuera de mi alcance.

—¡No! ¡Eres un estúpido! ¡Hijo de...! —El chico me cogió por los hombros y cargó conmigo. No parecía un enfermero—. ¡Quita tus asquerosas manos de mí! ¡Alex! ¡Alex, ayúdame!

Estaba furiosa y desesperada, y apenas podía respirar. Todos los músculos se me habían contraído y lloraba desconsoladamente. Sentía que el pecho me explotaría de un momento a otro. Unas terribles punzadas me hacían creer que iba a morir de dolor.

Cuando me levantó en brazos, pataleé con todas mis fuerzas y le golpeé las rodillas y los muslos, esperando que me soltara. Pero parecía una roca. Era como si nada pudiera detenerlo o hacerle retroceder. Por supuesto, era mucho más fuerte que yo.

—¡La tengo!

Gemí en silencio cuando me apretó el vientre con brusquedad sin querer y, de repente, me entraron ganas de vomitar.

—¡Suéltame!

—Bien hecho, Jared.

El doctor Richard se acercó a mí con la jeringa en las manos. Su pelo canoso había dejado de brillar. Había empezado a anochecer y el hospital se sumía en la penumbra.

—Vamos a dormirte un rato, Hannah —dijo con una sonrisa, como si nada hubiera pasado—. Estarás bien.

Dio unos golpecitos a la jeringa y la acercó a mi brazo derecho. Grité. Me sacudí para intentar esquivar la aguja, pero el tal Jared me aplastaba entre sus brazos y me obligaba a quedarme inmóvil.

—Estate quieta, preciosa. Nadie te hará daño —me susurró al oído.

No pude evitar estremecerme. Estaba tan cerca de mí que olía su colonia. Entonces, se me ocurrió algo. Le escupí en la cara, furiosa. Jared gritó y me soltó un poco. Entrecerró los ojos instintivamente. Sin embargo, no sirvió de nada. En menos de un segundo noté cómo la aguja me perforaba la piel.

El doctor me ofreció una mirada calmada y me sonrió con amabilidad para tranquilizarme.

Sentía que me quedaba sin fuerzas. Poco a poco, todo se volvió borroso y distorsionado. El sedante hizo efecto rápidamente y, por enésima vez, me adentré en la oscuridad, mientras unas voces resonaban a mi alrededor.

—Llévala a su habitación, Jared.

Aquello fue lo último que escuché.

Tenía los ojos cerrados y sentía otra vez que tenía unos tubos de plástico en mi nariz. Volvía a la vida de nuevo. Me reincorporé con facilidad, respirando frenéticamente el oxígeno que me llegaba a las fosas nasales. Estiré las piernas y moví los dedos disimuladamente. Quería abrir los ojos, pero una voz me detuvo.

—Tengo la impresión de que Hannah ha vivido una especie de vida paralela mientras estaba en coma.

La voz sonaba cansada y entristecida. Me encontraba mucho mejor. La cabeza ya no me daba vueltas. Me sentía ligera como una pluma, lista para elevame en el aire.

—¿Qué quiere decir, doctor? —preguntó mi madre—. ¿Por eso Hannah cree que soy una asesina?

Fruncí el ceño, confundida. ¿De qué hablaban?

—Sí. Hannah se ha imaginado una historia. No suele ser muy común, pero a algunos pacientes en coma les ocurre. Debo decir que Hannah me ha sorprendido. Había perdido toda esperanza de que se recuperara. Tres meses en coma es demasiado tiempo para haber sufrido un golpe tan leve.

Noté que una sonrisa se dibujaba en su rostro y que me miraba fijamente.

—Estoy orgullosa de ella.

—Lo sé, yo también lo estoy, Emma.

Oí un suspiro de fondo.

—¿Qué pasa con la historia que inventan?

—En su cabeza todo tiene lógica. Creen que han vivido algo que no ha sido más que una ilusión. El problema es que el cerebro se acostumbra rápidamente a esa rutina que imaginan y volver a la realidad siempre les resulta complicado.

—¿Y cómo puedo ayudarla? ¿Puedo ayudarla a recordar la realidad?

Sentía la tensión que había en la habitación. Sonaba tan preocupada que me hacía enfurecer. Estaba segura de que fingía.

—Claro que sí, pero necesitará ayuda psicológica. Te daré un número de una colega. Seguro que ayudará a Hannah.

—Gracias, doctor.

Parecía realmente agradecida y esperanzada.

Me humedecí los labios disimuladamente para que no me vieran.

—No hay de qué. Pero hay algo que debes saber. Hannah ha creado seres que no existen. Supongo que ahora creerá que son reales. Ha mencionado algo sobre un novio... Alex Crowell. ¿Lo conoces?

—No —respondió con rapidez y sinceridad.

Estaba realmente confundida.

Alex es real. Yo no he estado en coma. No podría haberme inventado algo así.

—No conozco a ningún Alex Crowell. Hannah no tiene novio. De lo contrario, me lo habría dicho.

Hubo un silencio incómodo. Luego, alguien se levantó de una silla o un sillón y aguanté la respiración, esperando que no descubrieran que estaba despierta.

—Estoy algo asustado por el estado de Hannah. Su reacción de hoy ha sido inquietante. Corría como si persiguiera a alguien... Lo has visto. Y ha intentado hacerse daño con el bisturí. Al principio creía que era una broma, pero al ver que sangraba sabía que algo iba mal.

—No sé qué decir... Estoy tan confundida, doctor. No puedo creer que le esté pasando esto a Hannah.

Abrí un poco los ojos. Estaban sentados en el sillón que había junto a la ventana, frente a frente. Mi madre tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas. Parecía tan perdida y confusa como yo. Tenía la falda arrugada, algo extraño en ella, y el cabello tan revuelto que parecía un nido de pájaros. El doctor Richard vestía todavía la bata blanca, aunque desabrochada, una camisa de color blanco abotonada hasta el cuello y unos pantalones negros perfectamente planchados.

—Me preocupa, Emma. Creo que Hannah sufre un trastorno grave.

—¿Es posible?

—Claro. Quizá haya influido algún factor genético.

—¿Qué tipo de trastorno?

Mi madre se pasó los dedos por las piernas y se secó el sudor de las palmas de las manos en la falda. Se la veía ansiosa.

—Lo cierto es que le he dado muchas vueltas. Al principio creía que era simplemente un efecto por haber permanecido tanto tiempo en coma, pero su comportamiento al despertar me ha hecho dudar. ¿No te has dado cuenta de que te ha llamado Margaret? Supongo que eso forma parte de la fantasía que ha fabricado. No estoy seguro de qué se ha imaginado, pero creo que es algo espantoso. —Hizo una pausa y tosió antes de seguir—. Y Alex... también es producto de su imaginación. No es real. A juzgar por su comportamiento, diría que Hannah sufre esquizofrenia.

—¿Esquizofrenia? —repitió, con los ojos abiertos como platos.

Sentí unos retortijones en el estómago y unas ganas tremendas de vomitar. Eso no podía ser cierto.

—La esquizofrenia es un trastorno mental grave, Emma. Deteriora la capacidad de las personas en diversos aspectos psicológicos como el pensamiento, la percepción, las emociones o la voluntad. Quienes la padecen tienen alucinaciones y un comportamiento social anormal.

—¿Por eso Hannah cree que soy una asesina?

—Sí.

—Oh, Dios —gimoteó y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo siento mucho.

Un sollozo dolido retumbó en las paredes y sentí que el corazón me daba un vuelco.

«No. No sientas lastima por ella. Está fingiendo».

—Debes tener cuidado. Las personas que sufren esquizofrenia tienen delirios y llegan a creer que todo el mundo está en su contra y, conforme pasa el tiempo, se aíslan del resto de la gente.

¿Qué?

—Pero se puede controlar con medicación, ¿no?

—Sí, pero no todos los fármacos tienen el efecto deseado. Depende del paciente. Algunos pueden llegar a ser perjudiciales. No puedo prometerte

nada. De todos modos, te daré el número de una colega y ella te lo explicará a fondo. Puede que mi suposición sea incorrecta. Habrá que hacerle un diagnóstico exhaustivo. Aunque me temo que lo más probable es que esté en lo cierto.

—Oh, doctor, muchísimas gracias. Dios, no puedo creer lo que está pasando. Hannah debería estar preocupada por las clases o por salir con sus amigos, no por lidiar con un trastorno como este. No sé cómo reaccionará cuando se lo diga.

Mi madre suspiró y se sorbió la nariz.

—Cuenta conmigo para lo que sea. Hannah estará bien. Tienes que confiar en ella.

—Lo hago, doctor. Lo haré.

¿Era cierto? ¿Tenía esquizofrenia? ¡Imposible! ¡Alex es real! ¡Los Crowell son reales! Lo más probable es que todo aquello no fuera más que una pesadilla.

Gemí sin darme cuenta. La sangre me hervía y la furia me recorría las venas. Estaba segura de que mentían. Querían que cayera en su trampa, pero no lo haría.

Pero ¿dónde estaba Alex? ¿Se había ido de verdad? ¿Acaso la sombra que había visto antes era él? ¿Por qué se había marchado? ¿Por qué me había dejado sola?

¡Esto no podía estar pasando!

—¿Hannah?

Noté que alguien se acercó a mi cama y abrí los ojos, fingiendo que me acababa de despertar. Debía idear un plan. No podría salir de aquí tan fácilmente.

—Por fin has despertado. —Mi madre se enjugó las lágrimas de las mejillas con un pañuelo y después me ofreció una sonrisa, como si no ocurriera nada extraño—. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

Miré sus ojos oscuros y vi en ellos ese brillo habitual... tan cálido. Su mirada destilaba bondad y dolor. Su preocupación era evidente. Se me partió el corazón.

Me observaba con dulzura. No entendía nada.

—¿Qué tal, Hannah? ¿Me recuerdas? —El doctor se levantó de la silla con dificultad y le crujieron los huesos ruidosamente.

—Sí —contesté con fingida despreocupación.

Pestañee un par de veces, me reincorporé en la cama y repetí en mi cabeza la palabra esquizofrenia.

—¿Te sientes cansada?

—No —respondí con sinceridad.

Richard avanzó hacia mí.

—¿Estás lista para volver a casa? —preguntó animadamente con una sonrisa en la cara.

—¿Habla en serio? ¿Podré irme a casa?

Estaba visiblemente emocionada. Casi sonreí. Si me dejaban volver a casa, podría huir más fácilmente. Mi madre me apretó suavemente la mano y, esa vez, no me aparté de ella.

Ya tenía un plan. Mi madre probaría su propia medicina.

—Claro, solo te haremos unos cuantos análisis y podrás irte cuanto antes. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

Mi madre dio un brinco y me sobresalté. Me soltó la mano y su calidez me abandonó repentinamente.

—Oh, casi lo olvido. Alguien ha venido a verte. No he podido resistirme a compartir la buena noticia. Dame un momento.

Se alejó rápidamente y caminó hacia la puerta con paso veloz. Lancé una mirada inquisitiva al doctor, que se encogió de hombros. Se alejó de la camilla y comprobó la máquina que estaba al lado.

—¡Eh, chicos! ¡Hannah ha despertado! —gritó mi madre, apoyada en la puerta.

A lo lejos oí unos gritos de júbilo que poco a poco se aproximaban a la habitación. No sabía de qué se trataba.

—Algunos de los estudiantes del instituto han venido a verte. Espero que no te moleste.

—¿Qué?

Un instante después, un grupo de chicos de mi edad entró en la habitación con ramos de flores y unos cuantos peluches en la mano. Entraron a

empujones, y rápidamente, se colocaron en un rincón de la diminuta habitación. Todos parecían felices y estaban sonrientes. Algunos de ellos me saludaron asintiendo con la cabeza, mientras que otros me felicitaban y me daban ánimos.

De repente, el cuarto estaba lleno de enormes globos de helio coloridos con forma de corazón y mensajes. Otra persona que no reconocía en absoluto llevaba también una caja de bombones de chocolate negro. Unas treinta personas habían venido a verme y una sensación de calidez invadió la habitación.

Tomé aire y sonreí de forma involuntaria. Estaba muy emocionada de ver a todos mis compañeros.

Por un instante, creí que volvía a ser la misma Hannah de siempre, la Hannah que no conocía a Alex.

Antes de que pudiera decir algo, vi a una persona asomarse por la puerta. Su rostro me resultaba tan familiar que lo reconocí al instante. Era Jared, el chico de cabello oscuro que tenía un tatuaje en el brazo izquierdo que me había impedido huir. Me observaba con una sonrisa divertida y burlona, y, entonces, me lanzó un beso.

—Dios.

Entre la multitud, había una chica con un enorme peluche que le cubría la cara. Cuando se acercó lo bastante a la cama, bajó el enorme oso de peluche y sonrió calurosamente. Tenía el pelo oscuro, tan largo como el mío, y unos ojos tan azules que me perdí en ellos.

Vestía una blusa de manga corta de color rosa con un dibujo de una flor en la parte delantera y unos pantalones ajustados.

Entonces, sonrió y sufrí una conmoción.

—¡Oye, ten cuidado! —gritó alguien al fondo cuando la chica que tenía delante de mí lo pisó.

Me quedé boquiabierta. Todo mi cuerpo se tensó como una piedra. Pestañeeé un par de veces; no podía creerlo.

—¡Hola, Hannah! ¡Soy Cara, tu amiga! ¡Bienvenida al mundo real! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 14

Me quedé petrificada. Tenía ganas de gritar, sin embargo, me quedé quieta y callada, observando su cuerpo delgado. Sus ojos azules brillaban expectantes, casi irreconocibles.

Se me formó un enorme nudo en la garganta y un terrible dolor se apoderó de mí. Me quedé inmóvil durante unos segundos, sin saber qué hacer.

¡Cara estaba muerta! ¿Qué hacía de pie, aquí? ¡Delante de mí! ¡Delante de todos!

Instintivamente, mi primera reacción fue gritar. Pensé en levantarme de la camilla y salir. Recorrí toda la habitación con la vista, inquieta, y me detuve en el florero de la mesita del hospital.

Deseaba que alguien me golpeará para dormirme de nuevo, para volver al lugar en el que estaba Alex. Me haría tan feliz.... Pero lo descarté. Era una estupidez golpearme con un jarrón de vidrio delante de todas esas personas. Pensarían que estaba loca. Y eso no formaba parte de mi plan. Así que me quedé callada, contemplando el rostro de todos los presentes en aquella habitación de hospital.

Fijé la vista en el pálido rostro de Cara, que me sonreía alegremente. Tenía los dientes perfectamente alineados y la camisa que llevaba se le pegaba a la cintura y le resaltaba las curvas.

Apenas podía respirar. Cara estaba muerta. Había visto su cuerpo tendido en medio de la calle y el gran charco de sangre a su alrededor. Recordaba el coche oscuro con el parabrisas roto. Los cristales que crujían bajo mis pies mientras corría hacia ella a toda velocidad. El funeral de Cara había sido real. No podía habérmelo imaginado. Era imposible que estuviera aquí.

Pero estaba frente a mí. Era increíble.

El calor subió hasta mis mejillas y me hizo sudar más de lo normal. Sentí una gran presión en el pecho, pero me esforcé por sonreír con delicadeza.

—Dios, estás aquí. No me lo creo... —dije, intentando no sonar demasiado sorprendida.

Suponía que eran tan ingenuos como para creer que mi emoción se debía a que había salido del coma. Ellos sonreían, como si eso ayudara. Estaba tan perdida, que apenas podía pensar ni hablar.

Joder. Había visto a Cara durante el funeral, dentro del ataúd. Recordaba las cuatro velas que lo rodeaban. Su rostro apagado, con los ojos cerrados y las mejillas tan blancas como la nieve. Las manos apoyadas en el vientre. Había sido testigo de cómo la enterraban en aquel pequeño agujero oscuro lleno de tierra húmeda. Era imposible que estuviera aquí. No pudo haber escapado. Había muerto.

¿Qué hacía aquí?

—Genial, me recuerdas —añadió, acercándose a la camilla.

—¿Cómo te sientes, Hannah? —preguntó alguien al fondo, casi gritando.

—Bien, supongo. El doctor dice que podrá darme el alta muy pronto.

—Te hemos traído algunas cosas. Teníamos muchas ganas de que despertaras —dijo Cara a mi lado y con una gran sonrisa en el rostro—. Sabíamos que despertarías.

Alguien tosió y reconocí de inmediato de quién se trataba. Era el doctor Richard. Nadie pareció prestarle atención. Seguían contemplándome maravillados. Lo cierto es que me agobiaba tener la atención de todas aquellas personas. Sus miradas penetrantes me incomodaban.

—¿Está Kate aquí? —pregunté rápidamente.

Eché un vistazo por la habitación, esperando encontrarme con la cabellera rubia de Kate. Sin embargo, no había ni rastro de la nueva capitana del equipo de animadoras. Ni de Karen, su mejor amiga. Ni de Seth. Ninguno de ellos estaba aquí.

Cara frunció el ceño y dijo entre risas:

—Creía que odiabas a Kate. ¿Por qué tendría que venir?

Estaba siendo sarcástica.

—No sé. Pensé que... —Tomé aire, sin saber que decir—. Da igual, creo que aún estoy algo mareada.

Resultaba extraño tener a Cara delante de mí.

Mi amiga negó, confundida, todavía sin dejar de sonreír.

—Creo que deberías descansar un poco, ¿por qué no nos vemos después? De todos modos, ya sabemos que sigues viva y que estarás con nosotros mucho más tiempo, ¿verdad, chicos? —dijo alto y claro para que el resto de los presentes la oyeran.

Los chicos que estaban detrás de ella sonrieron y aplaudieron, y sus palabras se perdieron entre el murmullo de la multitud. Entonces, el doctor Richard la interrumpió.

—La señorita tiene razón. Debes descansar. Tenemos que hacerte unos cuantos análisis y necesitamos que tengas energías. —El doctor se abrió paso entre mis compañeros del instituto—. Ya verás a tus amigos cuando tengas más tiempo.

Me ofreció una sonrisa y sus blancos y resplandecientes dientes quedaron a la vista.

Asentí con la cabeza.

—Está bien.

En el fondo sentía que había recuperado bastantes fuerzas y que estaba tan activa como un niño pequeño que quiere echar a correr, pero quería que me dejaran a solas. No tenía ganas de verlos. Tenerlos aquí me confundía y me hacía sentir que lo que había vivido no era más que un producto de mi imaginación.

—Gracias por venir, por preocuparos por mí. Lo aprecio de verdad.

Cara alejó las manos de las barreras de la camilla y sus huellas dactilares quedaron marcadas. Tenía los dedos muy pequeños y finos.

—Muy bien, pues... hasta pronto.

En cuanto Cara se alejó, suspiré profundamente y, después, volví a respirar con normalidad.

—No vuelvas a dormirte, Bella Durmiente. Ningún príncipe vendrá a despertarte.

En realidad sí, Cara. Solo que tú no lo sabes.

—Nos vemos, Hannah —dijo alguien.

—Cuídate. Te llamaremos, ¿de acuerdo?

—Vale, gracias por venir —respondí a una chica de cabello rojizo.

Al instante, pensé en Sarah. Si realmente había intentado matarme debería estar en la cárcel.

En cuanto saliera del hospital, llevaría a cabo mi plan. Lo primero que haría sería ir a la mansión de los Crowell.

—Adiós, Hannah —se despidió alguien en un tono optimista.

La habitación empezó a parecer más grande a medida que los chicos se iban. Uno de ellos pasó los globos que tenía en la mano a Cara y me sonrió.

—Gracias por venir a verme.

El chico asintió y se marchó junto al resto de personas. Cuando consideré que ya no me prestaban atención, observé a Cara, que había empezado a atar los globos a la camilla. Movía los dedos con evidente nerviosismo. Forzó una sonrisa. Era evidente que estaba incómoda.

—¿Va todo bien?

Cara asintió con inquietud mientras terminaba de anudar las tiras de los globos a las barras de la cama.

—Sí, todo bien. —Me observaba con lástima, como si necesitara que me ayudara—. Me alegro de que estés aquí.

Por un momento, quise levantarme de la camilla y abrazarla. Acurrucarme en su pecho y llorar con fuerza. Cara era mi mejor amiga, y cuando me enteré de que murió, sentí que una parte de mi mundo se había venido abajo.

Sin embargo, otra parte de mí me decía que no debía confiar en ella. ¿Acaso era un fantasma y todos la veían?

No sabía qué pasaba, pero sí estaba segura de que algo iba mal. Algo dentro de mí me decía que lo que había vivido era real. Si estaba en lo cierto, eso significaba que Cara era una traidora, la cómplice de mi madre. No debía creer nada de lo que dijera. Ni pensarlo.

Entonces, recordé sus últimas palabras y fruncí el ceño.

—¿De qué hablas? No me he movido de esta cama en meses, ¿no? —dije con naturalidad. No quería parecer una chiflada.

Ella se tambaleó y soltó uno de los globos de gas. Luego se sacudió ligeramente y, con la mirada fija en mí, asintió con firmeza.

—Sí, claro. Te veré pronto, ¿de acuerdo?

Me ofreció una sonrisa temblorosa.

—Claro.

Entonces, Cara se despidió de mí y salió disparada de la habitación.

—Siento no haberte avisado, pero llevan aquí desde ayer y no podía hacerlos esperar —dijo mi madre mientras caminaba hacia mi camilla.

Todavía tenía los ojos rojos e hinchados, y no podía evitar sentirme mal por ella.

—Está bien, mamá. No pasa nada.

—¿Qué te parece si te hacen los análisis mañana mismo para que puedas irte a casa cuanto antes?

—Nada me alegraría más.

De repente, sentí un escalofrío que me recorría la piel al recordar las palabras del doctor. «A juzgar por su comportamiento, diría que Hannah sufre esquizofrenia». Por un momento, creí sus palabras. Era incapaz de detener el eco, que resonaba una y otra vez en mi cabeza. Era como si una parte hubiera de mí desistido. Cerré los ojos con fuerza. No debía pensarlo; no debía creerlos. Tenía que investigar lo que había sucedido y proseguir con mi plan.

Así que me dije que nunca más confiaría en nadie. Ni siquiera en mí misma. Aunque todavía creía en Alex. Sabía que él era real.

Estaba sentada en la camilla, balanceando los pies hacia delante y hacia atrás. Estaba vestida con mi ropa. Eso me hacía sentir libre en cierto modo. Llevaba una blusa de tirantes de color blanco con un suéter de algodón del mismo color y unos pantalones holgados. Debía de haber perdido por lo menos cuatro o cinco kilos.

Esperaba que el doctor Richard entrara en cualquier momento en la habitación y me diera la buena noticia. Él era el único que podía darme el alta, así que estaba ansiosa por ver su cuerpo rechoncho y su cabellera canosa.

Estaba inquieta y movía los ojos de un lado a otro por la habitación en la que había estado más de dos semanas desde que desperté. Estaba harta de tantos análisis.

Habían sido las dos semanas más duras de mi vida, principalmente, porque no había visto a Alex ni una sola vez. Era como si no existiera, como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra, y eso me asustaba.

Últimamente, había estado vomitando todas las noches. Mi madre siempre

me sostenía el pelo y me apretaba la mano libre para tranquilizarme. También había tenido pesadillas durante la primera semana. Me despertaba cada dos por tres sobresaltada y gritando, despavorida.

Había perdido toda esperanza de verlo y, sinceramente, había comenzado a creer que las suposiciones del médico eran ciertas. Pero, entonces, ocurrió algo extraño y fantástico. Alex se me apareció en sueños con esa sonrisa tierna que lo caracterizaba. No me dijo nada, ni siquiera se acercó a mí, pero me observaba con una mirada misteriosa, como si intentara decirme algo.

En realidad, en el sueño Alex era una especie de sombra. Al despertar supe que intentaba decirme algo, pero no lograba descifrarlo.

Alex estaba apoyado en una puerta, en silencio y totalmente inmóvil. Lo primero que me vino a la cabeza es que Alex quería que fuese con él, aunque no sabía dónde estaba. Todo estaba distorsionado y borroso. Parecía que quería que fuese a un lugar en el que había una puerta, pero... ¡todos los sitios tenían puertas!

Quería llorar y quedarme encerrada en la habitación hasta que Alex volviera. Estaba deprimida. Y lo que más me dolía era que tenía que ocultarlo para que nadie se diera cuenta de que todavía creía que lo que había vivido era real.

—Buenas noticias —dijo el doctor, interrumpiendo mis pensamientos.

Llevaba la bata abrochada y sostenía en las manos una carpeta con un montón de hojas. Mi madre dejó su teléfono en el sillón y fijó la vista en la carpeta.

—Hannah puede irse a casa. Le hemos dado el alta. Solo hay que firmar unos cuantos papeles.

Sonreí involuntariamente, sintiendo un alivio increíble en mi ser. Todo mi cuerpo empezó a relajarse.

Richard le entregó los documentos.

—Genial.

Estaba tan ansiosa por salir del hospital que ni siquiera presté atención a lo que mi madre estaba firmando.

—Me alegro mucho de que te hayas recuperado. Te has esforzado muchísimo.

Mi madre le entregó la carpeta con los papeles firmados.

Observé al doctor Richard y no pude evitar sentirme agradecida. Había pasado tanto en tan poco tiempo en esta habitación que me daba algo de pena irme. Él me había ayudado mucho.

En un par de ocasiones lo había oído decir a mi madre que no estaba seguro de que tuviera esquizofrenia, aunque sí le recomendaba que me llevara al psiquiatra. Se había portado de maravilla conmigo y le estaría eternamente agradecida.

—Gracias, doctor.

Sentí que las lágrimas se arremolinaban en mis ojos.

Entonces, el móvil de mi madre empezó a sonar. Al cabo de varios segundos, dijo:

—Perdón, tengo que responder esta llamada. Enseguida vuelvo.

Salió de la habitación. El taconeo de sus zapatos resonaba por todo el lugar. La verdad es que tenía mejor aspecto. Se había duchado, llevaba un atuendo impecable, con la falda completamente planchada, y lucía un moño perfecto.

—Doctor, ¿quién era el chico que me atrapó cuando intenté escaparme? Creo que se llama Jared —pregunté, intentando no demostrar demasiado interés.

—Ah. —Sonrió y levantó las cejas con complicidad y picardía—. Acaba de llegar. Antes vivía con su madre, pero tuvo una serie de problemas y decidimos que era buena idea que pasara un tiempo conmigo. ¿Qué pasa con él?

—Nada —contesté, vacilante—. Era solo curiosidad.

—Puedo darte su número de teléfono, si es lo que quieres —agregó en un tono burlón.

Grité para mis adentros y me ahogué con mi propia saliva cuando intenté tragar.

—¡No! —exclamé, sofocada.

Estaba horrorizada y notaba como se me enrojecían las mejillas. ¡No era eso en lo que pensaba! ¡No estaba interesada en él!

Me aclaré la garganta, recuperando mi postura relajada y suspiré.

—Solo me interesaba saber qué hacía por aquí.

—Viene de vez en cuando al hospital a hacer servicio social. Le viene

bien.

—¿Por qué?

El doctor suspiró. Parecía que le hubiera pedido que me contara la peor experiencia de su vida. Entonces, resopló una vez más y negó con la cabeza, algo entristecido.

—Jared es un chico... problemático, Hannah. Saca unas notas pésimas, suspende muy a menudo. Siempre estoy recibiendo llamadas y cartas del instituto. Jared participa en peleas callejeras y en carreras de coches para ganar dinero, así que, si no quieres salir con un chico así, te recomiendo que te mantengas alejada de él. Eres una chica muy lista y guapa, y te mereces a alguien que te haga feliz. Jared no es una persona de fiar.

Sus ojos se volvieron oscuros durante unos momentos. Luego, se sacudió y me ofreció una mirada afectuosa.

—Nadie lo es, doctor —susurré cuando mi madre entró a la habitación.

Tenía una amplia sonrisa en la cara. No pude evitar pensar que fingía.

Por fin estaba en casa. Todo, absolutamente todo estaba en su lugar. Me sentía vacía. Como si estuviera en un agujero profundo y oscuro del que no podía salir. Era como si hubiera un hueco dentro de mí. Como si todos los órganos, los huesos e incluso los músculos hubieran abandonado mi organismo, dejándome sola y a mi suerte. Había intentado llamar a Alex todos los días, constantemente. No dejaba de pensar en él.

Pero nunca respondía. Tenía la sensación de que no volvería. Y eso hacía que me sintiera abandonada, indefensa y vulnerable.

Las lágrimas me humedecían las mejillas y sollozaba contra la almohada, sofocándome a mí misma, con la cara enterrada en la almohada. Estaba en mi cuarto. En Seattle. En mi casa. Todo parecía echar por tierra mi historia y no podía evitar sentirme más y más confundida.

Chillé en silencio. Estaba tan asustada de lo que podía pasar que me negaba a moverme de aquí. Llevaba una semana llorando sin parar, alejándome de todo el mundo y fingiendo estar cansada y enferma.

Pero no era así.

Sentía un fuerte dolor en el pecho, como si me clavaran espadas por todas partes, llegando hasta lo más profundo de mi ser, hasta el corazón, partido y

desmoronado. Respirar se había convertido en una tarea difícil. Apenas podía moverme y formular palabras coherentes. Me comunicaba con monosílabos.

No había hablado con nadie, ni siquiera con Cara. Había evitado todo tipo de contacto físico con las personas para evitar que me vieran así.

Cara insistía en que debíamos salir a algún lado, pero yo me negaba. No podía. No quería. No sería capaz de consolarme. Necesitaba a Alex, pero se había ido. No tenía nadie con quien hablar o con quien bromear. Ni siquiera pensaba en mi bienestar, lo cierto es que no me importaba. Y sonaba ridículo. Lo sabía. Sabía que me comportaba como una niña caprichosa. Pero, simplemente, no podía superarlo. Despertar en la cama del hospital, con todas aquellas vías y aquellos cables había sido una experiencia abrumadora y agobiante.

Me levanté de un salto y me quedé contemplando la nada. Me dolían los ojos.

—Basta, Hannah. Llorar no te servirá de nada —dije en voz alta—. Tienes que hacer algo.

Entonces, eché un vistazo a mi ordenador, encima del escritorio de madera blanca y caminé hacia él. Si Alex era real, entonces el mensaje que me había enviado debía de seguir ahí, ¿verdad?

Caminé sigilosamente mientras me enjugaba las lágrimas con mi suéter naranja. El tejido era áspero y estaba completamente húmedo por culpa de mi llanto. Me senté en la silla y encendí el ordenador. Unos segundos después, apareció la pantalla de inicio. Esperé unos momentos a que el explorador se cargara para entrar en internet.

El fondo de pantalla era una imagen de un castillo. No estaba segura de cómo había llegado ahí.

Suspiré e hice clic en el enlace a la página de Facebook. Pulsé «Iniciar sesión» y mi perfil se abrió automáticamente.

Los dedos comenzaron a sudarme sin parar y el teclado se empapó en un instante.

Tenía más de cien mensajes. Abrí el primero. Como sospechaba, todos eran mensajes de mis amigos, que me daban ánimos para que me recuperara pronto. Todos estaban plagados de *smilies*.

Entonces, recordé que había recibido el mensaje hacía menos de un mes... Bueno, si tenía en cuenta que había estado más de tres meses en coma, había

pasado más tiempo...

Eché un vistazo rápido a todos los mensajes. Eran más de lo mismo, así que los ignoré. Solo me importaba encontrar un mensaje. Deseaba con todas mis fuerzas encontrarlo.

Crucé los dedos de la mano izquierda y con la mano derecha bajé el cursor por la pantalla. Había recibido mensajes de personas que ni siquiera conocía. Al ver que el nombre de Alex no aparecía, comencé a asustarme. Estaba decepcionada.

El mensaje de Alex no aparecía por ninguna parte.

Reprimí un gemido frustrado y me recosté en el escritorio. ¿Quién pudo haber borrado los mensajes? ¿Mi madre? ¿Alex, tal vez? Negué con la cabeza y me levanté de nuevo. No podía darme por vencida.

Intenté buscar su perfil en el buscador de la página, pero cuando tecleé su nombre, me horroricé. No tenía ningún amigo que se llamara Alex Crowell. No había ningún mensaje.

«Mi madre», pensé. Quizá había entrado en mi perfil y había borrado los mensajes, pero ¿cómo? Sin embargo, ni siquiera sabía mi contraseña. Y siempre, siempre respetaba mi privacidad. ¿Quién podría haber sido?

Cerré la sesión y abrí una nueva pestaña en el explorador. Tecleé en la barra de búsqueda «Familia Crowell». En cuanto hice clic, aparecieron un montón de resultados y comencé a leer los encabezados de las primeras páginas.

Pero, entonces, cuando hice clic en una de ellas y vi fotos de una familia oriental, cerré la página de inmediato.

Y así me ocurrió con todas las páginas, una tras otra. No encontraba nada sobre la muerte de Alex y su misteriosa familia. Parecía que no existieran. Estaba realmente frustrada.

—¿Hannah? ¿Estás ahí? Recuerda que hoy vuelves al instituto. —Me sobresalté. Lo había olvidado completamente—. Y ya llegas tarde.

Me aclaré la garganta y me sequé los ojos.

—¡Bajo en cinco minutos! ¿De acuerdo?

Me levanté tan rápido de la silla que estuve a punto de tropezar y caer al suelo.

Al cabo de un rato, suspiró y, finalmente, contestó:

—Date prisa. Ya has perdido el autobús. Tendré que llevarte en coche. Voy arrancándolo.

Corrí hacia el armario y me puse lo primero que vi. Tomé una chaqueta de cuero negro y una blusa de color blanco sin estampados, unos pantalones gastados y rotos de color negro y me vestí rápidamente. Después, busqué unos zapatos cómodos y decidí calzarme mis zapatillas blancas. Estaban desgastadas y sucias, pero a mí me gustaba llevarlas así.

Corrí hacia el baño y me lavé la cara con agua fría. En cuanto levanté la mirada para verme en el espejo, suspiré y dije:

—Mierda.

Estaba hecha un desastre. Tenía los ojos tan rojos e hinchados que el maquillaje no serviría de nada. Me cepillé el pelo y me lo dejé suelto. Entonces, abrí el armario que había sobre el lavabo y saqué todos mis productos de maquillaje.

Me puse una cantidad increíble de polvos en la cara, intentando camuflar las oscuras ojeras que tenía. Luego, me pinté las pestañas con rímel y me miré en el espejo.

Mucho mejor. Las ojeras casi habían desaparecido.

—¡Hannah! ¡Vamos!

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

Debía fingir para que no descubriera que estaba investigando sobre la familia Crowell, y eso implicaba comportarme con ella como siempre lo había hecho.

Me lavé los dientes con rapidez y me enjuagué la boca a la velocidad de la luz. Luego, me pinté los labios con un poco de brillo y salí disparada de la habitación.

Con la mochila colgada de los hombros, bajé las escaleras de dos en dos y, cuando llegué al último escalón, me pellizqué las mejillas para darles color. Fui hasta la cocina tropezando con mis pies y tomé una manzana roja que había sobre la mesa. Cuando salí de casa, mi madre ya estaba dentro del coche.

Entré antes de que ella me gritara de nuevo.

—Llegamos muy tarde, ponte el cinturón —ordenó mientras quitaba el freno de mano y metía la primera marcha.

No hablamos nada durante el trayecto y en menos de diez minutos ya estábamos en el instituto. Los chicos miraban asombrados el coche. Me contemplaban con los ojos abiertos, sin comprender qué pasaba. Me sentía tan incómoda que me hundí en el asiento del copiloto para esconderme de sus miradas.

Sería un mal día. Lo presentía.

—Te veré luego, ¿de acuerdo?

Aparcó el coche en su plaza y apagó el motor.

—Puedo regresar yo sola, mamá —contesté, intentando sonar irritada.

—Pero yo puedo llevarte a casa, no quiero que tengas otro accidente. Ahora que te tengo de vuelta, tengo que cuidarte y protegerte.

Miré hacia la ventana, apartando la vista de ella.

—¿Aquí a las tres?

—Sí.

—Está bien, te veo aquí entonces.

Me colgué la mochila a los hombros y me dispuse a salir.

—Que tengas un buen día.

Salí del coche y reprimí un suspiro ahogado. Parecía que no había estado aquí durante mucho tiempo. Era como si hubiera estado fuera durante una década y me sentía observada por miles de personas que apenas conocía.

—Tú también.

Cerré la puerta y caminé hacia la entrada.

Una vez dentro del instituto, contemplé los pasillos. Tenían el mismo aspecto de siempre. Las paredes seguían siendo blancas y tenían esas líneas azules horizontales. Caminaba con agilidad. No quería toparme con alguien y tener que explicar todo lo ocurrido y sonreír dolorosamente durante varios minutos.

Entonces, oí que alguien murmuró algo y todos fijaron la vista en mí. Me detuve de golpe, sin atreverme a mirar a nadie a los ojos. Recorrí la mirada inquieta por el pasillo y grité para mis adentros. Quería volver a casa y llorar desconsoladamente durante todo el día. Sentía que se burlaban de mí.

Tragué saliva y sentí un dolor fuerte en el estómago, como si me hubiera comido la manzana roja demasiado rápido. Me quedé sin aliento.

Las chicas me miraban con curiosidad y con desprecio al mismo tiempo

desde las taquillas. Iban perfectamente peinadas en comparación conmigo, e incluso sus ropas eran mejores que las mías. Me arrepentí de no haber elegido un atuendo mejor. Seguro que parecía una vagabunda. Un grupo de chicos a mi derecha susurró algo que no logré escuchar y rompió a reír en cuanto pasé junto a ellos.

Me ruboricé.

—¡Eh! ¿No es la chica que ve fantasmas, Jared? —preguntó un chico con una cínica sonrisa.

Entonces lo vi entre la multitud.

Tenía el pelo oscuro y pecas en las mejillas, y vestía una chaqueta negra de cuero y unos pantalones negros ajustados que le sentaban muy bien. Era alto y robusto. Tenía unos músculos perfectamente marcados y una sonrisa torcida. Estaba rodeado de dos chicas, que me observaban con malicia.

¿Jared? ¿El mismo Jared del hospital?

—Exacto, Max.

Una chica de cabello rojo hasta la cintura se aferraba a él sensualmente. Tenía unos labios rojos y gruesos, y los pechos enormes. Jared la acercó a él, sin dejar el más mínimo espacio entre ellos.

Ví claramente el tatuaje que tenía en el brazo izquierdo. Una calavera. Tenía el pelo despeinado y, aunque me costaba admitirlo, era muy atractivo. Sin embargo, parecía un imbécil. Las chicas lo contemplaban mordiéndose el labio, pero él las ignoraba. Solo me prestaba atención a mí. Me miraba fijamente a los ojos con prepotencia.

Joder. Él lo sabía todo.

—Así que eres la chica esquizofrénica, ¿eh? —preguntó con arrogancia el tal Max.

Las chicas comenzaron a babear en cuanto abrió la boca. Giré la vista y puse los ojos en blanco.

—¿Y a ti qué te importa?

Lo fulminé con la mirada y, al segundo, me arrepentí de mis palabras. Quería salir de allí. Defenderme solo empeoraría las cosas. Lo mejor que podía hacer era ignorarlos.

—Cuidado, chicos. Los esquizofrénicos pueden ser peligrosos —se burló Jared.

Me detuve de nuevo. El corazón me latía a toda velocidad. Quería darles una paliza a todos, pero decidí que era mejor controlarme, así que inspiré profundamente.

—Yo no tengo esquizofrenia —contesté con el ceño fruncido. Me sentía impotente y estaba muy nerviosa.

Jared rio con fuerza.

—Me lo dijo mi padre. Además, yo lo vi. Intentaste suicidarte. —Me ofreció una sonrisa burlona y arrogante.

La sangre me subió hasta la cabeza y enrojecí. Estaba furiosa. Apreté los puños y espeté:

—¿Por qué no te callas? Tú no sabes nada.

Recé porque algún profesor me rescatara. Sentía que iba a explotar. Tenía los músculos tan rígidos que apenas podía moverme.

—¿Por qué no nos dices cómo se llama ese novio tuyo que no existe? —Esbozó una amplia sonrisa—. ¿Cómo se llamaba? —Levantó la barbilla y fingió dudar durante un momento. Entonces, añadió con sorna—: ¿Alex? ¿Alex Crowell?

—¡Cállate!

—Así que Alex, ¿eh? —repitió. Todos soltaron unas risitas estúpidas.

—Basta.

La cabeza me daba vueltas y trataba de controlarme con todas mis fuerzas. Gimoteé en voz baja y cerré los ojos para respirar con tranquilidad, pero perdí la cordura. ¡Nadie podía hablar mal de Alex! ¡No delante de mí!

—No. —Jared se alejó de la chica pelirroja—. Todo el mundo debe saber la clase de persona que eres.

Más alumnos se reunieron a nuestro alrededor. Todos nos observaban a Jared, a Max y a mí con atención.

—Soy una persona normal, Jared. No saco malas notas ni participo en carreras de coches ilegales para escapar de mi asquerosa vida, como tú.

Max puso los ojos como platos, mirando con expectación a Jared.

Él apretó la mandíbula y dio un paso hacia mí.

—¿Qué? ¿Tú qué sabes de mi vida, niñata?

Me quedé inmóvil. Jared quería intimidarme, pero yo no retrocedería. Oculté mi nerviosismo y levanté mi barbilla, segura de mí misma, o, al menos,

intentando parecer que lo estaba. El pasillo estaba cada vez más silencioso y el ambiente era tenso. Lo reté con la mirada, temblando por dentro.

¿Por qué nadie hacía nada? ¡Eran dos chicos contra una chica!

—¿Y tú qué sabes de la mía? —contraataqué.

Max cogió a una de las chicas junto a ellos por la cintura, contemplando con diversión la escena.

«Genial. Ahora soy la chica esquizofrénica».

Era lo que me faltaba. Mi vida se había vuelto impredecible.

—Bastante más que tú por lo visto —declaró con la barbilla bien alta y la mandíbula apretada.

Se le marcaban todas las venas de los brazos. Estaba muy furioso.

Estaba segura de que el doctor Richard no le habría dicho nada. No podía haberlo hecho.

—¿Sabes qué? Tú y tu amiguito os podéis ir a la mierda. No me importa lo que digáis.

Resoplé y sonreí. Me sentía orgullosa de mí misma.

—Cuidado con lo que dices. No sabes con quién te metes.

Jared frunció el ceño y se humedeció los labios con la lengua. Entonces, dio otro paso, acercándose todavía más.

—Qué irónico. Acabas de decir que las personas esquizofrénicas son muy peligrosas. Así que creo que el que debería tener cuidado eres tú. —Hice una pausa dramática y los observé. Estaban visiblemente asustados—. ¿Y sabes qué? Lo cierto es que tengo ganas de verte sufrir.

Hasta yo misma me asusté de mis palabras, pero no retrocedí. Jared tampoco. Max, por el contrario, se acercó más a la chica que había a su lado, con el rostro serio.

—¿Qué nos harás? —me retó Max, que me miraba fijamente. Luego dio un brinco hacia atrás y levantó las manos en el aire, fingiendo que temblaba y con cara de horror—. ¿Acaso también tienes telequinesis, Hannah?

Realmente me estaban sacando de mis casillas.

—No seas idiota, Max. —Sonreí y solté una risita desquiciada—. Si tuviese telequinesis, haría que ese reloj que hay en la pared, encima de ti....

Max levantó la mirada, aterrorizado.

—Haría que te cayera en la cabeza —finalicé.

Algo cayó al suelo. Se oyeron unos cuantos gritos ahogados y, luego, un estruendoso ruido resonó por las paredes paralelas del pasillo del instituto. Di un paso hacia atrás, instantáneamente. Apreté los ojos y los volví a abrir. Max estaba en el suelo. El reloj, que hasta hacía un momento colgaba de la pared, le había caído en la cabeza. Por suerte, no le salía sangre.

Estaba en estado de *shock*.

¿Qué demonios había pasado?

—¡Max! —gritó Jared sin moverse.

Estaba tan estupefacto como el resto de los estudiantes. Las chicas que estaban junto a Max estaban misteriosamente ilesas, aunque chillaban sin parar con la mirada puesta en el cuerpo inmóvil de Max.

Grité.

—Tú. —Jared me señaló, iracundo, y di un paso atrás. Daba miedo—. Has sido tú.

—¡Yo no he hecho nada! —contesté con sinceridad.

Era verdad. Solo había sido una coincidencia, ¿no?

—Todos lo han visto, ¿cómo puedes acusarme? —murmuré dando otro paso hacia atrás.

Jared me miraba en silencio. Sabía que decía la verdad. No había sido yo.

—Pero hemos oído lo que has dicho.

Dio una zancada y, en menos de un segundo, estaba frente a mí. De repente, parecía mucho más fornido. Tenía unos hombros tan anchos que con solo abrazarme me asfixiaría al instante.

—¡Llamad a la enfermera! ¡No reacciona!

La chica a la que Max había cogido por la cintura estaba en el suelo junto a su cuerpo, gritando con angustia y contemplándolo horrorizada.

Suspiré.

Tenía que irme. Debía salir de aquel lugar. Pensar en lo sucedido. Analizarlo. ¿Cómo podía haber ocurrido? No tenía explicación.

—Vas a pagar por esto, Hannah Reeve.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté abriendo los ojos con suma confusión, y retrocedí.

—Por tu expediente médico. ¿Con quién crees que hablas, niñata?

Tenía los ojos cada vez más oscuros y parecían inyectados en sangre. Sin duda, me intimidaba.

—No he hecho nada.

Todos se alejaron de nosotros y se acercaron a Max. Sabían que Jared no me pegaría. ¿Por qué debía hacerlo?

Aunque sabía que si hubiese sido un chico, ya estaría tirado en el suelo con la nariz llena de sangre. El doctor Richard tenía razón, debía alejarme de los chicos como Jared. Y él era tan... arrogante y presumido que sería capaz de hacerme cualquier cosa. Solo me traería problemas.

—De todos modos, lo siento, ¿de acuerdo? —me disculpé para no tenerlo de enemigo. Él frunció los labios—. Siento lo de Max.

—No tienes que disculparte. Quien comete un error, paga por él. Y tú vas a pagar por ello.

Entonces, justo cuando estaba a punto de cogerme entre sus brazos, cayó al suelo misteriosamente. Ni siquiera me llegó a rozar. Todos los que estaban alrededor de Max se sobresaltaron por el estruendo y yo gemí en silencio y me alejé.

Jared levantó la vista, eufórico.

—Tú...

Antes de que pudiera levantarse, salí corriendo del instituto, alejándome de los cientos de personas que me seguían con la mirada. Miré hacia atrás un momento y vi que Jared no dejaba de soltar maldiciones, pero estaba demasiado lejos de él como para que me alcanzara.

Corrí más deprisa, aun sabiendo que nadie me seguía. El viento me golpeaba el rostro y hacía que el pelo me volara por los aires. Era ágil, así que me moví rápido y veloz, aunque apenas me detuve a tomar aire. Respiré por la nariz y solté el aire por la boca solo un par de veces, liberándome de toda la tensión. Zigzagueé por el aparcamiento esquivando todos los coches. Escuché a lo lejos el timbre del instituto, muy tenue.

Me detuve en uno de los coches y me apoyé con el brazo. Las rodillas me flaquearon durante unos segundos y me flexioné, con la otra mano apoyada en una rodilla. Necesitaba aire. Mi pulso era inestable y la sangre me recorría las venas a toda velocidad. Estaba exhausta.

Entonces, recuperé la compostura, miré a mi alrededor para comprobar que nadie me seguía ni me observaba. Me sequé las palmas de las manos,

llenas de sudor y, acto seguido, comencé a caminar hasta la avenida más cercana del instituto para coger un taxi y huir de aquí tan pronto como me fuera posible.

Solo tenía un lugar al que ir. Debía comprobar que todavía existía.

Tenía que ir a la mansión de los Crowell.

Cuando llegué y me bajé del taxi, supe que algo andaba mal. De nuevo.

La mansión estaba totalmente abandonada. Estaba casi en ruinas, era como si durante muchas décadas nadie hubiera vivido ahí. El césped, que hasta hacía tan poco tiempo era increíblemente verde, tenía un color apagado. Las plantas estaban marchitas y quemadas. Era como si fuera una selva seca que debía atravesar para llegar hasta la puerta. Daba la sensación de que nadie viviera ahí. Las ventanas estaban rotas, pero tampoco parecía que hubieran entrado a robar. No había ni rastro de los Crowell.

Estaba tan enfurecida que quería golpear y romper todo lo que me encontraba. Sentía que lo había perdido todo. El oxígeno que inspiraba me asfixiaba en lugar de calmarme.

Era frustrante no encontrar nada de los Crowell. Lo había intentado todo, sin éxito. Era como si no existieran. No sabía qué sentir: enfado, decepción o tristeza. Me estaba volviendo loca. Había tantas preguntas sin respuesta que mi cuerpo se alimentaba de cualquier dato que recibía.

Volví a casa, decepcionada. No había nada que hacer. Parecía que el doctor Richard decía la verdad. Los Crowell no habían existido. Me lo había imaginado todo.

Ahora debía acostumbrarme a la misma rutina de siempre. Despertarme, cepillarme los dientes, ponerme lo primero que pillara e ir al instituto para ver los rostros de mis compañeros que susurraban cosas horribles a mis espaldas.

Odiaba el instituto, odiaba todo lo que tenía que ver con esa ciudad y con todas esas personas. Debería tratar de esquivar las miradas asesinas de Jared. Pero yo solo pensaba en Alex. No tenía otra cosa en la cabeza.

Me agobiaba pensar que Alex no era real, que nunca había existido. Que solo había sido un vil producto de mi imaginación durante el coma. Mi madre había dicho que había sufrido un accidente en el instituto.

En clase de Educación Física alguien había tirado el balón de baloncesto con mucha fuerza en mi dirección y me había dado muy fuerte. Era difícil de

creer que por un golpe sin importancia hubiera estado en coma durante más de tres meses. Pero esa había sido su genial y magnífica explicación.

Y recordaba que me había dicho lo mismo en aquella ocasión en la que me había despertado con un terrible dolor de cabeza.

Si la familia Crowell se había ido o estaba de vacaciones, los trabajadores del servicio doméstico seguirían en la mansión. Pero allí no había nadie. Y si no aparecía ningún resultado en internet cuando escribí su nombre en el buscador, eso solo podía significar una cosa...

Había estado más de tres meses en coma y todo lo que creía era falso. Alex no existía. Yo no tenía padre, y Rosie y George también eran producto de mi imaginación. Tenía que aceptarlo. Debía olvidarme de Alex y seguir con mi vida.

Capítulo 15

Una mujer de cabello castaño con los ojos de color café me miraba con atención. Tenía el pelo liso y suelto, por encima de los hombros, y llevaba un poco de maquillaje, aunque tenía los labios tan rojos que no necesitaba pintalabios.

—Hannah Reeve. ¿Te llamas así? —preguntó con una ceja levantada mientras miraba unas hojas.

—Sí.

La habitación era muy grande y tenía unos ventanales tan altos que casi llegaban al techo. Había un escritorio a la derecha de madera maciza esmaltada. Las sillas estaban en su lugar, una detrás del escritorio y dos frente a él. También había una pequeña zona con sillones de colores fuertes, casi marrones, y una gran alfombra que cubría todo el suelo. No hacía ni frío ni calor. Sin embargo, su mirada inquieta me asfixiaba.

Jugeteaba con los dedos, nerviosa.

—¿Estás bien?

Me vi obligada a levantar la vista y me sacudí en el incómodo sillón. No me gustaba estar aquí.

—¿Qué? —Levanté una ceja, confundida. La mujer se humedeció los labios y me sonrió amablemente, como si me entendiera perfectamente.

—Te he preguntado que si estás bien.

Me ofreció una débil y sincera sonrisa. Tenía las cejas tan gruesas que parecían dos orugas. Eran muy oscuras y voluminosas.

—Sí, aunque no sé por qué estoy aquí, ¿usted lo sabe?

En realidad, sí lo sabía. Mi comportamiento en el hospital tras despertar

había alarmado a mi madre. Estaba realmente preocupada por mí, aunque al principio no la creí. Sin embargo, cuando la oí llorar a mitad de la noche en su habitación, sentí un apretón en el estómago. Tal vez no había sido la mejor opción, pero sabía que si venía al psiquiatra, estaría tranquila y dejaría de llorar por las noches y, así, yo dejaría de sentir lástima por ella y tendría más tiempo para pensar en lo que realmente sucedía.

Utilizaría a la doctora para conseguir lo que quería. Quizá me ayudara. De todos modos, me serviría de distracción y podría utilizar las horas de consulta para escaparme e investigar. Se había convertido en una buena excusa.

Mi madre había insistido tanto en que fuera al psiquiatra que no tuve más remedio que aceptar, aunque debía acatar unas cuantas condiciones. No se enfadaría conmigo y respetaría mi privacidad mientras yo estuviera en mi habitación. También me dejaría conducir el coche que llevaba en el garaje desde hacía dos años. Era algo viejo y lento, pero seguro que me serviría. Tenía el techo y el capó oxidados. Había sido un regalo de los antiguos dueños. Hacía muchísimo ruido y la pintura estaba desconchada, pero funcionaba a las mil maravillas. Solo necesitaba un poco de gasolina y estaría listo para ponerlo en marcha.

—Por supuesto que lo sé. No me cansaré de repetirlo. Esto es por tu bien, por el bien de tu salud. Queremos que te recuperes y que estés bien contigo misma. Que aprendas a controlar algunos... —Hizo una pausa en busca de la palabra correcta y se humedeció de nuevo los labios con la lengua. Entonces prosiguió—: impulsos que pueden poner en peligro a algunas personas.

—Sí, entiendo. Entonces, ¿tengo algo... extraño? ¿Soy diferente a los demás? ¿Es lo que me quiere decir?

—No, lo que quiero decir es que estás pasando por una mala racha. Y yo te ayudaré a sobrellevarlo.

Suspiré y me recosté sobre el respaldo del sillón. Parecía muy incómodo.

—¿Mi madre le ha hablado sobre mí? ¿Qué le ha dicho? —pregunté con los ojos entrecerrados.

Esperaba que me dijera todo lo que mi madre realmente pensaba de mí. Me imaginaba cosas horribles. La imaginaba a ella, con su falda perfectamente planchada mientras se limpiaba el sudor de las palmas de las manos.

—Emma me ha hablado sobre tus aficiones, lo que hacías cuando eras

niña, y me ha contado cuáles son tus películas favoritas. —La doctora no diría nada que pudiera implicar a mi madre. Era evidente—. Mi película favorita también es *Monstruos S. A.*

Apreté la mandíbula durante unos segundos y me mordí la lengua. No podía creer que le hubiera contado eso. No es que tuviera vergüenza. Era una película que significaba mucho para mí. Los personajes creaban unos vínculos de amistad y confianza muy fuertes. Era un dato sumamente personal y no me gustaba que le hubiera contado algo tan íntimo.

—¿En serio? —cuestioné, furiosa y con el ceño fruncido—. ¿Por qué?

—Bueno, es sencillo. Como psiquiatra, creo que es una película muy irónica. —Hizo una pausa mientras me examinaba con lentitud—. Nunca se lo he dicho a nadie, pero como a ambas nos gusta, te lo contaré. Creo que no se trata de una simple película de dibujos, sino de una representación de la realidad. Los monstruos no son tan malos ni tan extraños. —Comprendí que se refería a las personas a las que les faltaba un tornillo—. Boo es un personaje maravilloso.

»Se adentró en ese mundo que asustaba a todos los humanos y vivió momentos fantásticos e increíbles con seres que nadie creía reales. Pero después volvió a su mundo, Hannah. Tarde o temprano debía hacerlo, debía volver a su hogar, porque ese no era su mundo. Y nunca lo sería.

Había comprendido todas y cada una de sus palabras. Había establecido una equivalencia entre la película y mi caso. No hacía falta que mencionara a Alex. Lo había planeado todo. Quería que dejara de intentar volver a aquel mundo, que me olvidara de los Crowell.

Si Alex existiera, ya habría aparecido, ¿no? No esperaría tanto tiempo. No se habría ocultado durante tanto tiempo. Además, no se trataba solo de él. Su familia, mi familia, también había desaparecido. Había tantos secretos ocultos durante tantos años que habían salido a la luz... Estábamos tan implicados en descubrir la verdad que no pararíamos hasta resolverlo. O, al menos, eso pensaba.

—Entiendo.

La mujer de unos treinta y pico años me sonrió con amabilidad, aunque yo no pude responder. Tenía la cara tensa y ni siquiera podía mover los labios.

—Muy bien, creo que hemos empezado de una forma muy inusual. Permíteme presentarme, soy la doctora...

No escuché lo que dijo después. Alcé la vista y vi una fotografía de un bebé pequeño en un portarretratos colgado en la pared encima del escritorio.

Entonces, recordé la partida de nacimiento de Alex y el certificado de adopción y me puse tensa. La mujer que estaba delante de mí tenía unos ojos muy parecidos a los de Alex, pero nada más. Era demasiado joven como para tener un hijo de la edad de Alex. Suponía que aquel bebé debía de haber nacido hacía un par de años, puesto que la fotografía no parecía antigua.

Rosie y George eran también unos mentirosos. ¿Cómo habían podido ocultarle algo tan importante a Alex?

De repente sentí que la rabia me invadía y que me ardía la piel. Alex tenía que saber la verdad.

—Escuche... —comencé a decir con frustración, con el rostro de Alex en mi mente. La mujer me miró con los ojos inquietos—. Yo estoy bien, solo estoy conmocionada. No necesito su ayuda. No estoy loca.

Ella bajó sus hojas y las colocó sobre las piernas desnudas y bronceadas. La falda, que le llegaba hasta las rodillas, se le había subido por encima de los muslos y dejaba al descubierto una gran cantidad de piel. Me examinaba con inquietud. Al cabo de un rato contestó:

—Hannah, creo que eres una chica inteligente y que sabes que necesitas mi ayuda.

Era como si me leyera la mente, pero no. No lo hacía. Solo quería meterse en mi cabeza, y no la dejaría.

—No necesito su ayuda, porque sé que lo que sucedió fue real y que todos intentan que parezca lo contrario. No sé qué pasó con los Crowell ni con Alex, pero lo descubriré.

La mujer levantó las manos y se peinó el cabello con los dedos delgados y largos.

—Solo quiero que sepas que puedo ayudarte, Hannah.

Bajó de nuevo las manos y me miró fijamente.

—No voy a hablar con usted. —Tragué saliva—. Nunca.

Me levanté rápidamente, pero ella dio un salto y se colocó frente a mí para impedirme el paso. Tenía un aspecto imponente y autoritario y parecía más alta.

—¿Adónde vas?

—A cualquier otra parte —susurré con los dientes apretados.

No había nadie con quien pudiera descargar toda la rabia y la ira que guardaba en mi interior y la psiquiatra parecía ser el objetivo perfecto si ignoraba todos sus comentarios.

—Pero todavía no hemos terminado. ¿Seguro que quieres irte?

Me sorprendió que no pareciera molesta por mi desaire. De hecho, se mostraba comprensiva.

—Sí, tengo deberes —mentí.

Llevaba sin ir a clase toda una semana. Por desgracia, compartía tres clases con Jared, y lo peor era que eran mis materias favoritas. No quería tener ningún tipo de problema en el instituto, porque eso alteraría a mi madre y haría que intentara todavía con más fuerzas convencerme de que todo lo que creía real no lo era.

Me preocupaba que hubiera llegado a sus oídos que me había peleado con Jared, puesto que, a estas alturas, ya lo sabía todo el instituto. Sin embargo, parecía no haberse enterado. Sabía que Jared había prohibido decírselo a la directora. Quería encargarse personalmente de mi castigo.

Intentaba permanecer lo más lejos posible de él y esconderme si lo veía por los pasillos hasta que desaparecía. Debía de admitirlo: desde el encontronazo con Jared, tenía miedo de él, de encontrarme con él y de que se vengara. Jared era un chico orgulloso, chulo y arrogante, así que verse ridiculizado por una chica era algo que lo ponía de los nervios. Me preocupaba que me hiciera daño y que Alex no estuviera aquí para protegerme.

—Muy bien, entonces damos por terminada la sesión.

La doctora se apartó con agilidad y me dejó marchar. Entonces, vi una sombra a sus espaldas. Quizá fuera un nuevo paciente. No lo veía bien.

—Tal vez no venga a la próxima sesión —dije mientras salía de la habitación, con ella pisándome los talones.

—Las sesiones son obligatorias, ¿no te lo ha dicho tu madre?

No parecía molesta, pero sabía que intentaba analizarme, y eso era algo que no podía permitir.

—Sí, algo me comentó.

—Ah, ya entiendo —contestó con una sonrisa.

—¿Qué?

—Si vienes a la próxima sesión te lo diré —dijo en un tono misterioso y calculado.

Tenía muchísima curiosidad por saber a qué se refería, sin embargo, no podía ceder.

—Eso no sucederá.

Abrí la puerta.

—Te veo dentro de una semana. Sé que vendrás —me aseguró con una mano en el marco de la puerta.

—Ya veremos.

Comencé a caminar por el pasillo de la consulta mientras tomaba un sorbo de agua. No sabía por qué, pero había algo en ella muy misterioso, algo que me atraía hacia ella. Su respuesta me había dejado... desconcertada. Lo más probable es que se tratara de una trampa o una tontería, pero tenía razón; tenía tanta curiosidad que volvería a verla.

Esa tarde tenía que ir a la biblioteca a imprimir los apuntes de las últimas clases de Matemáticas y Química.

En el instituto, Cara había intentado convencerme para que me sentara con ella y sus amigas del equipo de animadoras en clase, pero eso no me iba. Aparte de que Kate seguía siendo Kate. Arrogante, presumida e irritante.

Jared le había contado a todo el mundo que tenía esquizofrenia y ahora todos creían que estaba loca.

La parte buena era que Max me ignoraba. Cuando nos cruzábamos, se asustaba, pero al menos no me molestaba. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, ladeaba la cabeza y evitaba todo tipo de contacto visual. Tenía una enorme venda en la cabeza, aunque, por suerte, no se había hecho nada grave y la inflamación pronto desaparecería.

—¡Eh! —dijo alguien de repente.

Iba tan rápido que había chocado con una persona. Oí como un montón de libros caían al suelo y una chica gritó.

—¿Es que no te fijas por dónde vas?

—Lo siento, no me he dado cuenta.

Me agaché para ayudarla a recoger todos los libros que había esparcidos por el pasillo de la consulta. La chica bufó y también se agachó a recoger

algunos papeles que habían salido volando.

—Perdón.

—¡Mi madre va a matarme si se da cuenta de que he llegado tarde a la sesión otra vez! —Sonaba realmente asustada.

Le tendí un par de libros y me disculpé de nuevo. Levanté la mirada mientras recogía el último y estuve a punto de gritar cuando vi la profunda mirada azul de la chica.

Llevaba un vestido púrpura y un olor a lavanda hizo que sintiera un escalofrío casi de inmediato. Me picaba todo el cuerpo. Al verla, estuve a punto de llorar de la emoción.

El corazón me dio un vuelco y sentí una gran opresión en el pecho. Me latía con tal brusquedad que había perdido el control. Pestañeeé una vez para asegurarme de que lo que veía era real.

Su cabello rubio ondulado me hizo retroceder en el tiempo. Recordé la tienda de ropa y el vestido púrpura... Frunció el ceño. Parecía que ella tampoco daba crédito a lo que contemplaba.

Entonces, soltó un grito ahogado e, inesperadamente, dio un brinco y los libros salieron volando por los aires de nuevo.

—¡Anna! —chillé desde el suelo. Me levanté de un salto y ella sonrió ampliamente.

—¡Hannah! ¡No puede ser! —Anna se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza y ternura—. ¡Y mira quién está aquí también!

—¿Quién? —pronuncié con voz aguda, mirando hacia los lados.

Estaba estupefacta y miraba a mis espaldas, como si hubiera alguien detrás de mí. Y le estuviera hablando.

—¿Anna?

Se quedó en silencio durante unos segundos angustiantes que a mí me parecieron toda una eternidad.

Empecé a respirar de forma agitada. Anna se sacudió y apretó los ojos, ladeando la cabeza para evitar mi mirada. Entonces, entrecerró los ojos, entristecida.

—Lo siento, creo que me he confundido. Yo... —Se quedó sin palabras y empezó a enrojecer. Estaba tan colorada como un tomate.

Era evidente que estaba nerviosa y no tardé en darme cuenta de lo que

estaba pasando. Anna bajó la mirada y recogió todos los libros en menos de dos segundos.

Tragué saliva, con el corazón latiéndome a todo trapo.

—¿Alex está aquí? —pregunté, y giré la cabeza, con la esperanza de encontrarme con el fantasma de Alex.

Estaba segura de que había visto a Alex. ¿Pero por qué no quería decírmelo? ¡Alex estaba ahí!

Me estremecí y miré a Anna, esperando su respuesta.

—No sé de qué me hablas, perdón —dijo, y después tragó saliva con dificultad—. Me he confundido.

Tenía la voz tan quebrada que supe de inmediato que mentía.

La sangre me recorría las venas a toda velocidad y sentía la piel cálida. Entré en una especie de trance. Me moría porque me dijera la verdad.

—¡Pero si has dicho mi nombre, Anna! ¡Alex está aquí! ¿Verdad?

Estaba emocionada y enfadada al mismo tiempo. Que Anna me hubiese reconocido al instante, significaba que todo, absolutamente todo era real.

Su maldito vestido púrpura lo confirmaba. Anna era mi salvación. Sabía que Alex estaba aquí y que ella lo veía. Pero ¿por qué trataba de engañarme?

¡Ahora todo estaba claro! ¡Tenía unas ganas tremendas de lanzarme a sus brazos y sonreír en cuanto se apareciera ante mí! ¡Lo que había ocurrido con Jared había sido obra de Alex! ¡Él había tirado el reloj!

—Tengo que irme.

—No.

Me coloqué frente a ella y le cerré el paso.

Anna ni siquiera se dignó a levantar la vista.

—Por favor, Anna. Tú me conoces, y sabes lo que está pasando. —Hice una pausa y me acerqué a ella. Cuando inhalé su perfume de lavanda, me temblaron las piernas—. ¿Alex está aquí?

Anna se tambaleó durante unos segundos, como si hubiera perdido el equilibrio, pero se recuperó enseguida.

—Yo... No sé de qué me hablas, ya te lo he dicho.

Levantó la mirada, angustiada e impotente.

Entendía lo que ocurría.

—Dile a Alex que deje de comportarse como un idiota. Sé que está aquí.

Estaba molesta y estaba segura de que empezaría a llorar de un momento a otro.

—Debo irme.

—Anna... —supliqué, cogiéndola por los hombros. Estaba helada—. ¿Dónde están todos? ¿Dónde está tu madre? ¿Y Eric? ¿Y George? ¿Qué ha pasado con ellos?

Ella era la única persona que podía ayudarme, la única que podía contestar a mis preguntas.

—Por favor, deja que me vaya. —Eché un vistazo a su alrededor con la esperanza de que alguien la ayudara—. De lo contrario, gritaré.

Suspiré con frustración y la solté.

—Cuando todo esto se resuelva, iremos de compras de nuevo, ¿de acuerdo?

No quería enfadarme con ella. Era Alex quien estaba actuando como un imbécil. Quería que Anna captara mi indirecta y recordara el día que habíamos ido de compras al centro comercial. El día en que sucedió todo.

Entonces, Anna abrió la boca, pero la cerró enseguida y me miró fijamente. Sabía de lo que hablaba. Después, salió corriendo y desapareció por el pasillo.

Me quedé sola y en silencio.

¿Qué había ocurrido después de que Eric me durmiese con el paño empapado en cloroformo? ¿Estaban los Crowell bien?

La doctora tenía razón. Volvería. Además de que me moría de la curiosidad, ahora sabía que Anna también venía a la consulta. Lo cierto es que se la veía diferente, más segura de sí misma. Inspiré profundamente por enésima vez y expulsé el aire lentamente.

—Crees que alejarte de mí me ayudará, pero estás equivocado —susurré.

Esperaba que Alex lo hubiera escuchado.

Todo iba mal. Alex no se había dignado a aparecer en ningún momento. Ni siquiera me había mandado una señal. Y era absurdo. No sabía qué lograba ocultándose de mí.

Sabía que estaba aquí. Sentía su presencia. Lo notaba a mi lado en todo momento.

Los rumores sobre mi supuesta esquizofrenia habían parado al cabo de

una semana, cuando todo el mundo empezó a hablar sobre Ruby, la chica nueva.

Los chicos no dejaban de hablar sobre lo perfecta que era. Incluso llegué a escuchar por los pasillos de la biblioteca que algunos chicos habían hecho una apuesta para ver quién conseguía una cita con ella antes. Me había sorprendido saber que Jared no había participado en la apuesta.

No había tenido la oportunidad de conocer a Ruby, pero Kathia, una compañera de clase, me ponía al día de vez en cuando. No éramos amigas, pero se había ofrecido a echarme una mano con los deberes y yo se lo agradecía.

Kathia no creía los rumores sobre mi supuesta esquizofrenia. Era reconfortante saber que al menos una persona del instituto no me consideraba una lunática. Pero Kathia no sabía nada de los Crowell, ni de Alex.

Cara me había estado evitando durante los últimos días. La había llamado en numerosas ocasiones para invitarla a dar una vuelta, pero siempre me decía que tenía muchos deberes y trabajos. Lo más extraño de todo es que no hablaba con Seth. Era como si no se conocieran de nada en absoluto. Kate y ella pasaban mucho tiempo juntas.

Seth decía no conocerme, aunque, por supuesto, no lo creía.

En cuanto a Sarah, no había ni rastro de ella. Su padre estaba trabajando todo el tiempo y nunca tenía tiempo para hablar. ¿La habrían metido en la cárcel? ¿O en un correccional? No lo sabía porque nadie me decía nada.

—¡Hannah! ¿Sigues aquí? —dijo Kathia a mis espaldas.

Di un salto y cerré el libro que estaba leyendo.

—¿Qué hora es?

Kathia se puso delante de mí. El pelo negro le llegaba por los hombros y tenía unas gafas redondas que hacía que sus ojos color esmeralda parecieran más grandes de lo normal. Tenía la cara tan fina y delgada que parecía una muñeca de porcelana cuando se quitaba aquellas horribles gafas.

—El timbre ha sonado hace cinco minutos y el profesor de Educación Física me ha mandado a buscarte. ¿Estás bien?

—Sí, creo que no lo he escuchado.

Y era cierto, no lo había escuchado. Me levanté de la silla y abrí la

mochila para guardar el libro y los apuntes.

Kathia me observaba fijamente.

—Hoy he visto a Jared cerca de los vestuarios.

Kathia, como todos los alumnos, estaba al tanto de mi pelea con Jared, pero sabía que yo intentaba ocultarme de él, así que también me informaba de lo que hacía. Era como una especie de espía.

—¿A Jared?

—Sí. Creo... creo que estaba borracho. Deberías tener cuidado.

—Gracias por advertirme. Me llevaré mi espray de pimienta —dije en tono de broma. Kathia sonrió.

—No te olvides de usar tus poderes. Seguro que la telequinesis te resultará útil —agregó con ironía.

Ambas soltamos una carcajada y la bibliotecaria nos miró con cara de pocos amigos. Nos disculpamos con una mirada.

—¿Y ningún profesor lo ha visto?

—Sí, pero nunca se dan cuenta de cosas así. Además, Jared es... —Kathia se detuvo.

La observé detenidamente y examiné todos y cada uno de sus movimientos. De repente se la veía muy tensa. Entrecerré los ojos y ella se puso muy, muy nerviosa. ¿Acaso tenía vergüenza?

—Bueno, es Jared —añadió al cabo de un rato.

¡Oh, no! ¡A Kathia le gustaba Jared!

—Kathia, ¿a ti...?

Puso los ojos como platos al instante.

—¡No! —gritó mientras se cubría el rostro sonrojado.

—Te gusta Jared... —susurré.

—¡No se lo digas a nadie, por favor!

Sonreí. Kathia era hermosa, pero Jared era un monstruo.

—Tranquila, no se lo diré a nadie.

Negó con la cabeza, todavía ruborizada.

—Bueno, ¿nos vamos?

Hice un movimiento brusco y golpeé mi estuche, que todavía estaba sobre la mesa. De repente, todos los lápices de colores cayeron al suelo. La bibliotecaria me fulminó con la mirada. Me encogí de hombros a modo de

disculpa y miré a Kathia con una media sonrisa.

—Te alcanzaré en un minuto.

—¿No quieres que te ayude?

—No, tranquila. De todas formas, ya llego tarde.

Me agaché y comencé a recoger todos los lápices que se habían caído. Kathia resopló y se alejó.

—De acuerdo, te veo allá —dijo.

Kathia me caía bien porque nunca se metía en los asuntos de los demás.

Una vez que guardé todas mis cosas y devolví los libros, me dirigí rápido hasta el gimnasio del instituto. Recorrí un pasillo y aceleré el paso para no toparme con mi madre.

Ella siempre estaba dando vueltas por el instituto para asegurarse de que todo el mundo estaba en clase. No había ni un alma en los pasillos, totalmente vacíos. Solo se escuchaban mis pisadas rápidas.

Estaba segura de que el profesor de Educación Física me mataría. Llegaba muy tarde y para él no había excusa válida. Me bajaría la nota.

Finalmente llegué a la puerta principal del gimnasio. En cuanto la abrí, todos los presentes fijaron la vista en mí.

—¡Hannah! ¡Por fin te dignas a presentarte! —dijo el profesor con cierto sarcasmo en la voz—. Tienes una falta de asistencia y un punto menos en la nota final.

Hoy nos tocaba natación y, por mi culpa, la clase empezaría tarde.

—¡Lo siento, no he escuchado el timbre! —me excusé.

—Cámbiate. Ya hemos perdido... quince minutos de clase. —me reprochó, con la vista clavada en su reloj.

—Lo siento. Me cambiaré enseguida.

Y, un segundo después, eché a correr al vestuario de las chicas.

Al acabar la clase, Kathia y yo volvimos juntas al vestuario.

—¿Qué te ha parecido la clase?

Kathia tenía el cabello mojado y una toalla le cubría el cuerpo. Estaba sentada en el banco.

—Agotadora. No puedo moverme.

Era cierto. Los deportes acuáticos cansaban muchísimo. Me sentía como

si hubiera estado haciendo ejercicio durante toda una semana sin parar. Además, no había desayunado bien y tampoco había cenado la noche anterior. La cabeza me daba vueltas.

—A mí me ha encantado.

—Normal. Si pareces una nadadora olímpica.

Kathia era la chica más deportista de la clase. Se movía con una agilidad y una gracia especiales en el agua. Además, había competido en las olimpiadas escolares de natación y había ganado, por lo menos, dos medallas de oro y tres de plata. Nadaba desde que tenía cinco años; lo llevaba en la sangre.

—No soy tan buena.

—No seas modesta. Sabes que sí.

Estaba a punto de ponerme el pantalón cuando un ruido sordo nos hizo brincar a todas las chicas que estábamos en el vestuario. De repente, oímos unos gritos ahogados. Hice una mueca y me levanté de golpe. Kathia me imitó y se puso a mi lado.

—¡Ha entrado un chico! —gritaron algunas chicas.

Kathia y yo nos miramos con el ceño fruncido. Los gritos se hicieron más fuertes. Casi era divertido. Parecía que un chico había entrado a molestar.

—Ignoradlo, debe de ser Max. Siempre entra para fastidiar —dijo Kathia.

Asentí y me acerqué a la taquilla para sacar mi neceser.

—¡Es Jared! —gritó una chica.

Me giré con brusquedad para ver qué ocurría, pero, entonces, me golpeé con la puerta de la taquilla.

—¡Hannah! ¡Sabía que estarías aquí!

Abrí los ojos, sorprendida, y miré a Kathia.

—¿Qué haces aquí, Jared?

Kathia se colocó delante de mí y me protegió con su delgado cuerpo. Tenía un tatuaje en el hombro derecho, un pájaro. Jared hizo una mueca y se apoyó en una de las taquillas.

—Vengo a ver a Hannah, así que fuera todas —gritó.

Jared se tensó y se alejó de los casilleros. Todas las chicas lo observaban en silencio.

—¿Es que no me habéis oído? Todas fuera. Ya. Hannah se queda. ¡Fuera!

Entonces, todas cogieron sus cosas y en un par de segundos desaparecieron del vestuario. Me quedé quieta. Debería haber corrido, pero no podía moverme. Tragué saliva.

Kathia se quedó a mi lado. Todo el vestuario estaba en silencio.

—Fuera, Kathia.

—No —contestó ella, tensa.

Jared dio otro paso largo sin vacilar y la miró con furia.

Entonces, se acercó a ella y posó los labios sobre su oreja derecha. Kathia no se movió, sin embargo, no dejaba de temblar.

—Será mejor que te vayas, Kathia. O te culparé de lo que suceda —le susurró al oído en un tono amenazante y, después, me guiñó un ojo.

Sabía que eso me intimidaría. Kathia se alejó un paso de mí y, entonces, salió corriendo del vestuario. Sentí un nudo en el estómago. Tenía ganas de vomitar. Contuve el aire durante todo el tiempo que pude y carraspeé.

Jared tramaba algo, algo malo. Quería hacerme pagar lo ocurrido.

—¡Kathia! —grité. Jared me tomó de la cintura y me agarró—. ¡Suéltame! ¡No te atrevas a tocarme!

Sujeté la toalla para evitar que cayera al suelo y me viera desnuda. Jared se relamió los labios y levantó la vista.

—Me dejaste en ridículo delante de todo el instituto...

—Lo siento, ¿de acuerdo? ¡No fue mi intención!

—Te dije que pagarías por ello. Nadie se mete conmigo, y menos una estúpida como tú.

Sus ojos destilaban ira y destellaban.

Con un veloz y fuerte movimiento, Jared me empujó contra las taquillas. Creía que me había roto algún hueso y, al entrar en contacto con el frío metal, sentí un escalofrío. Jared gruñó.

—Por favor, Jared. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte.

—He hecho muchas cosas malas, Hannah. No podrás detenerme. Ni ahora ni nunca.

Me acorraló entre sus brazos y me quedé sin voz. Las piernas me temblaban sin parar. Jared me ofreció una sonrisa perversa.

—Perfecto. Aprendes rápido —dijo con sarcasmo.

Estaba aterrada.

—Jared —gemí—. Para. No me hagas nada, por favor.

Intenté que entrara en razón, pero me ignoró. Comencé a entrar en pánico y rezaba porque Kathia llegara pronto con un profesor.

—Silencio. —Me puso el dedo índice en la boca. Estaba demasiado cerca—. Verás como te gusta...

Se me paró el corazón.

—¿Qué? ¿De... de qué hablas?

—Bueno... En realidad, te dolerá un poco —susurró mientras sus labios me recorrían el cuello.

Era asqueroso. Tenía unas inmensas ganas de vomitar y, de repente, me rugió el estómago.

—Déjame. No me toques.

—Hagamos esto rápido. —Se alejó de mí y comenzó a desabrocharse el pantalón.

—¡No!

Intenté escabullirme mientras se quitaba los pantalones, lo esquivé y traté de correr hacia la puerta, pero él era más rápido y me alcanzó enseguida. Volvió a empujarme y la toalla estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Adónde vas tan rápido? ¿No ves que la fiesta todavía no ha empezado?

Sus labios estaban tan cerca de mi boca que tenía que ladear la cabeza para no oler su asqueroso aliento.

—¡Suéltame, Jared! —grité, horrorizada.

Comenzó a besarme las mejillas. Intenté golpearlo, pero me cogió los brazos y me obligó a subirlos. Moví las piernas y, sin pensarlo dos veces, levanté la rodilla para pegarle en la entrepierna.

Jared gimió de dolor y se estremeció, pero luego me sujetó con más fuerza y me rodeó con las piernas. Ahora no tenía escapatoria.

—Así me gusta.

Comenzó a mordisquearme el cuello con los dientes afilados y grité una vez más, con la esperanza de que alguien me oyera.

—¡Suéltame! ¡Déjame!

Cuando bajó el brazo para acariciarme el trasero, se me escapó una

lágrima.

—Ayuda —susurré, casi sin voz.

Empecé a llorar desconsoladamente mientras Jared me acariciaba con brusquedad la pierna, de arriba abajo. Por suerte, todavía me cubría la toalla.

Me sentía impotente. El calor de su piel era abrasador.

—Cállate —dijo mientras su boca buscaba mis labios.

—¡Basta!

Jared me pegó una bofetada en la mejilla, húmeda y pegajosa. Fue doloroso. Entonces, me empujó contra el suelo con fuerza y solté un alarido. De repente, toda la toalla estaba cubierta de sangre.

Me quedé inmóvil. Había perdido. El cabello me caía sobre la cara y me tapaba la vista. Noté un sabor metálico cuando me pasé la lengua por los labios.

Solté un grito ahogado. No podía levantarme. Nadie vendría a ayudarme.

—¿Qué hay de tu novio? ¿Por qué no viene a ayudarte, Hannah? ¿Te ha abandonado?

Dejé de llorar porque sabía que eso lo provocaba todavía más y fijé la vista en los ojos de aquel monstruo.

—¡Respóndeme, maldita sea! —me gritó desde arriba, colérico.

—No está aquí. Se marchó —susurré, afectada.

Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Bueno, no te preocupes. Estoy aquí para hacerte feliz.

Entonces, se bajó todavía más los pantalones.

Todo empezaba a oscurecerse y sentía que se me nublaba la vista. La cabeza me daba vueltas sin parar. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Abrí los ojos y vi que Jared solo llevaba unos bóxers negros.

Se inclinó sobre mí para quitarme la toalla y dejarme completamente desnuda.

—No lo hagas —supliqué.

Jared me cogió de las piernas y me acercó hacia él. Se colocó sobre mí y me acarició los muslos mientras me besaba el cuello. No podía moverme. Ya ni siquiera tenía fuerzas para gritar. No me quedaban lágrimas que derramar. Había dejado de luchar, me había dado por vencida.

—Oye, idiota. ¿Me llamabas? —dijo una voz a lo lejos.

De pronto, Jared se levantó y enseguida se oyó un golpe sordo. Me levanté enseguida y me apoyé en la taquillas. No sabía quién había venido a salvarme. Apreté la toalla contra mi cuerpo y tomé aire.

Lo observé, expectante. Jared parecía estupefacto. No podía creer que alguien hubiese echado por tierra su terrible plan. Tenía un corte en el labio que no paraba de sangrar y los ojos abiertos como platos, al igual que yo.

Entonces supe quién era. El corazón me dio un vuelco en el pecho y no supe cómo reaccionar. Estaba furiosa y contenta a la vez.

Estaba muy enfadado. Apretaba tanto los dientes que parecía que se le iba a romper la mandíbula y tenía el cabello completamente despeinado. Fulminó con una mirada llena de rabia y frustración a Jared.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Jared mientras se limpiaba la sangre que se deslizaba por su barbilla con el antebrazo.

Estaba ridículo vestido solo con aquellos bóxers negros.

Tragué saliva.

—Alex —respondió—. Me llamo Alex Crowell, y creo que te has metido con la chica equivocada.

Capítulo 16

¡Oh, Dios! ¡Alex estaba aquí! ¡No se había marchado! ¡Sabía que estaba en lo cierto!

—¿Qué?

Jared parecía confuso y asustado al mismo tiempo. Le temblaban tanto las piernas que parecía que iba a provocar un terremoto.

Alex se mofó, tomó fuerza y le asestó un puñetazo en la cara. Jared gritó de dolor y se llevó la mano a la nariz, que también le sangraba.

Miré a Alex, ignorando olímpicamente a Jared. Mis ojos no se apartaban de él. Estaba tan tenso y eufórico que no parecía él.

—Discúlpate con Hannah.

Alex todavía no me había mirado a la cara.

—¿Qué? —preguntó con el ceño fruncido. Parecía que se burlara de él—. No voy a disculparme con ella. Sé que le gusto.

Alex cerró los ojos y golpeó una vez más a Jared, esta vez en la mandíbula. Grité al escuchar el sonido del impacto.

—He dicho que te disculpes con ella.

—No lo haré.

—¿Qué? —preguntó Alex con una mueca divertida. Sus ojos destellaban por la furia contenida—. ¿Qué has dicho?

Jared se arrepentiría de lo que había dicho.

—No tengo por qué disculparme. Las personas se disculpan cuando creen que han hecho algo mal. Y yo no lo he hecho, ¿verdad, Hannah?

Me miró directamente a los ojos y no pude evitar sentir asco. No podía mirarlo a la cara después de lo que había hecho, se merecía todo mi odio.

Antes de que pudiera contestar y lanzarme contra él para romperle la cara, Alex ya avanzaba con paso veloz hacia él.

Le pegó de nuevo, en la barbilla y en la mejilla. Jared tenía la cara cubierta de sangre, y Alex no se detenía. Por mucho que intentara defenderse, Alex lo golpeaba sin fallar.

Grité al oír un crujido.

—Hazlo.

—¡Lo siento, Hannah!

Jared retrocedió mientras se masajeaba la mandíbula. Entonces, empalideció. Acababa de darse cuenta de que Alex había atravesado uno de los bancos para llegar hasta él y de que, efectivamente, era un fantasma. Estaba aterrado.

De ninguna manera acepté su disculpa. Me limpié con la toalla la sangre que seguía deslizándose por mi boca y lo miré con asco.

—¡Lo siento de verdad! ¡No sé en qué estaba pensando!

—Vete antes de que... —Alex se detuvo y respiró profundamente, intentando calmar su rabia—. ¡Vete!

Apartó la vista de Jared, que me lanzó una mirada arrepentida y se marchó corriendo.

—¿Alex? —lo llamé al cabo de un rato.

—Soy un idiota, Hannah —dijo de espaldas—. Tenías razón. Ocultarme no ha solucionado las cosas. Solo he puesto en peligro tu salud. Y ahora... han estado a punto de... —Se detuvo—. Ni siquiera puedo decirlo. Todo ha sido por mi culpa. No debí dejarte. Soy un imbécil. Perdóname, por favor.

—Estás aquí. Eres real. No he estado en coma —murmuré con la voz quebrada. Sentía una alegría inmensa—. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué te ocultabas de mí?

—Solo quería que fueras feliz sin mí. Quería que tu vida continuara, Hannah.

—¿Qué dices? —pregunté, con el ceño fruncido—. ¡Yo no puedo ser feliz sin ti! ¡Eres una parte de mí, Alex! ¿Es que no te das cuenta? ¡Haría cualquier cosa por ti! Quiero estar contigo... para siempre.

Entonces, Alex se giró y vi que sus ojos color caramelo estaban hinchados e inyectados en sangre, igual de vidriosos que los míos. Tenía un nudo en la

garganta que no parecía que fuera a desaparecer fácilmente.

—Lo siento mucho, Hannah —susurró con voz quebrada.

—Estoy enfadada contigo, pero eso no quiere decir que haya dejado de quererte.

—Hannah, te quiero. Te querré siempre.

Alex era real.

Me costaba moverme. Vestirme había sido un suplicio. Estaba realmente débil. En cuanto recordaba lo sucedido, el corazón me palpitaba rápidamente.

Todavía me dolía el cuerpo y sentía una tensión terrible en los hombros. La fina tela de la camisa se me clavaba en la piel como si estuviera llena de espinas. Estaba agotada.

Tenía un aspecto terrible. No quería causar una mala impresión, pero todavía estaba conmocionada y respiraba con agitación. No me había recuperado del todo.

Sin embargo, ver a Alex de nuevo me había devuelto las ganas de vivir. Sonreía interiormente. El corazón se me había detenido en cuanto lo había visto. Cuando nuestros ojos se encontraron, el tiempo se detuvo de golpe y el mundo dejó de girar.

Lo único en lo que pensaba era en Alex. Era real. Y eso me hacía completamente feliz.

Todavía me picaba la garganta y tenía un nudo que me oprimía. Inspiré profundamente y me peiné con los dedos. La mejilla en la que me había golpeado Jared me ardía como un volcán. Incluso sabía que tenía la marca tenue de sus dedos en el pómulos. Me masajeeé rápidamente e hice una mueca de dolor.

—¿Hannah? ¿Estás bien?

Me calcé las zapatillas de deporte, me colgué la mochila del hombro y abrí la puerta. Alex estaba apoyado en los lavabos. En cuanto me vio salir del baño, se puso recto y se metió las manos en los bolsillos.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla enseguida. Tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando.

Estaba roto y no pude evitar sentir pena por él.

—¿Tengo mal aspecto? —pregunté con una sonrisa tímida.

No sabía qué decir, y al parecer Alex tampoco. Me sonrió al instante y se acercó a mí lentamente.

Ahora más que nunca quería romper a llorar y que me abrazara entre sus brazos. Quería acurrucarme en su pecho y que me abrazara como siempre hacía. Solo así me sentiría segura y protegida.

—Eres la chica más guapa que he visto nunca, Hannah. Me encantaría besarte ahora mismo. Te he echado tanto de menos. No te imaginas lo mal que lo he pasado sin ti. —Me acarició la mejilla en la que Jared me había pegado. Sus dedos hacían que el dolor desapareciera.

—¿Y por qué no lo haces?

Alex tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Porque estoy esperando a que me abofetees y me digas que soy un idiota.

Él sabía que no lo haría. No era capaz de pegarle. Negué con la cabeza y lo contemplé. Era perfecto. Y estaba enamorado de mí.

—¿Por qué te ocultaste, Alex? —pregunté sin apartar la vista de su rostro.

Alex se tensó e, instintivamente, alejó la mano de mi rostro. Entonces, dio un paso atrás y agachó la mirada. Se sentía culpable y no podía hacer nada para evitarlo.

—Era mejor que te olvidaras de mí. Te estaba destruyendo y me sentía culpable. Quería que estuvieras bien contigo misma y con tu familia. Creí que sería una buena idea. Sé que lo entiendes. Solo quería que siguieras con tu vida y te olvidarás de todo esto. De mí.

Levantó la mirada. Tenía las pupilas tan dilatadas que me hipnotizó durante unos segundos. Sus ojos color caramelo me recordaban a los de la psiquiatra.

¡No necesitaba su ayuda! ¡Alex era real!

—Pero nunca me preguntaste si creía que era una buena idea. Fuiste muy injusto. Si me hubieses preguntado qué prefería, si olvidarme de ti o permanecer contigo a pesar de las consecuencias y del dolor, habría escogido indudablemente la segunda opción.

—Es justo por eso por lo que no te pregunté. Porque sabía que me

elegirías a mí —contestó con rapidez y cierta inquietud.

Tomé aire con disimulo, concentrándome en encontrar las palabras perfectas. Tenía miedo de que se fuera otra vez, de que me dejara sola con todo este lío que tenía en la cabeza y con el corazón roto. Los chicos siempre hacían eso. Aunque no todos eran iguales. Había algunos que se merecían estar a tu lado para siempre. Esos chicos que intentaban arreglar las cosas después de cometer un error, los que se preocupaban por las chicas. Y aunque un lo siento no arreglaba las cosas, la intención siempre es lo que cuenta.

—Fuiste muy egoísta.

Estaba furiosa con él. Tenía ganas de gritarle que era un completo idiota por haberse alejado de mí. Pero eso también era egoísta. Solo pensaba en mí y no en lo que era mejor para él. Sentía las mejillas cada vez más calientes, y no precisamente por la bofetada de Jared.

No sabía si pegarle o lanzarme a sus brazos y enterrar la cara en su cuello para inhalar el perfecto aroma que desprendía. Porque no podía negarlo, estaba más que contenta de que hubiera vuelto.

—No sé por qué todavía no me has golpeado.

—Porque te quiero, Alex. Es más, te amo.

Lo miré a los ojos y contuve el aire en mis pulmones. Entonces, Alex dio un paso adelante y se colocó a escasos centímetros de mí.

Me estremecí y empecé a temblar. Sentía que las rodillas me fallarían de un momento a otro y que caería al suelo. De pronto, posó las manos en mis mejillas. Sucedió tan rápido que parecía que lo había planeado. Tenía las manos muy suaves y delgadas y notaba su aliento en mi boca. El aroma era delicioso.

Tenía unas ganas inmensas de besarlo de nuevo. Alex inclinó la cabeza poco a poco y me besó en el pómulos. El corazón me latía a toda velocidad. Con las manos todavía en mis mejillas, me recorrió el cuello con la boca hasta llegar al lóbulo de la oreja derecha, acariciándome de forma involuntaria con sus labios suaves y gruesos.

Noté como abría la boca y, entonces, susurró:

—Es imposible que me ames tanto como yo te amo a ti.

—Alex...

Sus labios me interrumpieron. Lentamente, sentí cómo mi cuerpo se

relajaba, con sus labios suaves y húmedos en mi boca. Alex temblaba y me besaba con delicadeza y seguridad, como si fuese lo único que deseara en el mundo. Me olvidé de respirar y me dejé llevar, con los brazos inmóviles, aunque tenía la necesidad de tocarlo.

Inconscientemente, y sin despegarme de él, levanté los brazos y los dejé caer en sus hombros. Después, lo cogí por el cuello y enterré una mano en su despeinada cabellera castaña. Lo besé con más intensidad.

—Hannah... —Hizo una pausa, separándose de mí. Tenía la voz entrecortada. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que había empezado a besarme, pero era posible que hubiésemos batido el récord de aguantar la respiración—. Tengo que decirte algo. Algo muy importante.

Alex se separó de mí. No era capaz de descifrar su mirada.

—¿Qué pasa Alex? ¿Va todo bien? —Se rascó la nuca y lo observé, confusa—. ¿Alex?

—Necesito decirte todo lo que he descubierto. —Parecía perturbado y conmovido—. Tienes que saberlo, pero debemos irnos de aquí. Tu madre ya debe de saber lo que ha ocurrido con Jared, y lo peor que podría pasar ahora mismo es que llegara.

—Me estás preocupando Alex, ¿va todo bien? —Fruncí el ceño. Él negó con la cabeza y se humedeció los labios.

—Ambos sabemos la respuesta, así que es mejor que nos vayamos. He conseguido las llaves de la camioneta de Jared. —Metió las manos en uno de los bolsillos y un tintineo de llaves hizo eco por todo el vestuario—. Le he quitado las llaves sin que se diera cuenta. La tomaremos prestada.

Estuve a punto de reír cuando imaginé a Jared buscando sus malditas llaves por todo el instituto.

—¿Por qué seguimos aquí?

Entonces, cogí las llaves, y Alex sonrió, orgulloso.

Empezó a caminar delante de mí, quitó el pestillo de la puerta y la abrió. La puerta de madera crujió. Alex asomó la cabeza y esperé a que me hiciera la señal para salir.

En estos momentos, lo más probable es que Jared ya estuviera en la consulta de un psiquiatra, contándole que había visto un fantasma. Seguro que pensaba que estaba loco.

Alex se giró y asintió con la cabeza para indicarme que saliera.

Con paso rápido, salí del vestuario y caminé a su lado. No había nadie en el pasillo. El silencio se había apoderado del instituto.

Alex me tomó de la mano y entrelazó nuestros dedos.

—¿Lista? —preguntó con una mirada penetrante.

—Sí.

Avanzamos por el pasillo con paso rápido. El sonido de nuestros zapatos taconeando por el suelo era lo único que se oía. Fijé la mirada en la salida de emergencias, abierta, y fruncí el ceño. Solo era mediodía, sin embargo, había empezado a oscurecer. Unas nubes grises cubrían el cielo y solo se veían unos escasos y tenues rayos de sol.

Era extraño, pero tenía la sensación de que alguien nos observaba. Sentí un cosquilleo en la nuca y me dieron ganas de rascarme y, luego, un escalofrío me recorrió los brazos y se me puso la piel de gallina. Alex lo notó y me miró con preocupación, tenso.

Ignoré todo aquello y apreté la mano cálida de Alex todavía más fuerte. Eché un vistazo a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos seguía o nos había visto, pero estábamos solos entre todas las taquillas y las paredes blancas de los pasillos. Todo estaba tan tranquilo y silencioso que llegué a pensar que éramos los únicos que estábamos en el instituto.

Entonces, vi el rostro de mi madre en mi mente y la cabeza empezó a darme vueltas. Sentí una punzada en el pecho y gemí.

—¡Hannah! ¡¿Estás bien?!

Alex se detuvo cuando vio que no podía seguir caminando, asustado. Solté su mano y sentí frío, como si me hubieran tirado un cubo lleno de agua helada. Levanté la vista y miré por la ventana. El cielo estaba cada vez más oscuro y el sol había empezado a ocultarse detrás de las nubes negras.

Me dolía la cabeza, así que me llevé las manos a la sien y presioné con delicadeza con los ojos cerrados.

¿Qué me pasaba?

—Me duele mucho la cabeza...

De repente, se oyó un trueno y, casi al instante, di un brinco. Alex se inclinó sobre mí y me tomó la barbilla. No quería ni podía abrir los ojos. El dolor era cada vez más insoportable.

—Te traeré una pastilla de la enfermería.

—¡No! No te vayas, por favor. No me dejes. Solo dame un segundo. No te vayas, Alex.

—Está bien. Tranquila, no me iré, ¿de acuerdo?

Asentí con los ojos cerrados.

—No sé qué me pasa.

La vena de la frente me latía de forma incesante e intenté ocultar el dolor apretando los dientes. Me dejé caer al suelo y me apoyé en una de las taquillas de metal, tan fría como un cubito de hielo.

—¿Por qué no volvemos al vestuario? No puedes caminar.

—No. Solo dame un segundo. Me pondré bien.

Levanté las rodillas y hundí la cabeza entre ellas, abrazándome a mí misma. Parecía que volvía a entrar en calor.

—Hannah...

—Me encuentro mejor. El dolor está desapareciendo —murmuré.

Intenté calmarme y apreté los ojos. Respiré con lentitud. Alex me tomó de la mano y enseguida noté una corriente eléctrica que me recorrió todo el cuerpo.

—Te llevaré a casa.

—No. Vámonos de aquí.

—Pero estás mal, Hannah. Necesitas descansar. Necesitas...

—No puedo volver a casa, Alex. Por favor, sácame de aquí —lo interrumpí.

Se mostró dubitativo durante unos segundos. Lo miré con tristeza y él asintió, todavía sin estar seguro.

—De acuerdo. La camioneta de Jared está en el aparcamiento. ¿Estás segura de que puedes conducir?

—Sí, segura.

Alex me tomó de la mano y, con un leve tirón, me levantó del suelo. Me sacudí los pantalones rasgados y reanudamos nuestro camino hacia el aparcamiento.

Entonces, me agarró de nuevo y sentí una ráfaga de aire caliente en cuanto nuestros cuerpos entraron en contacto. El dolor de cabeza y los mareos estaban remitiendo. Me limpié el sudor de la frente con el antebrazo que tenía

libre.

Alex suspiró con pesadez.

Las llaves del coche tintineaban en mi bolsillo derecho. Una figura fina iluminó el cielo oscuro y, a los cinco segundos, se escuchó un grotesco y vibrante trueno, que retumbó en las ventanas de los coches.

Levanté la vista y vi otros cinco rayos más. Era magnífico. Los relámpagos contrastaban con las nubes grises y retumbaban en la penumbra.

Entonces, me cayó una gota de lluvia en la cara.

—Vamos. Esta por allí.

Levantó la mano y me señaló una camioneta.

Cara tenía una igual. Bueno, técnicamente era de su madre, pero ella siempre la conducía cuando salía de la ciudad o tenía que desplazarse a algún lugar lejos. Era un Jeep de color negro.

Negué con la cabeza.

—Yo... yo no sé si podré conducir una camioneta. Es bastante más grande que un coche.

—Seguro que sí que puedes.

Alex me dio un beso rápido en la mejilla y antes de que pudiera responder me empujó hacia el vehículo. Las gotas caían cada vez con más intensidad, y Alex y yo corrimos hacia el Jeep.

Saqué la llave del bolsillo y, cuando estuvimos lo bastante cerca, apreté el botón que la abría. La camioneta emitió un pitido y las luces delanteras y traseras se encendieron durante unos segundos.

Alex abrió la puerta del piloto y me soltó la mano. Entré en la camioneta y el calor del interior abrasó mi cuerpo húmedo y gélido.

—Ponte el cinturón —dijo con seriedad, y le hice caso.

La lluvia impactaba con fuerza contra el parabrisas. Parecía que iba a diluviar. De pronto, resonó otro trueno.

—Hecho. ¿Adónde vamos?

Le ofrecí una media sonrisa y Alex cerró la puerta, también sonriente. Metí la llave en el contacto y la giré. Alex abrió la puerta del copiloto y se sentó de un salto, dando un portazo. Puse en marcha los limpiaparabrisas y encendí las luces.

—Sal a la carretera principal, yo te guiaré.

—De acuerdo —contesté, y me aferré al volante, temblando.

Las camionetas no me gustaban. No se me daba bien conducir vehículos tan grandes.

En una ocasión, Cara me dejó conducir su camioneta y golpeé la parte trasera contra un árbol porque no controlé bien la marcha atrás. Estaba acostumbrada al coche de mi madre. Era el vehículo que más había conducido.

—Tranquila. Solo es una camioneta —me animó.

—Una camioneta robada.

—Una camioneta que hemos tomado prestada. Aunque es de Jared. Puedes chocarla contra una farola o un árbol si quieres.

—Creo que me has convencido.

Alex sonrió.

Capítulo 17

—Alex, no me gusta este camino. ¿Adónde vamos? —pregunté mientras frenaba.

Había cientos de baches y de hoyos profundos en el camino enlodado. La lluvia no se había detenido y era imposible saber cuál era el mejor sitio para frenar o acelerar.

El camino estaba cubierto por cientos y cientos de árboles frondosos que lo cubrían, como si fuera una especie de túnel. Éramos las únicas personas que conducíamos por aquí y, a decir verdad, no estaba demasiado tranquila.

—¿Seguro que es por aquí? —pregunté con el ceño fruncido.

—Sí. Ya lo verás.

Los limpiaparabrisas se movían de arriba abajo sin parar. Aunque de poco servían. Parecía que no pararía de llover nunca. Aceleré de nuevo cuando noté que la cantidad de baches había disminuido y el camino parecía ser más plano, aunque la lluvia me impedía ver bien. Las nubes grises y el manto de árboles frondosos tampoco ayudaban.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Es mi madre la culpable? ¿Por eso me mintió? ¿Por eso me hizo creer que estaba en coma?

Alex me miró de reojo y esperó unos segundos, pensando que preguntaría algo más, pero me quedé en silencio. Luego, miró hacia la ventana empañada y llena de gotas que se deslizaban hacia abajo. Entonces, fijó la mirada en mí y contestó:

—No, ella no es la culpable. Cara y tu madre intentan protegerte.

Pisé el freno con fuerza y detuve el coche.

—¿Qué?

—Ellas intentan protegerte. Escuché todo su plan cuando estabas en coma. Margaret no es mala, y Cara tampoco. Son aliadas, pero en ningún momento han querido hacerte daño. Tu madre te quiere, Hannah. Todo lo que ha hecho ha sido para protegerte. Incluso ha puesto su propia vida en peligro. Y Cara también te quiere. Sé que suena increíble, pero es cierto. Fingió su muerte y puso en riesgo su vida por ti.

—¿Por qué me mintieron entonces? ¿De qué querían protegerme? ¿Qué pasa con Seth y Kate?

—Margaret te ocultó la verdad porque sabía que estabas en peligro. Sabía que alguien quería y quiere hacerte daño, Hannah. Necesito que entiendas esto. Tu madre estuvo en mi supuesto funeral porque quería protegerte de alguien que todavía no sé quién es. Creo que ella quería que me conocieras, porque... —Hizo una pausa y tragué saliva. Sus ojos se iluminaron repentinamente— ... porque somos familia.

En ese momento, recordé la partida de nacimiento de Alex y el certificado de adopción. ¿Debería decírselo?

No. No era el momento.

—Sí, claro... contesté en un tono irónico. Alex se dio cuenta al instante. Me aclaré la garganta y pregunté—: ¿Entonces, qué pasa con Kate y Seth?

Intentaba cambiar de tema y parecer despreocupada.

Alex me miró con curiosidad. Quería descifrar lo que ocultaba. Frunció el ceño.

Mierda. Me conocía demasiado bien. No podía ocultarle nada.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

Me removí en el asiento, nerviosa. Alex me miraba fijamente.

—Estoy bien. Solo que... estoy algo conmocionada. Demasiadas cosas en un solo día.

Alex asintió con la cabeza.

—Kate y Seth también estaban de parte de tu madre. Querían que dejaras de investigar sobre mí y mi muerte. Por eso intentaron asustarte. Pero eres tan terca que no funcionó. Al contrario, eso te dio más motivos para continuar. —Me ofreció una media sonrisa—. No sé nada sobre Tom y Sarah. Creo que

Tom se ha marchado de la ciudad. Te dejaron dormida durante más de tres meses, Hannah. Y todo para protegerte.

Estuve a punto de llorar. Había perdido casi tres meses de mi vida en una cama de hospital. Era ridículo.

¿Cómo podían vivir con tantas mentiras y secretos? No lo entendía.

—¿No era más fácil decírmelo? —pregunté, reprimiendo mis ganas de llorar—. Habría sido más fácil pedirme que dejara de investigar. Mi madre podría haberme contado la verdad sobre Eric y no habría pasado nada. ¿Por qué no lo hizo?

—A ella también la amenazaron, Hannah. Todos estaban amenazados.

—¿Amenazados? ¿Quién los amenazó?

—No lo sé.

Solté un suspiro frustrado y me tapé la cara con las manos. Ahora me sentía la peor hija del mundo. Había dudado de mi madre y la había culpado de todo, cuando ella solo quería protegerme. Estaba furiosa conmigo misma e incluso quería golpearme por pensar que mi madre había matado a Alex.

—¿Y las notas? ¿Las escribió mi madre?

Lo miré a los ojos.

—No —respondió con seriedad—. Tu madre recibió también una de esas notas, pero te lo ocultó. Cara, Seth, Tom y Kate. Todos recibieron amenazas. Supongo que te preguntarás por qué. —Era como si me leyera la mente—. Bueno, Kate era mi novia. —Asentí y sentí una punzada en el corazón—. La amenazaron porque sabía muchas cosas sobre mí y mi familia.

»Yo le contaba los problemas que tenía con mis padres y con mis amigos cercanos. Aunque creo que éramos más amigos que novios. Recibió una nota en la que le decían que si contaba algo a la policía, la matarían enseguida. Ella no se lo dijo a nadie y, por supuesto, no dijo nada sobre mi paradero y mi familia. Mantuvo la boca bien cerrada.

»Al cabo de unos días se enteró de que Seth también estaba implicado. Cara nos contó que la vio subirse a su coche. Kate sabía que Seth era un bromista y creyó que él le había enviado la nota. Todos los posibles sospechosos estuvieron en mi funeral. ¿Quién podría haberlos escuchado?

»Al día siguiente, Seth también recibió una nota y se lo contó a Kate. Entonces, tu madre y Cara decidieron que debían hacer algo para protegerte.

Creyeron que lo mejor que podían decirte era que tú me habías matado. Pero no te lo creías del todo... Tu madre se dio cuenta de que estábamos investigando. No fuimos demasiado... discretos.

»Días después, Cara recibió una nota del asesino y decidió fingir su muerte para protegerte. Creían que si te mentían o desaparecían, te salvarían la vida.

—No puede ser...

Estaba confusa. Tenía muchas preguntas y la mente en blanco. Analizaba todo lo que Alex había dicho para encontrarle sentido. Y la verdad es que parecía estar en lo cierto.

Era un plan sumamente complejo y planeado al detalle. Sin embargo, no había funcionado.

Cuando vi a mi madre en la mansión de los Crowell el día de Nochebuena con un bate en la mano, pensé que ella era la asesina.

Entonces, toda la historia de que había estado en coma no era más que otra mentira para que me olvidara de Alex y de todo lo ocurrido y dejara de investigar. Seguro que mi madre había pagado al médico para que la ayudara a convencerme.

Apenas podía moverme. Estaba en estado de *shock*, casi petrificada. Era demasiada información.

—Yo tampoco lo creía. Pero ahora sé que todo es verdad.

—¿Y los mensajes? ¿Por qué no estaban en mi bandeja de entrada?

—Yo los eliminé —respondió con culpabilidad.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Por qué lo hiciste? ¡Sabías que esa era la pista que podría confirmarme que eres real!

—Por eso lo hice.

—¿Por qué? ¿Por qué debo creerte?

El corazón me latía aceleradamente. Temí que escuchara mis latidos incesantes y dolorosos.

—Tu madre haría cualquier cosa por ti, y tus amigos también, Hannah. Y yo también. Te quiero, y haría cualquier cosa para mantenerte a salvo.

Me sentía tan mal por haber culpado a mi madre y haber querido pegar a Cara. Tenía muchas ganas de llorar.

Me sentía tan tonta. Hasta Seth había intentado ayudarme y yo lo había amenazado. Ahora lo entendía todo.

Me sentía como una mierda.

—Soy una estúpida, Alex —gimoteé con la voz cortada.

Él negó.

—Yo también soy un estúpido, porque también creí que ella era la asesina. No deberías sentirte así. Cualquier persona en tu lugar hubiera creído lo mismo. Eres muy inteligente y muy valiente. Te admiro, Hannah. Te admiro por todo lo que has hecho para descubrir la verdad. ¿Sabes cuántas personas prefieren vivir en una mentira solo para no sufrir? —Me cogió de las manos y me dio un apretón—. Te admiro por eso y por mucho más. No te has rendido en ningún momento. Hannah Crowell, no eres estúpida. Eres increíble, y te amo.

Me acarició la mejilla para secarme las lágrimas. Hasta ese instante no supe que estaba llorando. Y, entonces, me besó.

—Tú sí que eres una persona increíble.

—Fantasma —me corrigió con una sonrisa—. Tenemos que continuar. Tengo algo para ti.

—¿Algo para mí? ¿Qué...?

El sonido de un teléfono me interrumpió. Ambos nos miramos con confusión. ¿Quién podría ser? Mi mochila comenzó a vibrar y una luz se encendió dentro del bolsillo. Cogí el móvil y me enjuagué las lágrimas antes de contestar, como si quien llamara me fuese a ver. Me aclaré la garganta y contesté:

—¿Hola?

—¡Hannah! ¡Oh, Dios! ¡¿Dónde estás?!

Reconocí de inmediato su voz. Era mi madre, y se la escuchaba realmente desesperada.

Sentí un alivio inmenso al oír su voz. Volvía a ser mi madre, la mujer que se preocupaba por mí. La misma de siempre. La mujer que me cuidaba cuando tenía pesadillas, la mujer que me protegía del asesino de Alex. Me sentía realmente mal.

—¡Dime dónde estás! ¡Dios, Hannah! ¡No puedo creer que te hayas ido del instituto! ¡Dime dónde estás e iré a por ti! ¡Por favor! ¡¿Hola?!

—Mamá... —susurré para intentar calmarla—. Estoy bien, solo he salido a tomar un poco de aire.

—¿Con esta lluvia? —preguntó con cinismo—. ¡Por favor, dime dónde estás!

—Mamá, si no te calmas no te diré dónde estoy.

Alex me miró con el ceño fruncido.

—Está bien. Estoy tranquila, ¿puedes decirme dónde estás? —dijo, intentando ocultar la desesperación en su voz.

—Estoy en el centro comercial, he venido a tomar un café. Estoy bien.

—Vale —contestó, más calmada—. La doctora Lisa White me ha llamado y me ha dicho que no quieres seguir con las sesiones.

—Sí... No quiero verla más. No creo que necesite que... —Entonces me di cuenta—. Un momento... ¿cómo has dicho?

—Me ha contado que no quieres continuar con las sesiones de terapia —dijo, confusa.

—No... ¿cómo has dicho que se llama la doctora?

—Lisa White —repitió.

Me llevé las manos a la boca inconscientemente para no gritar.

—¿Hannah? ¿Qué pasa? —preguntó Alex.

—Mamá, te llamo más tarde.

—No. Hannah, no cuelgues...

Colgué.

—¿Qué ocurre? ¿Hannah?

Alex me observaba expectante.

¿Debía decírselo?

—Te lo diré en cuanto lleguemos dondequiera que me estés llevando.

—De acuerdo.

Parecía que la tormenta había aminorado y, al cabo de un rato, dejó de llover. Avancé con precaución, concentrada en el camino. Pero Alex me observaba fijamente en silencio, y no podía evitar sentirme tensa y nerviosa.

—¿Estamos cerca?

—Hemos llegado. Gira ahí —ordenó, señalando hacia un camino más pequeño y más enlodado.

En cuanto tomé la curva y vi dónde estábamos, fruncí el ceño.

—¿Qué hacemos en un cementerio, Alex?

Frené y contemplé el campo plagado de lápidas.

—¿Aún no lo sabes?

Sabía a lo que se refería.

—Alex...

—Aparca donde quieras.

Parecía que estaba... feliz.

—Estoy muy confundida, Alex. —Lo miré con cautela, pero su sonrisa me desconcertó—. ¿Por qué sonríes?

—Ven, salgamos de aquí.

Abrió la puerta del copiloto y salió con velocidad. Apagué la camioneta y me abroché la chaqueta. La lluvia había cesado, pero hacía un frío terrible y, por lo que parecía, volvería a llover.

Alex se me adelantó y me abrió la puerta.

—Vamos.

Me tendió la mano y la cogí. Salí de un salto del Jeep. En cuanto puse los pies en el suelo, mis zapatillas blancas se llenaron de barro.

—Eres tan impredecible.

—Tengo algo para ti. Y también algo que decirte.

—Estoy ansiosa.

Alex me llevó hasta un lugar abierto sin puertas, aunque cubierto por un techado. Había grandes arcos y las paredes eran blancas. Parecía ser un lugar en el que la gente depositaba las cenizas de sus seres queridos. La lluvia no había llegado ahí dentro. El suelo estaba perfectamente seco.

Miré a mi alrededor y me abracé al sentir un frío que me calaba los huesos. Estábamos rodeados de grandes y frondosos árboles y todo olía a hierba mojada.

Nos detuvimos y miré a Alex, que me soltó y caminó hacia lo que parecía ser un banco de madera, totalmente lleno de polvo. Tomó una bolsa negra que había encima y la abrió.

—¿Qué hay dentro?

—Es un cuaderno que encontré en mi habitación. Lo dejaste ahí. —Sacó el cuaderno de tapas duras y me lo entregó. Lo tomé con manos temblorosas—. ¿Lo recuerdas, verdad?

—Sí, por supuesto. —Recordaba perfectamente lo que había escrito ahí.
Tragué saliva, avergonzada.

El cuaderno podría confirmar que todo era una farsa.

—¿Lo has leído? —pregunté, fingiendo desinterés.

Había escrito un millón de cosas sobre Alex.

—No.

—Mmm... gracias —respondí, ruborizada.

—También encontré esto.

Metió la mano en la bolsa de plástico y sacó una pequeña bolsita transparente. Entrecerré los ojos.

—Es el pendiente que me dio Kate —susurré.

—Sí. Estuve investigando a fondo. Y he descubierto algo muy importante.
—Su rostro se puso serio.

—¿Qué?

—¿Quiénes son los últimos sospechosos que has incorporado a tu lista?

—Eric, George, Sarah, Tom y Rosie.

—Exacto. Ven...

—Un momento, Alex. ¿Qué hacemos aquí?

Ahora lo entendía todo. Las cenizas de Alex estaban aquí. Pero ¿para qué me había traído?

Alex comenzó a caminar con paso lento, tirando de mi mano.

—Otra pregunta. —Hizo una pausa sin dejar de caminar. Sus pasos eran lentos y cortos—. ¿Quién de esos sospechosos recibió una nota pero no se alió con nadie?

Pensé durante unos momentos.

—Rosie...

—¿Y quién estaba en mi casa cuando dejaron la nota?

—Rosie y Eric, pero a tu madre también la atacaron.

¿Adónde quería ir a parar?

—¿Quién se hizo cargo de mi funeral? ¿Quién sabía dónde estaban mis cenizas, Hannah?

—Rosie. Ella se ofreció a traerme —respondí.

—Pero nunca lo hizo, ¿cierto?

—Cierto.

No entendía qué quería decir.

—¿Acaso Rosie no tiene un trastorno mental?

—Sí, pero ya lo ha superado, Alex.

—Eso es lo que todos han creído. ¿Sabes por qué vomitabas tanto? ¿Por qué sentiste esa conexión con mi madre el día en que la conociste? ¿Por qué era tan amable contigo? ¿Por qué insistía tanto en que comieses sus rosquillas? ¿Por qué parecía preocuparse tanto por ti tras mi muerte?

Mierda...

—Sígueme.

Alex siguió avanzando. Sentía que me ardía la piel y me picaba la garganta. Apenas podía hablar.

Entonces se detuvo junto a un nicho, levantó una piedra y cogió una urna de color café. Era pequeña y muy brillante, incluso tenía unos grabados de color oro en la superficie. Otro trueno resonó a lo lejos. Alex me entregó la urna.

—Ábrela.

—Alex... —susurré, temblorosa.

—Por favor.

Cogí la urna.

Alex me observaba con atención. La destapé sin apartar la vista de él y entonces dijo:

—Mira lo que hay dentro.

Inspiré profundamente y pestañeé. Bajé la mirada lentamente y di un brinco. La urna casi se me cayó de las manos.

—No hay nada —murmuré con incredulidad—. ¿Alex?

—¿Sabes lo que significa, Hannah? —preguntó sonriente.

—Si no hay cenizas, entonces eso significa que... —Tomé una bocanada de aire y lo miré fijamente a los ojos—. ¿Estás... estás vivo, Alex?

El corazón me latía sin parar.

Él asintió.

—Eso es lo que parece.

Dejé caer la urna y me lancé a sus brazos. Inhalé su aroma varonil. Él me abrazó y después me cogió por la cintura. Apenas podía respirar.

—Oh, Alex. No puedo creerlo. ¡Es increíble!

—Lo es. Yo... esto es magnífico. Necesitaba decírtelo, ahora me siento más... aliviado.

Suspiré y me alejé de él, sin dejar de sonreír.

—¡Es increíble! ¡No puedo creer que estés vivo! Pero entonces... ¿Dónde estás? ¿Dónde está tu cuerpo?

—Recuerda lo que te he dicho.

Hice una lista mental: los vómitos, la conexión con su madre, las rosquillas, las notas, el día del ataque en la mansión, la noche de Nochebuena, mi madre con el bate ensangrentado, el interés de Rosie por mi bienestar...

—No puede ser...

Joder.

—Hannah... El pendiente es de mi madre. Ella nos mintió acerca de mis cenizas. Hace una semana revisé la bodega de la mansión, quería saber todo lo que había dentro. ¿Sabes qué encontré? —Hizo una pausa dramática y entonces añadió—: Recortes de periódico. Ella envió las notas. Amenazó a tu madre, a Kate, a Cara y a Seth.

No podía ser. ¿Rosie?

—Pero no tiene sentido. A ella también la atacaron...

No quería defenderla, pero todo era muy confuso.

Alex rio amargamente.

—Atacó a mi padre y después se hizo aquellos arañazos para que nadie sospechara. Lo tenía todo planeado. Fue ella quien llamó el día de Nochebuena. Encontré el móvil que arrojaron por la ventana en su habitación... Tenía planeado matarte esa noche. Cuando Margaret llegó, se vio obligada a cambiar de planes.

—¿Por qué nadie hizo nada? ¿Le hizo algo a Anna?

—Creo que no. Mi madre drogó a todos los que estaban en la casa. Echó somníferos en las copas de mi padre y de Eric. Pero Eric no bebió. George se la tomó cuando Rosie no lo observaba, y ella pensó que ambos habían bebido.

Me senté en el suelo. Era demasiada información.

¿Rosie? Resultaba imposible creerlo.

—¿Se golpeó a sí misma con el bate el día de Nochebuena?

—Sí. Sabía que Margaret estaba ahí y que tú la verías.

—Hija de... —Me detuve por respeto a Alex—. ¿Cómo estás tú?

—Hannah, nunca me ha tratado como una madre, y, además, pasaba mucho tiempo en las clínicas. Fue Eric quien me crió. Incluso mi padre me evitaba en algunas ocasiones. Siempre estaba muy ocupado con el trabajo. Aunque no le reprocho nada. Sin embargo, mi madre nunca me ha querido. En el fondo, siempre he sabido que me odiaba.

«Cuéntaselo, Hannah», me dije a mí misma.

—Has dicho algo sobre las rosquillas...

Alex se sentó a mi lado. La brisa del viento hacía que su aroma llegara a mi nariz. Olía tan bien que sentía unas inmensas ganas de abrazarlo, pero me contuve.

—Sí... Mi madre no es tan dulce como todos creíamos. Hannah, las rosquillas estaban envenenadas, tenían arsénico. —Hizo una pausa y tragó saliva. Sentía que el estómago me explotaría en cualquier momento—. Hizo lo mismo conmigo.

»Sabía que nadie sospecharía de las rosquillas. Tenía la intención de matarnos lentamente. Nadie se habría dado cuenta. Por suerte, no parabas de vomitar y el arsénico no te hizo efecto. Recuerdo que yo también vomité un par de veces, aunque creo que no he tenido tanta suerte como tú.

No tenía palabras. Era imposible pensar que la persona en la que más confiaba nos había traicionado de tal forma. Ninguna persona merecía tanto odio como Rosie Crowell.

—Dios, no puedo creerlo, Alex. —Mi voz sonaba aguda. No sabía qué sentir. Estaba petrificada.

—Mi madre es la culpable, Hannah. Nos equivocamos.

Como siempre había dicho, Rosie tenía las respuestas.

Capítulo 18

Joder.

Nunca me habría imaginado tal cosa, ni siquiera lo habría creído posible si no me lo hubiera dicho Alex. Estaba conmocionada. ¿Qué clase de madre envenenaría a su propio hijo e intentaría matarlo?

La respuesta era bastante obvia. Alex no era hijo de Rosie ni de George. Rosie no quería a Alex y lo cierto es que empezaba a pensar que tampoco amaba a George. Si Rosie no quería a su propio hijo, aunque no fuera sangre de su sangre, quizá que fuera incapaz de amar. Puede que ni siquiera se quisiera a sí misma.

Estaba loca y había intentado suicidarse varias veces. Tenía un trastorno muy peligroso. Era una especie de virus. Si te topabas con ella o entorpecías sus planes, morías. También podías unirte a ella como cómplice, pero era Rosie quien escogía a sus víctimas.

Por eso Sarah la había ayudado y había acusado a mi madre. Era un blanco fácil para Rosie. Y la había utilizado para levantar más sospechas. Y la verdad es que durante un tiempo lo había logrado. Su estrategia había funcionado a la perfección. Alex y yo habíamos caído inocentemente en sus redes. Éramos víctimas de su juego macabro.

¿Pero por qué odiaba tanto a Alex? ¿Por qué vengarse de los Crowell haciendo daño a su hijo y no a George o a cualquier otra persona? ¿Por qué era un ser tan despiadado? ¿Qué había sucedido en el pasado para que se comportara de esa forma tan terrorífica? ¿Era por culpa de su trastorno?

—¿Tienes alguna idea de por qué lo hizo? ¿Por qué quería matarte? Yo... no entiendo nada —dije con la mirada fija en sus ojos acaramelados—. Nunca me habría imaginado que Rosie era quien estaba detrás de todo esto. Siempre

se ha comportado con dulzura y amabilidad. Pero, claro... todo era parte de su plan.

Estaba asqueada. Se me revolvía el estómago cada vez más. Pensé en el arsénico de las rosquillas y quise vomitar. Nunca volvería a comer rosquillas. Estaba segura de ello.

—Sí. Yo también me lo he estado preguntando desde que descubrí la verdad. Todo es demasiado confuso y muy difícil de creer. Pero cuando vine aquí y vi que no había cenizas, lo primero que sentí fue alegría. Y, después, mucho rencor y odio, porque nos ha mentado, a todos. —Apartó la vista de mí durante un instante y se concentró en un punto en la distancia, a mis espaldas —. Lo primero que pensé fue que había recaído.

—Sí... pero supongo que debe de haber otra explicación.

Entonces, un rayo iluminó el cielo encapotado y, justo después, un trueno retumbó a lo lejos. Todo tembló. El césped se iluminó durante unos segundos y el viento comenzó a soplar con fuerza. Alex y yo nos sobresaltamos. Parecía que iba a empezar a diluviar otra vez de un momento a otro.

Miré a Alex y suspiré con disimulo. Los rayos le iluminaban la piel y ya no se lo veía tan pálido. Pronto oscurecería y saldría la luna.

—Por supuesto.

Tenía un aspecto vulnerable. Movía los ojos con inquietud y tragaba saliva con dificultad. Parecía que le acabaran de romper el corazón. Era difícil adivinar sus emociones. Intentaba con todas sus fuerzas mostrarse sereno, aunque yo sabía que, en el fondo, no lo estaba.

—Tengo otras dos posibles teorías.

Sonreí un poco para reducir la tensión.

—Tus teorías casi siempre son ciertas, Alex —contesté al recordar el día que me preguntó sobre mi padre—. ¿Recuerdas que pensabas que éramos hermanos? No ibas mal encaminado.

Guardé silencio. No se lo diría todavía.

Alex sonrió con dulzura. Fijó la mirada en el suelo y empezó a mover los dedos con evidente nerviosismo, aunque parecía que eso lo reconfortaba un poco. Entonces, levantó la vista y me contempló con una expresión seria.

—Pues yo espero que no sean más que teorías, Hannah. —Hizo una pausa y posó su mirada en la mía. Sentí una corriente eléctrica al instante. Parecía

decepcionado—. Si estoy en lo cierto, todo el cariño que he sentido hacia mi madre se desvanecerá para siempre.

Ese era su punto débil. Alex todavía quería a Rosie. Estaba confundido, como yo lo había estado cuando creía que mi madre era la asesina. La quería y la odiaba al mismo tiempo. Lo comprendía perfectamente.

—Explícame tus teorías. ¿Por qué crees que lo hizo?

Su mirada se oscureció. Luego, tragó saliva y se tensó. Se le marcaban todos los músculos debajo de la camiseta. Era como si estuviera a punto de contarme un secreto. Me quedé inmóvil, mirándolo directamente a los ojos.

—Por dinero.

—¿Por dinero? —pregunté, y no pude evitar sentirme asqueada.

Rosie podría haberlo hecho por dinero. George era rico y tendría que compartir la herencia con Alex. Ahora que Alex estaba supuestamente muerto, podría quedarse con la mayor parte del dinero de su marido. ¿Acaso había planeado hacerle algo a George? ¿Quería matarlo también? ¿No sería algo sospechoso?

—Mi tercera teoría es que lo hizo simplemente para vengarse. Tengo la sospecha de que oculta algo sobre el pasado. Si tu madre se cambió el nombre y te ocultó de todos ellos, tuvo que ser por algo más fuerte que un odio mutuo. Debió de pasar algo más. Algo que no te han contado.

—¡Claro! Mi madre dijo que Rosie le hizo la vida imposible mientras vivió en la mansión, cuando estaba con Eric. Pero pensé que estaba relacionado con su enfermedad y con la pérdida de su bebé...

De repente, oímos una rama crujir, y Alex y yo nos quedamos paralizados durante unos instantes. Nos miramos con el ceño fruncido. Luego, abrí los ojos como platos y giré la cabeza hacia atrás velozmente. Alex dio un brinco y yo hice lo mismo. Cuando me levanté, se colocó delante de mí para cubrirme de algo que no estaba a la vista.

—¿Alex? —susurré.

Solo había árboles y césped a nuestro alrededor.

—Chsss. Alguien nos ha seguido.

Me quedé quieta, sin atreverme a responder.

Su cuerpo era invisible para la mayor parte de las personas. Solo unos pocos veíamos fantasmas. Alex me cubrió totalmente. Sin resignarme, me puse

de puntillas y eché un vistazo por encima de su hombro. Las ramas de los arbustos se mecían suavemente por la brisa del viento, que me sacudía el pelo ligeramente.

Tenía la cara cada vez más fría. No había nada que pudiera llevarnos a pensar que había alguien escondido entre las sombras. Me puse nerviosa y tensa enseguida. Si alguien nos había seguido, solo me vería a mí. Era un blanco fácil.

—¿Y si es un animal? Si alguien nos hubiera seguido, nos habríamos dado cuenta. He mirado todo el tiempo el retrovisor mientras veníamos.

—Tienes razón —susurró—. Pero quizá no nos haya seguido. Tal vez ya estaba aquí, esperándonos.

Rosie.

—¿Crees que es...?

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—Sí, seguro. Pero no te preocupes, no estás sola. Te protegeremos.

—¿Me protegeréis? —Fruncí el ceño de inmediato—. ¿Quiénes? Alex, dime qué ocurre.

—Rosie debe de saber que has descubierto la verdad. Atacará pronto. Tenemos que estar listos.

Pronunciar el nombre de su supuesta madre le costaba demasiado, aunque intentaba disimularlo. Era un monstruo. Lo había traicionado. Nos había traicionado a todos.

Entonces, me di cuenta de que había evitado responder mi pregunta por completo. ¿Qué sucedía?

—No me lo dirás, ¿verdad?

—Hannah...

Alex se dio media vuelta y yo bajé la vista al suelo. Tenía las zapatillas cubiertas de barro; ya no eran blancas, sino marrones.

—Por favor, este no es el mejor momento para contártelo. Tienes que confiar en mí.

—Confío en ti, lo sabes.

Empezaba a estar molesta. Al parecer, Alex sabía algo que yo no, y no iba a contármelo todavía. Pero ¿cuándo sería el momento correcto?

Acercó las manos a mi barbilla y sentí una cálida corriente por todo el

cuerpo. Me alzó la cara con delicadeza, obligándome a levantar la vista. Entonces, cuando nuestras miradas se encontraron, contestó:

—Si confías en mí, tienes que ser paciente. Prometo que te lo contaré, Hannah.

Sentí que me abandonaban las fuerzas al contemplarlo.

Era la viva imagen de la perfección.

Y me quería.

—De acuerdo. Pero dime al menos si se trata de algo bueno o malo.

Alejó los dedos de mi rostro y fijó la vista en un punto en la distancia. Pareció debatirse durante unos instantes.

—Bueno... —respondió con cierta resignación—. Digamos que es bueno, pero para ti puede ser algo... malo.

—¿Debo preocuparme? —pregunté, buscando su mirada.

Esbozó una ligera sonrisa tranquilizadora.

—No. Iré a ver qué sucede por ahí detrás, ¿de acuerdo? No te muevas de aquí.

—Ten cuidado.

Alex asintió y, un segundo después, se adentró en la bruma que nos rodeaba. Con cada paso que daba, su cuerpo se hacía más pequeño. El rostro de Rosie apareció en mi mente y se me erizó la piel. Tenía tantas preguntas que no sabía por dónde comenzar.

Recordé el ataque del día de Nochebuena. Mi madre no había intentado atacarme ni hacerme daño en ningún momento. Fui yo la que había empezado. Ella tan solo me espantó con el cuchillo para que saliera de la cocina y me alejara de Rosie. Esa había sido su única intención.

Fingir la muerte de Cara fue un golpe bajo. Verla en aquella habitación me volvió loca. Incluso había llegado a creer que había estado en coma de verdad.

Aunque ahora sabía por qué lo habían hecho: para protegerse y protegerme de Rosie.

Todo tenía sentido.

—¿Hannah? —dijo una voz masculina—. ¿Estás bien?

Me giré y me sacudí, saliendo de mi ensimismamiento.

—¿Eh? Sí, sí. Estoy bien. Solo pensaba en Rosie y en mi madre.

Alex estaba frente a mí, mirándome con preocupación.

—Cada vez que dices Rosie, me dan ganas de vomitar —soltó de repente con total sinceridad.

—Lo sé. Tendremos que llamarla bruja.

—Se merece algo peor.

—Sin duda. —Hice una pausa y me concentré en los árboles frondosos—. ¿Has visto a alguien?

—No, tenías razón. Seguramente era un animal.

—Es extraño...

Alex me miró confundido; no tenía ni idea de qué hablaba.

—¿Qué es extraño?

—Que dejaras caer el reloj sobre Max y que nadie te viera. No... no lo entiendo.

—Puedo mostrarme u ocultarme a mi antojo. —No entendía del todo lo que decía—. Vago por este mundo, como si fuera un fantasma, y no soy el único. Por todas partes hay espíritus como yo, espectros, fantasmas... observándonos. Pero tú no los ves porque ellos no quieren mostrarse. —Se humedeció los labios, que tenían un brillante color carmesí. Escuché con atención lo que me decía—. Pero si una de estas almas quiere mostrarse, lo verás.

Me molestaba saber que se había ocultado de mí cuando lo había pasado tan mal. Sentí un incesante hormigueo en el estómago.

—¿No pensabas volver a verme ni hablarme? Si Anna no hubiera aparecido en la consulta de la psiquiatra, ¿no te habría visto nunca más?

Alex bajó la mirada, aparentemente avergonzado. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, dubitativo. Era una mala señal; si realmente se lo estaba pensando, significaba que había contemplado esa posibilidad.

—No lo sé, Hannah. Yo solo quería que fueras feliz. Conmigo o sin mí —contestó mientras me observaba con sus profundos ojos color caramelo. Estaba visiblemente afectado.

Tragué saliva.

—Imposible —dije—. No puedo ser feliz si no estás en mi vida, Alex. Debes entenderlo. No puedes abandonarme.

—No puedo prometerte nada por ahora. Pero si volviera a este mundo,

sería tuyo para siempre, Hannah.

—Te quiero, Alex.

—Hannah, eres la chica más hermosa y loca que conozco. Además de valiente y terca. —El corazón me dio un vuelco—. Te quiero con locura.

Sin pensarlo dos veces, me abalancé sobre él y lo abracé. Enterré la cabeza en su hombro e inspiré su dulce aroma varonil. Alex me cogió por la cintura y, segundos después, me abrazó con fuerza. Una ola de calor invadió todo mi cuerpo. Éramos como dos piezas de un mismo rompecabezas que encajaban a la perfección. Me quedé quieta entre sus fuertes brazos durante varios segundos, disfrutando de su cercanía y de su olor.

La brisa del viento golpeaba nuestros rostros con suavidad y arrastraba las hojas secas. El césped estaba empapado de gotas de lluvia. En realidad, se estaba bien en aquel cementerio, a pesar de las lápidas que había a nuestro alrededor. El paisaje era, en cierto modo, hermoso.

Un segundo después, la vibración de mi móvil interrumpió el silencio. Alex se alejó de mí.

—Es mi teléfono —dije mientras metía la mano en el bolsillo para alcanzarlo. La pantalla estaba completamente iluminada—. Es un número desconocido.

Alex miró a nuestro alrededor, como si esperara ver a alguien, tenso. Echó un vistazo a mis espaldas y tragó saliva. No me atreví a mirar hacia atrás, en dirección a la camioneta. Parecía que había visto algo, pero estaba tan asustado que me quedé inmóvil.

—Será mejor que contestes.

Inspiré profundamente y deslicé el dedo por la pantalla. Me di cuenta de que había comenzado a temblar.

—¿Hola? —Nada. Se me detuvo el corazón durante un instante—. ¿Hola? Solo escuchaba ruido blanco, como el de una televisión sin señal.

Entonces, alguien gruñó.

—Hannah...

Reconocí la voz de inmediato. Me tranquilicé y solté el aire que había estado conteniendo. De repente, me sentía más ligera.

—¿Mamá? ¿Qué sucede?

Alex no se relajó. Todavía miraba hacia atrás. El ambiente estaba cada

vez más tenso.

—Por favor, no... —suplicó.

Después oí un golpe sordo, como si alguien hubiera lanzado una silla contra la pared.

—¿Mamá? Por favor, dime qué pasa.

Empezaba a estar asustada y me imaginaba lo peor.

Nada. Solo silencio.

—Por favor, mamá. Háblame.

—Siento ser tan inoportuna, cariño. Creo que Margaret se ha quedado profundamente dormida...

—¿Rosie? ¡¿Qué le has hecho?! —grité. Tenía un nudo en la garganta.

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

—Te juro que si le has hecho algo, yo misma te mataré...

Rosie rio con cinismo desde el otro lado de la línea. Resultaba aterradora.

—¿Tú? —se burló—. ¿Qué me podría hacer una chiquilla como tú? ¿Pegarme con un biberón? Debes de estar bromeando.

—Eres una... ¡zorra! ¿Cómo pudiste hacer daño a Alex? Eres... eres un monstruo.

—Alex no es mi hijo. Lo cierto es que nunca sentí cariño por él. —El corazón me dio un vuelco cuando vi la mirada perdida de Alex—. Pero ¿sabes qué? No me interesa lo que pienses de mí, porque voy a acabar con todos los Crowell. Me quedaré con todo lo que es vuestro.

—¿Lo haces por el dinero?

—Tengo mis razones, pero no creo que sea algo que debamos hablar por teléfono. No sería adecuado en absoluto —aclaró en un tono educado, como si volviera a ser la misma Rosie dulce de siempre—. ¿Por qué no vienes a la mansión? No, espera... —Hizo una pausa—. Ven a la mansión. Es una orden.

—¿Por qué debería ir?

Había empezado a temblar y el teléfono me bailaba contra la oreja. Estaba muy nerviosa y tensa. Rosie había secuestrado a mi madre.

—No lo sé... —dijo como si tratara de resolver una adivinanza. Luego, resopló y prosiguió—: Tal vez porque aquí están George, Eric y tu madre. Y también Rebecca, la estúpida de Caroline y su esposo. Oh, vaya, casi lo olvido. ¿Por qué no miras atrás?

—¿Qué?

—Vamos, creo que no eres tan estúpida. Date media vuelta. Te gustará...

Alex me miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué hay detrás de mí, Alex?

—Hannah... —Tenía el rostro petrificado.

Con lentitud, y sin soltar el teléfono, comencé a girarme. El barro me impedía moverme con facilidad. Era como si mis piernas no quisieran desplazarse. Aunque en el fondo estaba ansiosa por ver qué había a mis espaldas. Sentía cómo la adrenalina corría por mis venas.

De repente, tenía los ojos vidriosos y lo veía todo borroso. Sentía que el barro me tiraba hacia abajo y estuve a punto de derrumbarme ahí mismo. Las piernas me temblaban y tenía la frente empapada en sudor. Me dolían todos los poros de la piel.

Anna.

Tenía el rostro cubierto de lágrimas, las mejillas sonrojadas y su mirada destilaba terror. Lloraba desconsoladamente. Llevaba el pelo mojado y tenía un aspecto horrible. Calzaba unas zapatillas iguales que las mías. Tenían tanto barro que era imposible distinguir de qué color eran.

Sentía un fuego en el pecho. El odio se apoderaba de mí. Me inundaban el rencor y el desprecio. No me sentía yo misma. Tenía la mente nublada. Era como si toda la luz que había en mi interior hubiera desaparecido en un santiamén.

¿Cómo podía ser una persona tan despreciable?

Anna llevaba una bomba en el pecho. Unos números de color rojo indicaban que había comenzado la cuenta atrás.

Vestía un chaleco lleno de explosivos y un montón de cables rojos y verdes. Anna no había abierto la boca. Se mantenía en silencio, con el rostro pálido, llorando sin cesar.

—Eres una...

—Cállate —me interrumpió—. Quiero que estés aquí en veinte minutos, si no la bomba explotará, y ya puedes ir despidiéndote de Anna —rugió con voz autoritaria.

Maldita hija de puta.

—Por favor, Anna no. Ella no tiene la culpa —supliqué con voz cansada.

Mi cuerpo se había convertido en una masa flácida y endeble.

—Veinte minutos a partir de este momento.

—Rosie...

—Creía que pronunciar mi nombre te provocaba náuseas...

Colgó enseguida, no sin antes soltar una risita burlona.

Abrí los ojos de par en par. ¿Cómo había oído eso? Por un momento, perdí el equilibrio, se me doblaron las piernas, pero cuando estuve a punto de caer, Alex me sostuvo.

—¿Estás bien? Dios, qué pregunta más tonta. Claro que no.

—Lo siento, esto es demasiado.

—¿Qué te ha dicho?

—Tiene a mi madre y al resto de la familia... Los matará a todos, Alex.

—Los ojos me escocían demasiado—. ¡Anna! ¡Tiene una bomba! ¡Debemos irnos, Alex! ¡La detonará si no estamos en la mansión en menos de veinte minutos!

—Tranquila, está bien. Cálmate. Iremos hacia allá, ¿de acuerdo?

—Sí...

—Por favor. Estás temblando. —Sonaba asustado.

Inhalé profundamente, intentando respirar la mayor cantidad de aire puro. Esa mujer realmente estaba trastornada. Nos había engañado a todos.

¡La odiaba! ¡La odiaba con todo mi ser! ¡Era un monstruo!

—Anna...

Me liberé de Alex y dejé caer el teléfono al barro. En cuanto estuve fuera de su alcance, corrí hacia ella, me abalancé y la abracé. Anna me abrazó con fuerza por la cintura y continuó llorando sin parar.

Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que sonaban como un tambor. Parecía que el pecho me iba a explotar en cualquier momento.

—¿Qué pasa, Hannah? —chilló entrecortadamente—. ¿Qué me sucederá? ¿Voy a morir?

La abracé.

—¡No! No te ocurrirá nada. Alex y yo te protegeremos. —Escuché los pasos de Alex, que se acercaba sigilosamente hasta nosotras—. ¿Verdad?

—Por supuesto, Anna. No te pasará nada.

Cuando estuvo lo bastante cerca de nosotras, se acercó a su prima y le

acarició el cabello.

—Tengo miedo, Hannah. Vino a medianoche y me llevó con ella. Se llevó a mi madre, se los llevó a todos, al tío Eric, al tío George, a la tía Caroline y a su esposo. No sé cómo lo hizo. No sé si están vivos o muertos, Hannah. — Sonaba angustiada y preocupada. Noté como temblaba entre mis brazos. Estaba muy asustada. Dios, odiaba a Rosie Crowell. La odiaba infinitamente —. Me ha puesto este chaleco y me ha dejado aquí sola...

Me alejé de ella sin soltarla.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Anna se enjugó las lágrimas de las mejillas con las palmas de las manos, pero no sirvió de nada. Seguía llorando desconsoladamente. Tenía los ojos rojos e hinchados, como si sufriera una infección. Se la veía cansada y aturdida. Me sentía impotente.

—Dos o tres horas, no lo sé...

—Debemos irnos —dijo Alex.

—¿Irnos? ¿Adónde?

Estaba a punto de contestar cuando Alex me puso una mano en el hombro, silenciándome.

—Anna, debes saber algo muy importante. Sabemos quién es el culpable de todo.

—¿Es la tía Rosie?

—Sí.

—Nos matará, Alex.

—No. A ti y a Hannah no os pasara nada. Pensaremos un plan. Ahora tenemos que subir a la camioneta. No nos queda mucho tiempo.

—Tienes razón. Será mejor que nos vayamos.

—No. No quiero ir con la tía Rosie. Nos hará daño.

Se alejó de mí instintivamente. Hizo una mueca de desagrado y las lágrimas cesaron.

—Tenemos que hacerlo, Anna.

Miré el reloj y vi que ya solo quedaban dieciocho minutos. El camino estaba lleno de barro y calculaba que se tardaba en torno a una media hora en llegar a la mansión de los Crowell. Nunca llegaríamos con vida.

—Te prometo que no te dejaré sola, ¿de acuerdo? Estaré contigo, y Alex

también. Los Reeve no rompemos promesas.

Ella pareció pensarlo un poco. Un segundo después, asintió con resignación.

—De acuerdo.

—Muy bien, todos a la camioneta —dijo en un tono serio.

Sabía que tenía algo más en la cabeza. Algo que no me contaría hasta que no acabara esta pesadilla.

Tomé de la mano a Anna y, con paso rápido, avanzamos hasta el Jeep. Alex abrió la puerta trasera izquierda y Anna se subió dando un brinco. Cuando le solté la mano, ella me miró con los ojos abiertos, esperando a que me sentara con ella.

—No te preocupes, iré delante.

Me abroché el cinturón. Miré el chaleco con los explosivos y me estremecí. Sentí algo caliente en la mano. Entonces, bajé la mirada. Alex me la había cogido y me acariciaba los nudillos con una débil sonrisa.

—Todo irá bien, Hannah.

Asentí casi de inmediato. Antes de cerrar la puerta, ofreció una sonrisa tranquilizadora a Anna.

—¿Estará bien, Alex?

—Sí. Confía en mí.

—Siempre.

Me dio un beso fugaz. Tenía los labios fríos y húmedos. Cuando nuestras bocas se unieron, nos volvimos uno solo. Acaricié su rostro pálido y lo besé con más pasión. Su boca sabía a menta; era deliciosa.

No quería despegarme de él, pero lo hice.

—Debemos irnos. Se nos acaba el tiempo —dijo con voz agitada.

Tenía las pupilas dilatadas. Alex me soltó la mano y abrió la puerta del piloto. Tragó saliva por enésima vez, pero ahora me pareció más... estimulante.

—Sube.

Hice lo que me pidió y salté a la camioneta. La tela del asiento estaba caliente y el interior del Jeep olía a Jared. Me recosté, moviéndome desesperadamente, y Alex me volvió a coger de la mano. Ahora no me alejé de él. Su cabello castaño se volvía más oscuro con la puesta del sol.

—No tengas miedo, Hannah. Si Rosie sabe que estás asustada, se sentirá invencible. No dejes que pase, porque, entonces, nos destruirá. —Hizo una pausa y me acarició las manos. Las yemas de sus dedos se movían lentamente. Sentía el frío de su piel—. Cuando estés frente a ella, muéstrate débil. Hazle creer que no puedes luchar contra ella y, cuando estés segura, enfréntate a ella. La pillarás por sorpresa. Deja que agote sus energías para que pierda. Siempre funciona.

Asentí.

—De acuerdo. —Procuré sonar segura de mí misma, pero luego agregué otras palabras más acordes a lo que sentía—. Lo intentaré.

—Esa es mi chica. —Se llevó mis manos a la boca y las besó. Sentí un escalofrío por la columna y se me puso la piel de gallina. El oxígeno se quedó estancado en mis pulmones. Alex me soltó las manos y el frío viento que entraba por la puerta me envolvió—. El cinturón, Hannah.

Agarré la cinta y me la pasé por encima para insertar la lengüeta en el broche. El clic retumbó en el silencio del Jeep. Cuando se aseguró de que me había puesto el cinturón, cerró la puerta con suavidad. Sus ojos nunca dejaron de mirar los míos.

—Perfecto. Todo irá bien, Anna —dije, sonando segura.

Saqué la llave del bolsillo del pantalón y la puse en el contacto mientras Alex rodeaba la camioneta. Levanté la mirada y vi como se metía algo en el bolsillo trasero. No alcancé a distinguir qué era, pero parecía algo con mucho volumen. La camioneta rugió cuando giré la llave. Un segundo después, Alex se pasó las manos por el cabello despeinado, tomó una bocanada de aire y abrió la puerta del copiloto.

—¿Todo bien? —pregunté.

Alex entró de un salto en la camioneta.

—Sí.

Asentí sin preguntar qué era lo que tenía en el bolsillo trasero. Quitó el freno de mano y metí la primera. Con lentitud, solté el embrague de la camioneta para después acelerar y poner segunda.

Tres minutos después, regresamos por el mismo camino por el que habíamos llegado. Anna se encontraba en silencio, mirando por la ventanilla mientras lloraba desconsoladamente. Eché un vistazo de reojo a Alex. Tenía el codo apoyado en la ventanilla y apoyaba la barbilla en el puño. Estaba

demasiado concentrado en la carretera. Sus ojos no se movían, y ni siquiera se dio cuenta de que lo observaba. Tan pronto como giré a la derecha, entramos en la autopista que nos llevaría de regreso a la ciudad. Ya casi no había luz solar, así que encendí las luces. Alex no parecía darse cuenta de nada de lo que yo hacía. Estaba completamente perdido en sus pensamientos.

Miré por el retrovisor y observé de nuevo a Anna. Su cabello rubio había comenzado a secarse y las ondas se habían vuelto visibles otra vez. Bajé la mirada discretamente. El reloj indicaba que quedaban catorce minutos.

Seguí conduciendo, acelerando todavía más. La aguja marcaba los ciento diez kilómetros.

—¡Hannah! —gritó Anna con fuerza, haciendo que Alex y yo saltáramos en nuestros respectivos asientos—. ¡El reloj marca que quedan cinco minutos!

—¿Qué?! —Salté nuevamente, mirando por el retrovisor. Alex se giró para comprobar lo que Anna decía. Emitió un aullido de frustración.

Oh, no. Debía de ser una broma.

—¿Qué ha pasado? ¿Has tocado algo?

—¡No! —gritó Anna muy asustada.

Ella sabía lo que eso significaba.

—Dios, esto no está pasando —gimió Alex, restregándose las palmas de las manos en el rostro.

—¡Que alguien me diga qué demonios ocurre! —grité sin despegar la vista de la carretera.

Alex giró la cabeza y me miró.

—Tenemos menos tiempo.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —Mis dedos aferraron el volante haciendo que los nudillos se volvieran amarillos y después blancos, tan blancos como la nieve.

—El reloj marca que solo quedan cinco minutos. —Sonaba desesperado y sorprendido por el cambio brusco del cronómetro—. Tienes que acelerar, Hannah.

—¿Es una broma? Porque si os estáis quedando conmigo...

—No, no es una broma. —Su rostro se volvió serio y, por primera vez en todo el camino, me miró con gravedad—. Tienes que pisar a fondo.

—Rosie no tiene corazón.

—¡Por favor, Hannah! ¡Acelera! ¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —El eco de sus gritos resonó en mi cerebro.

—Está bien, está bien. ¡No vas a morir, Anna! —Alex intentó calmarla.

Inclinó el cuerpo, permitiéndome ver una parte de su espalda musculosa.

—¡No me digas que todo va bien cuando tengo una bomba en el pecho! ¡Voy a morir! ¡Voy a morir! —Anna entró en pánico.

Pisé a fondo el acelerador. Si no llegábamos a tiempo, sería culpa mía. Mi madre habría muerto. Eric habría muerto. ¡Anna explotaría! ¡Todos moriríamos!

Aceleré.

—¡Anna! ¡Mírame! —ordenó Alex haciéndose oír sobre los gritos de Anna—. ¡Mírame! ¡Eso es! ¡No apartes la vista de mí! ¡Todo irá bien! ¡¿De acuerdo?!

Anna chilló con fuerza.

Aceleré todavía más. Mi pulso era un torbellino de emociones contradictorias. Todo el cuerpo me temblaba.

—¡Hannah! ¡Está bien! ¡No te presiones!

—¡No! ¡Tenemos que llegar, Alex! —grité sintiendo toda la culpa del mundo.

Los gritos de Anna se fundían con los míos en un torbellino. Alex regresó a su lugar y respiró con pesadez.

—¡Si sigues conduciendo así, nos matarás!

El interior del Jeep era un caos. Los gritos de Anna eran tan agudos que a Alex y a mí estaban a punto de estallarnos los tímpanos. Parecía frustrado y exasperado. Compartía su angustia y su impotencia. Lo que fue silencio ahora se había convertido en ruido. Demasiado ruido.

La camioneta pasó sobre un bache, haciéndonos saltar. El motor crujió y el llanto de Anna se hizo más fuerte. La desesperación y el pánico se apoderaron de mí. Iba a una velocidad enloquecida y no podía, no quería detenerme.

—¡Hannah! ¡Por Dios! ¡Pisa el freno! —gritó con firmeza.

—¡No! —negué rotundamente sin despegar ni un solo segundo la vista de la carretera humedecida.

—¡Por favor! ¡Hazlo por mí! —gruñó—. ¡Por favor, Hannah!

¡No! ¡Anna iba a morir si me detenía!

—Por favor, Hannah. Te lo suplico. Detente.

Pisé el freno. Nuestros cuerpos se tambaleaban hacia delante y hacia atrás con fuerza.

Alex me miró horrorizado.

Miré al frente. Estaba desquiciada y era incapaz de controlarme a mí misma. Solté el volante y dejé caer la cabeza sobre él. El cabello me cayó sobre la cara, como si fuera una espesa cortina que me impedía ver lo que me rodeaba.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! No sé qué me ha sucedido. —Mi voz era apenas un susurro. Las piernas me vibraban—. Lo siento, Anna.

El silencio volvió a reinar dentro del Jeep.

—Está bien, está bien, Hannah —dijo Alex mientras me ponía una mano en la espalda—. Llegaremos a tiempo. Pero ve más despacio.

—Lo siento.

—No hay nada que disculpar.

Anna había guardado silencio por completo. El llanto había cesado.

—Dios, soy tan...

—No lo digas —me interrumpió Alex—. Tú conduce e intenta no desesperar. Debe de haber un error.

—El reloj ahora marca que faltan trece minutos —anunció Anna con voz ronca y entrecortada.

Tomé una bocanada de aire y volví a meter primera.

—Trece minutos —dije en un susurro alentador.

—Tú puedes hacerlo —contestó Alex.

Diez minutos después, y con tan solo tres minutos restantes, bajamos de la camioneta. Esta vez no esperé a que Alex me abriera la puerta. Ni siquiera apagué el motor. Anna tampoco se hizo esperar. Abrió la puerta trasera y salió de un salto. El césped marchito de la mansión estaba mojado y tenía un aspecto inquietante. Las ventanas de la casa estaban rotas y había añicos de cristal esparcidos por todos lados. Desde el exterior se podía decir que la mansión estaba en ruinas. Justo como la encontré el día que vine aquí.

¿Qué había sucedido para que quedara así?

—Abandonaron la mansión hace unas semanas —dijo Alex como si leyera

mis pensamientos.

Fruncí el ceño y continué con Anna a mi lado. Alex nos seguía, observando con cautela a nuestro alrededor.

—Sin embargo, los muebles siguen dentro. No sé cómo no se han llevado nada. No parece que hayan entrado a robar.

Avanzamos hasta la puerta de la entrada. No había nada de ruido. El interior parecía estar vacío. Eso me preocupaba aún más.

Alex abrió la puerta lentamente. Parecía que a Anna ya no le afectaba tanto su presencia. De hecho, ya parecía acostumbrarse a él.

—Ah, perfecto, ya habéis llegado. Siento lo del reloj. Un error mío. Espero que eso no os haya importunado.

La voz de Rosie nos sorprendió a todos. Me puse alerta y la rigidez de mi cuerpo se hizo evidente. La vi acercarse por el pasillo de la derecha, donde estaban todas las salas. La mansión estaba completamente a oscuras. La escasa luz del sol apenas iluminaba unos cuantos rincones de la casa.

Rosie avanzó hasta nosotros y, para mi sorpresa, vi que tenía buen aspecto. No se la veía demacrada, ni sucia, ni mucho menos enfermiza. Vestía un pantalón negro de tela fina, una ajustada camisa de color blanco con botones hasta el pecho y llevaba unas zapatillas. Su maquillaje era el mismo de siempre: pintalabios rojo, rímel con efecto volumen, polvos compactos y un poco de colorete en las mejillas. Sus ojos azules parecían más claros, más profundos y más excitados...

Sentí una presión en el pecho.

Rosie.

—¿Por qué? —pregunté decepcionada—. ¿Por qué haces todo esto?

—¿No te ha quedado claro?

Rosie levantó una ceja y me contempló con expectación, como si quisiera iniciar una pelea.

—¿Por el dinero?

—Por supuesto. El dinero es poder.

—Eso es repulsivo.

—Depende de cómo lo veas.

Estaba enfadada y, a la vez, asustada. Anna todavía llevaba el chaleco con los explosivos en el pecho y la cuenta atrás del reloj aún no se había detenido.

Noté de inmediato que Rosie tenía un dispositivo cuadrado en la mano con un botón rojo en el centro. Ella siguió mi mirada y se detuvo en el detonador. Luego, lo levantó en el aire.

—Con solo apretar este botón —dijo mientras acariciaba el pequeño círculo rojo con suavidad—, adiós a Anna.

—Detenlo. Ya estamos aquí, ¿qué más quieres? Si lo haces por dinero, puedes obtenerlo sin matar a nadie —contesté, mirándola con rencor.

Rosie no parecía afectada. Estaba muy diferente. Tenía el aspecto de una psicópata.

—Todavía no lo entiendes, Hannah. No se trata solo del dinero. Tu madre me ha hecho la vida imposible. Todos vosotros habéis convertido mi vida en un infierno.

—Eres un monstruo. Te lo has buscado tú sola. Eres la única culpable de todo lo que te ha sucedido, Rosie.

—¿Sabes qué? —Se humedeció los labios y, con lentitud, dio un paso hacia nosotros. Anna se colocó detrás de mí, cubriéndose con mi cuerpo, y Rosie rio—. Tienes razón. La única culpable soy yo, porque dejé que me hicieran daño. Yo lo permití. Pero ni tú ni nadie sabéis lo que pienso y por lo que he pasado. Os voy a hundir a todos. Voy a hacer que os inclinéis a mis pies y me roguéis que os deje vivir. Viviréis un infierno en la Tierra. Yo me encargaré de eso.

—Rosie...

Pronunciar su nombre me daba asco y me revolvía el estómago. Al igual que a Alex, hacerlo me daba ganas de vomitar. Tragué saliva y la miré sin despegar la vista de sus ojos azules. Rosie me devolvió la mirada, desafiante.

—Puede que nos hundas, pero no vas a poder ahogarnos.

Rosie me miró con rabia. Su furia era evidente; ni siquiera se molestó en ocultarla.

—No puedo creer que me desafíes cuando sabes que conozco tus puntos débiles. Eres una ingenua.

—Te equivocas. —Miré a Alex de reojo, aunque sabía que ella no lo veía—. No eres tan inteligente como crees.

—Hannah...

Anna me tiró del brazo para llamar mi atención. Señaló el reloj que

llevaba en el pecho.

Solo un minuto.

Tenía el rostro pálido.

Alex observaba a Rosie con cautela, intentando averiguar cuál sería su siguiente paso. Tenía las facciones más marcadas y los músculos contraídos. Rezumaba odio por los poros.

—Oh, la fiesta acaba de comenzar. Dentro de nada, tendremos fuegos artificiales —dijo con sarcasmo.

No había ni rastro de compasión en su voz. Parecía que no le importaba lo más mínimo acabar con una adolescente que no tenía nada que ver con todo aquello.

—Por favor, Rosie, detén ese reloj. Ella no tiene la culpa.

—Los humanos somos tan... —Hizo una pausa, en busca de la palabra correcta mientras miraba al techo y, después, añadió—: Confiados. Tan crédulos.

Definitivamente, no entendía nada de lo que decía. Parecía estar hablando consigo misma.

—¡Rosie! —grité cuando el reloj marcó treinta segundos. Anna chilló a mis espaldas—. ¡Detén esa cosa! ¡Por Dios! ¡Ten algo de compasión!

—No, en absoluto. No lo pararé.

—Entonces moriremos todos, incluida tú. —Intentaba hacer que entrara en razón—. Vamos a volar por los aires. ¡Tiene una maldita bomba en el pecho, joder!

—Entonces, que así sea.

Veinte...

—¡Rosie!

Negó con la cabeza, ignorándome por completo. Alex se tensó a mi lado. No creía que fuera capaz de hacerlo.

—¡Por favor! —gruñí con fuerza—. ¡Párala!

Rosie parecía estar decidida a dejar que la bomba detonara. No haría nada para ayudar a Anna.

Diez...

—¡Mierda, Rosie! —chillé con tanta fuerza que mi voz retumbó en las paredes. Cuando terminé de hablar, se escuchó un trueno a lo lejos y, luego, el

cielo grisáceo se iluminó con un brillante y torcido rayo. Después, volvió a tronar y las gotas de lluvia comenzaron a caer—. ¡Haré lo que me pidas!

—Hannah... —dijo Alex, alejándose de Anna.

—¿De verdad? —preguntó Rosie con voz crédula y una ceja levantada.

Se humedeció los labios y levantó el detonador en el aire, como si estuviera pensando. Se me puso el vello de punta y sentí el pulso en la frente. Me dolía la cabeza y, entonces, entré en pánico.

—¡Sí! ¡Pero deja que se vaya! Por favor...

Me hervía la sangre. Ni siquiera podía tragar saliva. No era capaz de hacer absolutamente nada. Estaba en trance. El miedo se deslizó por mis venas, anticipando una desesperación increíble. Rosie era una bruja. Una zorra sin remordimientos.

—Vamos, Hannah.

Alex me empujó suavemente para que no fuera demasiado obvio.

Cinco...

—¿De verdad, Hannah? —repitió Rosie, pero noté su sarcasmo.

—No puede ser... —susurró Alex en un tono de sorpresa.

Tres...

—Joder, ¿qué pasa?

Miré a Alex. Negó con la cabeza. Parecía decepcionado.

—Nos han engañado de nuevo, Hannah.

Dos...

—¿Por qué no se lo cuentas, Alex?

La voz de Rosie me pilló por sorpresa. Le hablaba a él. No a mí, ni a Anna. Sino a Alex.

¿Qué sucedía?

Miré a Alex, después a Rosie y, finalmente, a Anna. Todo en un segundo, como si mis ojos se movieran a la velocidad de la luz. El sudor se deslizó por mi frente con rapidez.

Uno...

Pero, entonces, no pasó nada. La bomba no estalló. No se produjo ninguna explosión.

—¿Qué pasa, Alex?

Alex me empujó para alejarme de Anna.

—¿Por qué no se lo dices, Alex? —preguntó Anna.

Alex parecía estupefacto. No podía ni siquiera hablar. Su rostro se había vuelto tan blanco que parecía que iba a vomitar en cualquier instante.

—Son cómplices.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

¿Anna? ¡No! ¡Ella nunca haría algo así!

Miré a Anna, que tenía una sonrisa triunfal en la cara. Con cuidado, se quitó el chaleco con los explosivos y lo tiró al suelo como si nada. Rosie no dijo palabra alguna, solo sonreía con petulancia. Tenía una expresión insolente y su mirada me hacía sentir perdida y totalmente vulnerable.

—Anna es la hija de Rosie. El bebé que supuestamente murió. Es ella. Mira esos ojos azules y esos labios rojos. Es clavada a ella. —Alex miró a Anna confundido, todavía sin poder creerlo—. El cabello rubio, y ese don que tiene... es la viva imagen de Rosie. Son madre e hija.

Debía de ser una broma.

—Creí que nunca te darías cuenta. Sois tan imbéciles.

—¿Anna? ¿Por qué? —Estaba perdida, totalmente confundida—. No puedes ser su hija. ¿Qué pasa con toda esa bondad y con los vestidos de color púrpura? El bebé nació un año después que Alex. ¡Tú eres mucho más pequeña! ¡Eres la hija de Rebecca, no de este monstruo!

Anna hizo una mueca de desagrado.

—Hannah, tengo dieciséis años y odio el maldito color púrpura. Lo aborrezco, tanto como os aborrezco a ti y a Alex.

—Tienes que estar bromeando —susurré—. Esto no puede ser cierto.

—Quítate eso.

Alex señaló el collar que Anna me había regalado en el centro comercial. Alex me lo había puesto mientras estaba en el hospital, o, al menos, eso creía, aunque yo no me había dado cuenta ni lo recordaba. Sin embargo, me lo había dejado puesto porque me gustaba y porque, en el fondo, significaba algo para mí.

Fruncí el ceño sin comprender lo que ocurría. Alex señaló a Anna, mirándola con desprecio. Luego, posó la mirada en mí y me observó con dureza.

—Tiene un maldito GPS, por eso te encontraron en la consulta del

psiquiatra. No fue una coincidencia. Todo era parte de un plan.

Mierda. No.

—¿Acaso no sabes que no puedes confiar en nadie, Hannah? —preguntó Anna con voz clara—. Depositar tu confianza en una persona que amas, tarde o temprano, se convierte en la peor elección de tu vida.

Capítulo 19

Los ojos azules de Anna no dejaban de mirarme profundamente. Tenían ese brillo incómodo que me hacían temblar. Sus facciones eran clavadas a las de Rosie, pero me costaba creerlo.

La observé una vez más, tratando de convencerme a mí misma de que realmente eran madre e hija. La cara delgada de Anna era casi idéntica a la de Rosie. Tenían la misma nariz afilada y pequeña, los mismos pómulos sonrojados y marcados, las mismas cejas rubias y finas, torcidas en un extremo. Sus hombros, igual de finos, y esa sonrisa que compartían solo podían deberse a la genética. Y, además, tenían el mismo cabello rubio y ondulado... No sabía cómo no me había dado cuenta antes.

Un sudor frío me recorría todo el cuerpo. Tenía la espalda húmeda y sentía como las gotas se deslizaban por mi cuero cabelludo, erizando cada centímetro de mi piel.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Anna? —Gemí en silencio. El corazón me latía con fuerza—. ¡Confíaba en ti! ¡Te he querido como a una hermana! Y ahora... resultas ser cómplice de esta zorra —añadí con rabia mientras señalaba a Rosie con la mirada.

Un gruñido silencioso se me escapó de la boca antes de que pudiera detenerlo.

Anna se humedeció el labio inferior con la lengua y dijo:

—Escucha, Hannah. —Hizo un ademán con la mano, llamando mi atención. Una lágrima brotó de mi ojo derecho y se deslizó frenéticamente por la mejilla—. ¿Qué haces? ¡No llores! Yo nunca te he querido, para mí no significas nada. Y estoy harta de tener que fingir que soy la niña buena de la familia. No lo soy. Nunca lo he sido, y ahora ha llegado el momento que tanto

ansiaba.

Sonaba molesta, aunque emocionada. Su mirada la delataba. Estaba tan feliz como Rosie. Su momento de venganza había llegado.

—¿Siempre has estado del lado de esta mujer? ¿Has engañado a todos por dinero?

La observaba sofocada. Llevaba mucho tiempo conteniendo la respiración y me resultaba imposible inhalar. Me empezaban a doler las costillas. Sentía un fuego en mi interior.

Anna hizo una mueca.

—Eta mujer es mi madre —dijo en un tono cortante. Su voz se había vuelto gélida. Cada vez que decía algo, me daba un vuelco el corazón. Recordaba lo mucho que la había querido. Anna dio un paso hacia Rosie y se puso a su lado—. Y no solo es por el dinero, hay otra razón.

Eran idénticas, no solo físicamente. Tenían el mismo don para engañar a las personas haciéndose pasar por víctimas con su dulzura y amabilidad. Pero, por dentro, eran demonios.

No solo había demonios en el infierno, también en la Tierra. Su único objetivo era hacer sufrir y engañar a las personas a las que supuestamente amaban.

Gimoteé, esperando que dijera que Rosie la tenía amenazada. Albergaba una esperanza mínima. Pero conforme pasaban los segundos, esa fe iba desapareciendo.

Las gotas de lluvia caían con fuerza en el exterior, golpeando las ventanas que no estaban rotas. Retumbaban por toda la mansión, hasta ese momento en silencio. Caían contra el vidrio y luego rebotaban en el suelo.

—¿Qué razón? —pregunté con el ceño fruncido.

Anna resopló con frustración. Se pasó una mano por el cabello y se colocó un mechón rubio detrás de la oreja.

—Quiero que paguéis por todo lo que le habéis hecho a mi madre —respondió con sequedad—. Quiero que se haga justicia.

—¿Justicia? ¿Acaso sabes lo que significa esa palabra? —le reproché con voz ahogada—. ¡Sois Rosie y tú quienes debéis pagar por lo que le pasó a Alex!

El corazón me latía estrepitosamente. No podía creer que Anna hubiera

estado del lado de Rosie desde el principio. Y mucho menos que fuese su hija. Era demasiada información y la cabeza me daba vueltas.

—Muy bien, ya basta —interrumpió Rosie, llamando nuestra atención. Parecía tranquila, pero nos observaba con inquietud—. No estamos aquí para discutir. Anna, trae la jeringuilla.

—¿Jeringuilla? —pregunté mientras miraba inquisitivamente a Alex.

Se lo veía desesperado, incluso enfadado. Tenía la mandíbula tan apretada que parecía que se le iba a romper por la fuerza que hacía. Anna, por el contrario, se movía con naturalidad. En cuanto escuchó la orden de Rosie, salió de la habitación y, unos segundos después, volvió con una jeringa que contenía un líquido transparente.

Pestañeeé.

—Vamos, Hannah, ¿acaso creías que te iba a dejar marchar de rositas? —Hizo una pausa, mirándome con curiosidad. Estaba completamente seria. Anna se acercó a ella mientras le daba un golpecito a la jeringuilla y, luego, se la entregó a su madre—. No, primero dame los guantes. No quiero que haya pruebas —ordenó.

Anna asintió como buena hija y, con una media sonrisa en la cara, dejó la jeringa en lo que parecía ser una mesita de noche y salió de la habitación otra vez.

Al cabo de unos instantes, Rosie volvió a hablar:

—Por Dios, Alex —exclamó con el ceño fruncido—. Tienes muy mal aspecto, aunque supongo que no has visto tu cuerpo, ¿verdad?

Estaba burlándose.

—Ya basta —dijo él, apretando aún más la mandíbula, todavía sin mirarla.

Tenía el rostro ladeado para apartar la mirada de ella. Sentía la tensión de su cuerpo. Aún estaba a mi lado y estaba agradecida por ello. Junto a él, me sentía segura.

Rosie rio y el eco de su carcajada resonó por toda la habitación.

—No sabes cómo disfruto diciéndote estas cosas, viéndote así, sin que puedas hacer nada para proteger a tu novia. —Me ofreció una mirada despectiva y luego volvió a fijar la vista en Alex—. Aunque no es algo personal. La culpa es de vuestros padres. Porque, como debéis suponer,

vosotros sois su punto débil. Por eso debo atacaros.

—¿Qué han hecho para merecer tu odio? —pregunté con la garganta seca.

—Dejaría que te lo contaran ellos, pero deben de estar profundamente dormidos, así que tendré que hacerlo yo.

¿Profundamente dormidos? ¿Los había sedado?

Sus labios rojos brillaban con una fuerza que me hacía estremecer. La jeringa seguía en la mesa, justo donde Anna la había dejado. Alex siguió con disimulo mi mirada mientras Rosie estaba perdida en sus pensamientos.

—Seguro que sabéis que Margaret y yo fuimos juntas a la universidad. Era mi mejor amiga, y yo la suya. Siempre estábamos juntas. Pero un día todo cambió.

»Una compañera de clase iba a celebrar una fiesta de cumpleaños a la que Margaret y yo estábamos invitadas. Allí conocimos a los hermanos Crowell. Rebecca, la hermana menor de estos, nos los presentó. George era mucho mayor que Eric, de hecho había escuchado que iba a casarse. Pero eso me daba igual. El único que me interesaba y al que quería con todo mi ser era Eric. Solo él. Fue amor a primera vista.

»Pero él no se fijó en mí. Se enamoró al instante de Margaret y estuvieron hablando juntos toda la noche. Ver esa conexión instantánea me devastó por completo. Empecé a odiar a Margaret antes de darme cuenta. Eric tenía que ser mío. Yo lo amaba, y Margaret se convirtió en una persona en la que no podía confiar, en mi peor enemiga.

»Meses después, comenzaron a salir. Mi odio aumentó. Solo podía estar cerca de Eric si me convertía en la novia de George. Así que tuve que borrar del mapa a su futura esposa. Todos creen que murió en un accidente de coche, pero no fue así. Yo la maté. Ni siquiera necesité un arma. Corté los cables del freno y el camino quedó libre.

»Cada vez estaba más cerca de Eric, aunque él amaba a Margaret. No obstante, yo no me resignaba a la idea de que ellos estuvieran juntos. Entonces, en una noche de fiesta, aproveché la situación.

»¿Sabéis qué sucedió después? Me acosté con él. Anna y tú sois medio hermanas, Hannah. George no sabe sobre aquella noche. Eric nunca supo la verdad sobre Anna. Por eso siempre estaba de mal humor cuando tú eras pequeña, porque sabía que en cualquier momento yo hablaría y Margaret se marcharía, pero me estoy adelantando un poco.

»Tuve que obligar a Rebecca a que se fuera de la mansión con Anna y la criara como su hija. Nunca estuve en ninguna clínica, recuperándome de mi enfermedad, sino con Rebecca y Anna. Cuando creció, me di cuenta de que Anna tenía un don tan increíble como el mío. Ambas veíamos fantasmas. Tenía unas ganas inmensas de quedarme con ella, sin embargo, mi plan de venganza todavía no había concluido. No estaba con el hombre al que amaba y Anna no tenía un padre que la quisiera.

»Todavía era peligroso traer a Anna de vuelta a casa, así que la visitaba durante las vacaciones. Nunca me alejé de ella. Es lo único que quiero en este mundo; los demás no me importan. Pero, entonces, apareció mi peor pesadilla: tú. Fue la peor noticia que recibí cuando regresé. Todo había salido a la perfección hasta entonces, pero llegaste a este mundo y entorpeciste mis planes.

»George intentaba hacerme feliz lo mejor que podía, pero las piedras preciosas ya no funcionaban. Quería más. Quería a Eric. Así que le conté a Eric la verdad. Al principio no lo creyó y lo negó todo, pero luego no tuve que hacer nada más. Su actitud despectiva e irritante hacia Margaret hizo que todo se fuera a la mierda. Que ella se marchara contigo.

»Saber que mis cosechas habían dado frutos fue una noticia de lo más gratificante y emocionante. Cuando os marchasteis, creí que había llegado mi oportunidad de ser feliz, que Eric estaría conmigo. Pero él se marchó sin despedirse. Supe que la única opción que tenía de que volviera era encontraros. Eric os buscó por todas partes, pero yo di con vosotras primero.

»Y, a partir de ese momento, nunca os perdí de vista. Para cuando Eric volvió después de muchos años sin obtener resultados, Alex había muerto. Tienes que darme las gracias, Hannah. Yo hice que Alex y tú os conocierais en el instituto. Todo formó parte de mi plan. Os utilicé para conseguir a Eric, pero esa vez sabía que no podía fallar. Debía mataros a ambos. A la vez. Mataría cientos de pájaros de un solo tiro. Eso es todo lo que debéis saber. No os contaré el resto de mi plan.

Si lo que quería era que me quedara sin aliento y sin moverme, lo había logrado. Su historia era tan aterradora que me había estremecido. Rosie no tenía corazón, o tal vez el odio había hecho que su corazón se volviera frío y oscuro.

No podía creer que hubiera hecho algo tan despiadado. Había amenazado

a Rebecca para que se llevara a Anna con ella, lo cual significaba que la había alejado de su familia. Ahora entendía por qué odiaba a Anna, por qué miraba a Rosie con asco cada vez que se topaban. Entendía por qué se refugiaba en el alcohol. Era su única salida y lo que la hacía olvidar.

Rosie había matado a la prometida de George, y todo por venganza. Era ridículo. Había terminado con la vida de una inocente como si ella fuera la dueña de su vida. Y había arrebatado la felicidad a un montón de personas.

Todo para conseguir que Eric y ella estuvieran juntos.

No obstante, su plan no iba a funcionar. Mi padre nunca estaría con ella. Rosie no lo merecía.

—¿Cómo te atreves? —mascullé con voz cortada. El miedo comenzaba a apoderarse de mí, pero no podía permitirlo. Debía ser fuerte y enfrentarme a Rosie—. ¿Cómo es que no sientes remordimientos por matar a una persona?

—Es muy sencillo. Si quieres matar a alguien, solo tienes que pensar que es un objeto, no un ser humano.

—Mereces ir al infierno.

Sentí que se me contraían los músculos cuando Anna volvió a entrar en la habitación. Esta vez, con unos guantes de látex en un paquete.

—Anna, por favor —supliqué—, no dejes que me haga daño. Después de todo, somos hermanas.

—No, tú y yo no somos hermanas. Rosie es mi madre, y estoy orgullosa de ella. En cambio, tu madre... la tuya —Hizo una mueca de asco, frunciendo los labios—. Tu madre te ha mentado siempre. Y una madre nunca debería mentir.

—¿Cómo es que estás tan segura de que Rosie no te ha mentado?

Anna le dio los guantes a Rosie, y ella abrió el paquete, rompiendo la bolsa por completo. Empecé a sentir pánico cuando metió sus largos dedos en la bola y sacó un guante.

—Conoces a George y a Eric. No son malas personas, no harían daño a nadie. —Comenzaba a sonar desesperada—. Tampoco mi madre. Ella nunca te ha hecho nada malo.

—Lo siento, Hannah. Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Me he preparado para esto.

Anna sonrió lánguidamente.

Entonces, miré a Alex.

Parecía demasiado asustado, aunque no tanto como yo. Era evidente que estaba confundido. Tenía muchas preguntas.

¿Cómo es que Rosie veía fantasmas y nunca nos habíamos dado cuenta?

—¿Dónde está mi padre, Rosie? —preguntó Alex con voz ronca, sin apenas mover la boca. Estaba tan estupefacto que me aterraba.

Rosie soltó una buena carcajada y contestó:

—Alex, no es tu padre. Eres adoptado. Aunque lo cierto es que George probablemente haya sido mejor padre que el hombre borracho y drogadicto que te abandonó.

Sentí una punzada en el pecho, como si compartiera el dolor de Alex.

—¿Qué?

—¿Cómo? ¿Hannah no te lo ha dicho?

Él me miró.

—¿Hannah?

Dios, no podía mirarlo a los ojos.

Tuve que arreglármelas para poder hablar y decirle lo que Rosie quería decir.

—Encontré tu partida de nacimiento y... el certificado de adopción. Iba a decírtelo en el momento adecuado. No eres hijo de Rosie y de George. Tu madre... es una psiquiatra. Se llama Lisa White. Te dio en adopción porque no podía mantenerte, y yo...

Rosie negó con desaprobación.

—Creí que no había secretos entre vosotros —dijo en un tono de burla.

Quería acercarme a ella y abofetearla muy fuerte, pero me contuve, porque sabía que Alex le haría más daño.

Rosie sonrió victoriosa. Alex estaba a un par de centímetros, sin alejarse de mí. Esbozó una leve sonrisa sarcástica.

—¿Cómo? ¿Tú hablándome de padres alcohólicos? ¿No te marchaste de casa por eso? —Rosie se detuvo, guardando de nuevo el segundo guante que estaba a punto de sacar—. ¿No eras tú la que tenía un padre alcohólico que os pegaba a ti y a tu madre?

Rosie abrió los ojos como platos, sorprendida. Incluso Anna parecía espantada. Posó la vista en su madre y, después, en Alex, que no había terminado de hablar.

—No te culpo, Rosie. Yo también habría hecho lo mismo. Ahora entiendo por qué no tienes familia, por qué te importa tanto el dinero. Estoy orgulloso de mi padre. Pero de ti...

—Ya, ¿ahora vas a decirme que te sientes decepcionado y ofendido? Porque si es así, déjame decirte que ya se lo he dejado muy claro a tu novia. —Me lanzó una mirada llena de odio y, luego, fijó la vista en Alex, con los ojos muy abiertos—. No me interesa lo que penséis de mí. Y mucho menos lo que...

—No —la interrumpió Alex en un claro susurro. Rosie tenía los ojos rojos y oscuros, como si estuvieran inyectados en sangre—. No estoy decepcionado. Solo quiero que sepas que antes de que sucediera esto, y aunque no seas mi madre, te quise, Rosie.

Rosie se sacudió y recuperó su postura habitual, creyendo que no nos habíamos dado cuenta del efecto que habían tenido las palabras de Alex en ella.

—Eres inteligente. Me alegro de que hayas hablado en pasado...

—Yo también —respondió Alex en un tono triunfal.

Todos sabíamos quién había ganado la batalla. Rosie esperaba que Alex se alterara y gritara, pero no fue así. Actuó con madurez y tranquilidad. Se limitó a decir la verdad.

—Mamá... —interrumpió Anna. Rosie apartó durante unos segundos su mirada rojiza de nosotros y observó a Anna con preocupación—. La jeringa está lista.

—Muy bien. Por fin ha llegado el momento que tanto he esperado.

—Eres ridícula, Rosie, ¿acaso crees que no levantarás sospechas? —Fruncí el ceño involuntariamente. Rosie ni siquiera me miró. Tomó el último guante y se lo puso—. ¿Que toda una familia muera en un solo día y tú sobrevivas? ¡Es absurdo!

—No —contestó Anna con una pequeña y débil sonrisa que me hacía temblar interiormente—. Ese no es el plan.

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde están todos? —pregunté desesperada.

La sangre me hervía y sentía cómo mis músculos se contraían. El dolor era tremendo.

—No preguntes por ellos. En unos segundos estarás haciéndoles

compañía. Solo necesitamos esto...

Rosie se acercó a la mesita de noche, donde Anna había dejado la jeringa. La tomó con firmeza y la levantó en el aire. Comprobó que tuviera la cantidad correcta y comencé a gritar para mis adentros.

—Con solo una pequeña cantidad, estarás tan dormida como ellos. Pero te lo advierto, notarás el dolor.

—Basta, Rosie. No harás daño a nadie —gritó Alex. Sonó casi como una amenaza.

Pero ella sonreía con malicia. Igual que Anna. Tenían la misma sonrisa. Anna era la versión joven de Rosie. Eran como dos gotas de agua. Me odiaba a mí misma por no haberme dado cuenta de las similitudes en sus características físicas y emocionales.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Crees que puedes detenerme, Alex? —preguntó con una ceja levantada, esperando que él respondiera.

—Por supuesto que sí. No le harás daño.

—Muy bien, basta de palabras. Es momento de callarnos y de demostrar quién es más fuerte.

Hizo una pausa y nos miró a ambos.

Primero, fijó la vista en mí y me sonrió con delicadeza, aunque sabía que era una sonrisa falsa.

Cuando vio que no se la devolví, miró a Alex, que la contemplaba con frialdad y dureza. Por un momento, Rosie se puso rígida, pero al cabo de unos segundos volvió a sonreír.

Apretaba con fuerza la jeringuilla con la mano derecha.

—Antes de que Hannah se duerma, debo preguntar una cosa. ¿A quién queréis que mate primero?

—Ya basta, Rosie —soltó Alex, irritado.

Estaba temblando. Rosie era impredecible. Se podía esperar cualquier cosa de ella.

—Hablo en serio, chicos. ¿Quieres ser tú la primera o quieres que sea él? —Lo señaló con la jeringa.

Un sonoro trueno se escuchó en el exterior y nos sobresaltó. La habitación se iluminó durante unos segundos, mostrando lo que había entre las sombras.

—La única que va a salir perdiendo eres tú. Las malas personas pagan por

sus actos —respondí con voz temblorosa.

Aunque las piernas me temblaban como si fueran de gelatina y sentía un cosquilleo en la planta de los pies, me mantuve firme y recta. Lista para atacar si era necesario.

—Suenas muy segura de ello, Hannah.

Rosie dio un paso hacia mí, y Alex también.

Estuve a punto de caer al suelo.

—Eres una zorra, Rosie —exclamé con furia—. Estás fatal. No quieres que nadie sea feliz, solo porque tú no lo has sido.

—Anna. —Rosie le hizo una seña, ignorando totalmente mis palabras. Anna caminó hacia mí con una grande y muy resplandeciente sonrisa. Parecía disfrutar con lo que iba a hacer—. Es tu turno, mi pequeña.

Anna siguió avanzando, cada vez más rápido. Su cuerpo delgado se movía de una manera natural y ágil.

Entonces, Alex me cubrió. Su espalda era lo único que veía. Miré hacia los lados, en busca de algo con que golpear a Anna si era necesario. Pero todo estaba estudiado, no había nada a mí alrededor. Ni siquiera una tabla de madera.

La lluvia todavía caía con fuerza. No dejaba de tronar. Parecía que no iba a parar de llover durante mucho tiempo. Era como una película de terror, pero más enfermiza, más decepcionante en algunos aspectos.

Rosie no tenía ninguna debilidad, nos había dejado muy claro que las personas que la rodeaban eran simples objetos para ella. Un simple material que podía ser reemplazado con la llegada de otro ser.

—No des un paso más —gruñó Alex cuando Anna se acercó hasta mí—. Nadie hará daño a Hannah. —Sonaba seguro de sí mismo, sin embargo, vi como Rosie comenzaba a acercarse.

—Demasiado tarde —contestó Anna, dando un paso más.

Alex se tensó e, instintivamente, se acercó a Anna para tomarla de los brazos y sacudirla.

Pero algo extraño pasó.

Cuando Alex intentó agarrar a Anna, su cuerpo se volvió tenue, un poco más de lo que ya era. Tenía un aspecto apagado. Levantó los brazos en el aire para cogerla, pero no la tocó, sino que la atravesó. De repente, sus manos

eran invisibles. Contemplé el terror en sus ojos cuando volvió a intentar tocarla.

Nada.

Alex no podía tocarla. Su cuerpo solo la traspasaba, y eso era todo. No podía hacerle daño. Esas brujas le habían hecho algo.

—¿Creíste que no pensaríamos en eso, Alex? —La pequeña rubia habló con voz fuerte y clara, haciendo que Alex y yo nos quedáramos pasmados. Alex echó un vistazo a sus manos, todavía sin asimilar lo que había pasado y, después levantó la mirada—. Nos has subestimado, Alex.

—¿Qué me habéis hecho?

Sentí un fuerte retortijón en el estómago y me estremecí, como si me hubieran clavado una espada. El dolor era espantoso. Quise correr, pero Rosie obstaculizaba la única salida.

—Lo que debimos hacer hace mucho tiempo.

Anna lo atravesó, y Alex intentó tomarla de nuevo, en vano. Se movió rápidamente.

La lluvia se detuvo.

—Dulces sueños, Hannah.

Anna me tomó de las muñecas y, con una fuerza inimaginable, me obligó a ponerlas en la espalda. Mientras Alex y yo nos observábamos con los ojos bien abiertos, Rosie se acercó a mí con la jeringa.

Grité.

—¡No! ¡No! ¡Suéltame!

Intenté zafarme de Anna, pero mi estupefacción la había favorecido en el momento exacto para debilitarme por completo.

Movía los brazos con fuerza para intentar golpear a Anna con los codos, pero todo mi esfuerzo parecía en vano. Rosie continuó acercándose y Alex le dijo algo que no logré escuchar porque estaba entrando en pánico.

El sudor frío de la nuca me hizo temblar involuntariamente.

—¡Deja de moverte, no vas a lograr nada! ¡No tienes escapatoria! —gritó Anna, detrás de mí.

Su voz sonaba diferente. Con lo inocente que parecía...

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Por favor!

—Ya basta, deja de gritar —contestó Rosie con tranquilidad.

Cuando pasó al lado de Alex, le ofreció una mirada burlesca.

—Te juro que si le haces daño... —sentenció Alex, mirándola con todo el desprecio del mundo.

Tenía el ceño fruncido y la furia de su rostro era evidente. No podíamos defendernos el uno al otro, y eso me partía el corazón.

—Solo es un sedante. Lo mejor está por llegar. Esto es solo el principio, cariño —dijo sin apartar la mirada de mí, y se relamió los labios.

—¡Suéltame!

Levanté los pies, doblé las rodillas y golpeé a Anna.

Escuché un chillido agudo. Intenté escaparme de nuevo con todas mis fuerzas, pero no sabía qué demonios estaba haciendo para que mi fuerza se volviera casi nula y no pudiera alejarme de ella.

—Ya basta.

Rosie me tomó por los brazos. Me estremecí cuando sus dedos se enterraron en mi piel. Solté un grito fuerte y Rosie apretó con más fuerza, inmovilizándome y haciéndome guardar silencio al mismo tiempo.

Me dolía todo el cuerpo.

—Rosie, no hagas esto. No lo hagas. Irás al infierno si destruyes a esta familia —susurré.

Me apretaba con tanta fuerza que me clavaba las uñas. Solté un gemido. La aguja todavía no me había perforado la piel.

Alex hizo un gesto doloroso, lleno de impotencia. Luego, se movió sin que Rosie se diera cuenta. Intentó tomar una lata de refresco que se encontraba en la misma mesita de noche, pero la atravesó.

Ví la frustración en sus ojos.

—Deja de luchar. Ya no puedes hacer nada.

—Sí que puedo.

Inhalé profundamente y le escupí en la cara.

Anna gritó una maldición y me apretó las muñecas con fuerza. Solté un alarido involuntario. La piel me comenzó a arder en la zona donde Anna me había apretado.

El cabello de Rosie voló por los aires. Me soltó los brazos y se limpió la saliva con la mano. Cuando terminó, cogió la jeringuilla con la mano derecha y, prediciendo lo que haría a continuación, me preparé mentalmente, apreté la

mandíbula y cerré los ojos.

Me pegó una bofetada. El sonido fue estruendoso y el golpe, doloroso. Sentí un hormigueo y un ardor tremendo donde me había golpeado.

Abrí los ojos, esperando encontrarme con los suyos y desafiarlos.

—¿Cómo te atreves? —Su voz estaba llena de rabia—. No sabes lo que has hecho. Pero ya me las pagarás. Te arrepentirás de esto, Hannah Reeve.

Sin esperar una respuesta y con fuerza bruta, me clavó la jeringa en mi brazo derecho. Me pilló por sorpresa y no pude detenerla. Presionó el émbolo y el líquido penetró en mi cuerpo casi enseguida. Sentí el sedante deslizarse frenéticamente por mis venas.

Comencé a perder fuerza al cabo de diez segundos. Vi el rostro entristecido de Alex y suspiré con pesadez, tomando tanto oxígeno como pude. Antes de que cerrara los ojos, lo miré. Me asustaba demasiado lo que podían hacerme Rosie y Anna.

Cuando mis párpados se volvieron demasiado pesados para mantenerlos abiertos, vi los ojos color caramelo de Alex. Y entonces, me di por vencida. El peso de mis párpados era mayor que mi fuerza de voluntad. La oscuridad empezó a alimentarse de mi cuerpo y comencé a ver borroso. El líquido había hecho efecto.

Las piernas me temblaban. Las rodillas se me doblaron repentinamente. Me golpeé la cabeza y caí en un profundo sueño.

—Mamá —dijo al fondo una delicada voz antes de que me durmiera por completo—. Alex se ha ido, ya no está.

La voz se volvió lejana. Se convirtió en un zumbido y, después, en nada.

De pronto, todo era silencio.

Capítulo 20

—¿Qué sucede? ¿Va todo bien?

Sentía una presión en el pecho.

El coche rugió. Se movía hacia delante y atrás, y nuestros cuerpos se movían con brusquedad en los asientos.

—No te preocupes... —dijo él con tranquilidad mientras aceleraba de nuevo—. Seguro que es el motor, no pasa nada.

La camioneta volvió a la normalidad, pero yo no me tranquilicé. Presentía que algo malo iba a pasar. Tenía una sensación en el pecho que no me dejaba tranquila. Íbamos a una velocidad considerable por la carretera y no pasaban demasiados coches por la zona.

—¿Suele pasarle esto? —pregunté para intentar desocupar la mente y relajarme. Pero era imposible, tenía los músculos demasiado tensos.

—No —respondió Alex con el ceño fruncido. Ahora parecía tan preocupado como yo—. Nunca le había sucedido algo así, no sé qué pasa. ¿Quieres que nos detengamos?

Me lanzó una mirada rápida. Sus ojos reflejaban inquietud y estaban muy abiertos. Era como si pensara que algo malo sucedería. Pero mantenía una postura recta en el asiento del piloto. Dirigió la mirada hacia la carretera y redujo la velocidad.

—Sí —contesté, y fruncí los labios.

No quería llegar tarde, pero lo que estaba pasando era sumamente extraño, así que era mejor que se detuviera y comprobara qué iba mal. Si seguía así, podíamos tener un accidente.

Antes de que Alex se detuviera en el arcén, el coche rugió otra vez con

fuerza. Una nube de humo salió del capó de la camioneta y, de repente, dejó de funcionar el motor. El vehículo traqueteó una vez más y nuestros cuerpos se sacudieron con brusquedad en el interior de un lado a otro.

De repente, me di un fuerte golpe en la cabeza. Grité al sentir el vidrio frío contra mi piel y, luego, mi cuerpo volvió a chocar contra el asiento. Me golpeé por enésima vez, en esa ocasión en la espalda. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—¿Hannah? —Abrí los ojos y me sacudí involuntariamente—. ¿Estás bien?

—Sí —respondí mientras me llevaba una mano a la cabeza, justo donde me había golpeado con el cristal—. Me he pegado con la ventana, pero estoy bien.

—Déjame ver...

Se quitó el cinturón y luego se inclinó sobre mí. Levantó las manos y, con suma delicadeza, me apartó un mechón de pelo. Palpó cada centímetro de mi piel con los dedos en busca del lugar en el que había recibido el impacto. Mi cuerpo se tensó al sentirlo tan cerca de mí.

Cuando las yemas de sus dedos llegaron a la parte superior de la cabeza y presionó con fuerza, un dolor increíble me hizo gemir involuntariamente. Me alejé de su mano y le advertí con la mirada que no volviera a hacer eso.

—¿Te duele? —Su aliento mentolado me invadía las fosas nasales. Pero el olor de su fragancia era más fuerte y delicioso. Lo miré directamente y me perdí en sus ojos acaramelados—. ¿Hannah? ¿Te duele?

Me reincorporé. Me sentía estúpida por haberme quedado embobada con sus ojos y negué rápidamente.

—Solo un poco. No ha sido para tanto —murmuré.

Él sonrió delicadamente y, después, asintió. No había quedado satisfecho con mi respuesta.

—No tienes sangre. De todas formas, iremos al hospital para que te echen un vistazo.

Volví a respirar con normalidad cuando se alejó. Noté de inmediato la preocupación en su voz.

—¿Qué? —Fruncí el ceño con los ojos bien abiertos—. Alex, estoy bien. No necesito ir al hospital, de verdad. —Él me miró dubitativo, así que intenté

sonar más convincente—. Ya no me duele.

En realidad, sí me dolía, y bastante. Pero solo quería pasar tiempo con él. Llevaba varios días soñando con Alex y pensando constantemente en él. No podía ni dormir. Ir al hospital era una mala idea porque mis planes no saldrían como había pensado.

A este paso, nunca llegaríamos al restaurante. Y, para ser sincera, me estaba muriendo de hambre.

—Siento todo esto. No está yendo como quería —se disculpó mientras echaba la cabeza hacia atrás y se pasaba las manos por el cabello con frustración.

—Está bien, Alex —dije mientras le mostraba una pequeña y muy débil sonrisa—. Tengo que admitir que no es la mejor cita. Tu coche se ha puesto celoso y me ha golpeado. Mañana tendré un cardenal muy oscuro, pero no lo culpo. Además, todavía nos queda el resto del día. No puede ir a peor, ¿no?

Rio.

—No, claro que no.

Antes de que terminara, Alex comenzó a toser.

—¿Alex? ¿Estás bien? —Ahora fui yo la que se quitó el cinturón y se inclinó sobre él. Su piel comenzó a volverse amarilla y por más que intentara detener la tos, era imposible. Me estaba preocupando—. ¿Alex?

Seguía tosiendo sin parar. Se llevó las manos al estómago y presionó con fuerza, como si el dolor viniera de ahí mismo. Empalideció. Sin pensarlo dos veces, abrí la puerta del copiloto, salté del coche y corrí hacia la suya sin ni siquiera cerrar la mía.

Cuando llegué, abrí la puerta sin perder un segundo. La piel se me erizó en cuanto vi que Alex tosía más débilmente. Gruñía sin querer, removiéndose en el asiento y con los ojos cerrados, sin dejar de presionarse el estómago.

—Alex, déjame ayudarte. —Lo tomé de los brazos y reuní todas mis fuerzas para levantarlo—. Necesitas aire fresco, tienes que salir de aquí, ¿me entiendes?

La voz me tembló durante unos segundos. Alex hizo lo posible por levantarse, pero su cuerpo falló y, cuando salió fuera del coche, ambos caímos al suelo. Me llené de tierra y unas pequeñas pero muy puntiagudas piedras se me clavaron en los brazos desnudos y en los codos.

Lloré en silencio y me levanté de nuevo.

No podía con Alex. Pesaba demasiado para una larguirucha como yo, así que me coloqué a su lado e intenté hacer que reaccionara con golpecitos en la mejilla. Me detuve cuando dejó de toser. Coloqué las yemas de los dedos en sus suaves pómulos. Alex tenía los ojos cerrados y parecía que se había desmayado.

—¿Alex? Alex, por favor, di algo. Respóndeme. —Estaba asustada.

Lo moví un poco, pero no reaccionaba. Tenía un aspecto vulnerable y frágil. A lo lejos, oí un coche acercarse.

Alex comenzó a tener convulsiones. Su cuerpo se movía frenéticamente. Grité.

El coche cada vez estaba más cerca.

Me levanté del suelo, todavía debatiéndome sobre si debía quedarme con Alex o ir a pedir ayuda. No podía dejarlo solo, pero necesitaba que me ayudaran, y muy rápido. Corrí hacia el centro de la carretera y empecé a hacer señas con los brazos levantados. El coche avanzó y, cuando me vio, frenó repentinamente.

—¡Por favor! ¡Ayúdeme! —grité con desesperación mientras acortaba la distancia entre el automóvil y yo.

Una mujer de cabello rubio bajó del coche con cara de asombro y preocupación. Me miré los pantalones y me di cuenta de que estaban llenos de tierra, como si me hubiera revolcado en ella.

—¿Qué te ha pasado? —Parecía confundida. Tenía el ceño fruncido y esperaba mi respuesta.

—¡Un chico está sufriendo convulsiones! ¡Por favor, tiene que ayudarnos! —dije rápidamente. Apenas podía hablar, estaba temblando por dentro y por fuera. No podía perder más tiempo—. ¡Por favor, ayúdenos!

—¿Dónde está? —preguntó.

Cerró la puerta del piloto y comencé a correr hasta el lugar donde estaba el cuerpo tendido de Alex. La mujer me siguió. Aunque Alex estaba muy cerca de nosotras, sentía que estaba a cientos de kilómetros.

Mi pecho subía y bajaba al compás de mi respiración agitada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la mujer cuando llegamos.

Alex no se movía. Ya no temblaba. Su cuerpo estaba inerte en el suelo,

sin moverse ni un centímetro. Tenía los ojos cerrados.

La mujer se inclinó, sin importarle que sus pantalones de tela fina se ensuciaran. Tenía los labios rojos y los ojos más azules que había visto en mi vida.

Me dejé caer en el suelo y me incliné sobre él, esperando que abriera los ojos, pero no sucedió. Intenté articular alguna palabra, pero el labio inferior me temblaba. No obstante, tragué saliva y me obligué a hacerlo.

—El coche comenzó a fallar y creímos que sería mejor parar y comprobar lo que pasaba. Entonces, empezó a toser muy rápido... como si le pasara algo, no sé... no sé qué sucede.

Me temblaba la voz. Al fijar la vista en el cuerpo de Alex, sentí un nudo en la garganta. Las lágrimas no tardaron en salir. Empecé a llorar inconscientemente, ni siquiera me di cuenta de ello hasta que sentí algo cálido en la mejilla—. ¿Está bien?

Lo toqué. Tenía la piel demasiado pálida.

Sentí una dolorosa presión en el pecho.

La mujer se inclinó todavía más y acercó un par de dedos al cuello de Alex.

—¿Qué hace? —pregunté antes de darme cuenta, a pesar de que sabía la respuesta.

—Voy a tomarle el pulso, es posible que...

—¿Qué?

Ignoró mi pregunta y le tomó el pulso con una mano temblorosa. Miré la cara de la mujer, confundida. Su rostro no expresaba nada, solo esperaba.

—¿Respira?

No aparté la vista de aquella pálida mujer. Los rayos del sol hacían que su cabello deslumbrara y que sus labios rojos se vieran más intensos.

Levantó la vista y apartó la mano.

—Yo... lo siento —dijo en un tono triste y cansado.

—¿Qué?

—Se ha ido, Hannah. Se ha marchado. Ha muerto.

Abrí los ojos sorprendida.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

Me alejé sin apartar la vista de aquella mujer que no reconocía en

absoluto.

—Tú.

—No, no es verdad. ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Ya te lo he explicado, tú me lo has dicho. —Sonaba segura de sí misma, aunque había algo extraño en sus ojos—. Debes de haberte olvidado.

—Voy a llamar a la policía —advertí.

Cuando me disponía a sacar el móvil, noté que alguien me cogía del pelo. Caí al suelo con fuerza y oí crujir algunos de mis huesos. La mujer rubia se abalanzó sobre mí y me acorraló entre sus piernas, a ambos lados de mis caderas. Me apretaba las manos por encima de la cabeza. No podía moverme.

—¡Suélteme! —grité, esperando que alguien me oyera—. ¡Suélteme!

Pataleé sin mucho éxito. Notaba cómo la tierra se movía debajo de mi cuerpo y me clavé un montón de piedrecitas. Las notaba en todas partes. La mujer metió la mano en el bolso que llevaba y dejó uno de mis brazos libre. Sin pensarlo dos veces, la golpeé en el rostro y le dejé una marca roja en la mejilla. Ella chilló y sacó la mano de su bolso negro.

Me miró con rabia, y yo intenté patalear de nuevo. Entonces, levantó la mano y, un segundo después, me abofeteó con brusquedad en la mejilla húmeda. El golpe fue demasiado doloroso. Todo mi cuerpo lo sintió y se quedó quieto. Por un momento, perdí todas las fuerzas y todas las ganas de luchar.

¿Quién era esa mujer? ¿Por qué me estaba haciendo daño?

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me hace esto?

—¡Cállate! —gruñó.

Aunque veía borroso, me concentré en sus ojos azules. Los rayos de sol hacían que la cabeza me diera más vueltas de las necesarias. Notaba un ardor y un cosquilleo en la mejilla.

La mujer tenía las pupilas demasiado dilatadas y parecía una demente.

—¡Déjeme en paz! ¡Yo no le he hecho nada! —Mi voz sonó potente—. ¡Déjeme!

De repente, se oyó una sirena a lo lejos.

—Mierda. Tendrás que irte a dormir antes de lo esperado. Dulces sueños, Hannah. Te veré pronto.

Me metió una pastilla blanca en la boca a la fuerza. Intenté escupirla, pero hizo tanta fuerza que no pude evitar tragármela. Tenía un sabor amargo.

—¿Quién es usted? —pregunté mientras la oscuridad se cernía sobre mí. Ella rio.

—Soy Rosie. ¿Qué tienes ahí? —Me presionó la cabeza justo donde me había golpeado contra la ventana—. Vaya, un golpe. Eso será de gran ayuda, todos pensarán que no recuerdas nada por eso. No podría haber ido mejor.

La sirena del coche de policía sonaba cada vez más cerca, pero no lo bastante como para que llegara a tiempo. La pastilla comenzó a hacer efecto. Quise levantarme y golpearla, gritarle un montón de cosas, pero la garganta se me había quedado seca de repente y yo me había quedado sin aliento.

Ni siquiera podía gemir o pronunciar palabra alguna. Estaba tan cansada y absorta que solo quería dormir. Quería cerrar los ojos y despertar de esta horrible pesadilla. Me obligué a mantener los ojos abiertos, tan solo durante unos segundos más. Quería verlo de nuevo. Ladeé la cabeza hacia el cuerpo de Alex y lo observé.

«No puede estar muerto».

Entonces, el tiempo se detuvo y la mujer desapareció. Mi cuerpo no respondía y mi cerebro no enviaba señales a los sentidos. Me adentré en el abismo de la oscuridad.

Y lo olvidé todo. La pastilla que me había suministrado hizo que mi cerebro olvidara todo lo que había sucedido. Sufrí amnesia postraumática.

Era como si Alex nunca hubiera existido.

Capítulo 21

Me dolían los párpados. Estaba aturdida y notaba que me pesaban. Cuando intenté abrirlos, no pude. Una tela me cubría los ojos. Intenté gritar, pero me era imposible. Otra tela me cubría la boca.

Entré en pánico cuando moví las piernas y las manos. Me concentré en el dolor de las extremidades y me di cuenta de que estaba atada. No podía moverme.

—Creí que nunca despertarías. Eres la última en hacerlo.

Escuché unos gruñidos de fondo, pero no reconocía nada. Solo notaba la tensión de la habitación. Sabía que había más personas a mí alrededor, percibía su calor y su angustia.

—La familia está reunida después de tanto tiempo. No hace falta que me deis las gracias.

Me dolían los músculos. No sabía cuánto tiempo había estado ahí. Tenía las piernas dormidas; no me respondían. Intenté mover las muñecas y sentí un fuerte dolor. La áspera cuerda con la que me había atado las manos me había causado unas heridas graves.

A esas alturas, el miedo ya me había invadido por completo.

Intenté recordar cómo había llegado a ese lugar, pero me costaba concentrarme. Una serie de imágenes pasó rápidamente por mi cabeza. Noté como una gota de sudor se deslizó por mi pecho. Mi ropa estaba húmeda y se me pegaba al cuerpo, haciéndome sentir más incómoda de lo que ya estaba.

Mi pecho comenzó a subir y a bajar velozmente. No podía respirar con la venda que me tapaba la boca. Me sentía encerrada. Estaba muy asustada. No creía poder hacerlo con normalidad mientras siguiera atada. No podía seguir...

—¿Te ahogas? —preguntó una voz angelical. Una voz que comparé con la de un demonio—. Debes esperar un poco más, Hannah. Tienes que ver el espectáculo.

Anna. Definitivamente era ella. Estaba susurrándome al oído, lo cual quería decir que Rosie también estaba aquí. Que todos estaban aquí.

Respiré con dificultad.

—Por favor, Anna. —La voz de Rosie era inconfundible. Sus pisadas resonaron de forma perturbadora por la habitación—. Ayúdame a quitarles la venda de los ojos.

Percibí cierta ironía en su voz.

Anna comenzó a deshacer el nudo de la venda con rapidez y brusquedad. En cuanto me la quitó, me sentí liberada. La venda me cayó al cuello y una luz resplandeciente me obligó a entrecerrar los ojos. Parpadeé un par de veces y los abrí poco a poco para acostumbrarme a la luz que entraba.

Cuando me vi capaz de mantenerlos abiertos, pestañeeé un par de veces más. No había tanta luz como creía, de hecho, la habitación era muy oscura y un foco en el centro era lo único que la iluminaba.

No parecía una habitación de la mansión, sino un sótano. Busqué algo a mi alrededor, pero no había nada. La habitación estaba vacía y oscura.

Giré la cabeza a la derecha y vi a otras personas en la misma situación que yo. Tenían los brazos atados por detrás de las sillas en las que estaban sentados y los tobillos anudados las patas de madera. Parecían tan aturridos y asustados como yo.

Mamá estaba aquí, al igual que George y Eric. También estaban Rebecca y Caroline.

Anna les quitó la venda rápidamente. Todavía con boca tapada, le lancé a Rosie una mirada llena de rencor y de odio.

—No me mires así —dijo con tono burlón—. Todavía no. Quiero decirnos unas palabras antes de que todo comience, pero para eso necesito toda vuestra atención.

Anna terminó de quitarle la venda a Caroline, que la miraba sorprendida. Rebecca parecía la más asustada de todos. Tenía un golpe en la cabeza y el cabello lleno de sangre, pegajoso y sucio. Tenía muy mal aspecto.

Eric se reincorporó y nos miró a todos con atención. Cuando nuestros

ojos se encontraron, me ofreció una mirada tranquilizadora. Como si quisiera decirme que todo iría bien, pero, sinceramente, yo no lo creía. Estábamos indefensos y Alex no podía defendernos. Ni siquiera podía meterse en nuestros cuerpos para hacerlo.

Mi madre gruñó. Vi sus ojos rojos en la penumbra. Había estado llorando. Me sentía realmente mal por haber dudado de ella. Pero Rosie había actuado de manera inteligente, poniéndome en su contra para que su plan funcionara, para que yo creyera que mi madre era la culpable de la muerte de Alex.

—Os preguntaréis qué hacéis aquí, y yo, por supuesto, tengo la respuesta —dijo con una sonrisa triunfal mientras nos miraba de uno a uno—. Esto es culpa vuestra, sobre todo tuya, Margaret. Tú eres la culpable de todas mis desgracias, la única responsable de que Eric y yo no pudiéramos estar juntos ni criar a nuestra hija. En cuanto a ti, George, siempre has sido un estorbo en mi vida, aunque debo reconocer que me has ayudado con tu dinero.

Anna se acercó a su madre. Llevaba un bote grande de plástico de color rojo. Entonces, lo giró y mostró la parte de delante. Era gasolina.

—Todo está listo, mamá —anunció el clon de Rosie con una pequeña sonrisa en la cara. Parecía no estar muy de acuerdo con el plan, pero se mantenía firme.

—Quítales las vendas de la boca —ordenó con voz clara y firme.

Anna asintió y caminó hacia mí. Sus dedos se movieron temblorosos a mis espaldas. Tenía un brillo especial en los ojos. Cuando desató y me quitó la venda de la boca, le hice una seña con la mirada. Me tapaba de Rosie con su cuerpo, que no veía lo que decíamos.

—Por favor, no lo hagas —susurré entrecortadamente—. Te encerrarán, Anna. No lo hagas. Vas a matar a personas inocentes.

—Lo siento, no puedo ayudarte.

—¿Qué sucede ahí? —nos interrumpió Rosie. Parecía furiosa.

—Nada —respondió Anna, que se alejó de mí.

Se movió intranquila hacia la silla de la derecha, donde estaba George. Él la miraba estupefacto, todavía sin creer que fuera su hija.

—¡Rosie! ¡Detente! —grité con fuerza. Mi voz retumbó en las cuatro paredes—. ¡Vas a ir a la cárcel! ¡Nadie te creerá!

—Por supuesto que lo harán. Tú creíste en mí, todos creísteis en mí —exclamó—. La policía también lo hará.

—Rosie, no lo harán. —Estaba furiosa—. Tarde o temprano sabrán la verdad y tú estarás acabada.

Rosie soltó una carcajada y me miró con una sonrisa. Apreté los puños, pero eso solo me provocó dolor en las muñecas. Gemí en silencio, mordiendo con fuerza para que no se diera cuenta de que estaba sufriendo. Sin embargo, Rosie lo notó, aunque me ignoró. Tenía la mirada fija en mi madre.

—Todos estos años esperando a que llegara este momento, y ahora solo me dais lástima. Debo admitir que formáis una bonita familia, pero, seamos sinceros, todas las familias terminan separándose.

—No lo hagas, Rosie —dijo George—. Si quieres el dinero, es todo tuyo, pero no necesitas matarnos. No necesitas hacer esto. Te daré todas mis propiedades, todo estará a tu nombre. Todo lo que quieras.

—No. Todavía no lo entendéis. No solo es el dinero lo que me interesa. Quiero hundiros. Quiero que desaparezcáis de la faz de la Tierra y quiero ser yo quien lo haga...

—¡Estás enferma! —gritó mi madre mientras apretaba los labios y se removía en la silla—. ¡Estás loca!

—Sí, tal vez esté loca. Pero voy a hacer lo que quiera. No me importan las consecuencias. Ya sabéis lo que dicen... la venganza es un plato que se sirve frío. Pero no importa, lo estoy disfrutando...

—Basta, Rosie... —la interrumpió Eric, asustado—. Tú más que nadie sabes perfectamente cuánto amaba y amo a Margaret. No significas nada para mí, nunca lo harás. No te lo mereces.

—¡No! —gritó ella, ofendida—. ¡Margaret es quien debe sufrir! ¡No yo! ¡Yo debí casarme contigo!

Dejé de escucharla, porque Anna se había adelantado y nos estaba rociando con gasolina, sobre todo a mí. Grité, aterrorizada.

—¿Qué haces Anna?! —Mis piernas volvieron a la vida y temblaron—. ¡No!

Mi ropa se mojó al instante y el olor a gasolina me inundó completamente. Intenté esquivar el líquido, pero estar atada no facilitaba las cosas. Solo podía gritar, aunque sabía que nadie me escucharía.

—No bromeaba cuando dije que teníais que ver el espectáculo. Habrá fuegos artificiales. Ya los imagino en el oscuro cielo...

Se oyeron unos gritos ahogados, pero yo permanecí en silencio. Ni siquiera podía reaccionar ni entender lo que estaba diciendo.

—Los demonios tienen que ir al infierno, y el fuego es la única forma de llevarlos allí.

—¡Estás loca, Rosie! —gritó mi madre con desprecio. El terror en su voz era evidente, y a Rosie parecía agradarle.

Anna se acercó a mi madre, pero la suya la detuvo. Nuestras sillas estaban dispuestas en una línea recta, y mi madre y yo estábamos en las esquinas.

—Deja que lo haga yo.

Rosie le quitó el bote de gasolina y comenzó a rociar a mi madre con rapidez. Estaba más mojada que el resto.

Entrecerré los ojos y me di cuenta de que, junto a la salida, había alguien más. Había una sombra debajo de la puerta.

Aparté la vista y miré a Anna, que no se había percatado de mi sorpresa. De repente, sacó una caja de cerillas.

Quise gritar.

¿Había venido alguien a salvarnos? ¿Era Alex?

—Es hora de que te vayas, Anna... —dijo Rosie.

Anna asintió, con las cerillas en la mano. Pero, en lugar de caminar hacia la puerta, se dirigió hasta donde estaba su madre y se detuvo delante de ella.

Rosie le acarició con despreocupación y dulzura las mejillas. No entendía nada. Pero entonces, me di cuenta. Rosie iba a golpear a Anna. Rosie no quería que hubiera testigos.

Y así fue. Sucedió rápido. Rosie levantó la mano rápidamente y golpeó la mejilla de Anna con fuerza. Ladeó su pequeño rostro con brusquedad y su cabello rubio ondeó en el aire. La chica levantó la mirada y se miraron fijamente. Mi madre gritó, y Rebecca y Caroline también.

Era muy desagradable ver cómo una mancha oscura se formaba en el labio de Anna mientras un río de sangre brotaba de su boca.

Rosie la golpeó una vez más. Esta vez en la otra mejilla.

Contuve la respiración y sentí un acuciante dolor. El olor a gasolina se

volvió más profundo.

Al recibir el golpe, Anna cayó al suelo y se dio en la cabeza.

Rosie abrió los ojos como platos, tratando de entender qué había pasado. Parecía aterrada y confundida al mismo tiempo. Anna no se movía. Se había desmayado. No había soportado el golpe ni el dolor.

Entonces, en cuanto se inclinó sobre su hija, la puerta se abrió de un portazo y Seth y Cara entraron.

Estuve a punto de gritar de felicidad.

Soltaron un grito ahogado cuando nos vieron atados. Cara me miró con sorpresa y, después, observó al resto, a mi derecha. Se llevó las manos a la boca para no gritar. Seth la hizo retroceder y contempló la escena con terror.

¿Qué hacían allí? ¿Cómo sabían dónde estábamos?

Rosie se levantó de un brinco, metió las manos en la camisa y, luego, sacó un arma de fuego. Se la veía asustada, como si la presencia de un par de chicos fuera una amenaza.

Cara y Seth retrocedieron al ver el arma.

—Ni un paso más o disparo.

Rosie apuntó a mi madre, que era la que estaba más cerca.

—La policía está de camino, Rosie. No puedes hacer nada.

—¿Qué? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Se acabó, Rosie. Has perdido.

—¡No!

Sus ojos azules se movieron inquietos por toda la habitación. Buscó una salida, pero la única que había era la puerta que bloqueaban Seth y Cara. Las manos le temblaban, aunque parecía estar segura de lo que iba a hacer.

Miró de soslayo a Anna y, luego, disparó. El sonido fue estruendoso. Sin embargo, ese no fue el único sonido que se oyó. También hubo gritos. Uno de ellos destacó en especial.

—¡Margaret! ¿Qué has hecho, Rosie? —rugió Eric, moviéndose con rabia en su silla.

Tenía los ojos entrecerrados y los músculos de su espalda se contrajeron.

—¡La has matado!

—¡No! —Sentí una presión en el pecho—. ¡Mi madre no puede estar muerta! ¡No! ¡No! ¿Por qué, Rosie?

Las lágrimas se mezclaron con la gasolina que me empapaba y sentí que la piel me ardía. Me dolía el corazón al ver a mi madre en la silla con una bala en el hombro derecho, del que manaba sangre. Ni siquiera había podido disculparme con ella, no había podido decirle cuánto sentía haberla traicionado. El corazón se me partió en mil pedazos.

—¡La has matado!

Me dolía respirar.

«Mi madre está muerta».

—Apartaos o acabaréis igual —advirtió Rosie a Cara y a Seth. Ellos se apartaron a un lado, sin rechistar.

Rosie me ofreció una última mirada.

—¡Te encontraré y juro que te mataré, Rosie!

Estaba colérica y sentía que me rompía por dentro.

Rosie se fue.

—¡Cara! ¡Cara! ¡Por favor, suéltame!

Ella asintió, todavía conmocionada. Con manos temblorosas, comenzó a desatar los nudos de las muñecas y los tobillos. Escuché los alaridos de Eric que hacían eco en la habitación. Seth hizo lo mismo y comenzó a desatar a Eric más rápido que Cara.

—¡Oh, Dios! ¡Margaret! —chilló mientras deshacía los nudos de las cuerdas de los tobillos y las muñecas.

Miré apresuradamente a Cara, quien no había dejado de temblar.

Finalmente, Cara me quitó las cuerdas y corrí hacia donde estaba mi madre. Ayudé a Eric para tenderla en el suelo, mientras Cara ayudaba a Caroline. George se acercó a nosotros, mirando a mi madre con los ojos llorosos.

—Ha sido mi culpa... Yo soy la culpable —dije acariciando el rostro lívido de mi madre.

Eric negó.

—No, no es culpa de nadie... solo de Rosie. No debes sentirte mal, Hannah.

Vi la zona que había recibido el disparo. No dejaba de salir sangre del hombro. Me acurruqué en ella y lloré con fuerza. El líquido rojizo se pegó a mi cuerpo rápidamente. La combinación de olores era extraña.

—Voy a ir a por Rosie —dije decidida mientras me levantaba.

—No, no, quédate aquí. Todavía respira, pero tenemos que llevarla a emergencias.

Sentía la rabia correr por mis venas. Rosie había disparado a mi madre y yo no podía quedarme de brazos cruzados. No podía contemplar cómo se desangraba en los brazos de mi padre.

Me levanté de golpe y me enjuagué las lágrimas con el antebrazo de forma brusca. Mi gesto cambió de inmediato. De repente, solo había rabia en mi interior. Rosie había hecho daño a las personas que más quería.

—¡Hannah! ¡No! —gritó Eric para detenerme, pero ya era demasiado tarde.

Salí de la habitación con paso rápido. Cara intentó detenerme, sin éxito. Necesitaba encontrar a Rosie y hacerle pagar por lo que había hecho.

Caminé por un pasillo que me resultaba extrañamente familiar.

Recordaba el sueño en el que Alex había muerto. Ya no había dudas. Rosie era la única culpable. Había envenenado a Alex.

—¡Eh! —susurró alguien—. ¡Oye, Hannah!

Giré la vista y me encontré con una pelirroja que conocía a la perfección.

—¿Qué haces aquí? —pregunté alejándome tanto como pude.

Se suponía que la habían encerrado, ¿qué hacía fuera? ¿Cómo había logrado salir?

—Sé dónde está Rosie. Puedo llevarte hasta ella.

—No —respondí, y retrocedí. Su cabello naranja brillaba en la oscuridad.

—¿Por qué no? —murmuró.

—Porque ya no puedo confiar en ti. No puedo confiar en nadie.

—Te estoy dando la oportunidad de que te reencuentres con Rosie y le hagas pagar, y... ¿lo rechazas? Vamos, Hannah, no desperdicies esta oportunidad. Puedo ayudarte.

Estaba loca si creía que iba a confiar en ella. No lo haría. Sarah había inculcado a mi madre. Era cómplice de Rosie. Habría sido una locura marcharme de allí con ella.

—¿Por qué estás aquí, Sarah? —pregunté.

Ella rio.

—Está bien, está bien. Veo que ya has aprendido la lección.

—¿Por qué estás aquí, Sarah? —repetí.

—Te dije que te mataría, ¿no lo recuerdas?

Retrocedí aún más, pero la pared del pasillo me lo impidió.

—¿Por qué has ayudado a Rosie? ¿Por qué engañaste a todos?

—Porque Rosie ha sido como una madre para mí, Hannah. Le debo demasiado, y la única manera de devolverle el favor es matándote. Por cierto, qué lástima lo de tu madre.

—¡Cállate! —exclamé con furia—. ¡No te atrevas a hablar de mi madre!

Sarah se metió las manos en los pantalones y, entonces, sacó una pistola. Pero a ella no le temblaban las manos. Me apuntaba con firmeza y seguridad. Estaba más que dispuesta a apretar el gatillo.

—¿Cuáles serán tus últimas palabras, Hannah?

Entonces sonreí.

—Kate.

—¿Kate? —dijo, confundida.

Miré a sus espaldas y Sarah se giró.

—Sí, Kate —repitió la susodicha y, después, le propinó un puñetazo en la cara que la dejó inconsciente.

Sarah cayó al suelo, como Anna. El arma se estrelló contra la superficie y la pateé para alejarla de Sarah.

La observé durante unos segundos mientras estaba tendida en el suelo y, cuando confirmé que no nos atacaría, miré a la rubia que hasta hacía unos meses me odiaba.

—¡Oh, Kate! —Me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza. Abrió los brazos y me acurrucó—. ¡Me has salvado! ¡Dios! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabíais que estábamos aquí?

Me separé de ella, todavía sin atreverme a soltarla.

Kate se humedeció los labios.

—Nos llegó una nota...

—¿Nota?

—Sí, no sabíamos de quién era, pero dejaba muy claro que estabas en peligro y que, si queríamos protegerte, debíamos, bueno... debíamos...

—¿Kate? —Agachó la mirada—. ¿Debíais hacer qué?

—Prométeme que no te enfadarás con nosotros.

Me miró con culpabilidad.

Yo negué, aturdida todavía.

—Me has salvado la vida, ¿cómo podría estar enfadada?

Sentí una presión en el pecho. Rosie se alejaba a cada segundo que pasaba y yo no podía dejarla escapar. Tenía que pagar por lo que había hecho, sin embargo, debía escuchar a Kate. Tenía que hacerlo.

—Está bien. Nosotros te... —Hizo una pausa y agachó la mirada—. Nosotros te pusimos un GPS mientras dormías —confesó rápidamente.

Apenas entendí lo que decía.

Fruncí el ceño.

—¿¿Qué?! ¡Un GPS! ¡¿Cuándo?!

Kate volvió a levantar la mirada. Había temor en sus ojos.

—Cuando estabas en el hospital, Hannah. Tu madre no lo sabe. No queríamos que nadie lo supiera porque no sabíamos quién estaba detrás de todo esto. Queríamos mantenerte sana y salva y, por supuesto, teníamos que saber dónde estabas.

¡Llevaba dos malditos GPS y no me había dado cuenta!

—Oh... no puedo creerlo.

La solté y dejé escapar un suspiro tenso mientras cerraba los ojos con fuerza.

—Solo intentábamos protegerte —susurró.

—¿Dónde está el GPS?

—Lo instalamos en tu teléfono. Sabíamos que no te separarías de él.

Aunque lo cierto es que en ese momento no lo llevaba encima. Ni siquiera lo había visto desde que Rosie me había llamado en el cementerio... esa había sido la última vez que lo había visto.

—Lo he perdido hace unas horas...

—¿Qué? Pero el GPS indica que estás aquí.

Me miró y luego se metió la mano en el bolsillo trasero, sacó un móvil plateado y deslizó los dedos varias veces por la pantalla. El brillo iluminó su rostro blanco en la oscuridad del pasillo. Llevaba el cabello rubio peinado en una coleta y, para mi sorpresa, no llevaba ni una sola gota de maquillaje.

Miré de reojo el cuerpo tendido de Sarah y me estremecí.

—Mira esto. Señala claramente tu ubicación.

Me mostró la pantalla del teléfono y, con cautela, me acerqué todavía más para confirmar lo que decía.

Y así era. Un punto rojo marcaba perfectamente el lugar en el que estaba, mientras que un punto azul marcaba la ubicación del teléfono de Kate, muy cerca de mí.

Parecía que los teléfonos estuvieran a escasos metros de distancia, o puede que más cerca... pero lo que resultaba extraño era que no llevaba el móvil conmigo. Recordaba perfectamente la llamada de Rosie y que el teléfono se me había caído al suelo, en el barro.

—¿Y la nota? ¿Quién la escribió? —dije, alejándome un poco de ella.

—No lo sabemos aún.

Apagó el móvil y volvió a guardarlo en su bolsillo trasero. Parecía que estaba siendo sincera, así que la creí.

Algo dentro de mí me decía que había sido Alex. Por eso había dicho en el cementerio que no estaba sola, que no me preocupara. Y tenía toda la razón. Sabía perfectamente que tenía un maldito GPS y que Kate, Seth y Cara me vigilaban.

—Tengo que irme.

—No, no puedes marcharte. Es peligroso, Hannah —me advirtió mientras me cerraba el paso.

Negué.

—Si me quedo aquí, Rosie escapará.

—¿Qué diré a los demás?

—No les digas nada. Tú no me has visto —contesté en un tono suave mientras la observaba—. Sácalos de aquí, Kate. La policía llegará muy pronto. Estaré bien.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Tragué saliva.

—Sí.

Kate se mordió el labio inferior. Lo pensó por un momento y asintió.

—Está bien, solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Ayudaré a los demás.

—Gracias, gracias por todo. Y siento haber dudado de ti y de los

demás... yo... he sido una tonta.

—¡No! ¡Cualquiera habría hecho lo mismo!

La abracé con fuerza.

—Gracias, Kate —susurré.

—Tienes que irte.

Me apartó de ella con un empujón suave. Después, me ofreció una sonrisa tímida y se marchó en dirección al sótano. La vi desaparecer por el pasillo. Su silueta se hacía cada vez más pequeña.

Cuando dejé de verla, me incliné y tomé la pistola que Sarah había utilizado hacía unos segundos.

—¿Qué vas a hacer, Hannah?

Me preguntó una voz detrás de mí. Me sobresalté.

Antes de guardar la pistola, me giré y apunté en esa dirección. Ni siquiera me había dado tiempo de pensar y reproducir de nuevo la voz en mi cabeza. Mi cuerpo actuó por instinto y levanté los brazos, con la pistola en la mano. Presioné con suavidad el gatillo. Di otro salto y bajé la pistola de inmediato cuando vi los ojos asustados de Alex. Tenía las manos levantadas en el aire.

—¡Eh! ¡Soy yo!

—Oh, joder —contesté con el corazón acelerado—. Lo siento, Alex, creía que eras otra persona... yo...

Bajé aún más el arma y resoplé profundamente, soltando todo el aire que había aguantado en mis pulmones doloridos. Todavía olía a gasolina. Parecía que nunca iba a desaparecer.

—Estás pálida. ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—No —contesté con sinceridad—. Rosie se ha ido y no sé dónde está.

—¿Rosie? —Frunció el ceño y bajó la mirada con cautela, posando la vista en el arma que tenía en la mano—. ¿Para qué quieres buscar a Rosie? ¿Por qué tienes una pistola?

Alex todavía no lo sabía.

Tragué saliva.

—Ha disparado a mi madre, Alex.

—¿Qué? —Abrió los ojos de golpe.

—Le ha disparado —contesté en un susurro apenas audible. Se me

contraieron los músculos y lo miré fijamente a los ojos.

—¿Estás segura?

Rosie había disparado a mi madre, pero todavía no estaba totalmente segura de que estuviera muerta.

—Le ha disparado en el hombro. Está perdiendo mucha sangre, pero no sé... —Se me cortó la voz—. No sé si ha muerto, Alex.

—Ven aquí.

Extendió los brazos y, sin pensarlo dos veces, me dejé abrazar por él. Hundí la cabeza en sus hombros y me cogió por la cintura. Estaba demasiado aturdida.

—Estás temblando, Hannah —me dijo al oído, todavía sin soltarme.

Su olor varonil me inundó la nariz. Inhalé profundamente y mantuve el perfume dentro de mí, abrazándolo con más fuerza. Pero, entonces, el olor metálico de la sangre junto con el de la gasolina se hizo patente de nuevo.

—Deberías esperar a que llegue la policía y se haga cargo de todo esto. Pronto estarán aquí, y Rosie ya no podrá huir. Tú ya has hecho bastante, ya todos sabemos la verdad.

Era cierto. Pero eso no me reconfortaba. Todavía tenía muchas cosas que decirle y este era el mejor momento para hacerlo. No era justo que una persona que había hecho tanto daño a personas inocentes pagara su condena en una cárcel viviendo con todas las comodidades del mundo.

A veces, la justicia no era suficiente. La venganza, sí.

Pero yo no quería hacer daño físico a Rosie, solo quería que se diera cuenta del error que había cometido y que ella sola se castigara, que la culpa no la abandonara nunca.

—¿Por qué puedo tocarte, Alex? —Me aparté unos centímetros—. ¿Por qué hace unas horas no podías agarrar nada? ¿Qué está pasando?

—Tú tienes poder sobre mí, Hannah. ¿No te has dado cuenta? Contigo todo es diferente.

De repente, tenía los ojos vidriosos.

—¿La perdonarías, Alex?

Me separé un poco de él, sin llegar a soltarlo. Nuestros cuerpos todavía estaban unidos. Levanté la barbilla y lo miré directamente a los ojos. Quería saber la respuesta más que nada en el mundo.

—A veces es mejor perdonar y olvidar, si no, el dolor te hace más daño y puedes acabar como la persona que te ha hecho sufrir. Tienes que demostrarle que eres diferente, Hannah. Tú tienes corazón y estoy totalmente seguro de que sabes perdonar.

—No puedo. No puedo soportar todo el daño que nos ha hecho y que siga impune. Se merece pagar por lo que te hizo, Alex.

—¿Qué vas a decirle entonces?

—No lo sé.

Suspiró.

—Lo que quieres hacer es muy peligroso —me advirtió.

Me llevé las manos al rostro y, con las palmas sudadas, restregué con fuerza. El metal del arma me rozó las mejillas y rápidamente aparté las manos. Había olvidado que tenía una pistola. Estaba demasiado distraída y tenía que concentrarme.

—Alex, ¿te das cuenta? Puede que sigas vivo y ella sabe dónde está tu cuerpo. No se lo dirá a la policía. Es demasiado egoísta para hacerlo. Rosie sabe que eso nos haría daño y prefiere vernos sufrir.

—Tal vez tengas razón, pero ¿y si estoy muerto? ¿Qué sucederá? —Sonaba decepcionado.

—No, tú mismo me has enseñado tu urna. Creo que está claro. Estás vivo. Lo presiento.

Se mostró dubitativo.

—Está bien, iré contigo.

Capítulo 22

—¿Dónde está Hannah? —preguntó Eric preocupado.

Alex y yo estábamos escondidos detrás de una puerta, escuchando todo lo que sucedía en el exterior. La policía al fin había llegado. Se oían las sirenas de fondo. Había empezado a llover de nuevo y era difícil escuchar lo que decían.

A mi madre ya la habían llevado al hospital en ambulancia, al igual que a Rebecca. Tenía un grave golpe en la cabeza. Lo más probable es que hubiera intentado atacar a Rosie.

—Se ha ido con Margaret —contestó Kate rápidamente.

Por supuesto, era mentira, pero estaba cubriéndome.

Rosie no se había ido de la mansión. Todavía seguía allí. Lo sabía porque Anna aún estaba tendida en el suelo del sótano donde habíamos estado atados. Rosie no se arriesgaría a que la policía viera a su hija. Sabía que era un blanco fácil y que todos declararían en su contra. Aparte de que pronto sería mayor de edad y podría ir a la cárcel. Rosie era inteligente. Era perfectamente consciente de que su plan era venir a por Anna y marcharse lejos, ya que no podía abandonarla.

—Pero no la he visto subir —añadió Eric.

Antes de que pudiera continuar, un oficial se acercó a ellos.

—Disculpen, tenemos que desalojar el lugar. Debemos hacer nuestro trabajo. Necesitamos hacer una investigación previa y tomar declaración.

—Yo seré el primero —respondió Eric.

—Perfecto, señor Crowell. Por favor, acompañe a mi compañero a la comisaría. ¿Seguro que no necesita atención médica?

El oficial miró las muñecas de Eric. Parecía que no era la única que tenía heridas en los tobillos y en las muñecas.

—No, estoy bien.

Parecía inmune al dolor.

El oficial asintió y se giró para hacer una seña a un compañero uniformado que ya estaba anotando en una pequeña libreta. Estaba hablando con Caroline, cubierta con una toalla.

—¿Qué ha pasado con Anna? La chica que estaba tirada en el suelo —dijo Eric.

—¿Qué? Ahí no había ninguna chica, señor.

El oficial lo miró con confusión.

—¿Cómo que no había ninguna chica? ¿No se la han llevado en la ambulancia?

—Supongo que sí. Deje que le pregunte a mi compañera.

Ambos asintieron con interés, sobre todo Eric, que parecía no creer que Anna hubiera desaparecido.

Estaba totalmente segura de que Rosie la había sacado o escondido. No tendría el valor de abandonarla. Ella misma lo había dicho: Anna era lo único que quería en este mundo.

El jefe de policía sacó una radio que llevaba enganchada a su chaleco antibalas y apretó un botón. Parecía saber lo que hacía. Se lo veía completamente tranquilo.

—¿Qué le pasará a Rosie, oficial? —preguntó Kate, cambiando de tema.

El oficial dejó la radio que había tomado y volvió su mirada hacia ella. Kate estaba rígida, pero se mantenía estable y calmada. Lo miraba de forma inquisitiva, con los brazos cruzados.

—La buscaremos. No tienen nada de que preocuparse. Les aseguro que pasará muchos años en la cárcel. Pero de momento necesitamos que nos den alguna fotografía suya. Seguro que tienen alguna, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Y ya está? —preguntó Kate, indignada—. Oficial, con todo respeto, creo que deberían hacer su trabajo más rápido. Esa mujer es muy peligrosa y puede que a estas alturas ya haya abandonado la ciudad o incluso el país. Debería pedir refuerzos. Es una psicópata.

El oficial la miró boquiabierto. Esperaba que Kate se disculpara, pero ella no lo hizo. De hecho, se enfadó más cuando el policía la miró despectivamente.

—Señorita... —comenzó a decir el oficial mientras su cuerpo se tensaba—. Deje que nosotros hagamos nuestro trabajo.

—El señor Eric estará de acuerdo conmigo en que hay que movilizar a las autoridades y buscar a Rosie antes de que sea demasiado tarde.

Kate le ofreció una mirada inquisitiva a Eric. Solo trataba de que todo el mundo se marchara del lugar para que yo pudiera buscar a Rosie. Mi padre la miró confundido, pero después asintió. Parecía comprender lo que decía. Él también estaba de acuerdo con que la esposa de su hermano era muy peligrosa y, por supuesto, Eric tenía mucho poder para hacer que el oficial hiciera lo que Kate pedía.

—Creo que la señorita tiene razón. —Observó al oficial durante unos segundos y luego giró la cabeza hacia su hermana Caroline. Tenía la mandíbula ligeramente apretada—. Deberían pedir refuerzos y buscarla. No ha pasado mucho tiempo, así que debe de estar cerca. Mi familia está en peligro, oficial. Tiene que encontrar a esa mujer.

El oficial asintió.

—Está bien, pero usted vendrá con nosotros. Denme un momento.

El oficial se alejó y luego caminó hasta un muchacho de cabellos rubios y le ordenó ir con Eric y Kate. Observé a Alex, esperando que dijera algo, pero solo se encogió de hombros.

Tenía un calambre en las piernas y sentía que comenzaban a arderme la planta de los pies. Sin embargo, me mantuve recta y en silencio para que nadie nos viera u oyera.

—Este es mi compañero Moses. Él los ayudará a organizar la búsqueda. El oficial Oscar y él son de fiar. Por favor, suban al coche. Yo iré con ustedes, pero primero necesito organizar a mis hombres. Además, tendremos que acordonar el lugar.

—Por favor, acompáñenme —dijo uno de los hombres mientras se disponía a salir.

Kate se tensó durante un momento y echó un vistazo en nuestra dirección. Nos miró por la ranura de la puerta y, con disimulo, asintió.

Dos minutos después, se me comenzaron a dormir las piernas. El oficial

acordonó el lugar con cinta amarilla y, creyendo que no había nadie, se marchó. Cuando oímos que las sirenas se alejaban, Alex y yo salimos de nuestro escondite.

Expulsé todo el aire que había contenido y cerré los ojos.

—Rosie sigue aquí, ¿verdad? —pregunté con el ceño fruncido.

—Sí —asintió—. Solo ella ayudaría a Anna.

Me aclaré la garganta.

—¿Tú sabías lo de los GPS?

Él se tensó.

Por supuesto que lo sabía.

—No sabía lo del collar de Anna. Até cabos cuando llegamos aquí.

—¿Y el GPS del móvil? ¿Tú escribiste esa nota?

—Sí. —Agachó la mirada, avergonzado—. Pero tienes que entender que era necesario. —Volvió a levantar la vista—. Tenía que protegerte de alguna manera, y Kate... podía confiar en ella, Hannah.

Por un momento, sentí celos. Kate y Alex habían sido novios, aunque sabía que ahora salía con Ryan. Sin embargo, podrían volver otra vez si ambos quisieran. Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—Debiste decírmelo.

—Lo sé, lo siento.

—Vaya... Realmente os gustan los desafíos —nos interrumpió una voz.

Elevé los brazos, apuntando con la pistola a la mujer rubia que se encontraba frente a nosotros. Ella dio un paso hacia atrás, fingiendo estar asustada, pero después sonrió con cinismo.

—¿Vas a dispararme?

Apreté la mandíbula al instante.

—Sí —respondí, con el dedo en el gatillo.

Tenía los dedos sudorosos y me se resbalaba la pistola, pero eso no me impedía dejar de apuntarla.

Sentía que tenía el pelo pegajoso, cubierto de gasolina.

—Entonces, ¿a qué esperas? ¡Dispara! —gritó con una sonrisa cínica en el rostro.

—No. Primero quiero que te disculpes con Alex...

Antes de que terminara, soltó una sonora carcajada.

—¿En serio? ¿Crees que me voy a disculpar?

—Sí, hazlo.

Quitó el seguro de la pistola y la amenazó. Ella abrió los ojos un poco, pero no retrocedió. Entonces, disparé al suelo, junto a sus zapatos negros. Rosie dio un salto y me miró con horror.

—¡Hazlo! ¡Discúlpate con él o te mato! ¡Te juro que te mataré!

La cólera comenzaba a apoderarse de mi cuerpo. El calor de la sangre me hacía sentir desesperada y furiosa. Me costaba respirar. Deseaba tanto que sufriera... Pero yo no era una persona sin corazón, yo no le haría daño.

—Nunca me arrepentiré —dijo Rosie con la mandíbula apretada. Sus ojos parecían un oscuro y profundo pozo—. De hecho, estoy muy contenta de lo que hice. Nunca encontraréis el cuerpo de Alex, me llevaré esa información a la tumba.

Entonces, salió del gran salón y corrió como si su vida dependiera de ello. Avanzó a toda velocidad por el pasillo. Sus tacones repiqueteaban. Apreté la pistola entre las manos y eché a correr detrás de ella. Cuando bajó al sótano, dudé si debía entrar. Seguro que formaba parte de su plan.

—¡No! ¡Tienes que decirnos dónde está! ¡Él no se merece esto!

Eché un vistazo rápido por la habitación cuando entré. El suelo estaba demasiado mojado y hacía que el barro de mis zapatillas desapareciera. El olor a gasolina era más profundo. Una vena de la frente empezó a latirme con frenesí.

El olor era horrible y hacía que me picara la nariz.

Todo el sótano estaba cubierto de gasolina. Todos los rincones. Los escasos muebles que había prenderían en cualquier minuto. Incluso la puerta. Una sola cerilla y todo ardería en cuestión de segundos.

Rosie había aprovechado la ocasión para hacer de las suyas.

—¡Sí! ¡Va a morir, Hannah! ¡Y tú también!

—Dime dónde está —ordené. Tenía los ojos vidriosos.

—Por favor, Rosie... —titubeó—. Ya has hecho bastante daño, solo tienes que decirnos dónde está mi cuerpo.

—¡No! ¡Nunca lo sabréis! ¡Esa será vuestra condena! ¡Esa será mi venganza!

—Irás a la cárcel —advirtió Alex—. ¿Seguro que quieres pasar el resto

de tu vida en un lugar como ese? ¿Qué pasaría si Anna estuviera en mi lugar? ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Lo sé perfectamente —contestó con una pequeña sonrisa burlona en la cara.

Alex se tensó a mi lado y apretó la mandíbula con el rostro ladeado.

—¿Dónde está Anna? —pregunté.

—No te lo diré —contestó sin dejar de sonreír.

La pistola se me empezaba a resbalar de los dedos. Ya no podía controlarme. Deseaba dispararle. Deseaba que...

—¿Qué ocurre? —preguntó Anna, detrás de mí.

Por instinto, me giré y la agarré, tomándola como rehén. Ella luchó por zafarse de mí, pero yo fui más fuerte. Aunque la gasolina hacía que me ardiesen las heridas de las muñecas y me impedía moverme con facilidad, ignoré el dolor y no solté a Anna.

Alex me observaba con estupefacción.

—¡Suéltame! ¡No me toques!

Forcejeó conmigo, pero no pudo librarse de mí. Tenía ventaja sobre ella. Después de que Rosie la golpeará, había estado inconsciente durante quince minutos y ahora parecía atontada y absorta en sus pensamientos.

No iba a hacerle daño. Aquello formaba parte de mi plan para hacer que Rosie hablara.

—¡Quédate quieta o disparo! —grité con fuerza mientras le apretaba los brazos delgados y larguiruchos—. ¡Hablo en serio, Anna!

Anna intentó alejarse de mí, pero yo fui más rápida y, antes de que pudiera pegarme una patada, la apunté con la pistola en la cabeza. El metal tocaba su cabello rubio. Anna se estremeció entre mis brazos y se quedó quieta.

La tensión se palpaba en el ambiente.

Rosie me observaba.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a disparar a Anna? —Hizo una pausa y levantó la ceja—. No creo...

—¿Cómo sabes que no lo haré? —pregunté con el ceño fruncido.

Apreté los dientes y presioné la pistola contra la cabeza de Anna todavía más fuerte, intentando no hacerle demasiado daño. Tenía la sangre tan caliente que me dolía al deslizarse por las venas.

Anna gimió al notar la pistola contra su cuerpo.

—Porque no eres una asesina.

—Pero puedo serlo.

—Demuéstralo.

Rosie me lanzó una mirada desafiante. Miré a Anna de reojo y apreté la pistola con más fuerza contra su cabeza. La chica se quedó inmóvil en mis brazos. Rosie no cedería. No me diría nada sobre Alex. Nunca nos diría dónde estaba su cuerpo. Sabía que no era capaz de matar a una persona, y yo también.

Anna gritó. Los dedos comenzaron a temblarme. La pistola vibraba contra la sien de Anna. Estaba asustada. De repente, soltó un alarido que impresionó a Rosie. Sin embargo, no dijo palabra alguna. Por un momento, fue como si mi cuerpo quisiera hacerlo, como si estuviera decidido a acatar las órdenes de mi cerebro. Solo tenía que mover dos de mis dedos, presionar el gatillo y Anna estaría muerta. Pero mi conciencia me impedía hacerlo. Sería rebajarme al mismo nivel que Rosie y, entonces, me convertiría en ella. Alex tenía razón: sería alguien que acabaría con la vida de personas inocentes solo por venganza. Era algo absurdo y ridículo. Yo nunca me convertiría en alguien como Rosie. Jamás sería una asesina.

—¡Solo dime dónde está el cuerpo de Alex y la soltaré!

—Nunca.

—Está bien. Tú lo has querido.

Tiré a Anna al suelo y ella cayó delante de Rosie, lo bastante lejos de ella como para que no alcanzara a tocarla.

—Hannah... no lo hagas... —susurró Alex con los ojos entrecerrados.

Su cuerpo estaba demasiado tenso. A esas alturas, ya no sabía qué hacer. Estaba demasiado decidida a disparar. En mi mente, solo veía los cuerpos de Alex y de mi madre ensangrentados. Veía a todas las personas a las que Rosie había hecho sufrir. Sentí un torbellino de emociones. Recordé todo lo sucedido cuando pensaba que Kate, Seth, Cara y mi madre tenían algo que ver con la muerte de Alex.

Estaba enfrente de la verdadera asesina. Tenía la oportunidad de vengarme.

—¡Vamos! ¡Dispara!

Levanté los brazos y apunté a Anna, medio desmayada. Al caer al suelo, su ropa había quedado empapada de gasolina.

—Hannah, baja el arma. Tú no eres como ella... —sentenció Alex. Su voz sonaba lejana—. No lo hagas, ella no se lo merece.

Se me tensaron los omóplatos y las piernas me flaquearon cuando vi el rostro aterrado de Anna. Tenía los ojos abiertos, aunque su cuerpo no respondía completamente. Todavía no se había levantado y parecía que no pensaba hacerlo.

—¡Dispara, Hannah! —gritó Rosie, incitándome a que presionara el gatillo. Pero no podía—. ¡Dispara!

Mi conciencia me gritó y sentí un fuerte dolor de cabeza.

Entonces tomé la mejor decisión. No iba a disparar.

Alex tenía razón.

No era como Rosie.

No era una asesina y nunca lo sería.

Bajé el arma y agaché la cabeza. Me sentía impotente.

—Lo sabía. Sabía que no lo harías —dijo Rosie mientras ayudaba a Anna a levantarse—. Eres una cobarde.

—¿Mamá? —masculló Anna.

Parecía que estaba borracha. Recorrió toda la habitación con una mirada inquieta.

—Estoy aquí, cariño —contestó Rosie, acariciándole el cabello rubio—. Pronto nos iremos. Solo espera un segundo más...

Alex me llamó en un susurro para que levantara la vista. Entonces señaló con la mirada la pistola. Parecía que tendría que recogerla yo.

—Tienes que decirles dónde está Alex... no sobrevivirá... —gimoteó Anna.

—No, tú y yo tenemos que irnos.

—Por favor, mamá —suplicó ella con la voz entrecortada—. Tienes que...

—¡No! ¡Vamos, levántate! —gritó Rosie. El sonido nos sobresaltó a todos.

Acto seguido, se levantó y apoyó a Anna en una de las paredes. Después, se metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón negro y sacó una

caja de cerillas. Le temblaba el pulso.

—Vas a morir —dijo mientras me señalaba—. Y él lo verá todo y no podrá hacer nada. ¿Qué mejor venganza que esa? Acabar con la hija de mis peores enemigos.

—Ya basta —contestó Alex lleno de rabia—. Te aseguro que todo lo que estás haciendo se volverá en tu contra. Pagarás por lo que has hecho, Rosie... Probarás tu propia medicina. Todo el daño que haces a los demás se vuelve en tu contra algún día.

—¿Queréis ver cómo se ilumina este lugar? —Rosie encendió una cerilla. Una lágrima brotó de su ojo derecho. Era tan pequeña que apenas se veía—. Porque yo realmente necesito luz.

—No lo hagas... —suplicó Alex.

Me puse rígida.

Rosie comenzó a avanzar hacia la puerta. La apunté con la pistola. Sabía que una sola chispa haría que el lugar sucumbiera a las llamas. Sonreía de forma siniestra mientras caminaba con paso lento. Apenas vislumbraba su rostro lívido y terrorífico en la oscuridad del sótano.

La cerilla se apagó rápidamente en sus dedos.

Suspiré y me quedé quieta.

Alex se puso delante de mí, aunque eso no serviría de mucho. Rosie tenía razón. Él no podría hacer nada.

Encendió otra cerilla. Esa vez no esperó a que se apagara en sus dedos. La dejó caer delante de la puerta por la que habíamos entrado y esta rápidamente comenzó a arder. El sótano se iluminó de inmediato. Las llamas estaban demasiado cerca de Rosie. Pronto el fuego engulliría toda la habitación y todos los que estábamos dentro comenzaríamos a arder.

Grité con fuerza.

—¿Qué has hecho?! ¡Vas a matarnos! ¡¿Estás loca?!

Sentía el calor de las llamas en mi piel. O, al menos, eso creí, pero el fuego no se había extendido por el suelo. El ardor que sentía en las mejillas era culpa de las ansias y la desesperación. Aunque pronto las llamas me alcanzarían. La puerta estaba a punto de venirse abajo. Estaba casi carbonizada.

Rosie avanzó hacia Anna y la tomó en brazos.

Pero era demasiado tarde.

Las llamas llegaron al suelo y todo ardió.

El calor me obligó a retroceder hasta una pared. Caí al suelo en una zona a la que, milagrosamente, la gasolina no había llegado.

—No mires —dijo Alex cuando vio mi gesto de terror—. No pasa nada. No mires, ¿de acuerdo? Te sacaré de aquí.

El calor era cada vez mayor, pero me obligué a no bajar la mirada. Si lo hacía, probablemente me desmayaría. El dolor que sentía era acuciante. Notaba cómo la carne me ardía por dentro y por fuera.

Luego recordé que estaba cubierta de gasolina. Era demasiado peligroso que me pusiera a caminar entre las llamas.

Alex se levantó.

—Todo mi cuerpo está empapado en gasolina —dije con la voz asustada. Tenía los ojos vidriosos y mantuve la boca cerrada para no comenzar a llorar—. Voy a morir. No podemos hacer nada.

—No, no te rindas Hannah. Saldremos de aquí. Todo irá bien.

Vi un brillo en sus ojos. Alex estaba realmente asustado. Tenía la mandíbula apretada, pero en ese momento la aflojó un poco y me mostró una sonrisa tranquilizadora.

Aunque las llamas me impedían creerlo. Solo intentaba calmarme, pero, sinceramente, estaba volviéndome loca. Había perdido toda esperanza y fe.

No veía ni a Rosie ni a Anna. Una nube de humo cubría la habitación. De repente, inhalé humo por la nariz y la boca, y empecé a toser. Alex señaló mi chaqueta y me la quitó. El cuero ardía con rapidez.

Me levanté y me presioné el brazo con la mano para aliviar el dolor de las quemaduras. Comencé a avanzar entre las llamas mientras Alex me guiaba. A lo lejos, escuché unos gritos, pero no sabía si provenían del exterior o de la misma habitación. Estaba demasiado desesperada por salir de ahí que no podía concentrarme en nada más.

—Ven. Por la ventana.

Una cortina cayó sobre mí y grité.

—¡Alex!

Mi voz estaba llena de pánico. Ni siquiera podía respirar con todo el humo que había dentro. Me sacudí y aparté la tela. Luchaba por mantenerme

en pie, pero notaba que las piernas me pesaban más a cada segundo que pasaba.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha sucedido? —Alex se acercó a mí con los ojos asustados.

—Sí. Estoy bien... —Me quedé sin voz—. Sácame de aquí, Alex.

—Lo haré, lo juro. —Nuestras miradas se encontraron—. Voy a sacarte de aquí. Todo irá bien, *mi amor*.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al instante. Alex nunca me había llamado así, nunca había utilizado ningún apelativo cariñoso conmigo. Siempre me llamaba Hannah, Hannah a secas. Hasta hoy. Me había llamado... mi amor. Se me erizó todo el vello del cuerpo.

No aguanté más y comencé a llorar desconsoladamente.

—Ven, vamos a salir de aquí —dijo sin tocarme.

Lo seguí con los ojos llenos de lágrimas e intenté aguantar la respiración para conservar oxígeno.

Esquivé otro mueble y continué con cautela, esperando poder salir de allí. Recuperé la esperanza cuando vi la ventana del sótano.

—Por aquí.

Cuando encontré el bote de gasolina, lo puse debajo de la ventana y me coloqué sobre él para saltar. Las piernas me temblaban como si fueran de gelatina. Rompí el cristal de la ventana con el puño. Los vidrios cayeron fuera y crujieron cuando los pisé. Las llamas acababan de alcanzar el bote de gasolina.

—Vamos, Hannah. Debes darte prisa —me apresuró Alex mientras observaba cómo las llamas empezaban a consumir el bote de plástico.

Me dolía el brazo y las piernas me empezaban a flaquear. Hice todo cuanto pude para convencerlas de que no era el momento para que me fallaran. Me apoyé en la superficie de la ventana y me impulsé.

Me quedé con las piernas en el aire cuando el bote cayó y se quemó casi de inmediato. Otra llama me alcanzó la pantorrilla y empecé a gritar.

Subí del todo y salté.

Caí sobre un campo lleno de grava. Las piedras se me clavaron en las piernas. Justo como el día en que Alex y yo íbamos a tener nuestra primera cita.

Cerré los ojos, me tumbé y me quedé quieta, contemplando el oscuro cielo estrellado.

—¿Hannah? ¡Por favor, háblame! ¿Estás bien?

Sentí como Alex se arrodillaba a mi lado y respiré profundamente, tomando todo el oxígeno que fui capaz.

—Por favor, Hannah, di algo. Lo que sea.

—¿Estoy viva? —pregunté con los ojos cerrados.

Me picaba la garganta, pero no quería toser. Quería respirar aire puro.

—Sí —contestó—. Estás viva.

Sentí una tranquilidad increíble.

—¿Dónde están Rosie y Anna? ¿Han logrado salir? —susurré.

Simplemente hablar me dolía. Tenía la garganta demasiado seca. El humo seguía en mis pulmones.

Tosí un par de veces.

Alex se tensó.

—No lo sé... —Parecía asustado—. No sé qué ha pasado con ellas...

—Tenemos que salvarlas —contesté, y me senté en la grava, pero cuando doblé las rodillas, noté que me quemaba la pierna y tuve que retroceder y tumbarme de nuevo.

—No, deben de haber salido...

—He oído gritos. Todavía debe de haber alguien dentro.

—No puedes entrar. El fuego está descontrolado. Si entras, morirás.

—Pero todavía hay alguien dentro, Alex —repetí, cansada—. No podemos dejar que quienquiera que esté dentro muera.

—¡Por favor! ¡Ayuda! —gritó una voz desde el interior. Sonaba aterrada. Los gritos eran espeluznantes.

Sin pensarlo dos veces, me puse de pie. El dolor me invadió, pero no iba a quedarme tumbada mientras alguien estaba en el interior de una casa en llamas.

—Tenemos que entrar, Alex. ¡Tenemos que salvarla! —dije, desesperada.

Se oyó un grito ahogado.

Me estremecí y empecé a temblar.

—No, no voy a arriesgarme a perderte otra vez. —Me miraba fijamente—. Si entras ahí, nunca saldrás. Quiero que comprendas eso. No la salvarás a

ella, y puede que tú tampoco salgas viva.

—¡Pero hay alguien dentro!

Alex tenía razón. Tan solo ver el lugar daba escalofríos. Parecían las puertas del infierno. Si entraba ahí, moriría en menos de un segundo. Las llamas que salían por la ventana alcanzaban al menos los cinco metros. El incendio lo estaba arrasando todo.

Era un milagro que hubiera salido de ahí.

—¿Dónde está Anna?! —gritó una mujer a nuestras espaldas.

Alex y yo nos giramos, espantados. Rosie tenía una quemadura muy fea en el rostro. Era tan horrible que sentí un dolor punzante en el brazo y la pantorrilla. Se le había quemado el cabello. No había ni rastro de sus rizos rubios y la mayor parte de sus ropas estaban quemadas—. ¿Dónde está Anna?

Entonces lo comprendí. Quien gritaba en el sótano era Anna.

Las lágrimas se arremolinaron en mis ojos.

—Ella... ella no ha logrado salir —respondí con rabia. Rosie había provocado el incendio—. ¡Lo más probable es que haya muerto!

—¡No! ¡Mi hija no puede estar muerta! —Rosie caminó con las piernas temblorosas hacia la ventana por donde había salido y se inclinó. Su cuerpo estaba demasiado herido—. ¡Mi Anna no puede estar muerta! ¡Ella no!

—¡Rosie! ¿Qué haces? —grité cuando metió una pierna por la ventana—. ¡No puedes entrar ahí! ¡Ya no puedes hacer nada! ¡Anna ha muerto!

Corrí hacia Rosie y tiré de ella, haciendo que regresara al campo de grava. Tenía los ojos demasiado rojos, llenos de lágrimas sinceras.

—Yo no quería que muriera. ¡No quería que mi Anna muriera! ¡Tiene que estar viva! —gritó. Entonces, vi que las quemaduras de Rosie eran más graves de lo que creía. La sangre brotaba de forma repulsiva—. ¡Iré a por ella! ¡Tengo que salvarla!

Rosie se libró de mí y gateó hasta la ventana, de nuevo.

—¡No, Rosie! ¿No lo entiendes? ¡Ahí dentro solo quedan cenizas!

—¡No! ¡Anna! —chilló con fuerza, y se dejó caer en mis brazos, dolorida—. ¡Anna! ¡No! ¡No! ¡Ella está viva! ¡Mi hija está viva!

Siguió llorando desconsoladamente. Las lágrimas eran incesantes.

—Tienes que calmarte, Rosie. Ya no puedes hacer nada. Anna ha muerto.

—He matado a mi hija... —susurró acurrucada en mi pecho. Sus lágrimas

humedecieron mi camisa—. He matado a mi hija... he matado a Anna...

Los alaridos eran cada vez más fuertes.

A lo lejos, oí que una ambulancia y un camión de bomberos se acercaban. Las sirenas resonaban en mis oídos.

—Rosie... —La tomé por los hombros—. Tienes que decirme dónde está el cuerpo de Alex...

Pero parecía perdida en su mundo, como si no me escuchara.

—Anna. Anna... mi hija... mi pequeña. Seguro que está bien. Está viva... ¿verdad que sí? Mi Anna, mi bebé...

—Rosie... —susurré, levantándole la barbilla con cuidado—. ¿Dónde está el cuerpo de Alex? Tienes que decírnoslo.

Me miró a los ojos y, de repente, las lágrimas cesaron. Todavía parecía una loca. Sus ojos se movieron por todos lados, como si buscara algo con la mirada. Dio un brinco, se apartó de mí y se levantó, aunque sin mucho éxito.

Se enjugó las lágrimas, haciéndose daño en la cara, pero no pareció importarle. Se removió por la grava mientras miraba a su alrededor con desesperación.

—¿Dónde está Anna? Ella estaba aquí conmigo hace unos segundos. ¿Dónde se ha ido? —preguntó con dulzura.

El camión de bomberos se acercó a nosotras. Se detuvo en medio de la calle y todos los hombres comenzaron a bajar con paso rápido mientras sacaban una manguera.

Uno de ellos nos miró y nos señaló para que la ambulancia viniera a atendernos.

Rosie parecía una loca.

—Rosie, por favor, respóndeme.

—Anna... vendrá a visitarme muy pronto... —Sonrió con amabilidad y me miró—. ¿Tú la conocías? Era una niña muy buena. Se portaba muy bien.

Un bombero se acercó a nosotras. Sus zapatos pisaban la grava y, cuando se aproximó, las piedras crujieron bajo sus pies. El hombre con uniforme y casco rojos miró a Rosie con los ojos muy abiertos.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras sus compañeros comenzaban a apagar las llamas. El agua fresca tocó mi rostro y lo refrescó un poco. Tenía demasiada sed—. Los paramédicos vendrán enseguida. Por favor,

no os acerquéis al incendio. Es muy peligroso. Me quedaré con vosotras, ¿de acuerdo?

—Mi hija, señor. Mi Anna, ¿dónde está?

Tenía los ojos rojos y muy hinchados.

El bombero me miró con el ceño fruncido.

Yo negué con la cabeza para responder a su pregunta silenciosa. Bajé la cabeza y miré hacia la grava.

Anna estaba muerta.

El bombero se acercó a Rosie y le ofreció una mirada entristecida.

—Lo siento, señora. Nos ha dejado.

Capítulo 23

—¿Qué te hace pensar que Alex está vivo? —preguntó Eric con el ceño fruncido—. La mayoría de los que están aquí estuvieron en el funeral de Alex y todos lo vieron en el ataúd. Después fue incinerado, ¿no es cierto, George? Aparte de que han pasado varios meses. Perdón, Hannah, pero es imposible.

Habían pasado dos semanas desde el incendio en el que Anna había perdido la vida. Sin embargo, la policía había dicho que su cuerpo no estaba ahí. Ahora todos estábamos reunidos en la mansión, que ya se encontraba en mejores condiciones.

La casa estaba rodeada de agentes. Todavía no se sabía si Rosie había contado con más cómplices aparte de Sarah y Anna.

El padre de Sarah ya había declarado. Ambas mujeres lo habían amenazado de muerte y por eso había ayudado a Sarah a salir del hospital cuando la habían acusado de haber intentado matarme.

Sarah y Rosie habían sido declaradas culpables de la muerte de Alex, del novio de Rebecca y de Anna. Además, habían extorsionado a Cara, a Seth, a Kate y al padre de Sarah. También habían agredido a George en su propia casa y habían culpado a mi madre de algo de lo que era inocente. La lista de delitos era interminable.

Pero, los malos siempre pagaban. Ya fuera en la Tierra o en el más allá.

No tenían escapatoria.

Sarah pasaría por lo menos diez años en la cárcel cuando cumpliera los dieciocho años. Por otro lado, a Rosie le habían hecho un análisis psicológico y sus trastornos habían salido de nuevo a la luz. Por lo tanto, no iría a la cárcel, sino que la encerrarían en un hospital psiquiátrico. Evidentemente, no recibiría las mismas atenciones que los demás. No obstante, iba a verla ese

día. Por eso estábamos reunidos.

No podía decir nada sobre lo ocurrido entre Alex y yo durante todos esos meses. Tenía que omitir ciertos detalles y conseguir que la historia sonara lógica y congruente.

—Porque ninguno de vosotros sabe dónde están las cenizas de Alex ni qué pasó con su cuerpo, ¿verdad?

Todos se miraron, reflexionando la respuesta.

—No, pero Alex no puede estar vivo —dijo mi madre.

Eric estaba a su lado. Por lo que parecía, se habían reconciliado. Iban poco a poco. Se tomaban toda la paciencia del mundo. Eric esperaba a que mi madre estuviera lista para reanudar su relación. Aunque todavía necesitaban tomar una decisión.

—Ya han pasado meses. Es imposible que esté vivo.

No iba a darme por vencida. Tenía que hacer que la policía se movilizara y buscara el cuerpo de Alex antes de que fuera demasiado tarde. Anna había rogado que su madre nos dijera dónde estaba el cuerpo de Alex, lo cual significaba que estaba vivo.

—Sí, mamá —respondí mientras me ponía de pie—. Pero, ¿y si ella estaba cuidando de Alex y realmente nunca lo mató? ¿Y si lo tenía secuestrado?

—Es una buena teoría, Hannah. Pero no creo que siga con vida si ha estado secuestrado todo este tiempo... —dijo George mientras tomaba una copa de vino tinto.

Sus labios se volvieron rojos, pero no dejó de beber. Se pasó una servilleta por las comisuras de la boca para limpiarse.

—Es lo que estoy tratando de decir. A Rosie la capturaron hace dos semanas —repliqué. Empezaba a estar frustrada—. Lo más probable es que lo viera un día antes o el mismo día del incendio. Debe de estar vivo. Quizá lo estuvo alimentando.

—Hannah... Sabemos que quieres encontrar a Alex, pero debes darte cuenta de que las esperanzas de que siga con vida son mínimas.

Puse los ojos en blanco. Estaba irritada. Ellos no lo entendían. Cuanto más tiempo perdíamos, Alex seguía perdiendo fuerzas y energías, y sería más difícil encontrarlo. Esperaba que Rosie tuviera un cómplice más para que esa persona siguiera alimentando a Alex.

—Yo apoyo a Hannah. Yo también tengo el presentimiento de que está vivo —dijo Kate, interrumpiendo la conversación. Los ojos de Seth se encontraron con los de ella y asintió.

—Yo también. No perdemos nada si investigamos y lo buscamos. Alguien debe de haber visto algo.

—Lo anunciaremos por televisión, por las noticias. Todo el mundo las ve ¿no? —dijo Cara con una media sonrisa, apoyando mi plan—. Alguien debe de saber algo, aunque sea un simple detalle. Cualquier información puede ser útil.

Todos posamos la vista en Eric y en George, esperando a que respondieran y accedieran.

Eric miró a su hermano. Sabía que él era quien tomaba las decisiones. Además, Alex era su hijo, aunque fuera adoptado. Él lo había cuidado y educado.

—Está bien. —George resopló y dejó la copa en una mesita de noche—. Le diré al jefe de policía que dé aviso a las autoridades y a los canales de televisión. Yo me encargaré de todo.

—¡Oh, Dios! ¡Gracias, George!

Corrí hacia él y sonreí con sinceridad mientras lo abrazaba.

—No hay de qué. —Él respondió a mi abrazo y me alejó un poco para observarme—. Alex es parte de la familia y, si crees que está vivo, entonces lo buscaremos.

Kate llevaba el pelo suelto y unas gafas que le cubrían los ojos azules, pero no dejaba de ser la chica más popular del instituto. Aunque había cambiado ahora que salía con Ryan.

Cara y Seth estaban sentados cogidos de la mano en el asiento de enfrente. Los ojos de Cara tenían un brillo espectacular. El cabello negro le llegaba hasta la cadera. Lo tenía tan largo que parecía una cascada. Estaba muy bien cuidado, no como el mío.

A pesar de que teníamos el pelo casi igual de largo, el suyo era más resplandeciente y hermoso. A Seth le encantaba su cabello. Cada cierto tiempo, la miraba de reojo. Ambos sonreían disimuladamente cuando nadie los miraba. Solo yo parecía ser testigo de sus miradas cómplices y enamoradas.

Llevaba un brillo de labios rojo que, en cierto modo, me recordaba a

Rosie. Sabía que Rosie ya no podría usar maquillaje en la mitad derecha de la cara. Las quemaduras que había sufrido eran demasiado graves y no se había podido hacer mucho. Ya no podría arreglarse como antes, ni mucho menos sonreír. A partir de ahora sería una Rosie apagada y deprimida.

Gracias a la colaboración de mis amigos con mi madre, habían conseguido protegerme. La muerte de Cara había formado parte del plan. Por aquel entonces, ya sospechaban de Sarah.

Todos estábamos tristes y sentíamos un poco de lástima por Tom, el chico que había estado saliendo con ella antes de que todo saliera a la luz. Él también estaba aquí. Rosie lo había amenazado, y él había declarado en contra de ella y de Sarah.

George estaba algo desubicado. Todavía tenía la mirada perdida cuando alguien mencionaba a Rosie. Ninguno podíamos creer lo que había hecho. Antes de ir al juicio, tuve que advertirle a George de que Rosie intentaría actuar con dulzura delante de él, así que debía ser precavido y mostrarse duro con ella. Me vi en la obligación de contarle lo que le había hecho a su prometida, aunque él no la denunció. Creía que lo sucedido con Anna era bastante castigo para ella.

Yo también estaba de acuerdo con eso.

Aunque, para ser sincera, la muerte de Anna me deprimía un poco. Nunca olvidaría a la chica que sentía pasión por el color púrpura. No me importaba que todo hubiera sido una simple y vil actuación. Quería a Anna con todo mi ser. A pesar de todos sus errores y de su traición, seguiría en mi corazón.

Ese mismo día, y con el permiso de George, visité a Rosie.

—Siga todo recto y gire a la derecha por el segundo pasillo. Habitación doscientos treinta y tres.

—Gracias —respondí mientras volvía a meter mi carné de identidad en la mochila del instituto.

La recepcionista tecleó un par de cosas en el ordenador y me sonrió cuando terminó de apuntar mi nombre.

—No hay de qué. Por favor, si algo va mal o la paciente se altera, debajo de la camilla hay un botón rojo. Presione y un doctor irá para allá.

Asentí.

—Gracias de nuevo.

—De nada. Tenga cuidado. La paciente estaba muy alterada y todavía no se ha acostumbrado a estar aquí.

Me ofreció una sonrisa tímida y asentí. Después, volvió a fijar la vista en el ordenador y siguió escribiendo.

Con paso lento, comencé a caminar siguiendo las indicaciones de la recepcionista. Las habitaciones eran blancas. Algunos de los pacientes se asomaban por la ventanilla de las puertas, la única vista al exterior que tenían. Tenían los ojos desorbitados y gritaban cosas sin sentido.

Sentí un cosquilleo en la nuca cuando encontré la habitación de Rosie. Tecleé la clave que me había dado la recepcionista y la puerta se abrió.

Las paredes estaban acolchadas para que los pacientes no pudieran golpearse y herirse. Algunos de ellos vestían camisas de fuerza.

—¿Rosie?

Cuando entré, avancé y cerré la puerta. Ví a la mujer que alguna vez había sido hermosa y dulce. Estaba sentada en una esquina en posición fetal, con las rodillas dobladas hasta el pecho. Llevaba la cabeza completamente rapada. Las quemaduras del rostro eran demasiado evidentes y difíciles de ocultar. Tenía la carne oscura y, a su alrededor, se apreciaba la hinchazón de la herida. Se había quitado unas vendas que estaban esparcidas por el suelo, también acolchado.

Mis pies se hundieron cuando di otro paso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, abrazada a ella misma. Tenía la cabeza agachada y no le veía los ojos.

—He venido a...

—¿A que te diga dónde está Alex? —interrumpió.

Levantó la cabeza y sus ojos finalmente se encontraron con los míos. Estaban tan oscuros y llenos de rabia que no pude evitar sentir miedo.

—Nunca te lo diré, ¿acaso no lo entiendes?

Di un paso atrás.

—¿Ha venido Anna contigo?

—¿Anna? —pregunté, confundida.

Esperaba que estuviera bromeando. Pero cuando asintió, supe que no era así.

Rosie creía que Anna seguía viva.

—Sí. —Se le humedecieron los ojos—. Quiero pedirle perdón, quiero disculparme con ella por haber sido una mala madre.

—Rosie...

—¿Dónde está Anna?! ¿No ha venido contigo? —Abrió los ojos de repente—. ¿O acaso ya no quiere verme?

—No, Rosie... —Sentía lástima por ella. El corazón me dio un vuelco y se me aceleró el pulso—. Anna... ¿no lo recuerdas? —pregunté, levantando una ceja.

—¿Qué? —Rosie se levantó de un salto—. ¿Qué quieres decir? ¡Yo la acabo de ver! ¡La vi ayer y la he visto hoy! ¡Vino a verme por la noche! Seguro... —Me miró con expectación mientras avanzaba hacia mí—. ¡Tú! —Rosie me señaló con el dedo índice—. ¡Tú la has ocultado! ¿Verdad? ¡Tú eres la culpable de que no esté aquí! ¡Yo solo trataba de protegerla de los malos! ¡Tú te la has llevado!

—¿No lo recuerdas?

—¿Recordar? ¿Qué debería recordar?

—Tú... —Me quedé en silencio.

No podía decir nada a Rosie. Si le contaba que Anna había muerto, me atacaría. Además, una noticia de esa magnitud la afectaría demasiado.

—Dijiste que Anna podía ir al parque hoy. Vendrá mañana.

—¿Qué?! —Volvió a abrir los ojos—. Yo no...

Dejé de hablar y fijé la mirada en la pared lateral, pensativa. Con un golpe sordo, Rosie se dejó caer al suelo y se llevó la palma de las manos a la cara, frotándose como si le picara la piel. Luego, empezó a llorar.

—Rosie, cálmate...

Me acerqué a ella, pero enseguida me empujó. La sangre comenzó a brotar de las quemaduras cicatrizadas. Tenía las mejillas ensangrentadas, de color carmesí. La escena era terrorífica.

—¡No me toques!

Me empujó contra la pared donde estaba la puerta y reboté al instante.

—¡Quiero que te vayas! ¡Quiero que me dejes sola! ¡Oh, Anna! ¡Mi niña! ¡Vete! ¡Vete! —chilló dolorosamente.

—¡Solo quiero que me digas dónde está Alex! ¡Anna quiere que me lo

digas! —volví a mentir.

—¡Nunca! —gritó—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Las lágrimas se arremolinaban en sus ojos inyectados en sangre. Estaban tan rojos que parecía que iban a explotar.

—Rosie, por favor... —supliqué en un susurro. Me temblaban las manos.

—¡Largo! ¡Fuera! —Me empujó otra vez—. ¡Lárgate! ¡No quiero verte nunca más!

El doctor que estaba en la puerta me hizo señas para que abandonara el pequeño cuarto. La situación se había descontrolado. Rosie estaba cada vez más alterada, y sabía que corría peligro.

—No lo harás. Jamás me verás de nuevo, Rosie —contesté mientras salía de la habitación—. La venganza no sirve de nada. Este es tu castigo.

—¡Anna! ¿Dónde estás? ¡Lo siento! ¡Lo siento! —gritó con voz sofocada, ahogándose con sus propias lágrimas.

Rosie comenzó a dar vueltas por la habitación y se golpeó contra las paredes acolchadas, en vano. Parecía una loca. No, no lo parecía... estaba loca. Rosie había recaído y, probablemente, nunca se sanaría.

—Adiós, Rosie —murmuré mientras abría la puerta por completo.

Recorrió toda la habitación con la mirada, pero no se percató de que la puerta estaba abierta. Estaba absorta en sus pensamientos, gritando y corriendo como una demente. A pesar de que su cuerpo chocaba contra las paredes, no se detenía.

Se me humedecieron las mejillas y sentí un retortijón en el estómago que me hizo emitir un grito ahogado.

—Adiós para siempre.

Y, entonces, me marché de aquel lugar y me alejé de la mujer que nos había hecho tanto daño y que ahora estaba pagando por ello.

Capítulo 24

No podía conciliar el sueño. Tenía la cabeza hecha un lío y mi cerebro no se concentraba en dormir. Mandaba señales a mi cuerpo, que se movía, intranquilo. Cerraba los ojos y solo veía el rostro de Alex en mi mente.

Alex desapareció el día del incendio. Lo había estado buscando por todas partes, pero sin obtener resultado. Mi única hipótesis era que Alex había vuelto a su cuerpo. Ahora solo teníamos que encontrarlo.

Sus ojos color caramelo me miraban fijamente. Sus iris todavía tenían el brillo deslumbrante que lo caracterizaba. Tenía un aspecto perfecto en mis pensamientos. Su oscuro cabello alborotado, sus cejas gruesas y sus labios carnosos me acompañaban siempre. Recordaba a la perfección su hermosa sonrisa y las bromas que hacía. Su rostro me reconfortaba. Me gustaba tener esas imágenes almacenadas en mi memoria, recordar cada uno de nuestros momentos juntos.

Pero no estaba tranquila. Estaba incómoda en mi propia cama. Me movía debajo de las sábanas constantemente. Había perdido la cuenta. El verano estaba cerca y el frío nocturno desaparecía poco a poco.

Me incorporé y me senté en una esquina, con las palmas de las manos sobre el colchón.

Me quedé unos segundos mirando a la nada.

¿Cómo podía encontrar a Alex? ¿Cómo podía averiguar dónde estaba su cuerpo? ¿En qué condiciones estaría?

No, definitivamente esa noche no dormiría.

Me puse las pantuflas rosas que había dejado hacía varias horas al lado de la cama y comencé a dar vueltas por la habitación. George nos había pedido que nos quedáramos en la mansión, ya que era más seguro, pero mi

madre se había negado. Y no la culpaba. No sabíamos en quién podíamos confiar. Rosie podría haber contado con más cómplices.

Sin saber qué hacer, caminé hasta el ordenador y lo encendí. Me senté en la silla de ruedas y esperé a que se cargara. Un segundo después, la pantalla se encendió y el fondo de pantalla predeterminado apareció enseguida. La luz del monitor iluminó la mayor parte de la habitación.

Fijé la mirada en el reloj del ordenador y abrí los ojos.

¡Las tres de la mañana!

Entré en el navegador y me metí en Facebook.

Escribí mi nombre de usuario y mi contraseña, y mi perfil apareció. Tenía cientos de notificaciones y mensajes. Hacía mucho que no lo abría, para ser sincera.

Busqué el perfil de Alex. Su foto de perfil era reconocible. Alex me había dicho que no lo había encontrado cuando desperté porque me había bloqueado para que no lo viera. Nunca se me había ocurrido esa posibilidad. Aunque hubiera pasado medio año, algunas personas seguían publicando en su muro. Había unas cuantas fotografías. Todas ellas incluían un texto que había conmocionado a sus contactos.

«Si has visto a Alex, por favor, llama al siguiente número. Tenemos una mínima esperanza de que siga con vida, así que si tienes alguna información que pueda ayudarnos, contacta con nosotros».

Había demasiados comentarios, la mayoría eran de los alumnos del instituto. En ellos daban información sobre la última vez que habían visto a Alex.

Pero ninguno de esos comentarios parecía ayudar a dar con su paradero.

Abrí otra pestaña y busqué la página de personas desaparecidas. La imagen de Alex estaba ahí. Miré su rostro durante varios segundos.

¿Dónde estaba Alex? ¿Estaría bien? Cerré la pestaña y volví a mi cuenta de Facebook. Al cabo de media hora, ya somnolienta, cerré la sesión. Me levanté de la silla y busqué a tientas el botón de apagado en medio de la penumbra. Cuando estaba a punto de apretar el botón, el sonido de una notificación llegó a mis oídos. Tenía un nuevo mensaje. Un mensaje de un remitente que conocía perfectamente.

Alex Crowell.

Capítulo 25

La ventana del chat estaba vacía. No había ni una sola palabra, ningún mensaje, como si las letras fueran invisibles. Sin embargo, había recibido una notificación.

No lo entendía. Debería haber algo, cualquier cosa. Pero no había nada.

Con los dedos temblorosos, llevé las manos hasta el teclado y comencé a escribir. Cuando terminé, envié el mensaje.

Pasaron varios segundos, o tal vez minutos. El reloj pareció haberse detenido solo para mí. El mundo seguía girando sobre su eje, pero sentía que me había perdido en el tiempo, como si no pudiera avanzar. Un segundo era toda una eternidad.

Estaba tan aturdida porque no hubiera ningún mensaje que no sabía qué pensar o en qué creer. Me moví ligeramente en la silla, aunque ni siquiera estaba segura de que hubiese sido yo.

El silencio reinaba en mi habitación y sentí un escalofrío en la cabeza. Como si alguien me estuviera soplando en la nuca muy suavemente. Una gota de sudor se deslizó por mi espalda antes de que pudiera reaccionar. Temblé inconscientemente y noté como se me ponía la piel de gallina cuando la gota terminó su recorrido. Después sentí un cosquilleo desde las piernas hasta la planta de los pies.

Me estremecí, todavía sin atreverme a mirar atrás. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Temía que se me saliera del pecho de un momento a otro. Estaba temblando demasiado. Como el día en que recibí el primer mensaje de Alex.

Tragué un poco de saliva con dificultad y respiré profundamente. Tenía unas ganas inmensas de abrir todas las puertas y ventanas de la habitación

para que entrara más aire puro y liberar la tensión del ambiente, pero no podía levantarme de la silla. Era como si el cuerpo me pesara más, como si mi masa hubiera aumentado por dos. Me sentía tan pesada y cansada que apenas podía mover los dedos y parpadear cada vez que mi instinto me decía que algo iba a suceder.

Una fuerza extraña me obligó a mirar hacia el frente, a la pantalla del ordenador. Tenía los músculos demasiado duros, como una roca. Moví los hombros y la espalda y sentí dolor. Me detuve y seguí mirando hacia delante, esperando a que respondiera.

¿Y si no había sido Alex? ¿Y si alguien había entrado en su perfil?

De pronto, todas las fuerzas que me quedaban se esfumaron en un chasquido de dedos. Estuve a punto de desmayarme, los músculos se me pusieron flácidos. Todo por culpa de no haber podido conciliar el sueño durante la última semana ni haber probado casi bocado. Ya me empezaba a pasar factura. Se me cerraron los ojos y dejé caer la cabeza en el escritorio. Me golpeé con fuerza con el teclado. Pero no me desmayé. Solo deseaba dormir y soñar, o tal vez revivir un recuerdo.

El lugar era reconocible, aunque era tan real que no parecía un sueño. Sabía que estaba durmiendo, pero no podía despertarme. Llegué a sacudirme, pero no pasó nada.

De repente vi a Anna con el chaleco lleno de explosivos.

Tenía unos sudores fríos y no sabía si estaba sudando en la realidad o si solo estaba reviviendo el momento. Era como si el tiempo se hubiera reanudado.

Se me cayó el móvil al barro. Escuché como el material salpicaba un poco de agua oscura con un ruido sordo. El móvil se manchó, pero la pantalla seguía intacta y brillaba.

Apenas me había fijado cuando había ocurrido, pero en mi sueño presté más atención a la escena. Era como si ocurriera a cámara lenta. No entendía nada.

Tenía los ojos puestos en Anna, la chica que tenía una bomba encima y que estaba completamente helada. Quería retroceder y alejarme de ella, porque ahora sabía que era cómplice de Rosie, pero no tenía control sobre mi cuerpo.

Mi fuerza de voluntad no bastaba. Mis piernas se movían con velocidad sin que yo lo ordenara. Corrí hacia ella. Me ardían los ojos. Casi notaba las

lágrimas calientes en las mejillas, y los dolorosos y acelerados latidos de mi corazón. A pesar de ello, no me detuve y seguí corriendo hasta llegar al lado de Anna. Entonces la abracé.

Me quedé sin palabras. Abrí los ojos, intentando decirle que sabía que era cómplice de Rosie, pero nada salía de mi boca.

Todo se volvió silencioso. La imagen seguía proyectándose, pero era como si mi mente omitiera el sonido. Solo veía bocas moviéndose. A Anna le temblaban los labios cada vez que decía algo. Tenía la piel fría.

Entonces, todo empezó a suceder de nuevo a cámara lenta. Me giré hacia donde estábamos Alex y yo hacía unos segundos, y lo vi agacharse. Se lo veía tenso. Tenía los omóplatos contraídos y sus músculos se marcaban más de lo normal bajo la camiseta negra.

Se inclinó lentamente y dobló las rodillas. Estiró el brazo hacia el barro y, antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo, miré a Anna y todo volvió a suceder a una velocidad normal. Mis intentos por seguir observando qué hacía Alex fueron interrumpidos por el piloto automático de mi cerebro. Sentí una sacudida cuando un color naranja flamante me cegó y noté un calor abrasador en la piel. Era como si estuviera ardiendo, aunque no veía nada.

La bomba había explotado.

Grité con todas mis fuerzas y dejé salir una última bocanada de aire.

Di un salto en la cama. Las sábanas estaban humedecidas por el sudor de mi cuerpo. Noté que una gota fría se deslizaba por mi frente con lentitud. Me estremecí.

¿Cómo había llegado ahí? ¿No estaba en el escritorio?

Me levanté de un salto y volví a sentarme en una esquina de la cama. De repente, me costaba respirar. Estaba tan agitada que cerré los ojos con fuerza para calmarme a mí misma e intentar tomar oxígeno con normalidad.

Aún con los ojos cerrados y en la oscuridad de la habitación, me humedecí los labios. Aunque tenía la boca demasiado seca y temblorosa. Era como si mi garganta fuera un desierto. No tenía ni una gota de saliva que aliviara el dolor que sentía en el cuello. Me quemaba.

Escuché unos pasos a los lejos. Supe de inmediato de quién eran aquellos zapatos que taconeaban en el pasillo.

Mi madre llamó a la puerta con insistencia.

—¿¿Hannah?! —preguntó, sofocada.

Imaginé lo que podía estar haciendo ahora. En mi mente, la vi frunciendo los labios y con los ojos abiertos como platos mientras golpeaba la puerta.

—¿¿Estás bien?! ¡Te he oído gritar! ¡Por favor, abre!

Abrí los ojos y me reincorporé. No quería que me viera así. Con el cabello pegajoso por el sudor, con el cuerpo tembloroso. Todavía sentía el fuego en la piel. El sueño había sido demasiado real.

Dejó de aporrear la puerta y todo volvió a ser silencio.

—Estoy bien —respondí en un susurro.

Luego, tomé aire para aclararme la voz, tratando de sonar lo más convincente posible.

—Todo va bien.

—¿Segura? —preguntó desde el exterior.

Se la oía preocupada. Al instante, me sentí mal por haber mentido. Estaba haciendo justo lo que no me gustaba que me hicieran a mí. Mentir. Todavía estaba confusa, aún tenía lagunas mentales y debía aprender a confiar de nuevo en las personas.

—¿No ha sido una pesadilla?

—¡No! —contesté rápidamente y salté de la cama. Sentí una ráfaga de aire frío en la espalda y se me erizó la piel—. Estoy bien.

—De acuerdo. Estaré en mi habitación si necesitas algo, ¿vale?

—Sí, mamá —respondí claramente.

Trataba de sonar lo más tranquila posible. Tenía la cara casi apoyada en la puerta de mi habitación. El contacto con la madera hacía que sintiera calor. Veía la sombra de mi madre por debajo de la puerta. Apenas terminé de responder, comenzó a alejarse. Pero la sombra no se dirigió hacia el frente, donde estaba su habitación, sino que pasó de largo.

Parecía que se dirigía a la primera planta.

Pegué la oreja a la puerta y oí como sus zapatos repiqueteaban en los escalones. Caminaba con tranquilidad. Creí que estar en nuestra antigua casa le hacía sentir más segura que vivir en la mansión de los Crowell, pero parecía vigilarme en todo momento y estar alerta a cualquier sonido y movimiento. Todavía le atemorizaba estar en aquella casa.

Estaba casi segura de que George la pondría a la venta muy pronto. Ni

Rosie ni Alex estaban a su lado, y la mansión era demasiado grande para una sola persona.

Al dejar de oír sus pasos, solté el aire que había estado conteniendo y me dejé caer al suelo, con la espalda apoyada contra la puerta y las rodillas dobladas hasta el pecho. Cuando me quedé en silencio, noté como el corazón me zumbaba.

¿Por qué había tenido esa pesadilla? ¿Qué significaba?

Dios, no entendía nada.

Me había empezado a doler la cabeza.

Seguía aturdida por el sueño que había tenido y no podía pensar con claridad. Afortunadamente, mi cuerpo había dejado de temblar y había recuperado su estado normal.

Cuando estuve totalmente calmada, cerré los ojos y llevé las manos a las rodillas. Luego, apoyé la cabeza en las manos.

Reproduje la escena una vez más. Tenía el presentimiento de que había una pista oculta que se me había pasado por alto al estar tan nerviosa y confundida.

Todo se había reproducido a cámara lenta.

El móvil había caído al suelo.

Miré a Anna.

Todo volvió a suceder a velocidad normal.

Giré la cabeza y vi a Alex inclinarse hacia el barro.

Todo volvió a ocurrir a cámara lenta.

Me giré hacia Anna y la bomba explotó.

Abrí los ojos.

Estaba sudando de nuevo.

Ahora lo entendía.

Kate.

La respuesta era Kate.

Me levanté de un salto y corrí hasta la mesita de noche. Encendí la lámpara. En cuanto lo hice, la habitación se iluminó, y las sombras y siluetas que la oscuridad ocultaba tomaron forma y se convirtieron en muebles.

Me temblaban los dedos, pero eso no me impidió actuar rápido. Levanté el auricular del teléfono y marqué el número de Kate que, ahora, me sabía de

memoria.

Presioné los números con fuerza y a toda velocidad.

Oí un tono justo después de un zumbido. Kate debía de estar dormida, eran más de las cuatro de la mañana.

El teléfono dio otro tono, pero Kate no contestaba.

Empecé a golpetear el suelo con el pie, poniéndome más nerviosa de lo que ya estaba, así que dejé de hacerlo y me concentré en una de las almohadas de la cama. Ni siquiera sabía por qué la miraba, pero en ese momento parecía ser lo más interesante que tenía a la vista.

Tercer...

—¿Hola? —dijo una Kate somnolienta. Casi sonreí.

—¿Kate? —pregunté emocionada, aunque sabía que era ella—. Escucha, siento molestarte a estas horas, sé que es tarde, pero quería, bueno, más bien quiero saber si mi móvil todavía tiene ese GPS del que me hablaste el día del incendio... y también me gustaría saber si todavía está vinculado a tu teléfono —añadí rápidamente. Apenas se me entendía.

Esperé su respuesta, pero solo recibí un bostezo.

—¿Hannah? —preguntó, confundida. Tenía la voz ronca—. Son las cuatro de la mañana, ¿estás bien? ¿Va todo bien?

—¿No has oído lo que te he dicho?

Suspiré con frustración.

—He escuchado lo que has dicho sobre el móvil...

—Sí. Necesito que me prestes tu móvil. Es muy urgente, es sobre...

—¿Para eso me has llamado? —me interrumpió.

Oí como la cama rechinaba. Después, un zumbido y un quejido.

—Kate, es sobre Alex —solté.

Ella no lo entendería y no pensaba explicárselo ahora. Nunca me creería si le decía que había estado con Alex todo este tiempo. No creería que Alex era un fantasma y que yo lo veía.

—Por favor, solo tienes que prestarme tu móvil.

—Hannah —dijo ella en un tono serio. Parecía que estaba despertándose—. Yo estoy de acuerdo con George, ¿sabes? No quiero que te lo tomes mal o que lo malinterpretes, pero no creo que Alex siga vivo... Ha pasado mucho tiempo y es imposible que...

—No vas a ayudarme, ¿verdad?

—Hannah... De verdad que me gustaría ayudarte...

Tenía que pensar en algo, y rápido. Kate me colgaría en los próximos cinco segundos.

—Bien, pero necesito que hagas algo por mí, ¿vale?

Ella pareció pensárselo. Escuché el silencio al otro lado de la línea.

Entonces, suspiró con resignación.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga?

Tenía los nervios a flor de piel. Por una extraña razón, sentí un cosquilleo en el estómago. Era tan fuerte que estuve a punto de inclinarme para detener el hormigueo incesante.

—¡Gracias, Kate! —dije con una media sonrisa. Solté el aire y, después, inhalé de nuevo—. Muy bien, lo único que tienes que hacer es encender el GPS y buscar mi teléfono.

—¿Me has llamado a esta hora para buscar tu móvil? —Sonaba irritada.

—Por favor, lo necesito. Si me dices dónde está, te dejaré dormir.

—Vale, dame un segundo.

Oí como se levantaba de la cama y un crujido, pero Kate no dijo nada. Después abrió un cajón de madera y esperé a que dijera algo, pero solo escuché una canción. Kate maldijo en voz baja, alejada del teléfono. Al cabo de unos instantes, Kate se acercó el auricular de nuevo a la oreja.

—Muy bien, espera un minuto, ¿vale? Estoy buscándolo.

—Gracias, Kate. En serio —contesté con amabilidad, aunque estaba entrando en pánico.

—No hay de qué, aunque este favor te saldrá muy caro.

—Te lo pagaré —asegué con una risa nerviosa. No sabía por qué me reía. No había podido evitarlo.

Dios, estaba temblando.

Tenía la piel empapada en un sudor caliente.

Estaba demasiado ansiosa.

El corazón me latía tan rápido que pensaba que se me iba a salir del pecho.

Si lo que pensaba era cierto, entonces, Alex estaba vivo.

Alex estaba vivo.

Un minuto parecía toda una eternidad.

Tragué saliva, aunque todavía tenía la garganta seca.

—¿Hannah? ¿Sigues ahí? Tengo la dirección. Es algo extraño...

—¿A qué te refieres?

—¿Has perdido tu teléfono? —preguntó confundida.

La imaginé con el ceño fruncido.

—Sí —mentí—, lo perdí hace días... No recuerdo dónde lo dejé.

—Pues... Tu móvil está en tu casa.

—Kate, de verdad, no tengo tiempo para bromas —contesté, molesta.

—No estoy bromeando, tu móvil está en tu casa —aseguró.

Ahora sí que tenía la garganta seca. Era como si se me hubieran pegado los pies al suelo. Me sentía como una estatua de piedra: pesada, quieta y muy tensa. Me había quedado congelada por dentro y por fuera. Entonces, sentí como el teléfono temblaba en mi oreja derecha. Estuvo a punto de caer al suelo, pero conseguí apretarlo con fuerza y que no se me resbalara.

¿Cómo era posible que mi móvil estuviera en casa cuando lo había perdido en el cementerio donde solo Alex, Anna y yo habíamos estado?

—¿Puedes...? —balbuceé—. ¿Sabes exactamente en qué parte de la casa está?

—Necesitaré un minuto más.

—Está bien.

Un minuto era toda una eternidad, pero dos... dos se habían convertido en una tortura eterna.

—¿Hannah? Lo tengo. Está en el sótano. ¿Puedes explicarme qué hace tu móvil en el sótano? Mira que eres rarita... —bromeó, y soltó una risita aguda.

Ahora ya no me molestaba su risa, de hecho, ya no la oía. Solo escuchaba mis pensamientos.

¿Alex estaba en mi sótano? ¿Qué estaba sucediendo?

Oh, Dios mío.

¡Claro!

Rosie era muy inteligente.

Ella sabía que debía esconderlo de la policía y de todo aquel que buscara a Alex. Tenía que esconderlo en un lugar del que nadie sospechara.

¿Y qué mejor lugar que mi sótano? ¡En mi propia casa! ¡Donde nunca me

habría atrevido a buscarlo! Nadie lo habría hecho. Nadie lo habría buscado aquí. Ni siquiera utilizábamos el sótano, pero ¿desde cuándo estaba aquí?

—Lo siento... ¿Sigues ahí? —preguntó Kate, intentando controlar su risa. Todavía tenía la voz ronca.

Odiaba a Rosie.

Dejé caer el teléfono y este rebotó en el suelo de mi habitación. Oí los gritos alterados de Kate, pero los ignoré y corrí hacia la puerta. Quité el pestillo y, cuando la puerta se abrió, la empujé y eché a correr a toda velocidad. Al dar los primeros pasos, me tropecé. Pero antes de que cayera, conseguí recuperar el equilibrio y, sin detenerme, seguí corriendo escaleras abajo.

Mi madre estaba sentada en uno de los sofás. Cuando me vio bajar con frenesí, se levantó de un salto, aterrada.

—¿Hannah? ¿Qué sucede? —preguntó ella.

Se le resbaló la taza de café que tenía en la mano y la pieza de porcelana se estrelló contra el suelo. Se hizo añicos en cuestión de segundos y el café se derramó en el suelo.

—¿Dónde están las llaves del sótano?

—¿Para qué...?

—¡Dímelo!

—En la cocina, donde siempre —contestó, confundida. No apartó la vista de mí mientras me dirigía adonde me había indicado—. ¿Vas a decirme qué sucede?

—Yo...

—¡Hannah! —gritó.

Corrí hacia la puerta del sótano y ella me siguió. Mis pasos hacían eco por toda la casa. Retumbaban como si fueran truenos.

Busqué la llave correcta. Me temblaban las manos. Enseguida, se me cayeron.

Joder, esto no podía estar pasando ahora.

—Deja que te ayude.

Mi madre se inclinó y recogió las llaves, con paciencia, pero, entonces, movió los dedos con agilidad y encontró la llave correcta. En cuanto me miró, notó que algo malo ocurría. Eso hizo que actuara más rápido. Cuando

llegamos a la puerta, giró la llave dentro de la cerradura velozmente. La puerta se abrió. Apenas di un paso dentro, ella me detuvo.

—Deja que vaya primero.

Me tomó por el brazo y me impidió avanzar. Asentí, aunque sabía que una vez entrara, la empujaría y me adelantaría. Necesitaba confirmar mi teoría.

Mi madre dio unos pasos. Al cabo de un segundo, se llevó las manos a la boca y abrió los ojos de par en par, espantada.

Dejó escapar un grito ahogado.

Sin esperar, entré al sótano.

A pesar de la oscuridad y del terror que sentía, lo vi.

Alex estaba en mi sótano.

Vivo.

—¡Alex! —exclamé mientras me acercaba a él.

Estaba tendido en el suelo, inmóvil. Parecía que estaba muerto. Mi madre salió del estado de *shock* y encendió la única luz que había en el sótano.

Alex tenía un aspecto terrible. Estaba inconsciente y tenía los ojos cerrados y demasiados golpes en la cara y en los brazos.

—¡Llama a emergencias! —grité con fuerza mientras me dejaba caer de rodillas a su lado, todavía sin atreverme a tocarlo.

Mi madre salió corriendo y oí como gritó con desesperación cuando alcanzó el teléfono de la sala.

—¿Alex? —pregunté con los ojos vidriosos. No me atrevía a tocarlo—. ¿Me oyes?

No hubo respuesta.

Observé su rostro pálido y vi como las heridas habían empezado a cicatrizar. Parecía habérselas hecho hacía días. La sangre estaba seca. Tenía el cabello demasiado sucio. Apenas se apreciaba el color real de su pelo. Había demasiado polvo en sus rizos castaños.

Había encontrado a Alex y, ahora, estaba muriéndose delante de mí.

—¿Qué pasa con la ambulancia?! —grité, esperando que mi madre regresara a mi lado.

Empezaba a sentirme cansada y mareada, pero no podía permitirme desmayarme ahora. Quería estar con él. No podía dejar que muriera. Tenía que hacer algo.

Acerqué dos dedos a su cuello y contuve la respiración. En cuanto toqué su piel por primera vez, sentí una descarga eléctrica. No aguanté las lágrimas y estas cayeron de mis ojos y se deslizaron por mis mejillas como si fueran una cascada.

Alex tenía pulso.

—Ya viene. La ambulancia está de camino —dijo mi madre mientras corría hacia el sótano. Su bata blanca ondeaba por el movimiento—. Hannah, deberías alejarte. Estamos alterando la escena de un crimen. No puedes hacer nada por él. Solo podemos esperar a que llegue la ambulancia.

Me apartó de Alex y no pude tocarlo de nuevo. Todo parecía tan irreal.

Pasaron dos minutos eternos. Mi madre me abrazaba con fuerza mientras lloraba sobre su hombro.

Alex.

Su nombre resonaba en mi cabeza. No podía tocarlo ni besarlo. No podía estar con él ahora que finalmente lo había encontrado.

La sirena de la ambulancia se oyó a un par de calles.

Intenté zafarme de mi madre.

Tenía que estar con él.

—No —dijo ella, deteniéndome con fuerza. Noté que tenía los ojos rojos y que también había estado llorando—. No puedes moverlo, no sabemos cómo actuar, Hannah. Podrías hacerle daño. Llegarán en cualquier momento. Espera unos segundos, cariño. Alex estará bien. Solo espera, ¿vale?

Asentí a regañadientes. Tenía unas ganas tremendas de acercarme a él. Pero sabía que si me acercaba, caería en la tentación de tocarlo y acariciarlo.

No se me salió el corazón del pecho, aunque tuve la sensación de que sí cuando un paramédico entró al sótano con una camilla seguido de un enfermero. Después, y con mucho cuidado, comprobaron el pulso de Alex y lo subieron a la camilla.

Alex estaba vivo.

Capítulo 26

Al cabo de dos semanas, Alex todavía no había despertado. Estaba demasiado angustiada y triste. Ni siquiera podía comer, pero lo había hecho por él. Comer y dormir se habían vuelto tareas demasiado difíciles para mí. Me atrevería a decir que no me había duchado desde hacía días y que no me había despegado de él a pesar de la insistencia de todos en general. No quería apartarme de él, y ellos no lo entendían.

No entendían que yo amaba a Alex.

Las pruebas contra Rosie habían hecho que el caso se abriera nuevamente y, según la policía, Rosie pasaría toda su vida en el hospital psiquiátrico de la ciudad. También Sarah. Aunque su condena era reducida en comparación con la de Rosie, puesto que solo había sido su cómplice.

La mayoría estaba de acuerdo con que Rosie no merecía vivir, pero ¿qué mejor que Rosie pagara su condena en la Tierra, donde nunca volvería a ver a Anna, donde vivían sus demonios?

Rosie había torturado a Alex una noche antes de que se descubriera la verdad. Por eso había perdido fuerzas y no podía tocar los objetos. Le había dado una paliza. El sótano estaba lleno de sus huellas dactilares. Sin embargo, yo presentía que Alex no había estado todo ese tiempo ahí. Mi madre y yo nos habríamos dado cuenta.

Algo muy extraño había sucedido.

Todos nos habíamos preguntado cómo Alex había podido sobrevivir durante todo ese tiempo. Lo más increíble de todo era que, al parecer, Rosie tenía algo de corazón y había alimentado a Alex durante el tiempo que lo había mantenido secuestrado. El doctor nos lo había dicho. Supuse de inmediato que Anna había obligado a su madre a alimentar a Alex, aunque no

había servido de mucho. Alex estaba deshidratado y tenía anemia. Aparte de varias costillas rotas y cientos de heridas en el cuerpo.

Quise morirme en cuanto lo supe.

Cuando escuché al doctor decir todo aquello, me fui a llorar a los baños del hospital. Me dolía ver a Alex en una camilla, alimentado a través de un tubo de plástico. Tenía una pequeña bolsa de sangre a su lado, que colgaba de un gotero y, además, estaba conectado a cientos de aparatos.

La única máquina que no odiaba era el electrocardiógrafo. Me gustaba escuchar cómo su corazón se aceleraba cuando le tocaba la mano y la apretaba cuando no había nadie más en la habitación. Sin embargo, Alex no despertaba.

Muchas veces quise besarlo, pero no quería tocar sus labios hasta que despertara completamente. Hasta que me mirara a los ojos.

—¿Cómo sigue? —preguntó Kate cuando entró al cuarto. Sus ojos azules me buscaron en la colorida y muy deslumbrante habitación.

—Está mejor, el doctor dice que le llevará un tiempo, pero debemos ser pacientes.

—Pero ya han pasado dos semanas, ¿no? —Kate comenzó a avanzar. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta y, de nuevo, se había puesto las gafas.

—Lo sé. Estoy muy preocupada. Tengo miedo de que no despierte.

Cuando se me cortó la voz, me resultó imposible seguir hablando. Así que tragué saliva con dificultad. Kate lo notó y, haciendo una mueca de dolor, se acercó a mí.

—Todo irá bien, Hannah. —Se colocó delante de mí y, de repente, me tomó de las manos. Las tenía calientes en comparación con las mías—. Tú más que nadie debes creerlo. Fuiste la única que creyó que Alex estaba vivo, y mira... —Me animó con una sonrisa sincera. Nunca habría pensado que Kate me sonreiría así.

Entonces, recordé cuando la vi en el funeral de Alex y cuando dijo que había salido con él. También recordé el día que habían visto a Kate con Seth en el coche. Aquello hizo que sospechara de ellos. Ahora confiaba plenamente en ella, en Cara, en Seth y en Tom. Solo habían intentado protegerme.

—No lo sé... —dije con inseguridad—. ¿Y si él no me reconoce después

de...? —Me silencié a mí misma.

Miré a Kate, esperando que no me preguntara a qué me refería.

Kate frunció el ceño.

—¿Después de qué?

Me soltó un poco las manos y el frío volvió a consumirme, aunque la temperatura de la habitación era agradable.

—Nada —respondí mientras negaba con la cabeza—. Olvídalo, estoy pensando en voz alta. No es nada.

—Hannah, sé que esta experiencia ha sido muy dura para ti y que ya no puedes confiar en nadie. —Me miró fijamente con sus brillantes ojos azules. Me absorbieron por completo. Un brillo resplandeciente apareció en ellos—. Pero quiero que sepas que tienes una amiga aquí, y no hablo de Cara, sino de mí. Quiero que seamos amigas. —Pestañeó con dulzura mientras sonreía—. Solo te pido que, si necesitas algo, cuentes conmigo para ayudarte. No importa lo que sea o lo estúpido que suene. Te ayudaré.

Se me iban a poner los ojos rojos de nuevo. Ya no me quedaban lágrimas que derramar, pero la conversación con Kate me había provocado un nudo en la garganta.

—¡Oh, Kate! ¡Muchísimas gracias!

Sin esperar un segundo más, me abalancé sobre ella y la abracé. Ella respondió a mi abrazo y sonrió ampliamente.

—No hay nada que agradecer. —Se alejó de mí lo bastante como para que el ambiente no se volviera tenso—. ¿Te he contado que Ryan es el capitán del equipo de fútbol americano? —preguntó emocionada.

—Supongo que vais a estar juntos todas los días que haya partido, ¿verdad? —Intenté sonar emocionada, pero realmente no podía. Solo pensaba en Alex.

—Sí, y tengo algo que contarte —añadió en un tono apenado—. Ryan y yo vamos a organizarle una fiesta sorpresa a Cara, su cumpleaños será muy pronto y necesitamos un sitio donde celebrarla. Sé que no es el mejor momento, pero creo que nos la merecemos después de todo, ¿no? Sobre todo tú. Necesitas despejarte, Hannah.

Suspiré.

—No os preocupéis. Seguro que George nos dejará la mansión. Mi casa

es demasiado pequeña. Como sois animadoras, seguro que vendrán muchas personas —respondí con amabilidad—. Aunque yo no creo que pueda ir, no si Alex sigue en este estado...

—Pero, Hannah, solo es una fiesta. ¡Te prometo que lo pasarás bien!

—No lo sé... Yo...

Entonces, escuchamos un gruñido.

—¿Has oído eso? —pregunté, esperando que dijera que había sido ella.

—Sí... —confirmó.

Kate se separó de mí y se levantó.

Entonces, lo entendí. Alex había gruñido, no Kate.

—¿Está despertando?

Me levanté de un salto del sillón en el que estaba sentada.

—¿Alex? —preguntó ella, acercándose hasta la camilla. Me fallaron las piernas cuando intenté acercarme—. Dios... ¡Está despertando, Hannah! ¡Alex está despertando! —exclamó dando saltos de alegría.

—¿Qué? —tartamudeé mientras me acercaba a la cama.

Tropecé.

Casi de inmediato, George, Eric y mi madre entraron en la habitación al escuchar los gritos de Kate.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis tanto? —preguntó George, asustado. Mi madre nos observaba con cautela.

Ni siquiera podía moverme, y mucho menos hablar.

Kate señaló la camilla con una sonrisa triunfal.

—¡Alex está despertando!

Eric estuvo a punto de empujar a Kate. Mi madre lo siguió y me apartó para comprobar que era cierto. George se quedó unos segundos conmocionado, pero, después, se recuperó y vi como una lágrima brotaba de su ojo y se deslizaba por su mejilla. Avanzó hasta la camilla, impidiéndome ver lo poco que alcanzaba a ver de Alex. Entonces, los cuatro cuerpos me taparon la vista. Era como si no existiese.

—¿Alex? ¿Cómo te sientes, cariño? —preguntó mi madre con dulzura.

Estaba tratando de controlarme, pero escuchar la voz de Alex casi me hizo perder el conocimiento.

—¿Dónde estoy? —preguntó él con voz ronca, como si estuviera drogado

—. ¿Qué ha pasado?

Tan solo escuchar su voz me hizo vibrar de todas las maneras posibles. Apenas habló en un susurro, pero lo escuché perfectamente.

—No te muevas, ¿de acuerdo? Llamaré a una enfermera.

Mi madre se alejó de la camilla y, dándome un empujón con el hombro, salió de la habitación con los ojos llenos de lágrimas. Ni siquiera me miró al pasar por mi lado.

Me sentía extraña... como una intrusa.

—Kate... —gruñó—. Dime que no tuve un accidente de coche.

Ella rio.

—No, Alex —contestó con una sonrisa.

Durante un momento, la odié por la forma en que decía su nombre. Yo debería haber respondido esa pregunta, no ella. Ahora veía un poco más, pero no me atrevía a mirarlo a los ojos. Entonces, como si estuviera invadido una propiedad privada, comencé a acercarme instintivamente. Porque a todos nos gustaba romper las reglas.

Él rio, pero parecía que le dolían las costillas al hacerlo y, luego, tosió.

—Alex... —dije cuando finalmente llegué a su lado.

Tenía los ojos oscuros, aunque conservaban el mismo color deslumbrante de siempre. Sus pupilas estaban dilatadas, pero no parecía tener problemas de vista, porque inmediatamente se giró hacia mí. Su cabello castaño brillaba con los rayos que penetraban en la habitación. Tenía el rostro tan pálido y suave que quise acariciarlo al instante.

—¿Qué pasa con esa enfermera? —dijo Eric con frustración.

Se dio la vuelta y, como mi madre, chocó contra mí y estuvo a punto de tumbarme. Eric parecía demasiado feliz al ver a Alex despierto. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían estado juntos. Tan rápido como entró en la habitación, salió.

Alex me miró.

—¿Quién...? —dijo él, confundido.

—Soy Hannah, ¿me recuerdas?

Sentía un nudo terrible en la garganta. No podía hacerlo desaparecer. Alex entrecerró los ojos y me observó, tratando de recordar quién demonios era.

Quise llorar. Quería salir corriendo de allí, pero tenía los pies clavados al

suelo y el cuerpo me pesaba demasiado como para moverlo. Poco a poco, me quedaba sin oxígeno. Me costaba respirar y estaba completamente inmóvil.

El corazón me latía a todo trapo.

Alex finalmente asintió. Abrió la boca. Tenía ganas de besarlo, pero no me moví. Sus ojos me habían dejado hipnotizada.

—La hija de la directora, ¿verdad?

Su respuesta resonó en mi mente. Asentí.

El corazón se me rompió en mil pedazos.

Alex no recordaba nada.

—Sí —contesté con un hilo en la voz—. La hija de la directora.

Estaba destrozada por dentro, pero me obligué a sonreír.

—Iré a avisar a todos. ¡Tienen que saber que has despertado! ¡Dios! ¡Esto es genial! —exclamó Kate con una sonrisa de oreja a oreja.

Entonces, vi como sacó el móvil del bolsillo del pantalón y, cuando se alejó de la camilla, me ofreció una sonrisa tímida.

—Te dije que despertaría —susurró mientras empezaba a desbloquear el móvil.

Asentí, porque ni siquiera podía pronunciar monosílabos. Me picaba la garganta muchísimo. Era incapaz de deshacer el nudo que tenía delante de George y de Alex. No podía romperme con ellos ahí. Debía sonreír.

—Bienvenido, Alex —dijo George con una sonrisa débil.

Iba a desmayarme, iba a morirme.

Alex no recordaba nada.

No recordaba nada de lo que había sucedido entre nosotros.

—¿Estás bien? —preguntó George al contemplar mi mirada angustiada.

Asentí sin responder. Metí las manos en los bolsillos delanteros y me mordí el labio inferior para que no notara que estaba temblando.

No podía respirar. Era como si unas olas me golpearan, una tras otra. Me arrastraban hasta el fondo del mar, a lo más oscuro, donde no se podía respirar. Donde mi corazón se llenaba de agua y explotaba. Estaba ahogándome en una sola lágrima. Estaba dejando de respirar.

Todo me dolía.

Quería irme de allí.

—¿Hannah? ¿Estás llorando? —George se acercó a mí cuando no

respondí.

Sentí un sabor metálico en la boca. Era asqueroso. De tanto apretarme el labio inferior con los dientes, había comenzado a sangrar. Me secó la lágrima y, después, abrió los ojos como platos, alarmado.

—¡Dios, Hannah! ¡Estás ardiendo! ¡Iré a por una enfermera!

No esperó mi respuesta y salió casi corriendo de la habitación. Ahora parecía más grande. Era más fácil respirar cuando no había tanta gente dentro.

—¿Puedes darme agua? —pidió Alex con los ojos cerrados.

Apretó los puños a ambos lados. Tenía los brazos desnudos y oía como se le había empezado a acelerar el corazón.

No estaba demasiado segura de si debía hacerlo, pero realmente necesitaba un vaso de agua. Así que tomé un vaso y luego me acerqué a la fuente más cercana. Lo llené con un poco de agua y regresé a la habitación. Le quité la mascarilla que tenía en la nariz con cuidado y le toqué el cabello, apoyando la mano en su nuca.

Tenía que tocarlo. Eso siempre funcionaba. Era ridículo, pero cuando las parejas se tocaban o se besaban, los recuerdos volvían a aparecer, ¿no? Tenía que funcionar.

Le levanté la cabeza y le acerqué el vaso de plástico a la boca. Alex bebió agua con lentitud, como si fuera un bebé.

Lo observé. Y eso fue todo. Me perdí en sus ojos, en su rostro suave y en sus labios que se tornaban de un color rojo. Estaba recuperando su color habitual. Era perfecto.

Alex.

Tienes que recordar lo que hemos vivido.

Tienes que recordarme.

Por favor.

—Gracias, Hannah —dijo cuando terminó de beber el agua.

Oírle pronunciar mi nombre era una dulce sensación. Quería besar sus labios. Quería que dijera mi nombre de nuevo.

Pero solo asentí y me giré.

—De nada, Alex.

En cuanto di un paso, mi cuerpo comenzó a retroceder, pero una fuerza me detuvo. Alguien me sostenía de la muñeca. La sensación era tan cálida que me

entraron ganas de llorar. Aunque ya estaba llorando. Me resultaba imposible detener las lágrimas.

—Hannah...

Me giré hacia él. Sus dedos no me soltaron el brazo. No tuve ni siquiera tiempo de enjugarme las lágrimas del rostro. Estaba empapada. Cuando me di la vuelta por completo y lo vi en la camilla, me miró fijamente. Me sentía muy diferente. Entonces, apareció ese brillo que tanto me gustaba en sus ojos.

—Alex...

—¿Quién es el idiota que te ha hecho llorar? —Sus ojos se oscurecieron durante unos segundos.

Si supieras...

Si recordaras...

Tragué saliva.

—Yo... —respondí con una voz aguda y entrecortada. No sabía qué responder.

Entonces entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No lo sé... ni siquiera sé qué hago aquí... no sé qué sucede, Alex.

Él suspiró y me sonrió lánguidamente. Después, me besó los nudillos sin desenlazar nuestros dedos.

—Hannah... —dijo con suavidad—. Hannah Reeve, el amor de mi vida, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa cansada.

Abrí los ojos, asombrada.

—¿Tú...? —Sentí un retortijón en el estómago, tan fuerte que me obligué a hablar.

No me importaba que mi voz sonara aguda y que estuviera ahogándome en mis propias lágrimas, tenía que preguntárselo. Inhalé la mayor cantidad de oxígeno que pude.

—¿Tú me recuerdas, Alex?

—¿Cómo olvidar a la chica que me ayudó mientras era un fantasma? —susurró.

Y, entonces, me acercó a su cuerpo. Entreabrió la boca. Me moría de ganas de besarlo. Cerré los ojos. Lo hice porque ese sería el primer beso que le daría a Alex en vida. El primer beso verdadero.

Nuestros labios se unieron. Sabía a menta. Era extraño que el aroma todavía lo acompañara. Oí el latido de su corazón cuando ladeó la cabeza. Su boca se movía demasiado lento y no pude evitar estremecerme. Comencé a sentirme bastante acalorada, tanto que me puse a sudar. Nunca me había besado con tanta pasión. Me hizo suspirar cientos de veces. Había soñado con aquel beso. El primer beso de verdad.

Me sentía conectada a él. Se me aceleró el corazón. Notaba que se me iba a salir del pecho y no podía respirar. Tenía la piel erizada... Sentía todo lo que una persona debía sentir al besar a alguien especial por primera vez.

Éramos uno. Me invadió un torbellino de emociones y de sentimientos puros. Recordé todo lo vivido con él mientras nos besábamos. Todos los momentos que había pasado a su lado. Era como si estuviera bajo su hechizo y él supiera perfectamente que esto iba a suceder.

En mi mente, estábamos en mi habitación, donde nos besamos, donde nos miramos, donde nos conocimos por completo. También reviví momentos con él en la mansión de los Crowell, en la calle, en la casa de Seth, en el instituto, en el aparcamiento, en el centro comercial. Sabía que Alex también los recordaba.

Lo sabía.

Sus labios eran tan suaves y tan deliciosos que no quería apartarme de ellos ni un solo segundo. Me habría quedado para siempre en su boca, degustando su sabor, su aroma. A él.

Al hombre que amaba y que amaría toda mi vida.

—Te amo, Hannah —dijo mientras me besaba.

Se me paró el corazón.

—Te amo, Alex —respondí.

Todo había terminado. Habían declarado culpable a Rosie y ninguna fianza la salvaría de su condena. Ni de sus trastornos. Estaría encerrada para siempre, hundiéndose y ahogándose en su propio dolor.

Mi madre y Eric estaban juntos. Después de todo, el amor siempre triunfaba, aunque esto no se aplicaba en el caso de George y Sarah. Me dolía que George todavía pensara en Rosie, aunque él últimamente no despegaba la vista de la madre biológica de Alex, Lisa White.

George le había contado a Alex todo lo que había sucedido durante su ausencia, aunque él y yo éramos conscientes de que nosotros teníamos más información e, incluso, sabíamos cosas que ellos ignoraban. Alex había hablado con George y Lisa acerca de su adopción. Estaba confundido, pero poco a poco se iría acostumbrando. Lisa parecía ser una buena persona.

Iban a darse una oportunidad. Ambos la merecían.

Ryan y Kate estaban enamorados, y Cara estaba demasiado feliz con su puesto de capitana en el equipo de animadoras. Seth estaba profundamente enamorado de ella y esperaba que así siguiera siendo, porque Cara era mi mejor amiga, y no dejaría que Seth le rompiera el corazón. Aunque él no tenía intención de hacerlo, Kate y yo nos manteníamos alerta.

Hacía un par de días nos habíamos enterado de que Tom, el chico que me había pedido un lápiz y que había fingido estar enfermo, quería a Karen, la mejor amiga de Kate. Pero ella no quería nada con Tom o, al menos, eso decía. Su mirada revelaba lo contrario. Todos estábamos de acuerdo en eso. Karen no sabía nada de lo sucedido con Alex. Solo estaba al tanto de la información que se había compartido con la gente.

En cuanto a Alex y yo, éramos demasiado felices. Al principio, nuestra relación no le hizo gracia a nadie, en especial a nuestros padres. Alex y yo no teníamos la misma sangre ni éramos familia, así que, por esa parte, no había ningún problema.

Tuve que mentir acerca de cómo me había enterado de que Alex era adoptado, ya que mi madre no lo había sabido hasta ese momento. La partida de nacimiento oficial de Alex estaba guardada en la botella de vino del dormitorio de la mansión de los Crowell.

Habíamos descubierto quién había intentado asesinar a Alex. Rosie: la mujer que quería todo y que al final se había quedado sin nada.

Había cientos de preguntas que mucha gente se hacía: ¿por qué Rosie intentó asesinar a Alex? ¿Por qué Rosie escondió a su única hija del mundo? ¿Por qué Rosie quería venganza? ¿Cuál era el misterio de los Crowell? ¿Por qué Rosie amaba a Eric y no a George?

Pero la pregunta más intrigante era la siguiente: ¿Quién mató a Alex?

¿Por qué? Porque nunca habría una respuesta para esa pregunta. Alex nunca había muerto.

Epílogo

Nunca había visto la mansión tan colorida, ni siquiera en Navidad. La casa de los Crowell estaba otra vez llena de color y de vida. Había cientos de globos esparcidos por todas partes y serpentinas de colores colgaban del techo y ondeaban con la suave brisa del viento. Cara se había llevado una gran sorpresa. Sin duda, era una fiesta de cumpleaños increíble.

El salón principal se había convertido en una discoteca ruidosa. Kate incluso había alquilado una bola de espejos que en ese momento brillaba en el centro de la habitación. Había muchísima gente. Cara era una de las chicas más populares del instituto, así que era de esperar que tanta gente fuese a su fiesta sorpresa de cumpleaños.

George nos había comprado un montón de refrescos para la velada, y algunos de los invitados llevaron botellas de vino y de cerveza, aunque solo los que eran mayores de edad bebían.

Cada vez llegaban más personas. Hubo un momento en que llegué a preocuparme porque hubiera tanta gente en la casa, pero Alex dijo que no pasaba nada, que le gustaba ver la casa tan llena de gente, tan viva. Todavía había guardias de seguridad en las puertas de todas las estancias de la mansión. También en el exterior de la casa. Vigilaban que nadie entrara objetos que pudieran utilizarse como un arma.

Hasta entonces, nadie se había puesto tan borracho como para comenzar una pelea. Toda la gente se lo estaba pasando bien, se divertía y, aunque había varios grupos, todos disfrutaban del cumpleaños sin que hubiera ningún problema.

Cara se estaba divirtiendo con Seth y con otro grupo de chicos, a los que, al parecer, conocía perfectamente. Seth no dejaba sola a Cara ni un segundo, y

tuve que apartar la mirada varias veces para no verlos besuquearse descaradamente delante de todos los presentes.

Alex no se había despegado de mí en toda la noche. Habíamos estado bailando, riendo, abrazándonos y besándonos sin parar. Tenerlo a mi lado, vivo, era una sensación inigualable. Era como si hubiera vuelto a nacer. Realmente quería a ese chico.

Me había acercado a la barra para pedir algo de beber. Estaba sedienta. Alex se había quedado con George y Lisa, su madre biológica. Acababan de empezar a salir, aunque a ambos les costara admitirlo. También Eric y mi madre. Se los veía tan enamorados.

—¿Puedes darme un vaso con agua? —pedí amablemente al chico que estaba detrás de la barra. Él asintió con una sonrisa.

—Hannah, ¿verdad?

—Sí, ¿te conozco? —pregunté con el ceño fruncido.

No quería parecer una borde, así que intenté sonar lo más amable y dulce posible.

El camarero era un chico que parecía más joven que yo, con el cabello rubio, de estatura normal, ni demasiado alto ni demasiado bajo. Tenía los ojos de un increíble color gris. Le brillaban bajo la bola de espejos que colgaba del techo. Vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca que le marcaba los músculos de los brazos.

—No creo, no vivo por aquí. —El chico negó con la cabeza—. No soy de aquí.

—Ah.

Me ofreció una sonrisa y se giró para llenarme un vaso de agua. Lo tomé, agradecida, y me lo bebí de un solo trago. El líquido se deslizaba por mi garganta. No me había dado cuenta de lo seca que la tenía. La sensación era tan deliciosa que estuve a punto de soltar un gemido de satisfacción.

Ya empezaba a sentirme mejor.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no bailas un rato? Seguro que a tus compañeros no les importa.

El chico se sonrojó.

—No sé bailar —confesó, con la cabeza agachada.

—Créeme que nadie se va a dar cuenta de eso —contesté para animarlo.

Negó.

—No pasa nada, prefiero quedarme aquí.

Entonces, desvió la mirada hasta un punto fijo en la distancia y se le dilataron las pupilas ligeramente. Sus ojos destilaban deseo.

Ya sabía lo que pasaba.

—¿Es por una chica? —pregunté, emocionada, con las cejas levantadas y una sonrisa suspicaz en el rostro. Me encantaba la idea de ser una especie de cupido en ese momento—. ¿Por eso no quieres bailar?

El camarero abrió los ojos, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

Volví a levantar las cejas, dándole a entender que las mujeres lo sabíamos todo. Aunque lo cierto es que era demasiado obvio.

—Sí. Es por una chica. Está por allí.

El chico alzó la mano y señaló a la segunda planta, donde Kate y Cara se encontraban con el resto del equipo de las animadoras. Pero no veía a nadie más.

—Mmm, no estarás hablando de Cara o de Kate, ¿verdad?

—No, es la rubia de ojos azules, ¿la ves?

—No.

Era cierto. Por un momento, había llegado a pensar que la chica de la que hablaba estaba oculta detrás de una columna o perdida entre la multitud. O quizá me estuviera fallando la vista por pasar tanto tiempo delante del ordenador.

—Está bajando la escalera. ¿La ves ahora?

—No. —Entrecerré los ojos, pero nada. Allí no había ninguna chica rubia de ojos azules. Estaba casi segura de ello—. ¿De qué color es su vestido? —pregunté con el ceño fruncido y de espaldas al chico.

—Púrpura. Lleva un vestido púrpura.

De repente, sentí escalofríos.

—No la veo. Por casualidad no sabrás cómo se llama, ¿verdad?

Me había dado por vencida cuando me giré hacia el camarero y este me asintió con una sonrisa torcida y contestó:

—Anna, se llama Anna Crowell.

JANETH G. S.

¿QUIÉN
MATÓ

A
ALEX?

EL MISTERIO QUE NOS UNE

PREMIO
WATTYS

OZ
EDITORIAL

1

Sobre la autora



Janeth G. S. es una autora mexicana que empezó a publicar en la red social Wattpad en 2014. Sus seguidores aumentaron rápidamente y en 2015 ganó el premio Wattys a mejor obra de misterio con *¿Quién mató a Alex?*

Monica Murphy

Segundas oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor

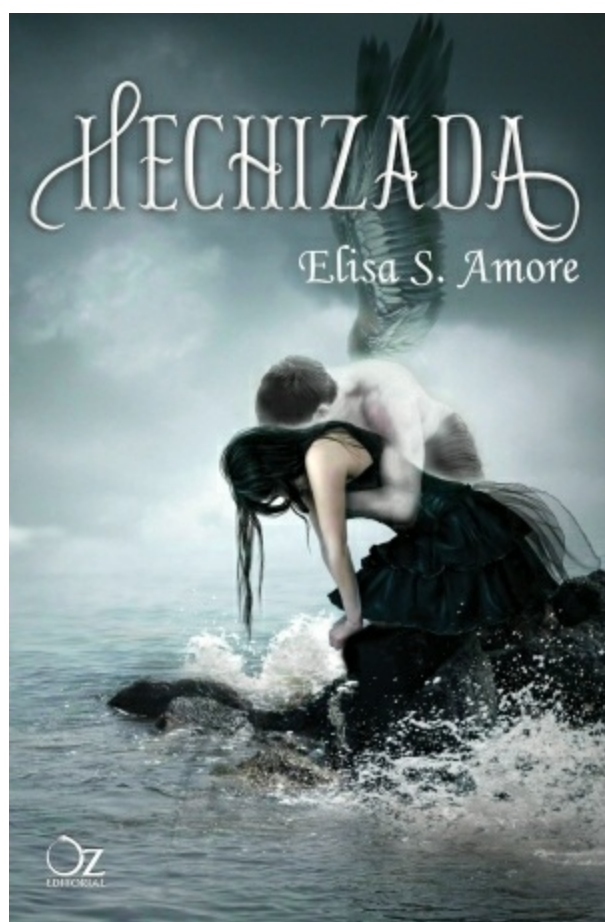
Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla.

Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin.

Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo...

Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Hechizada

S. Amore, Elisa
9788416224111
432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte?

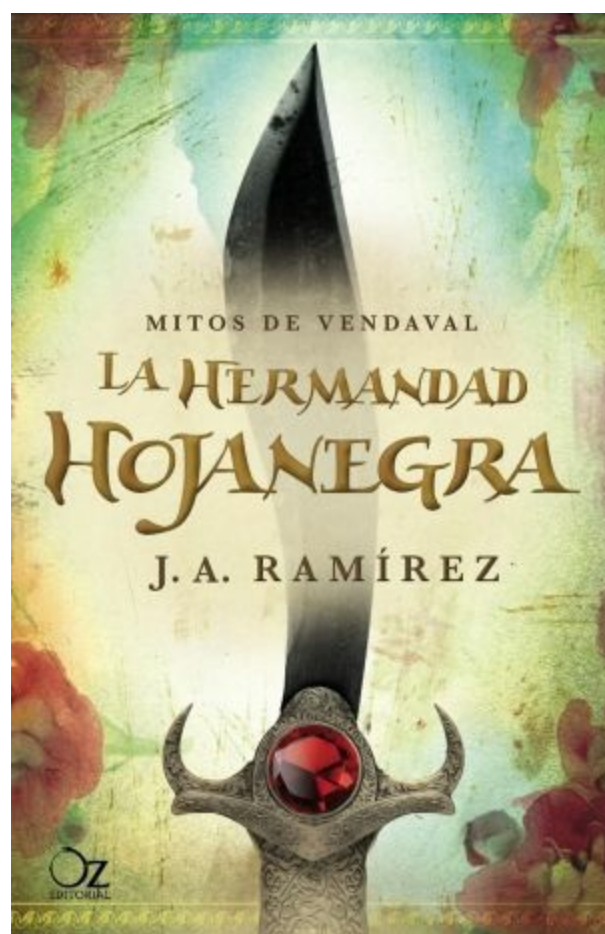
Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito.

El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo.

¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino?

Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans?

Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

NACIDA A MEDIANOCHE

C.C. Hunter



OZ
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece

Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí?

En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

JESSICA SORENSEN



El secreto de
Callie y Kayden

El secreto de Callie y Kayden (La coincidencia 2)

Sorensen, Jessica

9788416224128

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Crees que el amor puede salvarte la vida?

Callie quiere estar cerca de Kayden. Quiere volver a besarle y perderse entre sus brazos como la primera vez que estuvieron juntos. No entiende por qué ahora se ha alejado, pero hará todo lo posible para volver con él.

Kayden está loco por Callie, la pequeña chica morena que acapara todos sus pensamientos. No sabe cómo enfrentarse al hecho de querer tanto a alguien y eso le asusta. Es incapaz de ser sólo su amigo y no sabe si está preparado para algo más.

Tendrá que ser ella quien le haga ver que su destino es estar unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)